
FANTASÍA
INVOCADORES
S. M. ALCAINE

# Table of Contents

**Primera edición octubre 2021**
**Depósito legal octubre 2021**

**71-75 Shelton Street, Covent Garden, Londres, UK.**
**9781801161640**

# INVOCADORES

S.M. Alcaine

Cherry Publishing

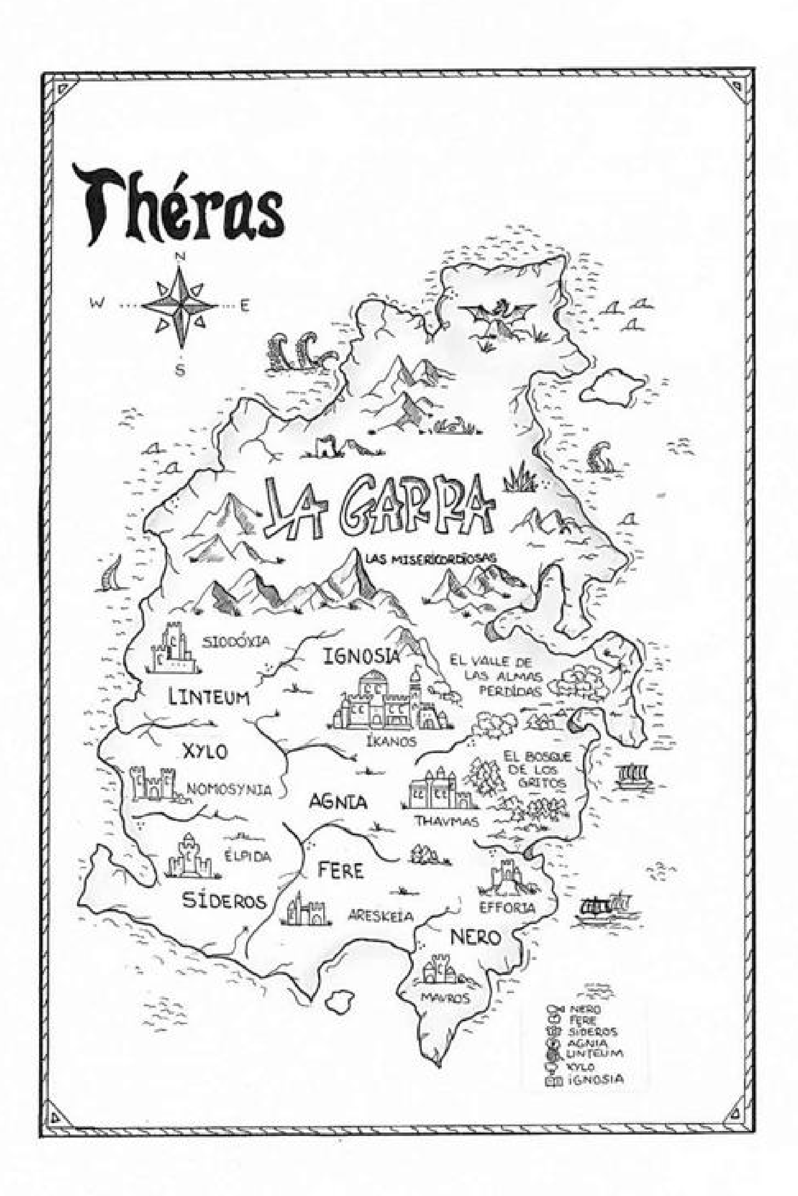
¡Inscríbete a nuestra *newsletter* y recibe gratis nuestra *novela Romance ente rejas*!
**https://mailchi.mp/eff2c580738f/novela-gratis**



Si nos lees desde México, ¡inscríbete aquí!
**https://mailchi.mp/32c90d243b28/novela-gratis-mexico**

Encuéntranos en nuestra página de Instagram:
**https://www.instagram.com/cherrypublishing_esp/**
**https://www.instagram.com/smalcaine/**

A los que invocan fuerzas y alcanzan sueños.


Théras
N
W
E
S
LA GARRA
LAS MISERICORDIOSAS
SIODÓXIA
IGNOSIA
EL VALLE DE
LAS ALMAS
PERDIDAS
LINTEUM
ÍKANOS
XYLO
EL BOSQUE
DE LOS
GRITOS
NOMOSYNIA
AGNIA
THAVMAS
ÉLPIDA
FERE
EFFORIA
SÍDEROS
ARESKEIA
NERO
MAVROS
NERO
FERE
SÍDEROS
AGNIA
LINTEUM
XYLO
ÍGNOSIA

# Prólogo

## Xandra



Es mi cumpleaños. Al menos podría hacerme un poco más de caso, pero no me escucha. Sigo tirando de los pantalones de mamá hasta que levanta la vista de los papeles que está mirando. Me sonríe, pero es una sonrisa extraña… forzada. Le pregunto si le pasa algo, y ella sigue sonriendo de esa forma rara, y me dice que no. Que todo va bien. Papá entra en la habitación corriendo, con la cara muy blanca. «Nos ha encontrado», repite una y otra vez. Oigo un rugido que me hace estremecer de pies a cabeza.

No.

Nada va bien.

# Capítulo 1

## Xandra



Me despierto gritando, todavía con ese rugido en los oídos. Estoy en mi cama, en plena oscuridad. Por un instante tengo la tentación de encender la luz, pero luego recuerdo que no servirá de nada. Noto que alguien me toca y vuelvo a gritar, o tal vez nunca he parado. Empiezo a mover manos y pies aterrada, y tal vez no sirva de mucho, pero ahora mismo no estoy como para que se me ocurra una idea mejor. Así que me defiendo como puedo y lanzo puños y patadas a la oscuridad.

—¡Xandra, soy yo! Shhh… Shhh… Soy yo —Mi primo Kálix me acaricia suavemente el brazo y dejo de forcejear al instante—. Tranquila, soy yo, estoy aquí… Shhh… Shhh… Estoy aquí.

Tengo la garganta seca y no sé cómo aún me queda voz. Me doy cuenta de que hace rato que grito. Kálix, que se ha sentado a mi lado, me acaricia la espalda con círculos tranquilizantes y me abraza. Durante unos minutos cierro los ojos y disfruto de la calidez y la seguridad que su abrazo me brinda. El corazón, poco a poco, deja de latirme desbocado, y vuelve a su velocidad habitual.

Kálix se aparta un poco, y yo dejo ir todo el aire que tenía atrapado en los pulmones con una respiración trémula y entrecortada. Noto unas manos cálidas en las mejillas, y sus pulgares me secan las lágrimas que ni siquiera sabía que había derramado. Sus dedos rozan textura rugosa y me aparto de golpe. Demasiado cerca de las cicatrices para mi comodidad. Kálix me suelta la cara y vuelve a posar su enorme mano entre mis omoplatos con cariño.

—Lo siento —dice, pero yo lo corto.

—No. No te disculpes —replico.

Y lo digo en serio. Sus gestos de cariño son muchas veces lo único que me mantiene de una pieza. Kálix enciende la lámpara de la mesita de noche y yo me tiro hacia atrás y giro la cara, instintivamente. Para mí el cambio en luz no es muy notorio, pero para él sí, y no me gusta que la gente me vea los ojos. Mi primo se disculpa y apaga la luz de nuevo.

—Lo siento, Xandra. No paro de cagarla. No quería incomodarte encendiendo la luz así sin avisar.

—Para, Kálix. En serio. No pasa nada. La luz no me hace ningún

daño —digo con amargura. Pienso en mis inútiles ojos y suelto un suspiro. No, no me hace ningún daño, pero tampoco me hace ningún bien. Simplemente… no me hace nada.

Nos quedamos en silencio.

—¿Has vuelto a soñar con esa noche? —me pregunta finalmente, y yo dejo a un lado los oscuros pensamientos que me rondan por la cabeza. Asiento, pero recuerdo que no puede verme y le respondo que sí con un hilo de voz. Tiemblo y mi primo me abraza con más fuerza. Me quedo ahí en sus brazos, como una niña pequeña. A veces me siento aún esa niña pequeña—. Ya está, Xandra. Ha sido solo una pesadilla. Solo una pesadilla —insiste.

Excepto que no lo era. No era ni de lejos una pesadilla. Al menos no solo eso. Era mucho más: un recuerdo. Me callo y vuelvo a asentir. Ahora mismo solo me falta pensar en todos los monstruos que se esconden tras las paredes de mi casa para venirme abajo. Necesito los abrazos de mi primo solo unos segundos más, o unos minutos… tal vez para siempre. Me aferro a lo que tengo, sabiendo que nunca tendré nada más que esto: el amor de mi familia.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

Supongo que sigue siendo de noche, porque, aunque no veo nada, suelo detectar los cambios en la iluminación. Pero necesito saber la hora exacta. Necesito saber cuantas horas más tendré que quedarme en la cama, mirando a la nada, sin poder dormir, pensando en esa noche.

Esa fatídica noche, en la que mis padres murieron y desde la que yo empecé a vivir en las sombras día tras día. Pensando en ese rugido, en el miedo, en los gritos, en…

—Las tres y media —Casi ni me acordaba de la pregunta que le había hecho a Kálix. Las tres y media. Suelto un suspiro tembloroso y abro las manos que tenía apretadas en puños, cuando el dolor de las uñas clavándose en mi carne se hace insoportable. Trago saliva audiblemente y Kálix lo oye—. ¿Qué te pasa?

—Nada —le digo. Noto un movimiento y hace un pequeño ruidito con la garganta. Me conozco todos sus movimientos y ruiditos, después de doce años viviendo bajo su mismo techo: no me cree—. No me pasa nada, o al menos nada que no me pase cada noche.

—¿Tienes miedo?

Me quedo pensando en esa pregunta.

—Sí —confieso en un suave susurro.

—Sabes que lo que te pasó no volverá a pasar, ¿verdad? Yo estoy aquí para protegerte, y lo estaré siempre. Y no hay ningún monstruo que pueda pasarme por encima y llegar hasta ti.

—El Therástios puede —digo de forma casi reverencial.

Vuelve a hacer ese ruidito de incredulidad, pero luego me acaricia

el pelo y me abraza.

—El Therástios no existe, Xan —me repite con dulzura—. Tenías ocho años. No sabes lo que viste.

Excepto que lo sabía perfectamente. Cierro con fuerza la mandíbula y me muerdo la lengua para no responderle que si un monstruo supuestamente legendario —énfasis en «supuestamente»— hubiera matado a sus padres y lo hubiera dejado ciego, él también se acordaría de cada detalle. Pero me callo, porque es mi primo y no quiero hablarle mal, y porque en estos momentos necesito su cariño más de lo que necesito tener razón.

Kálix me besa la coronilla con dulzura y me suelta para levantarse. Me inunda el pánico y el corazón me empieza a latir ante la perspectiva de otra noche en blanco, recordando cosas que cada día deseo olvidar. A tientas, alargo el brazo hasta que agarro a mi primo de la camiseta.

—Quédate —le suplico.

Él ni lo duda. Eso es lo que más adoro de él: mi hermano, mi pilar. Y aunque a veces me saque de quicio con su sobreprotección, sé que siempre puedo contar con él cuando lo necesito. Oigo que se quita los zapatos y le hago un sitio en la cama mientras aparto las sábanas. Un aire frío me golpea y tiemblo de nuevo. Mi primo se mete en la cama y nos tapa. Me abraza y vuelvo a sentirme protegida. Tal vez el Therástios venga a matarme una noche de estas.

Tal vez.

Pero hoy no.

# Capítulo 2

## Xandra



Me despierto poco a poco con la tenue luz que me ilumina los párpados. Eso es lo único que mis débiles ojos logran distinguir: los cambios de luz. Me noto la boca seca y recuerdo haberme despertado en mitad de la noche, la pesadilla, mis gritos, Kálix. Rápidamente estiro la mano y la paso por encima de las sábanas esperando chocar con mi primo, pero la colcha está vacía.

Suspiro. Quiero levantarme, pero me duele cada músculo de haberlos tenido agarrotados durante la pesadilla. Las noches como estas me dejan hecha polvo. Me quedo tumbada un momento boca arriba, sin querer moverme.

Cierro los ojos con desazón al recordar mi actuación de esta madrugada. Otra vez había tenido que venir mi primo corriendo a salvarme de los monstruos. O, mejor dicho, del monstruo que me acechaba. No me gustaba sentirme tan indefensa y débil. Siempre detrás de mi primo para que me salve de la oscuridad, como si la oscuridad no fuera mi constante compañera.

No me gustaba nada esa sensación de miedo que me invadía, ni esos recuerdos, y aunque durante el día parecían no afectarme tanto, al caer la noche el ruido de la casa enmudecía y solo había silencio.

Y eso era lo peor de todo: el silencio. Casi peor que la oscuridad. Al fin y al cabo, ya me había acostumbrado a ella, pero el silencio… El silencio dejaba espacio para mis pensamientos. Para mis recuerdos. Recuerdos que hacían que un escalofrío me recorriera la columna y que empezara a temblar bajo las mantas. No era algo de lo que estaba orgullosa, pero tampoco sabía cómo remediarlo.

Solo Kálix, con sus dulces abrazos, conseguía darme un poco de paz de vez en cuando. No siempre. A veces ni siquiera la seguridad que sentía al lado de mi primo mantenía las pesadillas a raya. Y ni siquiera él podía conseguir que dejara de tenerlas.

Oigo que llaman suavemente a la puerta y me sobresalto. Me incorporo de golpe y me apresuro a alargar el brazo hacia la mesilla de noche, donde guardo las vendas, pero no oigo que la puerta se abra, y la voz de mi tía Adara se filtra por debajo.

—Xandra, ¿estás despierta? —susurra con dulzura—. El desayuno

ya está listo. Ven a poner la mesa mientras despierto a tu primo y a tu tío.

—Bajo enseguida, tía.

Oigo sus pasos alejarse por el pasillo y dejo ir todo el aire de golpe, mientras me dejo caer de nuevo en la cama. Suspiro otra vez. Me froto la cara con las manos y las comisuras de mis labios caen en picado.

Me acaricio con cuidado las cicatrices en forma de garra que me cubren los ojos y repaso sus elevaciones, su forma. No me hacía falta verlas para saber que me hacían parecer más monstruo que el que me las había hecho.

Una arcada me sube hasta la boca y noto el sabor de la bilis. La reacción que siempre tengo cuando pienso en las cicatrices que me cruzan la cara de sien a sien y cuando pienso en la anormalidad de mis ojos color violeta.

No era un color natural, más bien el color que queda cuando se mezcla la sangre con la planta curativa azul *Aquilegia vulgaris*. No había nada que me avergonzase más que mis ojos y las cicatrices que me cubrían los párpados, y nadie más que la curandera del pueblo los había visto alguna vez. Desde que me dijo hacía ya 12 años cómo me había quedado la cara, y ya que mis ojos tampoco me servían de mucho, me cubría siempre los ojos con una venda para no incomodar a nadie. O para no incomodarme a mí misma.

Que no pudiera ver los rostros de la gente no significaba que no pudiera imaginar sus rostros de asco o de horror al ver esa cosa sobrenatural. Así mejor: nadie tenía que sufrir.

Me recojo el pelo largo y ondulado en una cola de caballo. Una de las pocas cosas de las que estoy realmente orgullosa es mi melena pelirroja. Con la naturalidad y la práctica de años me acerco la venda a los ojos y me la ato, dejando que la cola alta caiga y tape el nudo. Acariciando el mueble y la pared me acerco al armario.

Tengo hambre, así que prefiero bajar a almorzar y ya vestirme luego para salir. Sin pensar siquiera en ponerme pantalones, cojo la bata de flores que reconozco rápidamente por su textura sedosa y fina. La bata a duras penas me llega a los muslos, pero mejor esto que ir en bragas.

Cuando me la pongo me acaricia los brazos desnudos y me paso la mano por los antebrazos. Por si el destrozo en mi cara no fuera suficiente, soy una de las pocas personas de la isla que no tiene su rango de invocación tatuado en el brazo con esas líneas finas y negras. Mis brazos, seguramente pálidos, no tienen ninguna marca, y delatan lo que soy y lo que no. No soy invocadora. No soy cazadora. Soy una desmarcada. No puedo invocar ni al más triste de los monstruos. Ni siquiera a aquellos que todo el mundo consigue invocar.

En la isla queremos y odiamos a los monstruos en la misma

medida. A los monstruos reales, esos que pueden venir y desgarrarte las entrañas, los despreciamos.

Pero tenemos un poder: la invocación. Podemos invocar monstruos de otra dimensión, los que nos protegen de los monstruos reales y nos ayudan con algunas tareas del día a día. Aquí todo se mide en monstruos y en lo que puedas aportar a la comunidad. Si puedes invocar a un Omega y te ayuda a labrar la tierra, tirando del carro, por ejemplo, eres de utilidad. Si puedes invocar un monstruo de clase alta, como un Ómicron o un Delta, y puedes proteger al poblado no solo eres de utilidad: eres venerado. Eres invocador.

Si no puedes invocar absolutamente nada no solo eres un desmarcado, sino además un estorbo que ocupa espacio y malbarata recursos. Te aprovechas de lo que el resto consigue para ti sin aportar nada al resto. Y si además de desmarcada, eres ciega…

Suspiro e intento alejar los pensamientos negativos de mí, pero sin mucho éxito. Ya estoy acostumbrada a ser una carga, aunque nadie me lo diga directamente.

Tampoco es de extrañar que no sepa invocar, porque nunca nadie se ha tomado la molestia de enseñarme cómo, si es que puedo. ¿Y por qué iban a hacerlo? Tengo suerte si la mayoría de las mañanas no vierto toda la leche fuera del bol.

Siguiendo las paredes con la mano llego a la puerta de la habitación y la abro de un tirón. Voy pasando la mano por la pared y la sigo hasta llegar a la barandilla de las escaleras, que bajo con relativa rapidez, ya acostumbrada a esta casa. «Mi casa», pienso con amargura. E incluso después de 12 años viviendo aquí, aún no la siento como mía. Y no es porque mis tíos no me hayan tratado como a una hija, o mi primo no me haya tratado siempre como a una hermana, pero simplemente se me hace raro. Yo ya tenía una casa. O al menos… la había tenido.

Llego al final de las escaleras y giro hacia la cocina, donde sé que el desayuno estará preparado. Al entrar no los oigo, así que supongo que la tía Adara aún estará despertando a Kálix. Me acerco a la nevera y cojo la leche, la dejo en la encimera y, acariciando los armarios, cuento el tercero y abro la puertecilla para coger un bol. Alargo la mano y veo que no hay ninguno en ese estante. Pruebo en el estante de arriba y también está vacío.

«Mierda, Kálix» gruño para mis adentros, «que tú seas un gigante no significa que puedas dejar las cosas en el estante de arriba del todo». Suspiro con resignación, ya aceptando que me tendré que comer los cereales sin la leche, cuando de repente noto una presencia silenciosa detrás de mí, y el vello de todo el cuerpo se me eriza. Me invade el terror cuando noto que un cuerpo enorme se me pega por detrás y lanzo el codo hacia atrás con todas mis fuerzas para tener el

tiempo suficiente de salir corriendo.

Oigo un sonido de ahogo, un gruñido masculino y el sonido de un cuerpo chocando con la mesa y arrastrando las sillas con ella.

—Joder —dice una voz ahogada.

Me pongo rígida de golpe. Reconozco esa voz. Hay pocas voces que no reconozca, y esa… es inconfundible. Las manos aún me tiemblan, pero ahora ya no es por el miedo.

—¡Zarek! ¡Por el amor de Théras y todos sus Dioses! ¿Cómo se te ocurre venirme por detrás así sin hacer ruido? ¡Me has dado un susto de muerte! —le grito alterada.

Me callo de golpe cuando sus manos calientes y suaves se posan en mis hombros. El corazón me da un vuelco y giro un poco la cara, que seguro que está más roja que mi pelo.

—Lo siento, Xandra. Perdóname —se disculpa, y noto el arrepentimiento en su voz—. Kálix me ha invitado a almorzar con vosotros y tu tía me ha abierto la puerta. Me ha dicho que esperara aquí. No quería asustarte, pero he visto que no llegabas a coger el bol y he querido echarte una mano —se excusa rápidamente, casi como si me estuviera dando explicaciones—. Aunque no esperaba ese codo en pleno estómago… —bromea él riendo, y el sonido me hace estremecer de pies a cabeza.

Tengo miedo de estar perdiendo la compostura y que se me note así que le digo aún en tono molesto:

—¿Por qué no me has saludado al entrar? ¿Por qué no me has avisado de que estabas allí? —le pregunto en tono acusador.

—Yo… —Se calla y me parece algo avergonzado—. Es que tú… Yo… Me he quedado un poco…

—¿Qué? —le pregunto ansiosa y me toco la venda de la cara para asegurarme de que sigue allí—. ¿Yo qué?

—Pues eso, que vas un poco… —Carraspea y no termina la frase. Un nudo de ansiedad se me posa en el estómago. ¿Yo qué? ¿Se me ha movido la venda? ¿Se me ven las cicatrices?

—Te intenta decir de forma educada que vas medio desnuda, prima —dice la voz de Kálix desde la puerta de la entrada.

Inmediatamente me asalta el horror al recordar que iba en tirantes, sin sujetador, en bragas y solo llevaba una bata medio trasparente por encima. Automáticamente me pongo aún más roja, me cierro la bata y me cruzo de brazos. ¿Sería mucho pedir que la tierra se me tragara? ¿Dónde están los monstruos asesinos y sedientos de sangre cuando los necesitas?

Zarek vuelve a carraspear incómodo. Normal. Es el mejor amigo de Kálix desde el colegio, y nos conocemos desde que yo me mudé aquí. Lo que significa que es tres años mayor que yo y me conoce desde que tengo ocho años, y encima yo no era una niña cualquiera. Era *esa*

niña.

Cuando llegué aquí el pueblo estaba revolucionado: nadie sabía lo que había pasado aquella noche, pero todos se hacían sus teorías sobre cómo se quedó ciega la pobre niña de la familia Katsaros. «Ciega y loca», recuerdo, pues cuando conté a todos lo que había pasado nadie me creyó.

—Buenos días —oigo la voz de mi tío Flavian que nos saluda con alegría y me saca de mis vergonzosos pensamientos. Si nota el silencio incómodo que se ha creado, él ni lo menciona—. Hola, Zarek. Qué alegría verte. ¿Te nos unes?

Ahí de pie estoy tentada de subir a mi habitación a cambiarme… y a esconderme. Pero sería darle demasiada importancia al asunto, y, además, de perdidos al río, así que me cierro bien la bata y me siento en mi lado de la mesa.

—Sí, señor. Si a usted le parece bien, señor —responde él educadamente.

—Nada de *señor*, Zarek. Ya sabes que eres como de la familia —ríe el tío Flavian—. Ven, siéntate con nosotros.

Una sonrisa dulce se me escapa al oír cómo le habla Zarek a mi tío. El tío Flavian no tiene más de tres aros de invocación tatuados en el antebrazo, lo que suele dar a los invocadores expertos como Zarek motivos para creerse mejor que él, pues el tío Flavian no era un luchador, más bien un pacifista. Como papá.

Se dedicaba a cultivar las pocas tierras que teníamos y a duras penas conseguía invocar a monstruos de los rangos más bajos. Aunque incluso eso era mejor que lo que yo invocaba: nada.

Voy pasando la mano por encima de la mesa para encontrar la cuchara y acaricio el bol para localizarlo y me dispongo a verter la leche. Kálix me quita la leche de las manos.

—Ya te ayudo.

—Puedo sola.

—Siempre haces un desastre.

Me pongo roja y pasando la mano por su brazo llego a la suya y le quito la leche. Tengo que controlarme para no tirársela en la cabeza.

—He dicho que puedo sola.

—Deja a tu prima en paz, Kálix —dice el siempre pacifista de mi tío. Vuelvo a acariciar el bol y tiro la leche durante un rato. Me paro con incertidumbre, pues no quiero oír a mi primo si vuelve a caer toda la leche por fuera.

Kálix vuelve a ignorarme y sigue hablando con Zarek. Como en silencio durante el resto del desayuno. Cuando acabo recojo todo y lo dejo en el fregadero, me despido con un rápido «adiós» y subo corriendo a mi cuarto. Necesito salir de esa habitación o me volveré loca. O más loca de lo que la gente ya piensa que estoy.

# Capítulo 3

## Zarek



Cuando Xandra se levanta mis ojos la siguen como atraídos por un imán. Ahora que está de espaldas me permito observarla, aunque tal vez *permitir* es la palabra equivocada, teniendo en cuenta que tampoco puedo evitarlo.

Por primera vez en muchos años no solo la miro, sino que la veo. La veo por lo que realmente es, y la veo por aquello en lo que se ha convertido: una mujer.

Mis ojos viajan desde su coronilla hasta sus talones. Se fijan en esa melena larga y ondulada, del color del vino, recogida en una cola alta y sin darme cuenta me imagino enredando esa cola de caballo alrededor de mi puño con delicadeza y tirándole la cabeza hacia atrás para dejar libre ese cuello largo y elegante de piel pálida, para pasar mis labios por ahí, y ver si realmente tiene la piel tan suave como parece. Después le acariciaría el cuello e iría bajando la mano lentamente por su clavícula hasta que su espalda se arqueara buscando más. Más contacto. Más de mí.

Mis ojos siguen bajando por su delicada espalda, hasta llegar a su cintura y a sus caderas, y se paran ahí, hechizados por la sensualidad del movimiento de su cuerpo al caminar.

Cuando desaparece por la puerta dejo ir poco a poco todo el aire que no sabía que estaba conteniendo. «¿Qué coño ha sido eso?» pienso aún sin acabar de creerme lo que acabo de ver, y aún menos lo que llevo los últimos 20 minutos imaginando, desde que he entrado en la cocina y la he visto encaramada en la encimera intentando alcanzar un bol, en poco más que bragas y tirantes. Bueno, no iba en bragas, pero esos pantalones eran tan cortos que no se los podía considerar como tal.

¿Cuándo había pasado eso? ¿Cuándo había dejado de ser la prima de mi mejor amigo esa niña algo delgada y tímida y se había convertido en… en…? ¿En semejante preciosidad?

—¿Qué te parece? —De repente la voz de Kálix se filtra entre mis

pensamientos y meneo con la cabeza, como si eso fuera a borrar las imágenes que hace poco me rondaban por ella. Me doy cuenta de que mi mejor amigo lleva rato hablándome.

—¿Que qué me parece el qué? —le pregunto. Ya ni hago ver que le estaba prestando atención, porque se me da fatal disimular.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? ¿Dónde tenías la cabeza? —me pregunta, y yo carraspeo incómodo y desvío la mirada. «Mejor no quieras saberlo», pienso un poco avergonzado—. Pues te preguntaba que si te parece bien que vayamos a La Cala a entrenar. Bueno, aparte de las tres horas que llevo contándote la anécdota de cómo le pasé la mano por la cara al imbécil de Nyke en clase de lucha el semestre pasado. ¡Se quedó con una cara! ¡Tendrías que haberlo visto!

Hago una sonrisa forzada y le digo que sí que le estaba escuchando, porque, total, me habrá explicado esa historia como cincuenta veces ya.

—Me parece bien lo de ir a La Cala, pero no entiendo por qué le tienes tanta manía a Nyke… Se lo tiene un poco creído, pero en el fondo no es mal tío.

—¡Ja! —se burla Kálix—. ¿Que solo se lo tiene un poco creído? Eso es suavizarlo mucho… Malditos ignosianos… Se piensan que por ser de Ignosia ya lo saben todo.

—Bueno… por algo es la región del conocimiento.

—Sí, porque es la única que tiene una universidad, no por nada más. Tampoco es que sean más listos que el resto por naturaleza… Además, ese tío es un payaso. No para de pavonearse por la Universidad de Invocación como si fuera su palacio personal, baboseando encima de todas las chicas que se le cruzan… —Kálix deja la frase a medias y pone cara de asco.

—Ah, vale —suelto una carcajada—. Ya sé lo que te pasa con Nyke, entonces. No te molesta que sea un ignosiano arrogante como él solo. Se lleva bien con Astrid y por eso no lo soportas.

Kálix se pone y rojo, pero cierra los puños con fuerza y eso lo delata. Empiezo a reír.

—¡No sé qué clase de golpe te has dado en la cabeza, pero necesitas ir a ver a la curandera! Astrid no tiene nada que ver con todo esto, ¿ha quedado claro? —dice enfadado, y yo me río aún más fuerte.

—¿Estás diciendo que Astrid no te gusta?

—Yo no he dicho eso.

—¿Vas a hablar con ella o qué?

—Tú ya sabes lo que pasó. No hay nada de lo que hablar. Me lo dejó todo muy claro. Hay muchos peces en el mar.

Me rio sorprendido.

—¿Qué clase de expresión es esa?

—Ilias la dice constantemente y me ha parecido muy apropiada.
—Suena igual de ridícula que cuando la dice él.
—Para ellos no es ridícula. En Nero hablan así —se queja él.
Yo me vuelvo a reír, pero pensar en Nero me hace pensar en Xandra. Aunque Ilias no era del mismo pueblo que ella, vivían en la misma región.
—Oye, que a ti no te interese nunca nadie no significa que yo también sea una piedra como tú —se queja, atacándome, en un intento de que deje de reírme de él. No le funciona.
—Eso ya ha quedado más que claro —me burlo yo, pensando en la cantidad de chicas con las que ha salido Kálix en la Universidad de Invocación, o, como la llaman los alumnos comúnmente: la UdI—. No me extraña que te aburrieras de Astrid —lo pico.
—¡Vete a la mierda! —Se enfada—. Yo no me aburrí de Astrid. Ella dijo que no quería estar conmigo. Pues le estoy haciendo caso.
—Es verdad. Lo siento, era broma —le respondo en tono inocente y apaciguador. Sé que el tema es serio, porque nunca pone esa voz.
Él refunfuña en voz baja mientras empiezo a recoger los platos del desayuno y los dejo en la pila de la cocina.
—¿Quiere que le ayude a fregar los platos, señor? —le pregunto al señor Katsaros, que está en el fregadero limpiando.
—Por favor, Zarek, ¿qué te he dicho? Llámame Flavian —me responde él.
—Lo siento, señor —me disculpo con una sonrisa—. La costumbre, señor.
—Nada de «señor» tampoco, Zarek. Me haces parecer viejo —me responde con ojos amables y yo asiento con la cabeza—. Podéis ir a entrenar, ya limpio yo todo esto.
—¿Seguro?
—Sí, seguro, venga. Marchaos.
Asiento y cojo la chaqueta de cuero de la silla.
—¿Vamos? —me pregunta Kálix.
Me pongo la chaqueta mientras asiento y salimos por la puerta principal. Sin poder evitarlo me doy la vuelta para mirar hacia la ventana que da a la habitación de Xandra. Las cortinas están retiradas para dejar pasar la luz y ella está en la cama con la mirada fija en la pared y con un libro en las manos. Me fijo en el color de la portada y me doy cuenta de que es el libro que le regalé hace tres solsticios de invierno.
Lo encontré en una tienda que vendía objetos adaptados para invocadores veteranos que habían perdido la vista por culpa de algún accidente con un monstruo. Gajes del oficio.
Veo como va moviendo los labios mientras descifra las palabras a la vez que pasa la mano delicadamente por encima de las páginas. Por

un momento me imagino que soy yo el que está tumbado en esa cama debajo de su mano, y no un libro. ¿Me acariciaría con tanta suavidad?

Un empujón me saca de mis fantasías bruscamente y yo vuelvo a preguntarme qué demonios me pasa con Xandra hoy, que no paro de pensar en ella.

¿Solo porque la había visto en tirantes y pantalones cortos? Bueno… solo… La imagen se había quedado grabada a fuego en mi memoria.

—¿Qué coño miras, Z? ¿Vienes o qué? —me pregunta Kálix.

Suspiro meneando la cabeza para aclararme las ideas.

—Te echo una carrera hasta La Cala —reto a Kálix con una sonrisa y el me la devuelve.

—¿Te has quedado con hambre después del desayuno o qué pasa? Porque vas a morder una de polvo… —chulea Kálix y yo me rio, porque sé que es verdad. Kálix es mucho más rápido que yo, de hecho, es el más rápido de nuestro curso. Pero no me importa. Yo soy el mejor en otras cosas.

—Eso ya lo veremos —le respondo de todos modos para picarlo.

Salimos corriendo por el bosque a toda velocidad. Mientras corro, siempre tres pasos por detrás de Kálix, no puedo evitar apreciar la belleza de mi hogar, mi isla, Théras. Aunque no hay duda de que vivimos en la región más bonita de todas las habitables del sur de la isla: Fere. Es la región de la agricultura, y cómo tal, las plantaciones de todo tipo de árboles, flores, plantas y vegetales crean un paisaje con un sinfín de colores que quita el aliento con solo verlo. En Fere, como en la mayoría de las regiones, hay solo un poblado. El nuestro, Areskeia, está lleno de agricultores que se dedican a cultivar las tierras para los habitantes de toda la isla. Así funciona Théras: cada región tiene una actividad principal que después se exporta al resto de la isla.

En el sudeste de la isla tenemos la región pesquera de Nero, cuyos poblados se llaman Efforia y Mavros. Al oeste de Nero se extiende la región de Fere, con el poblado de Areskeia, y al oeste de Fere la región herrera, Sídеros, en la que se trabajan los metales y se fabrican las armas, con el poblado de Elpida. En el norte de Fere se encuentra la región de la ganadería, Agnia, con el poblado de Thavmas, y en el norte de Síderos la región de la carpintería, Xylo, con el poblado de Nomosyni. Ya en la parte central de la isla tenemos la región textil, Linteum, con el poblado de Siodóxia y, por último, está Ignosia, la región del conocimiento, con la ciudad de Íkanos, que es la única ciudad que hay en todo Théras. Allí, se encuentran las mejores escuelas y la única universidad de toda la isla: la Universidad de Invocación.

Todo esto se encuentra, obviamente, en el sur de la isla. A la zona norte de la isla se la conoce como La Garra, por ser una zona

inhabitable y rocosa, llena de cuevas y de algo mucho peor: monstruos reales. Solo una cosa separa a los monstruos de todos nuestros poblados: Las Misericordiosas.

Al pensar en Las Misericordiosas, recuerdo la historia que acompaña a la creación de esas montañas. Una historia que mi abuela me había contado millones de veces cuando era pequeño:

«Cuenta la leyenda que la isla de Théras fue creada hace milenios por seis Dioses todopoderosos. A saber: Orien, Cosmo, Soterios, Demian, Athan y la hermana pequeña, Thyra. Los humanos vivieron en perfecta harmonía con los Dioses durante siglos y siglos, respetando y venerando a cada uno de ellos.

Pero, con el tiempo, los humanos se volvieron egoístas y codiciosos, y empezaron a olvidar a los Dioses que les habían dado la vida. Enfadados ante tal falta de respeto, los Dioses crearon otra raza a imagen y semejanza de esas almas podridas: los monstruos. La masacre que causaron fue tal que los humanos, arrepentidos, rezaron a los Dioses y suplicaron perdón, pero el daño ya estaba hecho.

Un día, un hombre de corazón valiente se dirigió a los Dioses y prometió su vida a cambió de protección contra los monstruos para los suyos. Los hermanos mayores lo ignoraron, pero la Diosa Thyra, conmovida por tal gesto de sacrificio, le otorgó audiencia. El hombre, Ajax, quedó petrificado ante la belleza de la Diosa, y Thyra después de pasar tiempo con él, se enamoró de su valentía y su bondad. Y así, Thyra la Misericordiosa, haciendo honor a su nombre, le concedió a Ajax y al resto de su pueblo el don de la invocación, y, para asegurarse de que ni su amado ni la familia de él sufrían ningún daño, irguió una cordillera que confinaría a los monstruos al lado norte de la isla protegiendo a los inocentes.

Así, Ajax fue el primer invocador, y a día de hoy Las Misericordiosas siguen protegiendo a los poblados de los monstruos, y los pueblos y sacerdotes siguen honrando a todos los Dioses, pero sobre todo a la Diosa Thyra la Misericordiosa».

Sonrío al ver la arena de la playa, recordando la historia de mi abuela, y aminoro el paso. El paisaje es precioso: las olas del mar chocan contra las rocas en las partes en las que no hay arena.

Kálix me espera en la orilla con expresión aburrida.

—Si ni siquiera te esfuerzas no tiene gracia —se queja, haciendo morritos como un niño de cinco años—. No sé qué cojones te pasa hoy, pero no paras de distraerte. Como sigas así te ganaré hasta en combate.

Yo sonrío. Eso es imposible. Kálix sonríe, como si acabara de decir que un limonero da manzanas. Los dos rompemos a reír.

—Vale, ahora he exagerado un poco. Pero eso no significa que no pueda hacerte sudar un buen rato.

—Tranquilo —le digo con una sonrisa arrogante—, no te machacaré demasiado.

—Imbécil arrogante… ¿No serás de Ignosia, por casualidad? —dice Kálix, mientras empieza dar vueltas en círculo en posición de defensa, y yo me rio a carcajada limpia.

—No —respondo—, soy ferenés de pura cepa. Te lo prometo.

Me pongo en posición de defensa yo también y damos vueltas en círculos uno alrededor del otro. Estiro el brazo para agarrar el suyo a la vez que con el otro le llevo la mano al cuello, pero él esquiva el ataque. Seguimos dando vueltas.

—¿Seguro? —se burla Kálix. Y yo aprovecho la distracción para fingir que lo voy a agarrar, para luego barrerle los dos pies con rapidez y tirarlo al suelo.

—¿Qué tal si cierras esa bocaza y te concentras? Te hace falta.

—Vete a la mierda —farfulla él mientras se levanta y se sacude la arena de la ropa de cuero—. Has atacado cuando no estaba listo. No se cosecha antes de sembrar.

—Un monstruo ya te habría cosechado la cabeza a estas alturas —le recuerdo, y él saca la lengua en gesto de despreocupación.

—Antes tendría que atraparme —sonríe.

—¿Seguro que no eres tú el que viene de Ignosia? —le pregunto y los dos estallamos a reír mientras volvemos a ponernos en posición de defensa.

Así nos pasamos el resto de la mañana, practicando posiciones de defensa y técnicas de lucha ofensivas, y, por unas horas, olvido esos pensamientos tan raros que había tenido esa mañana y dejo de pensar en ese pelo rojo del color del vino y en esos movimientos elegantes. Pero solo por unas horas.

# Capítulo 4

## Xandra



Me despierto y una gota de sudor me resbala por la frente. Habrá sido una pesadilla que no recuerdo, por suerte. Me seco la gota con el dorso de la mano y me levanto con presteza. Me dirijo hacia el baño para lavarme la cara y adecentarme un poco. Desde hacía unos días Zarek había estado viniendo cada mañana para almorzar con nosotros e ir a entrenar con Kálix a La Cala. Yo me aseguraba cada mañana de estar bien peinada y bien vestida, y así evitar otra situación incómoda como la de la semana anterior.

Me paro delante del armario y dudo sobre qué jersey ponerme. Paso la mano por encima de la tela y reconozco la textura de mi jersey favorito, que está recién limpio y huele a jazmines. Decidida, me lo pongo con rapidez y noto mariposas en el estómago al pensar con quién me encontraré cuando baje.

La puerta de mi habitación se abre de golpe y suelto un grito ahogado hasta que me invade un fuerte olor a colonia y la reconozco.

—Deberías relajarte con la colonia, primo —le digo con una sonrisa burlona—. Vas a hacer que me lloren los ojos.

—Ja, ja —dice él en tono irónico—. No exageres. Solo porque tienes el olfato hiperdesarrollado no significa que no huela divinamente.

—Bueno, estarás a salvo, eso sí. Si se te acerca un monstruo a menos de viente kilómetros a la redonda lo dejarás K.O. en segundos solo con el olor.

—Qué divertida te has despertado hoy, primita —me responde él —. ¿Alguien está de buen humor?

Me pongo roja y giro la cara. No quiero decirle el motivo por el cual tengo tantas ganas de bajar a almorzar últimamente. Sin hacerle caso alargo la mano hasta donde calculo que está Kálix, basándome en la intensidad del sonido de su voz. Noto músculo y siguiendo su hombro pongo la mano en el hueco que deja su codo al doblarse.

—Llévame a la cocina, anda —le ordeno, y él empieza a caminar adaptándose a mi paso. Puedo ir sola a donde quiera, pero me resulta siempre más fácil y rápido si alguien me guía que tener que ir tocando todas las paredes (y tirando los cuadros de media casa).

Hablamos de trivialidades durante el resto del camino a la cocina, y me avisa de las escaleras cuando llegamos al primer escalón. Estoy tan acostumbrada a que me guíe que no dudo ni un segundo y pongo con confianza el pie en el escalón correcto. Con Kálix todo es muy fácil. Me hace la vida más fácil.

—Si eres tan mayor como dices… ¿cómo es que ningún chico del pueblo te ha pedido salir? —pregunta mientras bajamos las escaleras.

Me retracto al instante de mis pensamientos. Es un metomentodo y me hace la vida imposible.

—¿Por qué das por hecho que ningún chico me ha pedido salir? —le pregunto ofendida.

—¿Por qué? ¿Es que sí que te lo han pedido? ¿Quién ha sido? ¿Lo conozco? —me avasalla mi primo el sobreprotector.

—No te lo tomes a malas —oigo la voz de Zarek al final de las escaleras, y me pongo tan nerviosa que casi me salto un escalón de golpe—. Kálix solo da por hecho que no te ha invitado nadie a salir, porque tiene a todos los chicos del pueblo amenazados.

Cuando llego al final de la escalera y ya no corro el riesgo de morir por un traumatismo craneoencefálico, o peor, de caer en brazos de Zarek y morir de la vergüenza, asimilo lo que Zarek acaba de decir.

—¿Amenazados? —pregunto enfadada.

—Por supuesto —responde Kálix con voz orgullosa—. No voy a dejar que cualquier gusano se acerque a mi primita.

Abro la boca para soltarle cuatro cosas, pero finalmente niego y suspiro.

—Da igual, tampoco me lo iba a pedir nadie de todos modos —respondo con desazón, y se forma un silencio que me avergüenza más de lo que puedo admitir—. ¿Vamos a comer?

Nadie responde, pero Kálix vuelve a ponerse en marcha, y suspiro aliviada. Solo quiero olvidar este momento bochornoso del que, para variar, Zarek ha tenido que ser testigo. Y así de rápido mi buen humor desaparece. Me siento en mi lado de la mesa y Kálix me trae un plato con una rebanada de pan. Empiezo a separar las migajas de pan con los dedos, casi sin hambre, y me las llevo en silencio a la boca.

—Voy a avisar a mis padres de que el almuerzo está servido —dice Kálix. Oigo sus pasos alejarse y me quedo a solas con Zarek. Carraspeo y sigo desmigajando el pan, desganada.

—Xandra… —oigo el grave timbre en la voz de Zarek al pronunciar mi nombre y me estremezco entera. Me quedo inmóvil con el pan en las manos, con la mirada fija en el plato—. ¿Por qué has dicho eso?

—¿Por qué he dicho qué? —pregunto, pero ya sé a lo que se refiere.

—¿Por qué has dicho que ningún chico te pediría salir? —pregunta, y parece genuinamente confundido—. ¿Es porque no estás interesada?

—No, no es por eso —digo y me giro hacia dónde he oído la voz de Zarek—. No es porque no esté interesada. Es porque… —me callo, incapaz de decir las palabras.

—¿Lo estás? —pregunta, y por un momento me parece oír un tono abatido en su preciosa voz rasgada.

—¿Qué? —digo sin entender nada.

—Interesada en alguien más, digo —especifica, y se forma un silencio absoluto, en el que casi ni respiramos.

O tal vez soy yo, que me pongo roja y ya no sé si es por la vergüenza, o porque me estoy quedando sin oxígeno. De hecho, tendría más sentido que fuera lo segundo, y que toda esta conversación no hubiera sucedido. Que estuviera solo en mi cabeza. Lo oigo tragar saliva y entonces registro sus palabras.

—¿Alguien más que quién?

—¿Qué? —pregunta, y ahora es él quien parece confundido.

—Me has preguntado si estoy interesada en alguien *más* —le explico, y se vuelve a quedar en silencio.

—Yo no he dicho… Solo he dicho… Quería decir… —suelta el aire y vuelve a intentarlo—. Bueno, no sé lo que he dicho, pero quería saber por qué has dicho que… ¿sabes qué? Lo siento, me estoy metiendo donde no me llaman. Tu vida sentimental no es asunto mío —dice, y parece tenso.

—¿Te has enfadado? —pregunto con voz trémula.

—No —dice seco, y me tiro un poco hacia atrás ante el tono, pero antes de que pueda decir nada más noto que su mano caliente coge la mía y es tan grande que la envuelve entera. Su piel es tersa y caliente, y noto los callos de un luchador en sus palmas que me rascan la piel y vuelvo a estremecerme —Lo siento, Xan. No quería ser brusco. No estoy enfadado. No tendría que haberte hablado en ese tono, perdóname —dice, con una voz tan dulce y arrepentida que hace que se me seque la boca. Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar y trago una saliva inexistente.

—Pensaba que era evidente por qué nadie querría salir conmigo —empiezo, más valiente bajo su mirada y su gesto cariñoso.

—No sé a qué te refieres.

Me quedo unos segundos callada, y por un momento me invade el pánico y noto ácido en el estómago. Aparto lentamente mi mano de la suya.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunto insegura, con el corazón en un puño. ¿Podía ser que hubiera malinterpretado tanto la situación?—. Si es una broma no me hace gracia.

Oigo la silla que se arrastra por el suelo al mismo tiempo que noto que se pone de pie y se planta delante de mí. Está tan cerca que siento el calor que desprende su cuerpo y me invade el olor a cuero y menta

que siempre relaciono automáticamente con él.

Noto que me vuelve a coger la mano y le da un suave apretón.

—Nunca —responde él con seriedad—. Nunca me burlaría de ti. ¿Cómo puedes decir eso? Nos conocemos desde niños.

Pues sí que había malinterpretado la situación. Me estaba hablando como a alguien a quien conoce de hace tiempo, como a una hermana. Y en un momento, esa burbuja de intimidad que se había creado entre nosotros se rompe y suelto un pequeño suspiro. Dejo ir su mano y esta vez se separa de mí y vuelve a sentarse.

—¿Xandra? —parece preocupado, pero ya no me fio de lo que perciben mis oídos. Al menos no en lo que a él se refiere. Con Zarek no puedo ser objetiva. Solo oigo lo que quiero oír.

Me giro y sigo comiendo el pan en silencio. Noto que quiere decir algo más, pero oímos los pasos del resto de la familia que se une a comer. Si hay un ambiente raro, nadie dice nada, y yo como mi almuerzo en silencio y me largo de ahí lo más rápido posible.

Espero a que Zarek y Kálix ya se hayan ido para volver a bajar y dirigirme a la puerta principal. Cojo la chaqueta de cuero que tengo en la entrada y mi bastón y me dispongo a salir cuando oigo la voz de mi tío desde la cocina:

—¿A dónde vas?

—Hoy es tercer sol —respondo como si eso lo explicara todo y cuando solo oigo silencio continuo—. Es mi día de prácticas con Althea.

—Ay, sí —responde mi tío algo nervioso—. Saluda a la curandera de nuestra parte. Es muy amable que te deje ayudarla…

—Voy a que me enseñe —corrijo con irritación, como cada tercer sol. No sé qué se piensan que hago allí, aparte de estorbar—. Quiero que me enseñe todo lo que sabe y poder ser curandera algún día.

—Claro, hija —responde mi tía Adara no muy convencida y yo suspiro exasperada. Cojo el bastón y abro la puerta para irme antes de que me pongan más nerviosa.

—Adiós, os quiero —grito.

—Y nosotros a ti, pequeña —responde Adara y yo sonrío.

—Ve con cuidado y no te desvíes del camino que conoces —ordena mi tío en tono preocupado—. Si necesitas algo…

—Estaré bien, tío Flavian. He ido a la casa de la curandera mil y una veces.

—Vale, pero si necesitas ayuda… —insiste Flavian, pero yo sonrío y vuelvo a suspirar. No me extraña que Kálix no me deje en paz. Ya veo a quién ha salido.

—¡Adiós, tío Flavian! —lo interrumpo de nuevo y cierro la puerta detrás de mí.

La luz del sol tan directa me aturde y los olores de la zona me

golpean en la cara. Me paro para inspirar el olor de las plantas y las flores que rodean la casa: mi olor favorito, y uno que solo se puede encontrar en Fere.

Aún recuerdo el olor a pescado que hacía mi antigua casa en Mavros, en el poblado de Nero, durante los pocos meses que estuvimos allí, en esa casa apartada del resto de la isla. Los meses que estuvimos hasta que… bueno, hasta que *aquello* ocurrió.

Carraspeo y me pongo a caminar. Tengo un buen trecho hasta llegar a la casa de la curandera. Veinte minutos a pie no es mucho para la mayoría, pero para mí es una vida. Camino con lentitud, preparada para cualquier eventualidad que pueda surgir, pero segura de donde piso, gracias al bastón que mejora mi movilidad.

Sigo el camino de tierra que lleva al centro del pueblo y a los negocios, donde oigo el tumulto de la gente comprando, y algún que otro rugido de algunos monstruos que alguien ha invocado para ayudarle con sus tareas mundanas, como la de arrastrar una carreta y arar el campo de cultivo, o la de rastrear setas para la recolección de la temporada.

Como no tengo prisa por llegar a casa de Althea y estoy cansada por el esfuerzo mental que supone estar atenta a todo lo que pasa a mi alrededor con solo cuatro sentidos, decido pararme en medio de la plaza y descansar un momento. Me paro en una tienda de velas aromáticas y me distraigo un buen rato oliendo cada una de ellas.

Voy acariciando lentamente los vasos de cristal que las contienen para no tirar ninguna y hacer un destrozo e intento distinguir los distintos olores de cada vela.

Estoy oliendo una vela con olor a menta que automáticamente me hace pensar en Zarek, cuando oigo una voz estridente detrás de mí que me llama la atención. La cruz de tener el oído tan desarrollado.

—¿…verdad que sí? ¿Y has visto lo que lleva puesto? —se ríe una voz femenina, y otra risa a coro.

—¡Horrible! —dice otra y me apena la crueldad de la gente de este pueblo.

—¿A quién se le ocurre mezclar una camiseta naranja con el pelo rojo? —se ríe la primera mujer, y se me encoje el estómago al darme cuenta de que están hablando de mí. ¿Tan mal vestida voy?

—No me puedo creer que tenga tan mal gusto. ¿La habías visto antes? No me suena de nada…

—Ni idea —responde la primera mujer otra vez—. ¿Será daltónica?

Aquí ya me doy la vuelta indignada con la vela aromática de menta aún en la mano y digo en voz bien alta:

—Soy ciega, no daltónica. Y desde luego sorda tampoco.

Se hace el silencio, pero no espero a escuchar una respuesta. Vuelvo a darme la vuelta y me llevo de nuevo la vela a la nariz,

dejando que el olor a menta me tranquilice. Le compro la vela al vendedor, recojo el bastón que había dejado apoyado en la pared y prosigo mi camino hacia la casa de la curandera, mucho más calmada.
Después de un buen rato caminando y oliendo la vela de menta llego finalmente a la casa de la curandera. Subo las escaleras de su porche y llamo a la puerta con energía.

# Capítulo 5

## Xandra



—Adelante —oigo la voz de Althea desde el otro lado de la puerta y tanteo la madera hasta encontrar el pomo. Abro la puerta lentamente y entro con cuidado en la habitación, siempre con el bastón por delante, para evitar chocarme con algo y romperlo—. Ah, querida, eres tú. Pasa, pasa.

Sonrío a Althea y sigo su voz hasta la sala en la que atiende a sus pacientes. Doy con el bastón contra la pata del sofá y lo toco con la mano antes de sentarme en él. Oigo como la mujer mayor busca y rebusca en su boticario y los botecitos de cristal que contienen los medicamentos y las hierbas curativas van chocando entre ellos, haciendo un ruido casi ensordecedor. Althea es tan caótica como buena en su trabajo.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta ella. Yo me quedo un momento en silencio, intentando entender a lo que se refiere.

—Ah, ¿te refieres a esto? Es una vela aromática —respondo y me llevo la vela a la nariz de nuevo con una sonrisa, para volver a olfatearla.

—Menta, ¿no? —Yo me sorprendo de que lo haya podido oler a esa distancia. La gente no suele tener el sentido del olfato tan desarrollado y casi todo lo que captan viene de la vista y del oído.

—Sí, así es.

—¿Te gusta la menta? —pregunta con curiosidad—. Pensaba que alguien con un olfato como el tuyo preferiría un olor más delicado como lavanda o alguna otra flor del estilo.

Yo me pongo roja como mi pelo al pensar en por qué me gusta tanto el olor a menta.

—Es un gusto adquirido —confieso con las mejillas encendidas, y doy gracias a los Dioses por que la mujer no me pregunte por qué me sonrojo—. Pero menudo olfato tienes, para detectar el olor de la menta desde allí.

—Una curandera debe tener un buen olfato. Hay muchas plantas que son muy parecidas y que podremos distinguir solo gracias a nuestra nariz —explica y yo asiento con la cabeza pensativa. Bueno, al

menos una cosa que sí que podía hacer bien.

—Tiene sentido.

—Tengo la medicación para tus ojos preparada, corazón —me dice con dulzura—. ¿Quieres que te aplique el ungüento?

Asiento ligeramente y me desato la venda que me tapa los ojos. Durante unos segundos me siento completamente desnuda, hasta que recuerdo que solo me está viendo Althea.

La única persona que ha visto y que verá jamás mis feas cicatrices y mis horrendos ojos violetas.

Oigo que se acerca a mí lentamente y se sienta a mi lado en el sofá.

—Estará un poco frío —me avisa con suavidad.

Yo asiento la cabeza, pero ya lo sé. Lleva curando mis heridas semanalmente durante los últimos doce de mis veinte años. Me deja el ungüento encima de las cicatrices durante unos minutos y al cabo de un rato me separa las pestañas con pericia, para echarme unas gotas dentro de los ojos. No sé exactamente para qué sirven estos medicamentos, solo sé que el líquido escuece como limón en una herida, y que después de las gotas sigo viendo todo tan negro como hacía diez minutos.

—Por los Dioses, ¡cómo escuece! —susurro mientras parpadeo sin parar.

Althea se ríe suavemente y me coge la mano.

—Lo siento, corazón. Estas gotas son necesarias para que puedas mantener el mínimo de sensibilidad a la luz que tienes ahora. Más no puedo hacer por ti —me dice con pesar—. El ungüento mantiene las cicatrices cerradas y evita que te duelan con el movimiento.

—Ya podría hacerlas desaparecer —susurro mientras Althea me limpia el ungüento de la cara con un paño mojado.

—Realmente no son tan terribles como crees, si las dejaras al aire libre…

—No —le respondo bruscamente—. Ya tengo que soportar suficientes chismorreos de la gente del pueblo sobre mí, gracias.

Pienso en la escena del mercado y bajo la cabeza con pesar.

—Perdona, no quería hablarte mal, Althea. Has hecho más por mí de lo que muchos harían. Gracias, de verdad.

—Lo sé, pequeña. No te preocupes —me dice mientras me acaba de limpiar la cara. Althea se levanta y yo me vuelvo a vendar los ojos rápidamente, disfrutando de la capa de protección que me brindan—. ¿Quieres empezar tus lecciones de hoy?

Yo asiento con la cabeza y ella prosigue:

—Visto que te gusta tanto la menta, a la que en botánica llamamos *Mentha piperita*, comenzaremos por ahí. Tiene casi tantas propiedades curativas como la *Aquilegia vulgaris*, que es una flor que tú, por desgracia, conoces muy bien por el ungüento —dice ella—. Como he

dicho, la menta tiene muchas propiedades y funciones: facilitar la digestión, estimular el hígado, favorecer la secreción de la bilis, descongestionar las vías respiratorias, mitigar el dolor, evitar los vómitos y el mareo y un largo etcétera.

Althea es una gran maestra y me explica con paciencia durante la siguiente media hora todas las propiedades y funciones de la menta, cómo cultivarla, dónde encontrarla y está en proceso de explicarme cómo suministrarla a un paciente cuando alguien empieza a aporrear la puerta con urgencia.

—¡Adelante! —grita la mujer y rápidamente se pone manos a la obra, sabiendo que al otro lado hay alguien que necesita de sus atenciones médicas.

Oigo pasos como de un par de personas, y Althea empieza a mover cosas de un lado a otro. Me imagino que está vaciando la mesa para tumbar allí a un herido.

—¡Lo ha atacado un Gamma! —dice un hombre con voz preocupada y medio aterrada—. Tiene la pierna destrozada… Había tanta sangre…

«Son invocadores», pienso con admiración, y me quedo quieta en el sofá para no estorbar, pero muy atenta por si Althea me necesita.

Entonces me fijo en lo que ha dicho el invocador mientras la curandera examina la pierna herida del invocador. Hago memoria y pienso en lo que nos contaron de pequeños en el colegio sobre la invocación y la clase de monstruos que había en la isla.

Si no recuerdo mal las clases de monstruos se clasificaban de menos peligrosos a más peligrosos como: clase Omega, clase Sigma, clase Ómicron, clase Delta, clase Gamma, clase Beta y la más letal de todas: la clase Alpha.

—¿Un Gamma? —pregunto con miedo en la voz—. Pensaba que los Gamma solo se encontraban en La Garra, detrás de Las Misericordiosas.

Hay unos segundos de silencio en los que el invocador seguramente se acaba de dar cuenta de que existo, y después responde:

—Nos hemos encontrado con uno en las fronteras entre Agnia y Fere. Seguramente venía del Bosque de los Gritos y se ha metido en el sur de la isla pasando por el Valle de las Almas Perdidas —explica el hombre con sequedad, como si pensara que no me debe explicaciones. Yo me muerdo el labio con preocupación, pero no pregunto más. Quiero pensar que el hombre solo está preocupado por su compañero.

—¿Y tú quien eres? ¿Y por qué llevas esa venda en la cara? —pregunta el invocador de repente. No era solo preocupación. Era definitivamente un maleducado—. ¿A ti también te ha atacado un monstruo? —pregunta con sorna, como si la simple idea de que una niñata desmarcada como yo fuera invocadora le hiciera partirse de la

risa.

Me quedo callada y de la rabia, noto fuego en el estómago.

—Es mi ayudante —responde Althea secamente.

—¿Tu ayudante? ¿Cómo va a ayudarte con eso en la cara? —insiste el hombre sin pelos en la lengua—. ¡Pero si con eso no puedes ver una mierda!

—Con el debido respeto, *señor* —respondo entre dientes—, aunque me quite la venda sigo sin ver una mierda.

Eso lo hace callarse unos segundos.

—¿Eres ciega?

Ni le respondo.

—Xandra, tráeme la *Aquilegia vulgaris,* tengo que coser la herida —me dice Althea, y yo me levanto del sofá y con el bastón llego al boticario y empiezo a llevarme botellitas a la nariz.

—¿Qué hace? ¿Qué busca? —pregunta el invocador de mala manera, como si yo no estuviera delante o no fuera lo suficientemente inteligente como para responder por mí misma.

—Estoy buscando *Aquilegia vulgaris* —le respondo mientras huelo otra botellita—. Es una planta azul que tiene mucho poder curativo —explico—. No, esto definitivamente no es —añado para mí misma en un susurro.

Noto que me quitan la botella de las manos antes de poder dejarla en su sitio.

—La tenías en la mano y no la has visto —me recrimina el invocador con un gruñido, de tan mala manera que sorprende hasta a Althea—. ¿Sabes qué? No quiero a una ciega cuidando de mi amigo, a este paso acabará peor de lo que ya está.

—Escuche, Xandra es mi ayudante, si no le gusta puede llevar a su amigo al curandero del próximo pueblo más cercano —le responde Althea con firmeza—. Si es que no se desangra antes.

—Althea, no pasa nada —digo—. Ya me voy.

Recogo mi bastón apoyado en la pared mientras digo:

—Aunque antes de irme le tengo que advertir: será mejor que no le dé lo que lleva en la mano a su amigo, si le tiene el más mínimo aprecio —le digo al invocador—. Eso que me ha tan bruscamente quitado de las manos es *Aconitum napellus*, o acónito común, también conocido como «Matalobos». Si le da eso a su amigo será lo último que haga, pues es la flor más venenosa que se puede encontrar en estos bosques. De nada.

# Capítulo 6

## Xandra

Me despierto con un grito atascado en la garganta. Estoy respirando tan rápido que prácticamente resuello, y tardo unos segundos en calmarme. Me paso la lengua por los labios secos y trago saliva.

Durante unos diez minutos me quedo boca arriba intentando conciliar el sueño, pero una vez me despierto me cuesta mucho volver a dormirme. Ya no solo por la pesadilla que acabo de tener —que es la de siempre—, sino porque estoy sudada, incómoda y tengo la boca seca.

Doy un par de vueltas más sobre la cama, para ver si consigo encontrar una posición cómoda. Me planteo ir a ver a mi primo, o pedirle que venga, pero me niego a tener que depender siempre de él para dormir. Y más cuando el verano terminará pronto y él tendrá que volver a irse a estudiar a la universidad, mientras que yo me quedaré, como siempre, en casa, sin tener ningún tipo de plan para el futuro. Siempre en casa.

Noto un nudo en el estómago al pensar en ese tema, pues me preocupa lo que pasará cuando Kálix se gradúe. Intento no pensar en el hecho de que algún día —no muy lejano— mi primo dejará esta casa para independizarse, ya sea solo o con alguien. Tendrá una nueva vida de la que no podré formar parte y me quedaré con mis tíos. Pero sola.

Ese pensamiento me entristece y después de haberme rebozado por la cama un buen rato desisto y decido bajar a la cocina a beber un poco de agua y ver si así consigo tranquilizarme.

Cojo la venda de los ojos y me la voy atando mientras busco las zapatillas con los pies. Me levanto y voy hacia la puerta. Como no detecto nada de luz deduzco que, efectivamente, sigue siendo de noche.

Bajo las escaleras con cuidado y llego a la cocina. Me debato durante medio segundo sobre si encender la luz de la cocina o no, y finalmente decido que me da pereza y que no hace falta. Cojo un vaso del armario y vierto el agua, metiendo los dedos en el vaso de vez en cuando para comprobar el nivel del agua y asegurarme de que no voy a tirarlo todo por fuera.

De repente, oigo unos pasos que reconozco perfectamente. «Al final

lo he despertado igualmente», me percato con pesar, al darme cuenta de que mi primo está a punto de entrar en la cocina. Dejo el vaso y voy a saludarlo, pero antes de que pueda abrir la boca noto que se enciende la luz y él pega un grito tan ridículo que me empiezo a reír sin poder evitarlo.

—¡Joder, Xandra! —se queja él, y casi ni oigo como se apoya en la mesa de lo mucho que me estoy riendo—. ¡Por todos los Dioses! ¿Qué quieres? ¿Matarme de un infarto?

—¿Qué pasa? ¿Has visto un bicho y te has asustado, primito? —me burlo—. No te preocupes, yo te protejo.

—El único bicho que veo aquí eres tú.

Por su voz, noto que está justo a mi lado, y lo confirmo cuando empieza a hacerme cosquillas sin piedad. Yo me río sin parar y casi me ahogo mientras intento apartarle las manos.

—¡Basta, basta! ¡Por favor! —suplico entre risas y finalmente me deja en paz—. No podía dormir —le explico cuando ya estoy más calmada. Me apoyo en la encimera y oigo como se vierte un vaso de agua para él.

—Podrías haberme venido a buscar —dice en tono dulce.

—¿Y despertar al dragón? —pregunto en tono de broma—. Paso. Además, tengo que aprender a dormir solita… Pronto volverás a irte a Ignosia.

Bajo la cabeza y como no sé qué hacer con las manos cojo mi vaso y le doy un trago. Reina el silencio hasta que mi primo vuelve a hablar:

—Yo también te echaré de menos —dice en voz baja—. No me gusta dejarte aquí sola durante todo el año… Si pudiera me quedaría, ya lo sabes.

Y lo haría. Se quedaría conmigo para siempre sin poder aprovechar su máximo potencial, porque él era así. Niego con la cabeza y me arrepiento enseguida de haber sacado el tema. No es mi intención hacer sentir mal a Kálix solo porque él tiene proyectos de futuro y yo no. Intento quitarle hierro al asunto:

—Tampoco exageres, que sola no me quedo. Estoy con el tío Flavian y la tía Adara, y encima tendré un montón de trabajo con Althea y…

Me quedo callada al darme cuenta de lo vacía que está mi vida y de la poca gente con la que me relaciono. Qué triste. Pero vuelvo a sonreír, aunque sea un poco forzado, para acabar de convencer a mi primo… y a mí misma.

—…estaré bien —termino con aire forzadamente convencido.

Mi primo no dice nada y cambia de tema:

—¿Qué haces por las mañanas cuando no estás con Althea?

—Normalmente leo —le explico con una sonrisa dulce.

—¿El libro que te regaló Zarek? ¿No te lo has leído ya mil veces? —pregunta mi primo confundido—. ¿Qué gracia tiene leer el mismo libro tantas veces?

—Bueno… —confieso desanimada—. Tampoco es que tenga mil libros entre los que escoger.

Él no dice nada y nos volvemos a quedar en silencio mientras bebemos nuestros respectivos vasos de agua. En ese momento se me ocurre una pregunta que lleva tiempo carcomiéndome por dentro:

—¿Cómo es Zarek? —pregunto casi aguantando la respiración—. Físicamente, digo.

Mi primo se queda callado unos momentos, seguramente intentando descifrar a qué viene esta pregunta.

—Solo es curiosidad —especifico nerviosa.

—Bueno… pues no sé. Es un tío. ¿Qué quieres que te diga? —pregunta un poco desconcertado.

—No te pido que me digas si esta bueno o que le cuentes los abdominales, idiota. Solo dime lo básico —le suelto exasperada—. No hace falta que me escribas un libro tampoco.

—Ya, no sé… Pues es alto, supongo…

—¿Cómo de alto? ¿Como tú? —le interrumpo impaciente.

—Un poco más que yo —dice entre dientes—. Pero tampoco mucho más. Algunos centímetros.

Yo me sorprendo, porque mi primo ya es una torre. Yo no soy bajita para nada, pero lo de ellos es otro nivel.

—¿Y qué más? ¿De qué color es su pelo? ¿Cómo lo lleva? ¿Tiene la piel tirando a morena o más bien pálida como la tuya? —Voy disparando preguntas a diestro y siniestro—. ¿De qué color tiene los ojos? —pregunto finalmente en un susurro.

—¿A qué vienen todas estas preguntas? —pregunta mi primo incómodo.

Yo me pongo un poco roja, pero disimulo bebiendo agua.

—No vienen a nada… Simplemente me gusta imaginarme un poco con quién estoy hablando. No nací ciega, perdí la vista. Mi mente aún necesita imaginarse las cosas —explico, y no era del todo mentira. Claro que no le dije que tenía ganas de relacionar una cara con esa voz tan *sexy* que me ponía la piel de gallina.

Mi primo carraspea y responde:

—Pelo moreno, y lo lleva como yo, y como todos los invocadores: rapado por los lados y la parte de arriba más larga y recogida detrás de la cabeza. A veces en un moño o a veces su hermana le trenza el pelo, para que no se le caiga en la cara cuando luchamos. La piel…

—¿Zarek tiene una hermana? —lo vuelvo a interrumpir, incapaz de procesar tanta información de interés a la vez.

—Sí. Se llama Yalena, la he visto algunas veces cuando he ido a su

casa —explica—. Es maja, creo que es de tu edad. Este año empieza también en la UdI.

El cerebro me da tantas vueltas… ¿por qué no habíamos coincidido nunca? ¿Si nos encontráramos yo le caería bien?

—¿Quieres que siga? —pregunta mi primo, sacándome de mis pensamientos, y yo asiento con efusividad—. Lo que decía. Tiene la piel más morena que nosotros, no sé decirte el tono, prima. No te pongas exigente —me corta justo cuando me ve abrir la boca para hablar—. Tiene los ojos verdes.

—¿Verdes?

—Sí.

Me quedo callada intentando imaginarlo, pero todavía se me hace un poco difícil. Había tantas cosas más en una persona aparte del pelo y los ojos…

—¿Qué tipo de verde? —le pregunto ansiosa—. ¿Verde claro tipo hierba o verde oscuro tirando a musgo?

—¡Ay, Xandra! ¡Y yo qué sé!

—Vale, no te alteres —digo como si le hablara a un bebé—. Ya veo que te pido demasiado.

Kálix gruñe y empieza a hacerme cosquillas otra vez sin piedad y toda el agua que me quedaba en el vaso nos cae encima y nos reímos.

—Vuelve a la cama, listilla —me ordena—. Se acabaron las preguntas.

Yo sonrío y acepto. Alargo la mano para encontrarlo y me la coge para que sepa dónde está. Subiendo la mano por su brazo llego a su nuca y le acaricio el pelo rapado y rubio antes de ponerme de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Gracias, Kálix. Siempre consigues distraerme.

—A su servicio, señorita —bromea, pero le noto la sonrisa en la voz.

Me giro para volver a la cama, pensando en todo lo que me ha dicho mi primo. Me quedo dormida pensando en una cara desconocida de piel morena y ojos verdes, pero que me habla con una voz rasgada y profunda que conozco muy muy bien.

# Capítulo 7

## Zarek



Llamo a la puerta de la casa de los Katsaros y me arrepiento al instante de no haber usado el otro brazo cuando una punzada de dolor me atraviesa el costado. Me muerdo la lengua para no soltar una retahíla de palabrotas. Bajo el brazo y me miro el lugar donde tengo la herida, que ahora vuelve a sangrar y me está manchando la camiseta.

La puerta se abre y Kálix me sonríe burlón desde el otro lado:

—Hola, princesita… ¿Cómo va la herida?

—¿A quién llamas tú princesita? —le respondo enfurruñado mientras cruzo el umbral y entro en su casa—. Herida o no, ayer barrí el suelo contigo. Que me dieras con el cuchillo fue pura suerte… No sabías ni a dónde apuntabas —me burlo.

La sonrisa se le borra de la cara.

—Cuando quieras repetimos y lo vemos —me reta él—. Aunque si te da miedo que volvamos a entrenar con cuchillos…

—Más quisieras —le digo, y le doy un codazo que lo desplaza dos pasos a la izquierda.

Cuando entro en la cocina mis ojos recorren la habitación, pero ella aún no ha bajado. Intento ocultar mi decepción. ¿Qué me pasa últimamente? He estado mil veces alrededor de esa chica, pero parece que desde principio de verano todo lo que hago gira a su alrededor.

—Voy a ducharme —dice Kálix—. Ya sabes dónde está todo.

—Sí, por favor —digo mientras me tapo la nariz con los dedos.

—Vete a la mierda, Z —se ríe él—. Xandra bajará en un momento —añade y yo me encojo de hombros con gesto despreocupado para disimular, como si no hubiera estado pensando en ella no hacía ni dos segundos.

Cojo los platos del desayuno y veo que el bol que usa Xandra vuelve a estar en el estante de arriba del todo, así que lo bajo dos estantes para que llegue a cogerlo sin problema. Sé que le gusta hacerlo todo por sí misma, pero nadie dijo nada de no poder facilitarle las cosas.

Sonrío y me siento en mi lado de la mesa. El corazón me da un vuelvo cuando oigo su dulce voy a mis espaldas:

—¿Zarek?

Para variar, está preciosa. Esta vez el pelo rojo le cae suelto por los hombros, y lleva una falda de flores azules que le llega hasta los pies y una camiseta ajustada de color azul claro que deja al descubierto tres tentadores centímetros de piel alabastro a la altura de las caderas.

Está parada en la puerta de la cocina con aire dudoso y alarga la mano hacia delante como intentando llegar hasta mí.

—Estoy aquí —le digo en voz baja para no asustarla, y le cojo la mano que tiene en el aire para acompañarla a la mesa. Mis manos son tan ásperas al lado de las suyas que me sabe hasta mal envolver su pequeña y delicada mano con la mía. Cuando llegamos, le dejo la mano encima de la mesa y se la suelto para acercarle la silla y que pueda sentarse. Cuando ya está en su sitio cierro el puño con fuerza para evitar la tentación de volver a cogerle la mano—. No te había oído llegar.

—Puedo ser silenciosa cuando quiero —dice con una media sonrisa y acerco mi silla a la suya, casi hipnotizado.

—Te creo —río en voz baja.

Se hace el silencio entre nosotros, pero no veo la necesidad de rellenarlo y simplemente disfruto de la compañía. Al cabo de unos minutos le pregunto si tiene hambre y cuando me lo confirma le acerco el pan y el embutido. Cuando me levanto y me acerco para dejarle la comida en el plato veo que frunce el ceño y su pequeña nariz se mueve de un lado a otro, casi olfateando. Me aparto rápidamente y me huelo a mí mismo, para asegurarme de que no la he ofendido con mi olor corporal. Esta misma mañana me he duchado, por lo que solo huelo a la menta del jabón. Aun así, recuerdo que ella tiene el sentido del olfato más desarrollado y me preocupo.

—¿Va todo bien? —le pregunto con cuidado, pero sé que aunque oliera a estiércol no me lo diría.

—Sí… —responde poco convencida y vuelve a olfatear—. Me ha parecido oler sangre, pero me lo habré imaginado.

Dejo ir todo el aire de golpe del alivio. Craso error, teniendo en cuenta que eso hace que me escueza aún más el corte que tengo en las costillas.

—Ah, es eso —respondo más relajado—. No te lo has imaginado… Ayer tocaba entrenamiento con cuchillos y el suertudo de tu primo me alcanzó con la hoja —explico con una risa—. Te dirá que fue habilidad, pero tú no te lo creas.

Levanto la mirada hacia su cara y veo que sus labios están entreabiertos en una mueca de horror. Xandra se levanta de golpe de la silla y casi la tira al suelo del ímpetu.

—¿Estás herido? ¿Dónde? ¿Te duele? ¿Por qué no fuiste a la curandera? ¿Te limpiaste la herida? ¿La has desinfectado?

Suelta las preguntas una tras otra y cada vez está más cerca de mí. Me quedo callado un momento e intento absorber la agradable pero desconocida sensación de tener a alguien preocupándose por mí.

—Estoy bien —susurro finalmente, y carraspeo para deshacer el nudo de emoción que tengo en la garganta. De repente, la necesidad de tranquilizarla me invade—. Solo fue un rasguño.

—Bendita Misericordia, Zarek. ¡Estoy oliendo la sangre! —me dice alterada y yo le pongo las manos en los hombros para que se calme—. ¿Dónde estás herido? Deja al menos que te cure…

Sonrío otra vez al verla tan preocupada por mí y le acaricio los hombros con los pulgares.

—De verdad que no es más que un rasguño… —le insisto en voz dulce.

—Zarek… —se muerde el labio inferior con preocupación y toda la sangre que tenía en la herida me baja a otro sitio. Me quedo unos segundos callado mirándole la boca, hasta que oigo un carraspeo detrás de mí.

Kálix nos mira con el ceño fruncido y yo le quito las manos de los hombros.

—¡Has cortado a Zarek! —acusa Xandra a su primo en tono de reprobación—. ¿En qué estabas pensando? ¡Tenéis que ir con más cuidado!

—Eh, que yo soy la víctima —me quejo.

—Trae mi botiquín, Kálix.

—Xandra, estás exagerando una barbaridad —se queja Kálix con aire incrédulo—. ¡Solo es un pequeño corte!

—¡Kálix! —grita Xandra alterada—. ¡Como no me traigas el botiquín te juro que la que te cortará seré yo!

Alzo las cejas sorprendido por la efusividad de la amenaza y me froto el pecho al volver a notar esa sensación extraña, pero agradable.

—¡Vale! —grita Kálix finalmente—. ¡Por la Misericordia, Xandra! ¡Qué mal genio!

Cuando Kálix finalmente se va rezongando hacia la habitación de Xandra la miro. El cariño me invade y no puedo evitar acariciarle la suave mejilla con el pulgar. Ella pone su mano encima de la mía e inspira aire profundamente.

—¿Dónde te duele? —me pregunta suavemente, y me obligo a apartar la mano de su cara, para no importunarla más.

—Costillas —susurro.

—¿Qué lado? —pregunta, con las manos cerca de mis costados sin llegar a tocarme. Le acaricio suavemente la mano del lado derecho y ella arrastra la camiseta de algodón hacia arriba con las manos.

Lentamente y con suavidad pasa la punta de los dedos por mi piel hasta encontrar la herida y recorrerla. No tiene las manos frías, pero aún así me estremezco sin poder evitarlo.

—¿Te he hecho daño? —pregunta preocupada, levantando los dedos del corte, y yo me debato sobre si decirle que sí o que no.

No me ha hecho daño, y no quiero que se sienta mal, pero tampoco puedo decirle que he temblado entero solo porque me había puesto las manos encima. Me decido por una respuesta neutra.

—Estoy bien —susurro con voz ahogada.

Ella vuelve a examinar la herida, tirando de la piel y apretando un poco alrededor del corte, pero yo ni sentía el dolor.

—Está infectado —dice de repente en tono de reproche, y justo entonces aparece Kálix por la puerta de la cocina.

—Bueno, bueno… Te dejo a solas con él dos minutos y ya le estás quitando la ropa. Trabajas rápido, prima —se burla el muy idiota con una sonrisa, mientras que Xan se pone roja, y me dan ganas de pegarle una colleja a mi mejor amigo.

Está claro que lo ha dicho en broma, porque si supiera lo que pasaba por mi cabeza hacía medio minuto no le parecería ni la mitad de divertido.

Xandra deja el botiquín encima de la mesa y saca un bote de cristal con una flor azul y la huele. Observo en silencio como coge el bol del armario y con un mortero machaca la flor de forma experta, a la vez que va vertiendo chorritos de otro bote con líquido dentro. Miro a Kálix que también se ha quedado parado mirándola y cuando me ve se encoge de hombros. Cuando vuelvo a mirar a Xandra hay una pasta azul en el bol y ella la coge con los dedos.

—Camiseta arriba —ordena, y me pongo un poco rojo, pero ella está completamente concentrada y con un aire muy profesional.

Me levanto la camiseta y embadurna el corte con la pasta azul, y me sorprendo cuando en unos segundos ya se me ha calmado un poco el escozor. Me la quedo mirando con la boca abierta mientras coge un rollo de vendas del botiquín y destripa la tela con los dientes. Se acerca a mí y empieza a envolverme toda la zona abdominal con pericia, casi abrazándome para hacerlo. Carraspeo ante la incomodidad de tenerla tan cerca bajo el atento escrutinio de mi mejor amigo.

—Ya está —dice mi curandera particular—. No te muevas la venda hasta la noche y mójate la herida para limpiar el ungüento, pero ni se te ocurra ponerte jabón —me advierte, y yo me quedo mirando otra vez, aún con la boca abierta—. ¿Me has oído?

—S-sí, perdona —digo rápidamente y me bajo la camiseta antes de mirar a Kálix, que mira a su prima como si tuviera dos cabezas más que hace veinte minutos.

El silencio se rompe cuando los padres de Kálix entran por la puerta de la cocina:

—¡Buenos días! —saluda la señora Katsaros alegremente.

—Buenos días, tía Adara —responde Xandra mientras recoge su botiquín y lo deja en el suelo. A tientas va moviendo el brazo hasta que encuentra el respaldo de la silla y se sienta en ella. Me siento al lado de Kálix, como cada mañana, pero no puedo quitarle los ojos de encima a Xandra… como cada mañana.

—¿Y bien? ¿Cómo se presenta el día? —pregunta el señor Katsaros de forma animada—. ¿Qué haréis?

—Iremos a entrenar otra vez a La Cala —responde Kálix de parte de ambos.

—¿Y tú, hija? —le pregunta a Xandra con dulzura.

Xandra baja la cabeza desanimada.

—Nada. No tengo planes —confiesa—. ¿Qué vas a hacer tú, tío Flavian?

—Pues la verdad es que nos estamos quedando sin carne y tenía pensado ir a Agnia para renovar las existencias —explica el señor Katsaros de buen humor, y yo lo miro confundido.

—¿No compra la carne en el mercado del pueblo? —le pregunto.

—No, tengo un amigo en el pueblo de Thavmas que nos deja la carne mucho más barata —explica él—. Vamos cada cierto tiempo, cogemos toda la carne que podemos llevar y la congelamos para que no se estropee.

Asiento con la cabeza en gesto de entendimiento y entonces Xandra se anima de repente:

—¿Puedo acompañarte? —pregunta con una sonrisa, pero la sonrisa le va desapareciendo poco a poco de la cara cuando ve que su tío no le responde—. ¿Tío Flavian? ¿Puedo ir?

Miro al señor Katsaros sorprendido. Tal vez era cosa mía, que sería incapaz de negarle nada a esa sonrisa, pero… el silencio había sido un poco raro. Veo que el padre de Kálix tiene una expresión de preocupación en el rostro.

—No lo sé, Xandra… —empieza no muy convencido—. Es un viaje bastante largo… Será incómodo para ti viajar tantas horas en el carro.

Xandra frunce el ceño y mueve la cabeza de lado a lado con efusividad.

—Estaré bien —promete—. Solo quiero ir a otra región… Nunca he estado en Agnia.

Me sorprende que duden tanto... El viaje es largo, pero tampoco tanto, y no dejarla ir a Agnia es demasiado exagerado, incluso para el nivel de sobreprotección al que la tienen acostumbrada. Pero no es mi sitio meterme donde no me llaman, así que no digo nada.

Miro a la señora Katsaros y también parece preocupada, y miro a

Kálix y veo en su rostro la misma cara de incomprensión que debe de tener el mío.

—Estará sentada, papá —dice Kálix de repente—. Tampoco es que vaya a cansarse, y Agnia está solo a un par de horas de aquí en carro.

Xandra sonríe ante la intervención de su primo y asiente sin parar, y el señor Katsaros sonríe forzadamente.

—Claro, tenéis razón —dice finalmente.

—Querido… —dice la señora Katsaros también con gesto preocupado—. ¿Seguro que…?

—Estaremos bien —la corta él, todavía con esa sonrisa forzada en la cara—. Serán solo unas horas de viaje. Cogeremos la carne y volveremos rápidamente. Estaremos en casa antes del mediodía.

Me sigue pareciendo una conversación extraña y tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo, pero, de nuevo, no es asunto mío.

Miro a Xandra que sonríe contenta y come con ánimos, y no puedo evitar sonreír con ella. ¿Quién diría que no a esa sonrisa?

# Capítulo 8

## Xandra



Estoy tan emocionada que voy hasta mi habitación dando saltitos. Sé que parezco una niña pequeña, así que intento controlarme y comportarme como la adulta que soy.

Cuando llego a mi habitación decido vestirme con ropa más cómoda para el viaje. Me acerco al armario y escojo unos pantalones de lino que tienen una textura que me encanta. Me los pongo y me siento en la cama, moviendo las rodillas nerviosamente, esperando a que mi tío venga a buscarme para salir.

Llamarlo viaje es tal vez un poco exagerado, pero teniendo en cuenta que lo más lejos que he ido es a la otra punta del pueblo para visitar a Althea, el hecho de poder ir a otra región me llena el estómago de mariposas. Realmente no sé por qué es tan importante para mí, porque tampoco podré disfrutar de las vistas ni apreciar las diferencias entre nuestras regiones, pero supongo que hacer algo distinto que estar en mi cuarto todo el día ya es una mejora.

Oigo unos suaves nudillos en la puerta y me levanto de un salto de la cama.

—¿Se puede? —pregunta y yo le grito que pase—. ¿Estás lista?

—Sí —respondo con rapidez, antes de que mi tío cambie de opinión y decida que soy más un estorbo que una ayuda.

Me acerco a la puerta y él deja mi mano en su codo. Nos dirigimos a paso torpe hacia la escalera y, como siempre que voy con otra persona, echo de menos la guía segura de mi primo. No es que el resto lo hagan mal, pero los movimientos de Kálix están siempre tan en sintonía con los míos, que casi ni noto que no soy yo la que decide por dónde va.

Finalmente llegamos al carro y mi tío me ayuda a subir cogiéndome por la cintura. Me siento en la banqueta de madera y estiro la mano para acariciar la suave espalda del caballo que tengo delante. Los oigo relinchar y sonrío. El tío Flavian se sienta a mi lado y oigo al resto de la familia que se acerca:

—Id con cuidado —dice la tía Adara, y tal vez me lo imagino, pero

parece preocupada.

—Claro que irán con cuidado —dice la voz de mi primo extrañado —. No se van a perder… Papá ha hecho ese camino mil y una veces.

—Ya —dice ella suavemente y yo frunzo el ceño.

—Que te lo pases muy bien —dice la voz sonriente de Zarek a mi lado—. Ya nos contarás todo cuando vuelvas.

Yo le sonrío y asiento con la cabeza. Ya me veo contándole todo el viaje mientras almorzamos al día siguiente. Se me escapa un suspiro de felicidad.

—Tenemos que irnos —dice Flavian en tono seco y yo parpadeo rápidamente bajo las vendas.

—Claro, cuando quieras.

Sin más, mi tío da un fuerte golpe a las riendas y los caballos empiezan a galopar. El aire me golpea en la cara y me cojo fuerte al asiento de madera, con una sonrisa en la cara.

Durante el viaje no hablamos mucho, porque cada vez que hago algún comentario mi tío me responde con monosílabos o con algún «ajá», y parece aún más tenso que antes de salir de casa, así que decido no importunarlo más y me callo.

Cuando me da la sensación de que llevamos una vida en ese carro y noto que el culo se me está quedando cuadrado de estar sentada tanto rato en esa incómoda banqueta, no puedo resistirlo más y le pregunto cuánto falta.

—Falta muy poco ya —dice algo más relajado que hace media hora —. Deben quedar unos… Mierda, ¿has oído eso?

No sé si quedarme más aturdida por el hecho de que el pacifista de mi tío haya soltado un taco, o porque se haya alterado tanto solo con el sonido de unos arbustos moviéndose.

—¿Va todo bien? —pregunto con cautela.

—Sí, sí… —responde con voz nerviosa—. ¡Era solo un conejo! En esta zona los hay a montones… ¿Sabías que en casa de Bemus hay como treinta? —me pregunta, y me da la sensación de que su reacción es un poco exagerada, pero lleva toda la mañana actuando raro, así que no digo nada.

—Qué bien —digo finalmente, y vuelvo a girarme hacia el frente.

Al cabo de unos diez minutos finalmente el carro se para en un lugar que parece muy concurrido. Se oyen voces, gritos y pasos por todos lados.

—¿Dónde estamos? —pregunto curiosa.

—Ya hemos llegado a Thavmas. Estamos en el mercado. Quiero comprar algunas cosas antes de ir a casa de Bemus —dice mi tío en tono relajado, cosa que me sorprende enormemente, teniendo en cuenta que lleva toda la mañana con la actitud de una flor marchita—. Vamos, cariño —me dice en tono afectuoso, y me pasa un brazo por

los hombros, para guiarme entre la gente.

Incapaz de entender los cambios de humor de mi tío muevo la cabeza de lado a lado intentando captar cada sonido y lo sigo con paso ligero.

El mercado huele mucho a carne, y se oyen los sonidos de algún que otro cerdo y gallina, y tiene sentido, pues Agnia es la región de la ganadería. El aire huele ligeramente a heces, cosa que me hace arrugar la nariz. El alboroto es cada vez más grande y me choco con un par de personas, pero todas se disculpan educadamente antes de proseguir su camino. Una mujer incluso me regala una cesta de huevos.

Cuando al cabo de media hora llegamos a casa del amigo del tío Flavian estoy sonriendo de oreja a oreja.

—¡Flavian! —grita una voz profunda de hombre desde lo que calculo que es el porche de la casa—. ¡Qué alegría verte otra vez, amigo!

—Bemus —responde mi tío con alegría, y oigo unos golpes secos que intuyo son los mamporros que se pegan los hombres al abrazarse.

—¿Y a quién tenemos aquí? —pregunta Bemus con voz alegre, y no puedo evitar sonreír. Tiene una voz realmente bonita, de las más graves que he escuchado. Es incluso más grave que la de Zarek—. ¿No serás Xandra, por casualidad?

—Sí, señor —respondo educadamente—. Así es, señor.

—¡Nada de señor! ¡Dame un abrazo! —dice y noto unos enormes brazos que me aprietan con tanta fuerza que apenas puedo respirar—. ¡Por los Dioses! ¡Estás enorme! La última vez que te vi no medías ni medio metro.

Yo sonrío forzadamente y me parece recordar un rostro borroso de un hombre moreno con bigote. No tengo muchas caras en la memoria, porque perdí la vista de muy pequeña, pero cuando esos recuerdos me asaltan siempre se me hace un nudo en la garganta.

—¡Pasad, por favor, pasad! —sigue él amablemente, ajeno a mis ralladas internas—. ¿Es la primera vez que vienes a Agnia, Xandra? ¿Qué te está pareciendo la región?

Me quedo callada un momento, intentando encontrar una respuesta educada a esa pregunta sin llegar a mentir.

—La gente de aquí es muy amable —digo finalmente, y él se ríe.

—Depende del día —confiesa y yo vuelvo a sonreír—. Tan pronto son amables como se enfadan contigo antes de que cante un gallo.

Yo me río, porque me encanta escuchar ese tipo de expresiones típicas. Se dice que en cada región se habla de forma distinta, y no solo por los acentos. Es una de las cosas que más curiosidad me causaba de venir aquí.

El tío Flavian y Bemus hablan durante un buen rato de sus cosas y

yo me quedo en silencio, acariciando uno de los mil conejos que tiene el hombre. Al fin, Bemus le da la carne al tío Flavian y juntos la cargan en la parte trasera del carro. Nos despedimos de él, prometiendo que visitaremos pronto y volvemos a subir al carro.

De camino a casa le hago algunas preguntas a mi tío sobre Bemus, como por qué no está casado y cómo se conocieron, pero él no me responde, y el ambiente vuelve a cargarse con esa tensión que había percibido durante todo el camino de ida. Confusa, vuelvo a guardar silencio y dejo las manos en mi regazo, sin saber mucho que hacer.

—No falta nada para que lleguemos —murmura tenso, y me da la sensación de que no me lo decía a mí, y de que en realidad habla solo.

De repente, empiezo a oír muchos pasos y Flavian suelta un grito ahogado.

—Deberían irse lo antes posible de aquí —dice una voz de mujer en tono severo—. Este lugar no es seguro.

—Por supuesto que no lo es… —me parece oír a mi tío que susurra entre dientes, casi de forma sarcástica.

Suspira de forma audible y le da las gracias a la mujer. Da un golpe a las riendas para que los caballos aceleren, pero antes de que podamos alejarnos mucho y de que pueda preguntarle quién era esa mujer oigo gritos:

—¡Parece que vuelve!

—¡Todos en posición!

—¡No le quitéis los ojos de encima! ¡Armas preparadas!

El corazón se me acelera y mi tío le da aún más prisa a los caballos, que ya no pueden correr más. Esos gritos eran de… invocadores. Y si había invocadores en esa zona solo podía significar una cosa… Como si me leyera el pensamiento, un graznido aterrador se oye por todo el bosque.

—¿¡Eso que he oído era un Nevra?! —pregunto asustada. Vamos tan rápido que el aire me hace ondear el pelo como una bandera. El corazón se me encoje—. ¿Qué les pasa a los monstruos últimamente? ¡Es la segunda vez que me hablan de un Gamma en esta parte de la isla! —grito con voz aterrada y la única respuesta de mi tío es acelerar el ritmo.

Pero no es suficiente. No es suficiente ni de lejos. De repente, una fuerza enorme colisiona con el costado del carro y salimos disparados. El monstruo Gamma que nos acaba de atacar vuelve a graznar. Estoy tan aturdida por el duro aterrizaje que no me da tiempo ni a reaccionar ante la amenaza. Me duele todo el cuerpo y sé que, si sobrevivo, mañana estaré hecha polvo.

Cuando la niebla en mi mente se dispersa me acuerdo de mi tío y me desespero, intentando buscarlo.

—¡Flavian! ¡Tío Flavian! —grito arrastrándome por el suelo.

A mi lado oigo los pasos de un grupo e intuyo que los invocadores que seguían al monstruo han llegado, pero ahora no puedo preocuparme por ellos, ni siquiera por el monstruo enorme que nos ha atacado. Tengo que encontrar a mi tío y asegurarme de que está bien.

Oigo un gemido suave y me giro en esa dirección, y voy cojeando hasta él.

—¡Tío! ¿Estás bien, tío Flavian? —pregunto ansiosamente mientras hago una revisión de cuerpo completo con las manos, tal y como me había enseñado Althea. Una rama de árbol le atraviesa la pantorrilla y los dedos se me congelan al llegar a la parte trasera de la cabeza y notar un líquido espeso que puedo reconocer perfectamente: sangre—. ¡No! No, no, no…

A mi lado oigo un último graznido por parte del monstruo y después silencio.

Al cabo de unos segundos se nos acerca alguien y me coge del brazo.

—¿Estáis heridos? —pregunta, pero luego se queda callado y el nudo que tengo en la garganta me impide hablar—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

No sé distinguir el tono exactamente. Una mezcla entre angustia y miedo. Si no fuera por la situación en la que estamos, me reiría por la ironía de que a ese invocador le de más miedo verme los ojos vendados que enfrentarse a un clase Gamma.

—¿Puedes llevarnos a casa? —pregunto desesperada, mientras me rasgo los pantalones de lino con las manos y le vendo la cabeza a mi tío con fuerza, intentando evitar la hemorragia.

—¿No quieres que le llevemos al curandero más cercano? —pregunta el invocador sorprendido—. Deja que te ayude a quitarle la rama de la pierna.

—¡NO! —le grito con urgencia—. Si se la quitas, se desangrará más rápido. Hay que hacerle un torniquete… —digo a la vez que le ato otro trozo de tela bastante más arriba de la herida.

El chico se queda en silencio, sorprendido, pero me ayuda a levantar a mi tío y a dejarlo en la parte trasera del carro que se había volcado y que los otros invocadores ya han enderezado.

—Voy a acompañar a estos civiles a casa —explica el invocador al resto, y estoy tan preocupada por mi tío que ni siquiera se me ocurre darles las gracias por habernos salvado la vida.

Cuando el carro empieza a moverse trago saliva y noto una lágrima derramarse por mi mejilla fruto de la frustración. En ese momento hago una cosa que no suelo hacer nunca: rezar. Rezo por mi tío a todos los Dioses y, sobre todo, a Thyra la Misericordiosa, a quien le suplico que haga honor a su nombre.

Ya ni me noto el cuerpo adolorido, pues ahora mismo no puedo

preocuparme por eso. Primero tengo que asegurarme de que mi tío no muere desangrado de camino a casa.

# Capítulo 9

## Xandra



El camino hasta casa no dura más de diez minutos, pero son los diez minutos más largos de mi vida. El corazón me va a mil por hora y no paro de girarme para tomarle el pulso a mi tío de forma casi obsesiva cada dos segundos.

El desconocido que nos ha salvado la vida coge a un Flavian desmayado en brazos y yo lo sigo rápidamente con la muñeca de mi tío aún entre los dedos. Cuando llegamos al porche empiezo a aporrear la puerta con insistencia y desesperación hasta que alguien la abre y oigo una exhalación sorprendida.

—¡Papá! —grita la voz de Kálix a mi lado, pero yo no pierdo el tiempo y me dirijo a la cocina.

De una brazada tiro todas las cosas que había en la mesa. Oigo a lo lejos la voz de Zarek preguntando qué ha pasado y la voz angustiada de mi tía, que se me clava en el pecho como una estaca.

Todos los pasos se acercan a la cocina hasta que el invocador deja a Flavian con suavidad encima de la mesa.

Intento pensar qué hacer, pero las voces de todos gritando y preguntando cosas a mi alrededor me aturde. El agobio me va subiendo por el cuerpo hasta que ya no sé ni qué estoy haciendo.

—¡Que os calléis ya! —grito finalmente, y la casa se sume en el silencio—. Os prometo que os lo contaré todo, pero primero tengo que asegurarme de que el tío Flavian está bien, y de que no le pasará nada.

Oigo la inhalación asustada de mi tía.

—Ahora no tenemos tiempo para esto —explico más calmada—. Necesito pensar…

Me acerco a mi tío y empiezo a examinar la herida que tiene en la cabeza con la punta de los dedos por encima de la venda improvisada.

—Bueno… si no me necesitáis más creo que me iré yendo —dice finalmente el chico desconocido que nos había acompañado todo ese camino.

—Sí, gracias. Muchas gracias —le digo finalmente, pero ni me molesto en dejar de pasar las manos temblorosas por encima de la cabeza de mi tío cuando oigo sus pasos alejarse—. Vale. Que alguien

vaya a buscar a Althea, y que otra persona traiga mi botiquín, vendas, un bol de agua tibia y una botella del alcohol más fuerte que tengáis.

Durante un momento se hace el silencio y nadie se mueve.

—¡Ahora, joder! —grito exasperada.

—Yo voy a buscar a Althea —dice Kálix, que ya se dirige hacia la puerta.

—Yo voy a buscar las vendas y el resto —dice mi tía con un hilo de voz.

En ese momento mi tío gime y empieza a abrir los ojos.

—Voy a por el alcohol —dice Zarek.

—Vuelve rápido. Necesitaré tu ayuda… Mi tío no podría haberse despertado en peor momento —explico.

—Ahora mismo.

Oigo sus pasos alejarse a toda prisa y vuelve en menos de medio minuto con la botella en la mano.

—¿Cómo te encuentras, tío? —pregunto con dulzura y él gime en respuesta—. Veamos que tenemos por aquí —digo, y le quito las vendas de la cabeza. Empiezo a pasar los dedos por encima de la herida, más calmada ahora que sé que lo que hay—. Bien. No es muy profunda. No hará falta ni coser.

Sé que estoy hablando en voz alta y creo que es para tranquilizarme a mí misma.

—¿Qué harás con eso de la pierna? —pregunta Zarek y mi tía entra en la habitación con todo lo que le había pedido.

—Tía, moja un trapo en el agua y límpiale la herida de la cabeza. Cuando acabes échale un poco de la pasta azul que hay en el botiquín, y le vendas la cabeza apretando lo más fuerte que puedas —le ordeno a mi tía, sin perder el tiempo con nimiedades como la buena educación.

Mi tía acepta y se pone manos a la obra sin rechistar.

—Vale. Vamos a por la pierna. Zarek, aprieta a mi tío contra la mesa y no dejes que se mueva ni un pelo.

Cojo una de las vendas, le doy un par de vueltas y se la meto entre los dientes al tío Flavian.

—Muerde con fuerza: esto va a doler —le aviso. Mi tío hace un gruñido que interpreto como un asentimiento y prosigo.

—Vamos allá —digo, y, sin más, desato el torniquete que le había hecho en la pierna y arranco de golpe la rama de árbol que estaba aún clavada en su pantorrilla.

Mi tío gruñe aún más fuerte y su grito queda camuflado con la tira de ropa que tiene entre los dientes. Sin perder el tiempo cojo el trapo de agua tibia y le limpio la herida lo mejor que puedo, y luego cojo del botiquín el hilo y la aguja.

—¿Para qué es el alcohol? ¿Para limpiar la herida? —me llega la

voz de Zarek, desde el lado de mi tío. En respuesta tanteo en la mesa hasta que encuentro la botella, la destapo y le doy un buen trago. Después se la acerco a mi tío para que también beba.

—Para calmar los nervios —respondo, y respiro profundamente cuando el alcohol me quema el esófago.

Con las manos ensangrentadas y aún temblorosas, aunque ya no tanto, cojo la aguja y empiezo a coser la herida de la pantorrilla de mi tío.

—Se ha vuelto a desmayar —oigo que dice mi tía con un hilo de voz, y frunzo el ceño preocupada. Decido no pensar en ello para no distraerme, que suficiente tengo con lo mío.

Sigo cosiendo con trazo irregular e inexperto hasta que recorro toda la herida y corto el hilo con los dientes. Cuando estoy aplicando el ungüento de la *Aquilegia vulgaris* oigo la puerta principal y la voz de mi primo:

—¡Ya hemos llegado!

Suelto un suspiro de alivio y me aparto para que Althea pueda evaluar la situación. Se queda todo el mundo en silencio y yo aguanto la respiración.

Después de aguantar el tipo tanto rato tengo ganas de llorar, pero no me lo permito. No es el momento.

—Has hecho un trabajo magnífico, querida —dice la voz dulce de Althea—. Ni yo podría haberlo hecho mejor.

Estoy segura de que eso no es cierto, y que solo lo dice por hacerme sentir mejor, pero funciona. Suelto la respiración que me estaba aguantando en los pulmones de forma entrecortada.

—Todo bien cosido y vendado. ¿Le has hecho un torniquete cuando veníais? —pregunta, y no me veo capaz de usar la voz, así que simplemente asiento—. Bien. Muy bien. Le has salvado la vida.

Me pongo roja y me seco con la manga el sudor que me resbala por la frente debido a la concentración de los últimos veinte minutos.

—Voy a lavarme —digo finalmente con un nudo en la garganta.

Siento que me voy a desmoronar en cualquier momento, así que me disculpo y escapo hacia mi habitación.

En el lavabo me desnudo y me meto en la bañera de agua caliente. Cuando se me pasa el efecto de la adrenalina empiezo a notar lo dolorido que está mi cuerpo, y al sentarme en la bañera noto que me duelen músculos que no sabía ni que tenía.

El contacto con el agua hace que me empiecen a escocer todos los pequeños cortes que tengo en la piel por culpa de la caída del carro.

Cierro los ojos mientras maldigo la mala suerte que hemos tenido de encontrarnos con un monstruo tan poderoso de camino a una región tan cercana como Fere, sin lograr entender cómo puede ser posible que los invocadores no tuvieran ni la más remota idea sobre

sanación ni cómo ayudar a mi tío.

Si no fuera por mí, ese invocador le habría quitado la madera de la pierna y la sangre hubiera brotado tan rápido que mi tío hubiera muerto en menos de dos minutos. En las pantorrillas se encuentra una de las arterias principales del cuerpo, cosa que un invocador debería saber. Cosa que debería saber todo el mundo, para empezar.

En esa universidad debería enseñarse algo más que como invocar o luchar, pues hay ciertos conocimientos que son básicos para la supervivencia. Conocimientos que hasta yo poseo pese a mi ceguera y mi poca predisposición a la invocación. Pero eso da igual, porque una chica como yo no tiene ningún tipo de futuro más allá de curandera de pueblo —y eso con suerte—. Y más me valía ir aceptándolo.

Me rodeo las piernas con las manos y repaso mentalmente los acontecimientos de esta tarde. Antes de que pueda darme cuenta me pongo a llorar, mientras suelto toda la tensión que tenía acumulada en el cuerpo. Y lloro. Y luego lloro un rato más.

# Capítulo 10

## Xandra



Es mi cumpleaños. Mamá está rara. Papá entra corriendo y parece asustado. Aterrorizado. «Nos ha encontrado». Oigo un rugido. Estoy corriendo hacia el bosque y me doy la vuelta. No debería haberlo hecho. Papá y mamá están en el suelo. Un charco de sangre a su alrededor. La mirada perdida. Al lado de ellos, tumbado en el suelo, el tío Flavian con la mirada vacía y una gota de sangre derramándose por la comisura de su labio.

—¡Xandra! ¡Despierta! ¡Estás soñando! —La voz de mi primo se filtra en mi sueño y finalmente me despierto.

Los colores y las imágenes desaparecen y me vuelvo a sumir en la oscuridad, pero no me importa, porque son imágenes que deseo no volver a ver nunca más.

Mi primo me zarandea y cuando vuelvo en mí me giro y escondo la cara en su cuello. Él me acaricia la cabeza con su enorme mano y me besa la frente pegajosa de sudor. Me aparto y cojo la venda de la mesilla de noche para ponérmela.

—¿Otra pesadilla? —pregunta con suavidad—. No te dan tregua, ¿eh? ¿La de siempre?

—Una variación de la de siempre —respondo bajito—. Esta vez también moría el tío Flavian.

A mi lado el cuerpo de Kálix se estremece un poco, pero luego intenta quitarle hierro al asunto.

—Vamos, no es nada —dice mientras me acaricia la espalda y la nuca con cariño—. Ya oíste ayer a Althea: en un par de días estará como nuevo. Ha sido solo un sueño. Papá está perfectamente.

—Sí, el tuyo sí —le respondo cortante. Estoy aún medio dormida y cansada de que me diga que lo que tengo son simples pesadillas, y que no son reales. Aun así, me arrepiento en cuanto lo digo. La mano en mi espalda se queda quieta—. Lo siento. Dioses, lo siento. Ese comentario no ha sido justo.

Kálix sube la mano de mi espalda a mi nuca y me la pellizca con cariño antes de volver a besarme la coronilla.

—No pasa nada.

Me quedo callada un momento, agradecida como siempre por su

compañía. Aún tengo las manos un poco sudorosas, así que me las seco en el pantalón. Es entonces que me fijo en el pijama que llevo puesto, cuya textura rugosa reconozco perfectamente. No me suelo poner ese pijama, porque no me gusta su tacto. Estoy a punto de preguntarme por qué me puse un pijama que no me gusta cuando me doy cuenta de que no recuerdo haberme puesto el pijama ni haberme metido en la cama.

—¿Qué te pasa? —pregunta Kálix en tono preocupado—. ¿Por qué estás tan quieta?

—¿Quién me puso el pijama? —pregunto confundida.

El cuerpo de Kálix se relaja al instante.

—Cuando Althea se fue y toda la cocina estaba recogida y limpia de sangre subí a verte para hablar de lo que había pasado. Te encontré dormida en la bañera, así que te saqué de allí, te envolví en una toalla y te metí en la cama.

—Sigo diciendo que tienes que dejar de tratarme como si tuviera ocho años —refunfuño, pero vuelvo a apoyar la cabeza en el hombro de él con una pequeña sonrisa.

—Vale. Pues la próxima vez que te encuentre dormida en una bañera te dejaré ahí toda la noche para que te despiertes con un dolor de cuello terrible y más arrugada que una pasa —responde Kálix con voz de sabiondo y yo suelto una carcajada.

—Vale, cálmate un poco, oh, gran salvador —me río, y empujo su hombro con el mío. Él también se ríe y nos quedamos un rato callados.

—Quería que descansaras un poco. Estabas agotada y te lo merecías. Sobre todo, después de lo que pasó con mi padre… Zarek me lo contó todo, por cierto. Se quedó muy impresionado.

Me pongo roja como un tomate y para variar me alegro de que estemos sentados a oscuras y no me pueda ver la cara.

—No fue nada —respondo en voz baja—. No sabía ni lo que estaba haciendo, hice un poco lo que me salió de dentro.

—Le salvaste la vida. Lo dijo Althea. Gracias.

—Solo le limpié la herida y se la cosí —replico con las mejillas encendidas—. Tampoco exageremos.

Nos quedamos los dos callados.

—¿Me vas a contar qué pasó? —pregunta finalmente Kálix—. ¿Os atacó un monstruo? ¿Quién era ese chico?

Suspiro.

—Fuimos a ver a Bemus y todo era normal… —empiezo, y carraspeo para deshacer el nudo que tengo en la garganta—. Pero de vuelta a casa, cuando ya estábamos llegando nos paró una mujer. Nos dijo que la zona no era segura y que nos fuéramos a casa.

—¿Invocadora?

—Sí.

—¿Iba ella sola?

—No. El resto de la patrulla andaba cerca. Estábamos a nada de llegar a casa, debíamos de estar muy cerca de la frontera de Fere cuando… Oí una especie de graznido muy fuerte, que no era un rugido.

—¿Un Nevra entonces? —me pregunta él, y parece tan sorprendido como yo—. Son los únicos que tienen pico y graznan como pájaros. Excepto que estos pajaritos son letales.

—Sí. Era un Nevra —confirmo yo, y la piel se me pone de gallina. Que son letales lo sé ya demasiado bien.

—¿Un Nevra de clase Gamma en Fere? —pregunta con voz escéptica.

—¿Qué pasa? ¿Este también me lo he inventado? —pregunto enfadada, pero sé que no lo dice por eso. Yo también me hice la misma pregunta.

—¿Y qué pasó? —continua él, ignorando mi pulla.

—No lo sé exactamente… El Nevra estaba muy por detrás de nosotros, podía oír como luchaba con la patrulla de invocadores, pero de repente vino en nuestra dirección y nos embistió. Volcó el carro y salimos disparados.

El cuerpo de Kálix se tensa y el brazo que tiene a mi alrededor me aprieta más fuerte.

—Y ya está. Cuando volví en mí busqué a tu padre, pero no lo encontraba, cuando oí su voz me acerqué y estaba sangrando, y la pierna…

—Shh… shh… Tranquila, Xan —Kálix me abraza contra él y me vuelve a acariciar el pelo. Me doy cuenta de que me estaba alterando al explicar la historia y de que cada vez respiraba más y más rápido—. Ahora estáis los dos en casa. Sanos y salvos, gracias a los Dioses.

—¿Se lo podrás contar tú a la tía? —pregunto con un hilo de voz—. No me veo capaz de contarle lo que ha pasado. Me sabe tan mal…

—Tranquila, se lo diré. Y no quiero que te sientas mal por esto, ¿vale? Papá está bien. En serio.

Yo asiento otra vez y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Quieres que me quede?

Estoy a punto de decirle que sí, pero finalmente niego y le digo que estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, vete —le digo con toda la confianza de la que soy capaz.

Se queda callado un rato y cuando pienso que se va a levantar, se tumba y se mete bajo las sábanas.

—¿Qué haces? Estoy bien, de verdad —insisto.

—Hoy soy yo el que no está bien —confiesa, y me tira del brazo

para atrás para que me tumbe con él—. Casi pierdo a mi padre. Y casi te pierdo a ti. Te quiero como si fueras mi hermana, no podría soportarlo.

Me intento aguantar las lágrimas. No somos mucho de decirnos estas cosas, y aunque Kálix es muy cariñoso le cuesta expresarse con palabras. Por eso no quiero hacerle pasar más vergüenza de la necesaria. Me meto bajo las sábanas y le cojo la mano.

—A veces… —Se queda callado y me entra la curiosidad.

—¿Qué?

—Nada.

—No, va, dímelo.

—No quiero que te siente mal o que te enfades —confiesa.

Aguanto la respiración un momento. No soy muy dada a aceptar las críticas, pero viniendo de mi primo me destrozan.

—No me enfadaré.

Él suspira.

—A veces me alegro… No, no quiero decir que me alegre, pero… Es que no sé cómo decirlo…

—Solo dilo —le pido, ya incapaz de aguantar un segundo más sin saberlo.

—Que me alegro de que te vinieras a vivir con nosotros —dice finalmente, y los dos nos quedamos callados—. Sé que es muy egoísta que me alegre a pesar de todo lo que has sufrido, pero a veces… No lo sé. No me imagino crecer sin ti. Sé que no habríamos estado tan unidos si no hubiera pasado… ya sabes… todo, y me odio por ello, pero también doy gracias a los Dioses.

Me quedo pensando un buen rato. Le vuelvo a coger la mano.

—Yo también me alegro —digo finalmente, y oigo como deja ir el aire de golpe con alivio—. No de cómo sucedió, ni del porqué, pero sí me alegro de haber ganado un hermano.

Kálix me da un suave apretón en la mano y un beso en la frente.

—Buenas noches —le digo sin soltar su mano.

—Buenas noches, Xan.

# Capítulo 11

## Xandra



Me despierto con el sonido de unos fuertes ronquidos a mi lado y lo primero que noto es el frío que tengo. Estoy congelada y estiro la mano para subir la manta, que se habrá movido durante la noche. Como no la encuentro, pongo la mano a mi lado y me doy cuenta de que Kálix se ha apropiado de ella. Pego un tirón de la manta para taparme, pero mi primo la tiene cogida con fuerza.

Ya demasiado despierta para dormir y como percibo la luz que entra por la ventana y sé que es de día, decido despertar al ogro. Le pego un manotazo en la cabeza. Él para de roncar de golpe y se sobresalta:

—¡Au! —grita, a la vez que se incorpora, llevándose con él los milímetros de manta que me quedaban.

—Buenos días —le digo con falsa suavidad—. ¿Puedo saber cómo consigues siempre usurparme las sábanas? ¡Llevo media noche congelándome! —le grito.

—¿Puedo preguntarte cómo eres tan desagradable de buena mañana?

—¡Tú también serías desagradable si te despertaras congelado como un cubito de hielo! —me quejo, y vuelvo a tirar de la manta—. Y, por cierto, la próxima vez que me despiertes con tus ronquidos te pondré un cojín en la cara hasta que no te oiga… ¡o hasta que te ahogues!

—¡Yo no ronco! —se queja indignado.

—¿Que no roncas? —digo con fingida sorpresa—. Me sorprende que los cristales de las ventanas aún estén enteros.

—¿Pero qué coño te pasa? ¿Tienes la regla, o qué? —pregunta en tono travieso mientras se ríe.

—¡Te mato! —le grito mientras cojo la almohada y le doy un golpe que esquiva fácilmente. Empieza a reírse y me muerdo los labios, pero no puedo aguantarme la risa y suelto una carcajada—. ¡Lárgate de una vez!

—Sí, señora —dice todavía entre risas.

Me encanta pelearme con él e intento contener mi sonrisa de felicidad. Después de una conversación intensa como la de anoche sé

que necesitamos algo de normalidad.

De repente y sin motivo alguno me acuerdo de la pesadilla que he tenido esta noche.

—¿De verdad tu padre está bien?

—Sí, de verdad —me responde Kálix con voz tranquila—. Hiciste muy buen trabajo. Si no me crees, ve a despertar tú a mis padres y que te lo diga él mismo. Yo voy preparando el almuerzo con Zarek.

Me pongo un poco roja ante la mención de Zarek, pero asiento con la cabeza.

—Sí, vale. Nos vemos abajo.

Oigo como se marcha y me levanto rápidamente para vestirme. Me pongo el jersey más gordo que tengo, porque realmente he cogido frío durante la noche, y me dirijo a la habitación de mis tíos de muy buen humor. Nada como una pelea con mi primo para empezar bien el día.

Cuando llego al pasillo que da a su habitación oigo las voces de mis tíos y sonrío, contenta de que el tío Flavian esté despierto y con tanta energía. Levanto el puño para llamar a la puerta, pero la sonrisa se me borra de la cara cuando registro lo que estoy oyendo:

—…mayorcita para entenderlo. ¡Se lo tenemos que decir! Xandra tiene derecho a saberlo.

La voz contundente de mi tía me hace parar en seco.

—¿Para qué? ¿Para que se sienta mal? —pregunta mi tío enfadado. Sus voces suenan camufladas por la puerta que nos separa, pero los oigo perfectamente—. La chiquilla ya sufrido suficiente.

—¡Se lo tenemos que decir! —insistía la tía Adara.

—¡Que no!

—¡Ella lo entenderá!

—¿Pero qué necesidad hay de preocuparla por nada?

—¡Porque saberlo le podría salvar la vida! ¡Mira lo que ha pasado! ¡Te dije que no era buena idea que fuera contigo!

—¿Te crees que va a servir de algo que se lo digamos? ¿Qué crees que puede hacer con esa información? ¡Mírala! ¡Es una desmarcada! —grita mi tío, y para el caso podría haberme pegado una bofetada.

Suelto una respiración ahogada y los ojos se me llenan de lágrimas de indignación, pero no dejo que caigan. Quiero interrumpirles, pero el cuerpo no me responde.

—¿Y qué tiene eso que ver? ¡Será que tú podrías protegerte mucho del ataque de un monstruo!

Mi tío se queda callado y yo cada vez estoy más enfadada.

—Hay que decírselo —insiste mi tía.

Cansada de tanta tontería y con el orgullo herido, cierro la mandíbula con fuerza y abro la puerta de golpe.

—¿Decirme el qué? —pregunto entre dientes, pero intentando contener mi furia.

Se forma un silencio en la habitación que se me hace eterno.

—¿Decirme el qué? —repito.

—¡Xandra, cariño! ¿Cómo estás? ¿Ya te has recuperado de la caída? —empieza mi tío con fingida despreocupación, y yo tengo que controlarme ante tal falta de respeto.

¿Me toma por idiota?

—Corta el rollo —le digo muy seca—. Lo he oído todo.

—Cariño, no es lo que parece…

—¿Qué es eso tan importante que me tenéis que decir? —insisto—. Prometo que conseguiré entenderlo, aunque sea una *simple desmarcada*.

—Xandra, no quería ofenderte —vuelve a intentar mi tío en tono apaciguador.

Y solo consigue enfadarme más. ¿Cuántos años se piensa que tengo? ¿Cinco?

—Bueno, pues lo has hecho. Habla.

—No tiene ninguna importancia…

Noto que empiezo a temblar de rabia.

—Eso lo decidiré yo —digo yo intentando controlarme—. ¡Habla!

Mi tía, que lleva un buen rato callada, decide intervenir antes de que haya sangre. Sabia decisión.

—Está bien. Está bien. Te lo contaremos. Cálmate.

Estoy a punto de decirle por dónde se puede meter la calma, pero recuerdo que ella era la que estaba a favor de decirme lo que sea que me tienen que decir, y me controlo.

—Hablad.

—A ver, Xandra… Sabes que desde la época de Thyra la Misericordiosa ha habido muchos invocadores e invocadoras que han tenido un gran poder, ¿no?

Asiento aún con los dientes apretados.

—¿Y?

—Bien pues… Una de esas invocadoras era ascendiente tuya. Hace muchos años, una de tus ascendientes era una invocadora muy poderosa, y cuando nace una invocadora así…

—¿Qué? ¿Es una especie de broma? —pregunto temblando cada vez más—. ¿Os estáis burlando de mí? ¿Ahora vais a decirme que soy una especie de invocadora poderosa? Porque no sé si os habéis enterado, pero soy una desmarcada. Como muy amablemente nos ha recordado el tío Flavian —digo sarcástica, y noto el sabor ácido que pronunciar esas palabras me causa.

—No, no es eso para nada —dice el tío Flavian y alzo las cejas con incredulidad ante su tono.

—¿Entonces qué? Id al grano.

—Cada ciertas generaciones nace un invocador muy poderoso,

como decía —continua la tía Adara—. Y algunas veces sus descendientes…

—Creemos que tu sangre atrae a los monstruos —suelta mi tío de sopetón, exasperado por las vueltas que está dando su mujer al tema.

—¡Flavian! —le riñe la tía Adara, pero yo casi ni la oigo. Mi mente está intentando procesar algo que no tiene ningún sentido.

—¿Qué?

—Atraes a los monstruos. Bueno, no tú. Tu sangre —explica el tío Flavian otra vez en tono dulce—. Porque eres descendiente de una invocadora de sangre poderosa. Y eso lo huelen.

Casi me siento aliviada ante tal idiotez y estoy a punto de negarlo cuando pienso en el accidente que tuvimos hace unos días en el bosque.

Y en todas las veces que había tenido altercados y pensaba que era mala suerte.

—No tiene sentido —digo finalmente y suelto una risa nerviosa, pero el corazón se me acelera.

—Claro que sí —dice el tío Flavian convencido—. ¿Por qué te piensas que se han visto tantos Gamma en los bosques cerca de Fere? ¿No te parece demasiada coincidencia? No suele haber monstruos de clases tan altas en este lado de Las Misericordiosas… ¿Y no te parece raro que nos atacara uno en el bosque justo la primera vez que sales de la región? Ya sabes que en el bosque es más fácil encontrarse con un monstruo, pero aún así… ¿No te parece que es demasiada casualidad?

El corazón ahora me late tan fuerte que tengo miedo de que se me pare. Trago saliva y los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas que evito derramar.

—¿Qué? ¿Pero qué…? ¿Estás diciendo que es culpa mía? ¿Lo que nos pasó? ¿Estás diciendo que ese monstruo venía a por mí? ¿Qué fue mi culpa que casi murieras? —pregunto, y me doy cuenta de que cada vez grito más—. ¡No tiene ningún sentido!

Pero sí que lo tenía. Yo misma había oído como los invocadores tenían al monstruo entretenido, pero de repente se había puesto a perseguirnos a nosotros, sin razón aparente.

—¿Y los otros Gamma? ¿Y la gente a la que han atacado esos monstruos? ¿Y los invocadores que se han interpuesto? —Me estoy alterando tanto que no puedo respirar. Noto un dolor en el pecho como si algo me atravesara y una presión en el esternón que está a punto de ahogarme. La batalla contra las lágrimas ya la había perdido hacía rato—. ¿Estás diciendo que toda esa gente ha muerto por mi culpa? ¿Cuánta gente a muerto por mi culpa?

—Xandra, cálmate. Lo estás exagerando —intenta decir mi tío, pero yo no puedo escucharlo, porque estoy en un bucle sin salida de sangre

y cadáveres, y el dolor que noto en el pecho se hace cada vez más insoportable—. ¿Ves como no tendríamos que haberle dicho nada? ¡Te dije que no era buena idea!

—Xandra, por favor —empieza mi tía, ignorando las crueles palabras de mi tío Flavian—. No te pongas nerviosa, respira. Cuando tus padres empezaron a sospechar…

Pero yo ya no oía nada más. Estaba sorda y ciega. Oía palabras sueltas como si estuviera en un túnel o sumergida bajo el agua. Solo podía centrarme en una cosa. «Mis padres», pienso una y otra vez, «mis padres».

—Mis padres —consigo soltar finalmente, y se hace el silencio—. ¿El Therástios me buscaba a mí? —pregunto con un hilo de voz.

De repente recuerdo algo de mi sueño en lo que no me había fijado nunca: mi padre gritando con la cara blanca, «nos ha encontrado», y un rugido.

Me ahogo. Noto que me falta el oxígeno y las lágrimas me resbalan por el rostro.

—El Therástios no existe, cariño —dice mi tío en tono condescendiente.

—Intentaron esconderte —oigo a mí tía muy de lejos—. Por eso se mudaron a Mavros, a la otra punta de la isla.

No puedo más. No más. No más. No más.

Doy dos pasos hacia atrás. Necesito salir de aquí.

—¡Xandra! ¡Cariño! ¿A dónde vas?

Doy pasos hacia atrás hasta que me choco con la puerta y no sé ni como la abro, pero cuando salgo por la puerta empiezo a correr por esos pasillos que me sé de memoria intentando llegar a mi habitación. Pero antes me choco con algo… o alguien.

# Capítulo 12

## Zarek



Cuando entro en la cocina veo que está vacía y me sorprendo, siendo la hora que es. Echo un vistazo a la habitación a la que llevo viniendo cada día desde el inicio del verano.

La cocina es sencilla y de estilo rústico, con paredes de ladrillo y muebles de madera, madera buena de la región de Xylo. La mesa y las sillas son azules y la imagen es tan pacífica que nadie se imaginaría que ayer mismo el señor Katsaros estaba tumbado encima de esa mesa ensangrentada.

Si antes no podía dejar de pensar en Xandra ahora la batalla ya estaba perdida… Esa noche había sido incapaz de dormir y no paraba de pensar en ella y en cómo había mantenido la compostura cuando todos habían perdido los nervios y había tomado el control de la situación.

La vi con nuevos ojos al darme cuenta de lo que realmente era capaz de hacer.

Puede que pareciera una chica indefensa, pero a la hora de la verdad era alguien que yo querría a mi lado en una mala situación. Una chica con recursos y un espíritu fuerte. Muy fuerte.

En ese momento Kálix llega a la cocina y me saca de mis cavilaciones.

—¿Cómo estás, tío? —le pregunto y le doy un abrazo rápido con un par de golpes secos en la espalda—. ¿Cómo está tu viejo?

—Bien, bien… Estamos todos bien. Lo de anoche fue solo… un susto.

—Me alegro. ¿Dónde está Xandra? —pregunto intentando mantener el tono despreocupado.

—Ha ido a despertar a mis padres. Estaba preocupada por papá. Anoche se quedó dormida antes de poder asegurarse de que realmente estaba bien, así que le he dicho que fuera ella… —explica Kálix—. Estaba agotada. Se quedó dormida en la bañera…

—¿Ha dormido en la bañera? —pregunto preocupado.

—No, la saqué yo y la metí en la cama —dice con naturalidad.

Me quedo callado un momento procesando la información y me digo a mí mismo que no me tiene que molestar, porque al fin y al cabo es su prima de sangre, su hermana prácticamente.

—¿Cómo ha dormido?

—Xandra es… complicada —dice finalmente sin saber muy bien qué decirme—. No suele dormir bien. Tiene muchas pesadillas.

—¿De verdad? —pregunto sorprendido, pero después pienso en todo lo que ha vivido y la cosa deja de sorprenderme.

—Sí, pero no sé si esto es algo que quiere que sepas, así que no le digas que te lo he dicho yo —suplica.

—Tranquilo, no diré nada —digo finalmente—. ¿Cómo sabes que tiene tantas pesadillas? ¿Te lo ha contado?

—La oigo muchas noches, porque tengo la habitación al lado —explica él en tono triste—. Siempre voy a despertarla y algunas veces me quedo a dormir con ella. Parece que estar acompañada la calma un poco, pero nunca consigue dormir del tirón.

Me vuelvo a quedar en silencio y empiezo a preparar el desayuno, para tener algo que hacer mientras pienso. No sé por qué me está molestando tanto que me diga estas cosas, pero toda la situación me molesta.

No me molesta que tenga tan buena relación con Kálix, porque eso me enternece. Pero no me gusta que ella lo pase mal, no me gusta que tenga pesadillas y no me gusta… que otra persona la cuide. Quiero estar ahí si necesita algo. Quiero que confíe en mí. Quiero ser yo.

No entiendo por qué me pongo así por una cosa como esta. No tengo ningún derecho a sentirme celoso por algo así. Debería alegrarme que Xandra tenga a alguien a su lado que la quiera tanto como su primo. Ya ha sufrido lo suficiente.

Carraspeo e intento alejar ese pensamiento mientras voy poniendo el jamón encima del pan y el queso en el plato. Kálix empieza a poner la mesa justo cuando he acabado de prepararlo todo.

—Joder, sí que se enrolla esta chica —se queja Kálix al mirar al reloj—. Llevan un montón de rato ahí arriba. ¿Puedes ir a avisarles de que está todo listo mientras acabo de poner la mesa?

Asiento y salgo de la cocina.

Subo por las escaleras de madera xyliana y me paro un momento a admirar los cuadros de familia que cuelgan de las paredes. Alguna foto de los Katsaros, pero sobre todo fotos de Kálix y Xandra de pequeños. Sonrío y sigo subiendo las escaleras. Llego al pasillo que da a las habitaciones y tengo tantas ganas de verla que acelero y giro a la derecha para ir hacia la habitación de los padres de Kálix.

Lo primero que noto es la colisión con el pequeño cuerpo de Xandra que me deja aturdido un momento. Rápidamente la cojo por

los antebrazos, porque está a punto de caer, pero ella suelta un grito ahogado y se empieza a retorcer.

Lo segundo que noto cuando me fijo bien es en que algo no va bien. O, mejor dicho, que algo va terriblemente mal.

Está llorando en silencio y sus hombros se mueven en suaves sollozos. Abre la boca y la cierra como intentando coger aire y aflojo mi agarre pensando que le estoy haciendo daño, pero no es eso. Y entonces lo veo: tiene la piel sudorosa, está intentando respirar, está llorando y sus dulces facciones están contorsionadas en una mueca de angustia o de miedo. Y entiendo en ese preciso instante de qué se trata: un ataque de pánico. Una crisis de ansiedad.

Cuando me doy cuenta de lo que pasa le suelto las manos y se las pongo en las mejillas y ella se agarra a mis brazos como si fueran un bote salvavidas.

—Xandra, ¿qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño? ¿Alguien te ha hecho daño? ¿Estás bien? ¿Qué tienes? ¿Son los ojos? —Soy consciente de que parezco un loco, pero no me importa. Le ha pasado algo y eso me hace querer encontrar al responsable y hacérselo pagar. Hacérselo pagar muy caro.

—No puedo… respirar —dice entre inhalación e inhalación—. No puedo… me muero…

Me asusto al verla tan alterada, pero el instinto de protegerla de lo que sea que la ha asustado prevalece. Empieza a llorar más fuerte y la abrazo.

—Shh… shh… —intento calmarla, pero ahora que la tengo en los brazos noto que está temblando mucho, trago saliva—. Eh, eh.

La cojo de las mejillas y la separo de mí.

—Respiración profunda. ¿Vale? A la de tres: uno, dos, tres. Respira —le ordeno, y ella me hace caso, o al menos lo intenta—. Aguanta el aire. Y lo soltamos.

Ella frunce el ceño y se rasca el pecho.

—Me duele… mucho. No puedo… Me ahogo… —dice nerviosa.

No sé qué hacer. No tengo nada que ofrecerle excepto yo mismo. Así que la cojo en brazos y me siento en el suelo con ella en mi regazo, de espaldas a mí. La abrazo por detrás y apoya la cabeza en mi hombro.

—Shh… Shh… Te tengo, pelirroja —le susurro al oído—. Te tengo. Estoy aquí. No te voy a soltar.

—Me muero —repite entre inhalación e inhalación.

—No te mueres, Xan. Estoy aquí. No dejaré que te pase nada —le prometo, y la abrazo más fuerte.

Ella solloza, pero me coge por los brazos con tanta fuerza que me clava las uñas en la piel.

—Volvemos a respirar. Inspira profundamente. Y suelta el aire.

Ella me imita, pero la cosa solo parece empeorar y me frustro conmigo mismo por no saber cómo ayudarla. Yo no soy el que sabe de medicina. La que sabe de eso es ella, joder, no yo.

—Me ahogo más —llora e intenta coger aire como un pez fuera del agua. Empieza a retorcerse y cada vez solloza más fuerte. Me asusto aún más.

—Vale, vale. Lo siento —digo como un idiota—. Si respiraciones profundas no funcionan probaremos con las no profundas. Respira muchas veces con poquito aire. Respira, respira, respira… Así, muy bien… —la felicito.

Sus manos se agarran a mis brazos más fuerte a la vez que va respirando con poco aire, con respiraciones cortas, como si estuviera hiperventilando.

—Muy bien, Xandra —la voy animando y le beso la sien—. Ya lo tienes, pelirroja. Ya está. Shh… Ya lo tienes.

—No me sueltes —suplica y vuelve a coger aire. Se me parte el corazón y la aprieto más contra mí.

—Shh… No te suelto. No te suelto. Respiraciones cortas, Xan —le pido, y así estamos un rato. Hasta que voy notando que deja de temblar.

Sus uñas dejan de clavarse en mi piel y me acaricia los brazos, que la envuelven mientras empieza a coger las primeras bocanadas de aire. Vuelve a dejar caer la cabeza en mi hombro y sigue respirando bien.

Me quedo callado, hipnotizado por la sensación de su cuerpo contra el mío, de sus manos acariciándome los antebrazos, y del suave peso de su cabeza en mi hombro.

Cuando está mucho más calmada gira la cabeza y esconde la cara en mi cuello. Sus labios me rozan sin querer y me estremezco.

—Gracias —susurra al final—. Dioses, qué vergüenza que me hayas visto así —confiesa y ríe suavemente. Yo me vuelvo a estremecer.

—No me des las gracias, y no hay nada de lo que debas avergonzarte —Sé que debería abrir los brazos y dejar que se levante, pero no me responden. Inconscientemente la aprieto más contra mí. Se incorpora un poco para mirarme.

—¿Podemos…? —empieza, y yo me prometo a mí mismo que si me pide que la suelte encontraré la manera de dejarla ir. Se calla para empezar de nuevo—. ¿Podemos estar así un rato más?

Tengo que controlarme para no soltar un suspiro de alivio. No quiero soltarla. No quiero soltarla nunca.

—Sí. Todo el tiempo que quieras —le respondo, y me giro para besarla en la frente.

Ella suelta una exhalación tranquila y vuelve a aposentarse con la cabeza en mi hombro.

Nos quedamos en silencio y empiezo a darle vueltas al tema. ¿Qué

habrá causado tal reacción? ¿Qué le ha pasado? No quiero volver a alterarla sacando el tema, pero necesito saber si está bien.

—Xandra… ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —suspira—. De repente no podía respirar y…

—¿Pero antes? ¿Ha pasado algo antes para que reacciones así? ¿Te has hecho daño? ¿Quieres hablar de ello? —pregunto ansioso y mis brazos se cierran más alrededor de su cintura.

—Yo… —empieza y veo que baja la cabeza—, estaba hablando con mis tíos y… me han dicho unas cosas… No sé… No puedo…

—Shh… —la tranquilizo cuando veo que vuelve a ponerse nerviosa. Le paso la nariz por la sien y tiembla, pero es normal, porque sigue muy alterada—. No hace falta que me lo cuentes. No hace falta que me lo cuentes.

—No es que no quiera… —empieza con el rostro angustiado y se me encoje el corazón. ¿Por qué coño he abierto la boca?—. Es que no quiero que…

—¿Qué?

—No quiero que me mires distinto —confiesa finalmente en un susurro.

Yo suelto una carcajada tosca.

—Créeme. No hay nada en este mundo que puedas hacer que cambie mi percepción de ti. Podrías despellejar cachorros y me seguirías pareciendo increíble —la tranquilizo y vuelve a esconder la cara en mi cuello—. Pero repito que no hace falta que me lo cuentes. Solo estoy preocupado por ti.

—Es que… Mis tíos dicen que… —se para y suspira con frustración —. Dicen que mi sangre atrae a los monstruos.

Me quedo quieto y callado, intentando asimilar la información. No quiero decir nada que la ofenda, así que empiezo con cuidado.

—*Ischyró aíma* —empiezo con delicadeza—. He oído a hablar de ese tipo de fenómeno. Lo estudiamos en tercero, pero no es nada común.

—Pero yo no tengo sangre poderosa —replica ella con el ceño fruncido—. Más bien no tengo poder… y punto.

—Hay muchos tipos de poder —digo, pensando en como le había salvado la vida al padre de Kálix.

Ella suspira y se arremanga. Me quedo mirando su suave piel alabastro.

—Es que yo no tengo ninguno —dice mientras menea los brazos delante de mí—. Soy una desmarcada.

Yo le acaricio los antebrazos con suavidad y ella suspira suavemente.

—Hay muchos tipos de poder —repito.

Se baja las mangas y vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro.

—Atacaron a mi tío por mi culpa. Y mis padres murieron por mi culpa. Es mi culpa que yo esté ciega… Me lo merezco.

El corazón me sangra y me incorporo de golpe de donde estaba apoyado en la pared. Le pongo una mano en la nuca, tal vez con demasiada brusquedad.

—No. Basta. Simplemente no. Nada de eso es culpa tuya y no sé si la idea te ha venido solita o si alguien te ha dicho lo contrario, pero no quiero oírlo. ¡Ni hablar! No quiero oírte decir semejante tontería nunca más, ¿me has entendido? —le digo con vehemencia—. Tú no le has hecho daño a nadie y no voy a permitir que se diga lo contrario, ¿vale? Ni siquiera permitiré que lo digas tú.

Me quedo callado al ver que no reacciona y me da miedo haberme pasado o haberla ofendido, pero me ha salido de dentro. De repente esconde la cabeza en el hueco de mi cuello y noto la humedad de las lágrimas que lo recorren. Le acaricio el pelo rojo y la aprieto contra mí.

—Dioses, me sentía tan mal… —confiesa ella contra mi cuello y cierro los ojos sin parar de acariciarle el cabello.

—No es culpa tuya —le repito y llora más fuerte—. Ya está, pelirroja.

Se queda un rato más allí y finalmente levanta la cabeza. Una sonrisa empieza a formársele y el corazón se me acelera.

—¿Me has llamado *pelirroja*? —pregunta con una pequeña sonrisa. Yo ni lo había pensado, simplemente me había salido solo. Tal vez a ella no le gustaba que la llamara así. Tal vez le incomodaba. Al fin y al cabo, era solo el mejor amigo de su primo. Abro la boca para inventarme alguna excusa, pero cuando sonríe aún más no puedo evitar decirle la verdad.

—Bueno, porque lo eres —digo finalmente.

Su sonrisa disminuye un poco y frunce el ceño, pero finalmente vuelve a sonreír.

—Me gusta —confiesa, y sus mejillas cogen un tono rosado.

Mis ojos bajan hasta su boca y se quedan clavados en sus labios. Tengo la sensación de que como no salga del trance ya, la volveré a coger de la nuca, pero esta vez para besarla.

Me paso la lengua por los labios y carraspeo.

—¿Estás mejor? —pregunto intentando cambiar de tema.

—Algo mejor —dice con una sonrisa débil.

—¿Bajamos a la cocina? Tu primo se estará tirando de los pelos al ver que tardamos todos tanto.

Vuelve a sonreír y pienso que es lo más bonito que he visto nunca. Se levanta de encima de mí y enseguida me arrepiento de haber abierto la boca. Ahora mis brazos están vacíos. Demasiado. Cierro los puños y me cojo las manos detrás de la espalda, para evitar la

tentación de volver a tocarla o abrazarla.

—Mejor baja tú. No tengo mucha hambre —dice finalmente, y lo entiendo perfectamente.

—Vale. Ya me inventaré algo para decirle a Kálix. Tú descansa un poco, ¿de acuerdo? —Veo que asiente con la cabeza y las comisuras de sus labios se alzan ligeramente—. Aquí estoy para lo que necesites. Sea lo que sea.

Ella asiente, pero ahora su sonrisa es más pronunciada. Otra vez me entran ganas de tomarla entre mis brazos y abrazarla con todas mis fuerzas, hasta que se le pasen todos los males. Pero no es lo que necesita ni lo ha pedido, así que alargo la mano para coger la suya y darle un suave apretón de despedida, pero antes de que pueda darme la vuelta para ir hacia las escaleras noto su mano en mi muñeca y la miro sorprendido.

—Zarek…

—¿Sí? —le pregunto al ver que no termina la frase. Aún me tiene agarrado y el corazón me da un vuelco.

—Gracias —dice finalmente, y veo que traga saliva antes de soltarme. Me invade la ternura. Incapaz de contenerme levanto la mano y le acaricio la mejilla suavemente con el dorso.

—Siempre que quieras —le respondo, y antes de hacer otra tontería me doy la vuelta y me dirijo a las escaleras.

Mientras me alejo no puedo evitar alegrarme de haber subido a buscarla. Por una vez he podido estar allí cuando me necesitaba y espero que, a partir de ahora, sea siempre así.

# Capítulo 13

## Xandra



Me incorporo lentamente de la cama cuando empiezo a notar el resplandor de la primera luz de la mañana que ilumina mi habitación. No diría que la luz me ha despertado, porque en realidad no he dormido nada. El cuerpo entero me duele del mismo cansancio.

De haberme pasado la noche despierta, tumbada en la cama, dando vueltas a lo que me habían dicho mis tíos. Sabía que no tenía que sentirme mal por lo que les había pasado a mis padres —o incluso al tío Flavian— ya que nada de eso dependía de mí, pero era imposible no sentir remordimientos por ser la causa del suceso. Aunque no fuera la culpable directa.

Muevo el cuello de un lado a otro, intentando deshacer los nudos de tensión que se me habían entretejido en los hombros y la nuca. No podía culparme por lo que había pasado, pero sí tenía que hacer algo para remediarlo.

Tal vez era imposible pensar que podría evitar que los monstruos me encontraran, pero, si estaba destinada a tener tanta mala suerte, lo mejor sería que aprendiera a defenderme. Y rápido.

Estaba claro que no era la primera vez que me atacaba un monstruo, y también sabía que no iba a ser la última. Las últimas veces había tenido suerte, porque había escapado con vida. «Aunque no todos han tenido la misma suerte» pienso con amargura.

Mis padres murieron porque habían tenido la mala suerte de tener una hija que era *ischyró aíma*, lo que se traducía de la Lengua antigua como «sangre poderosa». Menuda ironía.

Suspiro y me levanto de la cama. Con las manos sigo la pared hasta llegar a la puerta del lavabo y estiro los brazos a modo de protección hasta que encuentro el lavamanos. Abro el grifo y el agua fría sale a borbotones. Me mojo la cara y la nuca y agarro con fuerza el lavabo, hasta que me empiezan a temblar los antebrazos. Suelto el aire de golpe e intento relajarme.

No será fácil convencer a Kálix de que me entrene. O de que me enseñe, en la medida que sea posible, a defenderme de un posible ataque. Quiero a mi primo con todo mi ser, pero es un idiota sobreprotector. Y no va a ser nada fácil convencerlo.

Me dirijo hacia el armario y lo abro con cuidado. Paso la mano por encima de la pila de ropa en la que tengo los pantalones, y luego por la pila de las faldas, en la que encuentro la falda que busco: la más fina y con el bordado en la parte baja.

Después de ponerme el sujetador llevo las manos a la pila de las camisetas de tirantes y me pongo la primera que encuentro. Mientras me deslizo por el pasillo con la mano en la pared, me pongo roja solo de pensar en que veré a Zarek después del ridículo espectacular que hice ayer, y, aun así, nunca me había sentido tan a salvo como cuando estaba entre sus brazos.

Durante un momento, en aquel ataque de pánico, pensé que me moría de verdad. Allí mismo. No podía respirar, no podía ni pensar, estaba totalmente bloqueada. Pero sus fuertes brazos me hicieron volver en mí misma y pude dejar de lado, aunque fuera por un segundo, el terror que se había apoderado de mi cuerpo.

Aunque me dé una vergüenza terrible, sé que lo que pasó ayer nos ha unido de algún modo. Lo noto. Para mí, al menos, el hecho de que estuviera ahí cuando lo necesitaba ha sido un antes y un después. Y antes ya no me lo podía sacar de la cabeza… Ese olor a menta y esos brazos fuertes me habían sacado de la oscuridad absoluta, aunque fuera solo por un momento.

Sonrío sin querer al recordar la fiereza con la que me defendió de mí misma, cuando me quise culpar por lo que les había pasado a mis seres queridos. Sé que para él soy como una hermana pequeña y que lo que hizo ayer lo habría hecho por cualquiera. Porque él es así. Buena persona. Bueno por dentro. Bueno de verdad.

Cuando llego al final de la escalera sonrío aún más al oír a Zarek discutir con mi primo sobre quién tiene más puntería lanzando cuchillos. Abro la puerta de la cocina y el olor del desayuno me invade los sentidos. Un olor delicioso que queda relegado a un segundo plano en cuanto huelo el aroma de menta de Zarek que se me acerca con cuidado por la izquierda.

—Xandra —dice con un tono dulce—. ¿Cómo has dormido?

—Bien —le respondo, incapaz de ocultar mi sonrisa de agradecimiento.

—Genial —responde aliviado. No hace falta que sepa que no he pegado ojo en toda la noche. Prefiero que se quede tranquilo.

—¿Te encuentras mejor del dolor de estómago? —me pregunta Kálix preocupado, y estoy a punto de preguntarle de qué habla, cuando recuerdo que Zarek se inventó una excusa por la que no bajé a comer.

—Ah, sí, sí. Mucho mejor.

Mi primo sonríe satisfecho y vuelve a entablar conversación con Zarek sobre sus grandes habilidades de lucha.

—¿Dónde están los tíos? —le pregunto a Kálix, e intento poner una voz desinteresada, como si no pasara nada.

—Se han ido temprano a comprar al mercado, dicen que volverán por la noche.

«Mejor» pienso para mis adentros, porque no me apetece nada verlos.

Me acerco a la encimera y voy siguiendo el mármol con las manos. Cojo el pan y abro el cajón con los cubiertos para coger un cuchillo. Antes de que pueda empezar a cortar el pan alguien me lo quita de las manos.

—Deja, ya lo corto yo —me dice Kálix, sin darme opción a discutírselo.

Frunzo el ceño, pero decido que es mejor escoger con sabiduría mis batallas. Se me han pasado las ganas de almorzar pan, así que tanteo por el mármol hasta encontrar el bol de la fruta. Cojo algunas naranjas y las dejo en el plato. Cuando lo tengo todo, cojo el plato y me acerco lentamente a la mesa. Me choco con la silla, pero la esquivo y sigo caminando hasta que noto la mesa. Con las manos toco la superficie y dejo el plato encima.

Cuando me siento al lado de Zarek siento que tanto él como Kálix me están mirando en silencio y se me encienden las mejillas por la vergüenza de tener que montar todo este circo para sentarme en la mesa, pero carraspeo e intento comer con toda la dignidad de la que soy capaz.

Zarek empieza una conversación banal con Kálix y presiento que lo ha hecho para desviar la atención de mí. Empiezo a pelar las naranjas en silencio mientras pienso en cómo presentarle el tema a mi primo. Quiero pedirle que me enseñe a defenderme, pero no sé cómo hacerlo sin contarle lo que soy. No quiero que sepa que su padre casi muere por mi culpa.

Finalmente, me doy cuenta de que no hay otra manera que decirlo sin más, así que cuando veo que se quedan callados aprovecho la oportunidad y hablo con toda la seguridad que puedo reunir:

—Kálix, quiero aprender a luchar. A defenderme de los monstruos.

Me había imaginado un momento de silencio en el que todo el mundo se quedaría asombrado y después mi primo intentaría convencerme de que no era una buena opción. Pero es aún peor:

—Pásame el aceite —dice Kálix.

Ahora sí que se hace el silencio. Durante un segundo pienso que me habla a mí, pero mi cerebro no encuentra la relación entre mi petición y la suya, y entonces me doy cuenta de que no está hablando conmigo. Lo vuelvo a intentar.

—¿Me has oído? —le pregunto irritada—. Te estoy hablando.

Oigo un suspiro dramático.

—La respuesta es no, Xandra —dice en tono condescendiente, como si le estuviera hablando a una niña pequeña—. Zarek, pásame el aceite.

No oigo a Zarek responder, pero mi primo no vuelve a pedir el aceite así que supongo que se lo ha pasado. No me lo creo.

—¿Perdona? ¿La respuesta es no? ¿Y ya está? ¿Sin más? ¿Dices que no y se acaba la conversación? ¡Ni si quiera te lo has pensado! ¡Ni si quiera has fingido pensártelo dos segundos! ¿Me lo estás diciendo en serio? —exploto finalmente. Me siento muy insultada. Me esperaba que mi primo no estuviera muy a favor de la idea, pero que ni si quiera me tomara los suficientemente en serio como para planteárselo me ha dolido.

—No sé qué respuesta te esperabas, Xandra. No estás en condiciones de luchar. Además… ¿para qué? No lo necesitas —insiste en el mismo tono de sabelotodo.

—¿Qué sabrás tú sobre lo que yo necesito? ¿En serio no me vas a dar ni la oportunidad de hablarlo como adultos?

—Mira, Xandra… Te guste o no eres mi responsabilidad y ninguna prima mía va a ir por ahí luchando contra monstruos. Y mucho menos mi prima inválida.

Me quedo con la boca abierta. La sangre me hierve y siento que voy a explotar.

—¿Pero de qué vas? ¡Que no soy válida lo dirás tú, imbécil! Me valgo por mí misma, ¿vale? Ser ciega no me hace tonta.

De repente, oigo un silbido y algo duro y redondo me golpea en plena frente.

—¡Au! ¿Pero qué haces? ¿Me has lanzado una manzana? —le pregunto, y mis niveles de indignación están por las nubes mientras me froto el círculo rojo que seguro me está apareciendo en la frente.

—Era una naranja y si hubiera sido un cuchillo, ahora mismo estarías muerta —dice tan tranquilo, como si me acabara de dar una lección de sabios.

—Eres idiota a más no poder —me quejo mientras me froto la frente—. ¡Por eso mismo te pido que me entrenes!

—Tío, creo que no le iría mal… —interviene Zarek—. No significa que vaya a ir por ahí buscando monstruos. Es solo una manera de aprender a defenderse, por si se diera el caso de que…

—Tú no te metas, Zarek —le dice Kálix enfadado—. He dicho que no la pienso entrenar.

Tengo tanta rabia acumulada en el cuerpo que los ojos se me empañan y tengo ganas de llorar. Quiero gritarle hasta que le exploten los tímpanos, pero el nudo que tengo en la garganta me lo impide.

—Xandra, si quieres te puedo entrenar yo —me dice Zarek con voz suave y noto su mano en el antebrazo. Me quedo callada durante unos

segundos intentando aguantar las lágrimas y trago saliva.
—¿De verdad? ¿Lo harías? —le pregunto con un hilo de voz.
—¡No! —grita Kálix—. ¿Pero qué coño haces, tío? ¡He dicho que no va a luchar!
—¡Eh! ¡Tú a mí no me das órdenes! —grito yo indignada.
—Kálix, solo has dicho que tú no piensas entrenarla, pero no puedes prohibir que yo lo haga —explica Zarek en tono conciliador.
—¡Es mi prima!
—Que sea tu prima no te da derecho a decidir por ella —insiste Zarek cada vez más enfadado, y en ese momento querría besarle—. Puede tomar sus propias decisiones.
—Mira, ¿sabéis qué? Haced lo que os venga en gana, pero a mí no me metáis en esto.
Oigo el ruido de su silla arrastrarse de golpe y sus pasos enfadados hacia la puerta de la cocina.
—¿Qué? ¡Kálix! ¿A dónde vas? —le pregunto frustrada, pero él ya se ha ido. Suspiro y noto un retortijón en el estómago—. ¿Se ha enfadado? ¿Crees que tiene razón?
Por un momento dudo. Mi primo siempre ha querido lo mejor para mí. Me ha cuidado y me ha protegido siempre de todo y no entiendo por qué se pone de esta manera.
—Sospecho que Kálix tiene sus razones para ponerse así, pero no tienen nada que ver contigo. Tú no has hecho nada malo. Ya se le pasará. Entrará en razón, te lo prometo —dice Zarek con seguridad, y yo asiento.
Nos quedamos en silencio durante un buen rato y finalmente no puedo resistirlo más:
—¿De verdad estás dispuesto a entrenarme? —le pregunto mientras retuerzo la esquina de mi camiseta entre los dedos en un gesto nervioso—. ¿O solo lo has dicho para contradecir a Kálix?
—Claro que voy a entrenarte. Yo no prometo cosas que luego no pretendo cumplir. Si lo he dicho, lo haré. Nunca jugaría contigo de esa manera —me dice en tono seguro, pero dulce.
Yo sonrío y bajo la cabeza para que no lo vea. A veces me da la sensación de que tengo pintado en la frente que me gusta.
—Pero una cosa así no se consigue en dos días… —insisto preocupada—. No quiero robarte tanto tiempo. Son tus vacaciones. Tendrás cosas que hacer…
—No hay nada más importante que esto —dice él, y capto por su tono que lo piensa de verdad—. Tampoco me robas de nada. De quedar con el idiota de tu primo, pero creo que durante un tiempo seré *persona non grata*, de todas formas, así que…
Una oleada de emoción me embarga y tanteo en el aire hasta que encuentro su hombro. Le doy un suave apretón:

—Zarek, gracias. No sabes lo que significa esto para mí —empiezo emocionada—. Y no me refiero solo a que vayas a perder horas de tu tiempo con esto, sino a todo lo que has hecho siempre por mí, desde que llegué a Fere. Solo era la prima desconocida de tu mejor amigo, pero tú siempre me has tratado bien. Siempre me tratas bien, aunque sea la rara del pueblo.

—¿Quién dice que eres la rara del pueblo? —pregunta él en un tono de voz tan indignado que me saca una sonrisa.

—Bueno, a la cara no me lo ha dicho nadie, pero todo el mundo lo piensa. Los oigo cuando cuchichean, aunque no lo digan abiertamente —confieso con las mejillas encendidas, y sonrío, para fingir que no me importa.

Para fingir que me lo tomo a broma.

Lo cierto es que cuando te pasas desde los ocho años escuchando susurros sobre lo loca que estás, lo rara que eres o lo mal que vistes, acaba haciendo mella.

—Y más les vale no decirlo delante de mí, porque si no les dejaré yo la cara rara a puñetazos —dice él medio enfadado y medio bromeando, pero yo río igualmente—. ¿Qué te hace tanta gracia? Lo digo en serio.

—Lo que tú digas —sonrío yo, y vuelvo a darle un apretón cariñoso en el hombro.

Esta vez su mano caliente coge la mía antes de que pueda soltarlo y nos quedamos un momento así, en silencio y cogidos de la mano. Noto que su pulgar se mueve en mi palma y el calor me recorre la columna. Me suelta la mano y, segura de que le he incomodado, me aparto un poco y le doy espacio. Tengo que dejar de ser tan obvia o acabaré haciendo el ridículo.

—¿Te parece si vengo a buscarte por las mañanas, almorzamos y vamos a mi casa a entrenar? Tengo un patio que da al bosque y hay mucho espacio —explica Zarek y yo asiento.

—Vale, genial. Aunque en tercer sol no podré ir, porque es el día que voy a ver a Althea.

—Lo sé, no hay problema. Hay días más que de sobra. De aquí al final de verano lo tendrás dominado —explica Zarek con alegría y yo sonrío forzadamente.

Final de verano. Se irán los dos a la universidad y me quedaré aquí como siempre. Con mis tíos. Aunque… si me iba a quedar sola en un par de meses, mejor que aprendiera a defenderme, y rapidito.

—¿Empezamos mañana, entonces? —pregunto nerviosa.

—Mañana.

«Mañana», pienso mientras retuerzo mi camiseta entre los dedos, «que los Dioses me amparen».

# Capítulo 14

## Xandra



Me quedo delante del armario durante media hora sin saber qué ponerme. «Algo que sea cómodo y que me permita moverme, pero que me quede bien», suplico desesperada para mis adentros.

Finalmente acepto que nunca me he interesado por la ropa y que toda la que tengo es sosa, y me pongo unas mallas de algodón negras ajustadas que se adhieren a mis piernas como una segunda piel y una camiseta negra de tirantes. Cojo la chaqueta de cuero negra —la que siempre le robaba a mi primo y que me acabé quedando— y la aprieto contra mi pecho un segundo, antes de ponérmela.

Kálix no me dirige la palabra desde ayer, y no me gusta. No ha dejado de guiarme por la casa o acompañarme a los sitios y actúa como siempre, pero no bromea conmigo como antes. Tampoco parece del todo enfadado, solo… dolido. Suspiro y pienso en todo lo que me dijo. Si alguien tiene derecho a estar dolida, debería ser yo, porque fue él quien dejó claro que no creía en mí, ni en mi capacidad de aprender a defenderme.

Aún así se me encoge el estómago al pensar en el tema. No estoy acostumbrada a pelearme con él. Kálix es mi roca, lo ha sido siempre. Por muy idiota que sea, o por muchas tonterías que diga, soy incapaz de seguir enfadada con él durante más de cinco minutos.

Con mis tíos la cosa está igual de fría. Se disculparon y decidimos dejar lo ocurrido atrás, pero yo no les dije nada de que iba a entrenar con Zarek, pese a que tenían derecho a saberlo. No me apetecía saber su opinión y tener más riñas como las que tuve con Kálix. Ellos no saben lo que es mejor para mí. Claramente. Porque si lo supieran no me hubieran ocultado un secreto tan grande durante tanto tiempo. Aunque nunca dejaré de estarles agradecida por acogerme, no creo que nadie tenga que decidir lo que puedo hacer y lo que no.

Me saco el pelo de dentro de la chaqueta de cuero y me hago una coleta alta para que no me moleste durante el entrenamiento. Finalmente, me pongo la venda que tengo en la mesilla de noche y la anudo con fuerza. No quiero que se mueva o caiga con el forcejeo. Me dirijo a la cocina a paso lento pero seguro y oigo que llaman a la

puerta. El corazón me da un vuelco al pensar que al otro lado de la puerta está Zarek.

Me acerco con una sonrisa nerviosa y la abro de golpe. Delante de mí oigo una suave inhalación como de sorpresa y mi sonrisa cae un poco.

—¿Zarek? —pregunto dudosa. Sé que es él, porque huelo la menta desde donde estoy—. ¿Todo bien?

—Estás… —empieza y se calla de golpe. Me vuelve a invadir la incertidumbre.

—¿No es la ropa adecuada para entrenar? Creo que estos pantalones son bastante elásticos —le explico preocupada.

—No, no. Estás bien. Es la ropa adecuada. En serio —dice rápidamente, y me parece detectar un tono nervioso en su voz. Le oigo carraspear y finalmente vuelve a hablar con voz grave—. Te queda… Te queda muy bien.

Yo me pongo un poco roja, pero me relajo. «Al menos la media hora delante del armario ha servido para algo», pienso, y me muerdo el labio inferior para no sonreír.

Zarek vuelve a carraspear.

—¿Entramos? —pregunta con rapidez y yo sonrío, un poco extrañada por su actitud. Parece más nervioso que yo. Si no fuera por que es un luchador respetado en la UdI diría que está nervioso por tener que enseñarme a mí.

—Claro —digo, pero él ya se dirige a la cocina. Cierro la puerta de la entrada y voy a la cocina con él.

—Buenos días —dice Kálix en tono serio. Yo fuerzo una sonrisa y le respondo igual.

—¿Te vienes a entrenar con nosotros? —le pregunta Zarek a Kálix. Y me asombra que tenga la capacidad de darle esa segunda oportunidad, aunque mi primo no se la merezca.

—Paso —responde y yo suelto un suspiro triste. Oigo a mi primo acercarse y me besa en la coronilla antes de irse, lo que solo me entristece más. ¿Por qué es tan cabezota?

Sus pasos se alejan y Zarek me pone una mano en el hombro y me da un suave apretón.

—Ya se le pasará la tontería —me vuelve a prometer, y yo asiento e intento pensar en cosas más positivas.

—¿Y qué vamos a hacer hoy? —pregunto más animada—. ¿Lucha? ¿Cuchillos?

Zarek se ríe y esa risa profunda me atraviesa con una ola de calor que me recorre de pies a cabeza. El corazón se me acelera y noto un hormigueo en el vientre, como si su risa fuera una caricia. Trago saliva, pero Zarek me responde ajeno a las sensaciones que despierta en mi cuerpo traidor:

—No se empieza la casa por el tejado —me explica con paciencia y yo asiento e intento centrarme—. Primero hay que asentar las bases. Te lo contaré cuando lleguemos a mi casa. En resumen: algunas bases y mucha defensa personal.

»Quiero que aprendas a defenderte de cualquier ataque, ya sea de un monstruo o de un humano. Podemos practicar puntería y cuchillos más adelante. Creo que es una manera efectiva de defensa, porque no requiere de lucha cuerpo a cuerpo. Siempre puedes alcanzar al objetivo desde lejos y salir corriendo. Lo mismo digo del arco. Aunque eso es muy viable con un objetivo fijo, me preocupa un poco cómo conseguiremos que le des a un objetivo en movimiento.

Me quedo pensativa un segundo.

—Creo que puedo hacerlo. Si llego a adquirir mucha puntería no sería un problema identificar de dónde vienen los sonidos, solo tengo que afinar un poco más el oído. Normalmente sé de qué dirección viene la gente cuando se me acerca por el sonido de sus pasos o incluso la vibración del suelo, pero admito que es una dirección bastante general —le explico.

—Podemos practicarlo. Tendrías que ver si podrías aprender a identificar la dirección exacta del objetivo y mejorar la rapidez de reacción. Tiene que ser una identificación instantánea, para que puedas disparar sin perder un solo segundo. En una situación de peligro real un segundo puede ser la diferencia entre la vida o la muerte.

Vuelvo a asentir para que vea que lo escucho y que entiendo la seriedad de la situación.

—Si conseguimos que puedas atacar desde la distancia a un objetivo en movimiento, eso puede ser de gran ayuda para que puedas escapar —dice pensativo—. Y hablando de escapar, tenemos que entrenar también tu forma física.

—¿Perder un poco de peso? —pregunto en un tono de broma, aunque, para mí vergüenza, la voz me sale un poco más temblorosa de lo que pretendía y miro rápidamente hacia abajo, para que no vea mis mejillas sonrojadas.

Noto sus dedos cálidos que me alzan la barbilla.

—Eres perfecta —aclara él con intensidad, y durante unos segundos me olvido de respirar. Se queda en silencio unos segundos como esperando que lo que ha dicho acabe de penetrar en mi cabeza y luego continua—. Estar en forma no tiene nada que ver con el peso. Hablo de resistencia. Es muy importante que no te canses, el hecho de que puedas correr durante el mayor tiempo posible te puede salvar la vida. No tiene nada que ver con tu cuerpo. Ni de lejos. ¿Entiendes? —pregunta con suavidad mientras su pulgar me acaricia la barbilla y noto ese pequeño movimiento hasta en la punta de los pies.

—Vale —susurro finalmente, porque no sé ni qué responder.

¿Qué le dices al chico que te gusta cuando dice una cosa así? Sus palabras se repiten en mi cabeza y suelto una respiración entrecortada. Nos quedamos unos segundos así hasta que Zarek reacciona y me suelta, y oigo como empieza a hacer cosas con las manos rápidamente, como si estuviera nervioso. Es evidente que, aunque a mí me haya vuelto loca, a él la situación le ha incomodado. Pero él no decía esas palabras en el sentido que yo quería entender. Era una forma de hablar. Y yo le estaba prácticamente babeando encima. «Contrólate, Xandra, por todos los Dioses» me digo a mí misma.

—Come todo lo del plato o no tendrás fuerzas para el entreno de hoy —dice Zarek finalmente, y yo decido que comer es la manera más segura de no decir ninguna tontería, así que mastico en silencio, hasta que estoy llena.

Cuando termino nos dirigimos a la puerta y no puedo estar más nerviosa. No solo voy a aprender a defenderme y a luchar, sino que además voy a poder pasar horas y horas con el chico que me trae loca desde los ocho años, ver su casa… Un momento, ¿conocer a su familia? Parece que sí que se puede estar más nerviosa. Se puede estar al borde del colapso.

# Capítulo 15

## Xandra



Cojo el bastón que tengo al lado de la entrada para poder guiarme por el camino de tierra que lleva al pueblo y abro la puerta. Lo primero que noto es la luz del sol que me golpea en la cara y me aturde durante una milésima de segundo. Salgo con cuidado fuera cuando me he recuperado y paso el bastón suavemente por la superficie de suelo que tengo delante. Oigo los pasos de Zarek, que se coloca a mi lado. Caminamos durante unos segundos en silencio hasta que Zarek carraspea incómodo:

—Lo siento, soy un desastre. No tengo ni idea de lo que tengo que hacer. Nunca hemos pasado tanto tiempo juntos. Creo que es la primera vez que vamos a algún sitio sin Kálix —empieza él estresado —. Él siempre te ofrece el codo y te guía y eso. ¿Quieres? Me refiero a que a mí no me cuesta nada, pero te las apañas solita, así que no sé qué se supone que tengo que hacer. ¿Tú que prefieres?

Se calla de golpe y yo me quedo en silencio con la boca medio abierta. La abro aún más para responder, pero la vuelvo a cerrar. Me he quedado sin palabras.

—Mierda. Joder. ¿Te he ofendido? —pregunta cada vez más alterado—. Lo siento, tendrás que tener paciencia conmigo. Seguramente la cagaré, pero aprendo rápido. Solo tienes que decirme qué te ha molestado y no se repetirá.

Eso me saca de mi trance.

—Zarek, tranquilo. No pasa nada, no me has ofendido —intento tranquilizarlo—. Al contrario. Es que… es la primera vez que me preguntan qué prefiero yo. En general todo el mundo asume que sabe lo que necesito: o asumen que no necesito ayuda para nada o asumen que no sé hacer nada sola, pero nunca me habían preguntado qué quiero o qué necesito. Es…

Muevo la cabeza de lado a lado para aclarar las ideas. Cuando pienso que ya no me puede gustar más este chico, va y hace algo así. Carraspeo intentando recomponerme:

—Me… me encantaría que me guiaras hasta tu casa, Zarek —le respondo finalmente con una sonrisa de agradecimiento, y oigo un pequeño suspiro de alivio—. No te preocupes. Ya te avisaré si necesito

algo. O si algo me molesta.

—Genial —dice más animado.

Noto que su mano caliente coge la mía y la coloca en el hueco entre su codo y su antebrazo. Me acerco más a él y dejo que me guíe mientras voy pasando el bastón por delante de mí. Me sonrojo un poco al notar que estamos tan cerca que el calor de su cuerpo prácticamente me abrasa el costado izquierdo, pero me encanta.

Hablamos de tonterías durante todo el camino y lo noto mucho más relajado conmigo. Creo que los dos necesitábamos esto. Yo necesitaba saber que podía tener la confianza de decirle lo que necesito, y Zarek necesitaba saber se lo diría directamente si algo me ofendía, para que él no tuviera que andar de puntillas a mi alrededor.

Eso me gustaba. Este acuerdo implícito de confianza que se había creado entre nosotros en un momento. Que no me tratase como si fuera de porcelana, como hacía mi primo, pero que se preocupara por mí y me preguntara qué necesito.

Mucho antes de lo que me hubiera gustado noto que Zarek aminora el paso y entiendo que hemos llegado a destino. Me había acostumbrado a notar su cuerpo a mi lado y la seguridad que desprendía. Suspiro en voz baja y lo dejo ir.

—Tendrás que describirme la casa y los espacios en los que entremos —le explico pacientemente cuando nos quedamos parados delante de su casa—, para que pueda hacerme una idea de dónde estoy y saber dónde están los muebles o si hay algo con lo que me pueda chocar.

Me pongo un poco roja al decir eso último y le suplico a los Dioses mentalmente que me eviten la vergüenza de tropezarme con algo y caerme al suelo. No sería la primera vez.

—No dejaré que te choques con nada —me asegura con voz decidida y yo le sonrío.

—Sé que no —le digo, y lo pienso de verdad—. ¿Hay escaleras en el porche o es todo liso?

—Hay dos escaleras hasta llegar a la puerta —me responde rápidamente—. ¿Quieres volver a cogerme del codo?

Lo miro y le vuelvo a sonreír mientras asiento.

—En un momento ya dominas, ¿eh? —bromeo mientras vuelve a colocar mi mano en el hueco de su codo y me guía hasta las escaleras que dan a la entrada. Con el bastón detecto fácilmente los escalones, pero me alegro de estar agarrada a él para no perder el equilibrio.

—Haré lo que pueda para facilitarte las cosas —promete y la sonrisa se le nota casi en la voz. Como me gustaría poder verla…

Subimos los escalones sin altercados, pero nos quedamos parados en el porche. Me giro hacia él con curiosidad.

—¿Todo bien? —le pregunto extrañada.

—Sí, eh… Mi hermana está en casa —dice finalmente y noto como cambia el peso de pie a pie con incomodidad. Instantáneamente me entra el pánico.

—¿Y tus padres? —le pregunto, pues necesito saber con qué me voy a encontrar una vez atraviese esa puerta.

—No vivimos con mis padres, sino con mi abuela —explica él en tono tenso, y me da la sensación de que el tema es delicado, así que no presiono.

—¿Y tu abuela está en casa?

—No, por las mañanas se va a pasear. Le gusta pasarse el día en el mercado y volver por la tarde.

—¿Y que tu hermana esté en casa es malo? —pregunto angustiada—. ¿La molestaremos si entrenamos aquí? Porque seguro que podemos encontrar otro sitio…

—No, no —se apresura a decir él—. Quiere conocerte. Ese es el problema.

—Ah —digo desanimada y miro hacia el suelo.

Ahora es su turno de parecer extrañado.

—¿Que? —pregunta él ansioso—. Si te incomoda conocer a gente nueva le puedo decir que se vaya a su habitación.

—¡No! Es su casa, por los Dioses. ¡Ni se te ocurra decirle eso! —exclamo. Quiero caerle bien a su hermana, no que me odie para siempre.

Zarek se mueve y se pone delante de mí. Noto que sus manos se posan en mis mejillas para acariciarlas con suavidad.

—¿Entonces? —insiste Zarek preocupado, y yo frunzo el ceño, aunque sus manos en mi piel mandan unas corrientes eléctricas por todo mi cuerpo que me distraen.

—Has dicho que era un problema que conociera a tu hermana —empiezo con cuidado—. Lo entiendo. De verdad. Cuesta un poco acostumbrarse a… bueno… a mí.

—Xandra —dice con voz seria y trago saliva. No sé si quiero escuchar lo que tiene que decir. Pero como siempre me equivoco—. No lo decía por ti, lo decía por mi hermana. Está un poco loca —bromea él, pero parece realmente nervioso—. Es la típica persona que dice lo primero que se le pasa por la cabeza. Te hará cincuenta preguntas y casi todas inapropiadas. No querría que te sintieras… incómoda.

Suelto un suspiro de alivio y le cojo las muñecas.

—No me molestan las preguntas —respondo aliviada—. Quiero conocerla. No tengo muchas amigas de mi edad… —confieso, y automáticamente me arrepiento de decirle algo tan patético.

—Vale, pues si estás segura… —dice finalmente y se separa de mí para abrir la puerta.

Suelto una respiración nerviosa y casi ni le escucho mientras me describe la casa y dónde está cada habitación. Oigo unos pasos ligeros que corren con rapidez escaleras abajo y me giro hacia el sonido. El corazón me bate a mil por hora y agarro el bastón con tanta fuerza que creo que me voy a clavar alguna astilla. Los pasos se paran en frente de mí.

—¡Bienvenida, me llamo Yalena Tsakiris! —dice una voz aguda con alegría—. Me alegro de que hayas venido. ¡Tenía muchas ganas de conocerte!

Su tono desprende tanto optimismo que me resulta imposible no soltar una pequeña sonrisa cautelosa. Ni si quiera tengo tiempo de responder antes de notar unos brazos delgados que me envuelven y me abrazan con fuerza, como si nos conociéramos de toda la vida. Me pilla tan por sorpresa que casi no me da tiempo ni de levantar los brazos para devolvérselo.

A mi lado oigo a Zarek bufar en voz baja.

—Ignora a mi hermano. Siempre me está diciendo que no debería ir abrazando a la gente. Que algunos valoran su espacio personal, sea lo que sea eso —me explica ella hablando a mil por hora, y casi me cuesta seguirle el ritmo a la conversación—. En mi opinión son todo tonterías. A nadie le disgusta un buen abrazo.

Suelto una pequeña risa y abro la boca sin saber muy bien qué responder. Finalmente me decido:

—A mí no me molestan.

—Genial —responde ella—. Eres de mi edad, ¿verdad? ¿Estudias algo? Yo empiezo el curso que viene en la UdI.

—Em… Voy una vez por semana a casa de la curandera y aprendo sobre plantas curativas y ungüentos —le explico—. Si es que eso cuenta.

—¿De verdad? De pequeña quería ser curandera, hasta que jugando me rompí un brazo y me desmayé al verme el hueso. Se me pasaron las ganas de golpe —me explica y yo suelto una carcajada—. Bueno, pues ser curandera te irá bien para lo tuyo. Igual hasta encuentras un ungüento que devuelva la vista. ¿Cómo te quedaste ciega? ¿Es de nacimiento?

—¡Yalena, por todos los Dioses! —le riñe Zarek en tono avergonzado—. Lo siento mucho, Xandra…

—No, está bien —digo, y vuelvo a reír suavemente—. Mi ceguera no tiene cura —le explico con suavidad—. Pero no pasa nada. Ya me he acostumbrado. Y… para responder a tu pregunta… No es de nacimiento. Me lo hizo un monstruo.

Oigo que inhala sorprendida.

—¿Cómo? —pregunta con un susurro, y su hermano la vuelve a reñir exasperado.

—Yalena, en serio. Deja de meterte donde no te llaman —se queja Zarek cada vez más alterado—. No estás obligada a responder, Xan. Simplemente ignórala.

Alargo el brazo hacia él y Zarek me coge la mano. Le doy un suave apretón:

—No pasa nada, Zarek. De verdad —insisto y me vuelvo a girar hacia la dirección de donde venía la voz de Yalena—. Pues fue de un zarpazo.

—Oh… Eso debe de haber dejado unas buenas cicatrices. ¿Es por eso por lo que llevas la venda? —pregunta, esta vez con suavidad y cariño.

Estamos entrando en terreno peligroso. No es que no quiera responderle, pero no es un tema que me guste airear, y mucho menos delante de Zarek.

—Sí —respondo un poco seca—. Tuve suerte de salir con vida de ahí. Por eso mismo le he pedido ayuda a tu hermano, para que me enseñe a defenderme por si… si volviera a encontrarme con uno.

—Entiendo —dice Yalena finalmente y de repente su voz vuelve a sonar animada como siempre. Me relajo de golpe, como si hubiera pasado alguna especie de prueba y eso nos hubiera unido—. Os dejo que os pongáis a ello, entonces. Bueno, amiga, pues si necesitas cualquier cosa estaré en mi habitación.

Lo dice con dulzura y, de nuevo, me abraza antes de que pueda responderle, pero esta vez le respondo al abrazo con la misma efusividad y la estrujo con fuerza.

Sonrío al pensar en como me ha llamado: «amiga», pienso, y me gusta cómo suena. Me gusta mucho.

# Capítulo 16

## Xandra



Zarek me guía por su casa hasta llegar al patio trasero y entonces se para en seco. Me paro con él y le pido que me describa el lugar, mientras habla me agacho para tocar el suelo y mis manos notan el tacto de la hierba entre los dedos. Cuando me dice que toda la zona está cubierta de hierba me saco los zapatos y disfruto del tacto de la hierba entre los pies. Cuando me doy cuenta de que Zarek está en silencio, probablemente mirándome, me giro hacia él y me disculpo suavemente.

—Perdona, cuando quieras podemos empezar —le digo avergonzada—. ¿Por dónde empezamos? Dijiste que había que asentar las bases y empezar por la defensa personal, ¿no?

—Exacto —responde él—. Empezaremos por… la caída.

Tardo un momento en procesar lo que me acaba de decir. Lo habré entendido mal.

—¿Disculpa?

—La caída —repite él en tono divertido—. Lo más importante para aprender a defenderse es aprender a caer bien, y es lo primero que practicaremos. Te enseñaré distintos tipos de caídas y a cómo caer sin hacerte daño. De nada sirve saber lanzar un buen puñetazo si te quedas paralizada en el suelo sin poder respirar porque no has sabido amortiguar una caída.

Me doy cuenta de que lo que dice tiene mucho sentido, y, al mismo tiempo, me doy cuenta de lo poco que sé sobre la autodefensa. Doy gracias a la Misericordia de la Diosa Thyra por que se me ocurriera pedirle ayuda a Zarek.

—Bien, practicaremos las siguientes caídas: hacia atrás, hacia delante, hacia un lado y hacia el otro —explica Zarek en tono profesional y yo lo escucho con atención—. Es muy importante que nunca pongas las manos en el suelo para parar una caída, porque te puedes romper un codo o ambos codos. Incluso se te podría salir el hueso. Cada vez que caigas tienes que acompañar la caída y amortiguar el golpe con el cuerpo, y, lo que haremos al principio es que golpearás con la mano en el suelo cada vez que caigas, porque así evitarás la tentación de parar el golpe con ella. Te enseñaría cómo

haciéndolo yo, pero en tú caso será mejor que te guíe a través del proceso.

Yo asiento y él se coloca detrás de mí.

—Para la caída hacia atrás lo que harás es flexionar las rodillas —noto que toca ligeramente la parte de detrás de mis rodillas y las doblo siguiendo sus indicaciones—, y ahora te dejarás caer hacia atrás sin miedo. La idea es que cuando estés a punto de caer dobles mucho las rodillas, para estar lo más cerca del suelo posible. Cuando caigas, levanta las piernas y golpea con las manos en el suelo.

Se me forma un nudo en el estómago. Sé que Zarek nunca dejaría que me hiciera daño, pero tirarme hacia la nada…

—La primera vez te cogeré —me tranquiliza cuando ve mi expresión y suelto un suspiro de alivio.

Repito sus instrucciones lentamente y cuando he doblado las rodillas y me voy a tirar hacia atrás Zarek me coge con facilidad por debajo de los brazos y me vuelve a subir, antes de que toque el suelo.

El corazón me va a mil por hora y no sé si es porque casi me pego un trompazo o porque lo tengo a él pegado a mi espalda y respirándome en la nuca.

—Tienes que flexionar más aún, si te tiras de tan arriba te harás daño —me dice con suavidad y yo asiento y lo vuelvo intentar.

Esta vez no me coge y, aunque el aterrizaje es un poco incómodo, no me duele nada. Sigo el impulso de la caída y golpeo con las manos en el suelo al final del movimiento como me ha enseñado.

—Bien, muy bien, pelirroja —me felicita exultante—. Lo has hecho genial.

El calor me recorre el cuerpo al oírle llamarme así, pero intento mantener la profesionalidad.

—Bien, ahora probaremos hacia los otros lados y después pasaremos a las volteretas —continúa él—. Para amortiguar una caída cuando te caes de bruces lo que tienes que hacer es poner las manos, pero nunca estiradas. Recuerda que no queremos que te rompas nada. Debes tener los brazos pegados al cuerpo. Así.

Noto sus manos en mi brazo y me lo mueve y coloca hasta que está en la posición correcta, y luego hace lo mismo con el otro brazo.

—Ahora te tiras hacia delante y no muevas los brazos. Cuando llegues al suelo aguanta en esta posición y haz fuerza con los bíceps para que aguanten el peso de tu cuerpo, como si estuvieras haciendo una flexión.

Lo pruebo y tras un par de intentos —en los que Zarek me acaba cogiendo en el último momento agarrándome por la cintura— finalmente lo consigo, y lo mismo sucede con las otras posiciones. Zarek me felicita y cada vez que noto ese punto de orgullo en su voz me pongo roja como un tomate, pero no puedo evitar sonreír.

Después de eso me enseña a hacer una voltereta hacia delante y una voltereta hacia atrás, cogiendo impulso, y, cuando ya domino ambas cosas, me enseña a caer hacia atrás y amortiguar el golpe acabando con una voltereta hacia atrás en el suelo, y después a rodar por el suelo hasta estar de pie otra vez.

Cuando acabamos los ejercicios estoy sudada y tengo ambos hombros y el coxis un poco doloridos de tanto caer, pero también me siento más segura que nunca. No me había planteado nunca el hecho de que podría hacerme daño cayendo, hasta ahora, que había aprendido a evitarlo. Y eso para mí, que era una persona con ceguera y pocos restos visuales, era algo que me sería muy útil en todos los aspectos de mi vida.

—Lo estás haciendo increíblemente bien, Xan —me elogia Zarek cuando terminamos la última tanda de ejercicios y ya domino todas las caídas y volteretas habidas y por haber—. Ahora que ya hemos cubierto lo básico, podemos pasar a la autodefensa. Lo que practicaremos ahora se llaman agarres, y se trata de aprender a soltarte cuando alguien te esté agarrando. Empezaremos con los agarres altos. Cuando te coja tienes que empujarme la muñeca hacia fuera, ¿vale? Ahora te voy a coger, pero tranquila, que no haré fuerza.

Me dice eso como si cupiera la más mínima posibilidad de que fuera a hacerme daño. Había aprendido rápidamente durante el entrenamiento que Zarek haría lo que fuera para evitar eso.

Asiento y le sonrío con confianza, y él me coge de la nuca con firmeza, pero con cuidado. Me quedo quieta durante unos segundos, porque mi mente perversa empieza a imaginarse que en lugar de para practicar me ha cogido para besarme, y me relamo inconscientemente los labios.

—Xandra… Tienes que conseguir que te suelte —dice Zarek, y me saca de mi trance, aunque me parece notar que su voz es un poco más grave que de costumbre y se me eriza el vello de la nuca. Carraspeo e intento concentrarme y repito el gesto que me ha enseñado. Cuando noto golpeo su muñeca sonrío con satisfacción y él me felicita.

Me enseña a soltarme de agarres altos y agarres de muñecas, y luego me enseña cómo aprovechar el impulso de deshacer un agarre para agarrar yo a mi contrincante.

De nuevo, cuando acabamos la serie de ejercicios estoy sudada y agotada. Realmente no he hecho mucho más que lanzarme al suelo y levantarme cincuenta mil veces, pero Zarek tenía razón, no estoy en muy buena forma física y tengo que mejorar mi resistencia.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dice Zarek al verme la cara de agotamiento mientras me seco una gota de sudor de la frente con el brazo—. ¿Te has cansado mucho?

Quiero mentirle para hacerme la dura, pero creo que no colará, así

que me decanto por el humor.

—Qué va —digo mientras intento recuperar el aliento—. Ha sido un paseo.

Zarek se ríe y el sonido vuelve a atravesarme entera. Sin poderlo evitar me imagino que esta vez soy yo la que lo coge por la nuca y lo besa desenfrenadamente. Me sorprendo a mí misma con ese pensamiento.

El sonido de la puerta que da al patio trasero al abrirse me saca de mis vergonzosos pensamientos y oigo la voz de Yalena.

—¿Cómo vais? —pregunta con su característico tono alegre—. ¿Ya habéis terminado? Es casi hora de comer…

—Sí, ya estamos —le responde Zarek.

—Yo… debería irme a casa —digo un poco nerviosa, ahora que ya hemos terminado no quiero quedarme más tiempo del necesario para no molestar.

—No te vayas aún —medio suplica Yalena—. Quédate a comer con nosotros —Ya estoy a punto de negarme por educación cuando vuelve a hablar—. Venga, quiero conocerte mejor.

Eso me hace dudar. Realmente me gustaría, y no estoy en condiciones de rechazar una posible amistad. Me giro hacia Zarek con una mueca.

—Si no molesto… —empiezo, pero él me corta antes de que pueda terminar.

—No molestas para nada —Se le nota en el tono que lo dice con sinceridad, así que asiento y Yalena grita de alegría.

Niego con la cabeza, pero sonrío. Aquí me siento bien. Me siento cómoda y con gente que me gusta. Me río de una broma que ha hecho Yalena y Zarek pone mi mano en el hueco de su codo para guiarme hasta la cocina. Comer con ellos es un momento perfecto. «Casi perfecto», pienso con una cierta melancolía. Solo falta mi primo.

# Capítulo 17

## Xandra



Me levanto de la cama de un bote en cuanto la luz del sol entra por mi ventana. Esta última semana me he despertado de muy buen humor, porque he tenido muy pocas pesadillas. Seguramente porque cuando me meto en la cama estoy tan agotada del esfuerzo físico que he hecho durante el día que el cerebro se me desconecta.

En segundo sol empezamos a salir a correr. Zarek me llevaba a prados con mucho espacio libre, para que no tuviera que preocuparme por chocarme con árboles o tropezar con cualquier cosa. Un sol incluso fuimos a la playa y corrimos por la costa. Sentía el agua congelada que me acariciaba los tobillos mientras que los músculos me quemaban por la falta de oxígeno, pero me sentía fuerte. Y resistente.

Me empieza a gustar esto de hacer ejercicio. Cada sol aguanto más corriendo y ahora sé soltarme de casi cualquier agarre. Ya no dudo cuando tengo que caer al suelo y nunca me hago daño. Lo que más odio son las flexiones, abdominales y otros ejercicios físicos, porque me canso muy rápido y no me gusta fallarle a Zarek, después de todo el esfuerzo que le dedica a mi entrenamiento.

A veces Yalena nos acompaña a correr, pero la mayoría de las veces salimos los dos solos. Me gusta cuando viene Yalena: mi nueva amiga no para de llamar la atención y es muy extravagante para lo que estoy acostumbrada, pero me río mucho con ella. Cuando Yalena no viene y estoy a solas con Zarek el aire tiene una tensión distinta. Sobre todo, cuando tiene que corregirme alguna postura y me coge por la cintura o me da toques suaves en los brazos, que yo noto como caricias.

Intento no prestarle mucha atención a todo lo que me hace sentir, porque no es justo que él se tenga que sentir incómodo cuando se comporta de modo tan profesional y me hace el favor de enseñarme todo lo que sabe.

A veces se lo noto: cuando estamos muy cerca se tensa y da un paso hacia atrás. Yo lo entiendo. Y, aunque nunca me aprovecho de ello, no es culpa mía si cada vez que me habla con esa voz grave me estremezco de pies a cabeza o si cada vez que me roza siento una

sensación en el estómago, como la que sientes cuando estás en caída libre. No es culpa mía que, aunque él me vea como una hermana pequeña, yo lo vea como algo más. Mucho más. Y tal vez es una fantasía inútil, pero no puedo evitar sentir lo que siento cuando está cerca.

Suspiro mientras me visto e intento apartar esos pensamientos de mi cabeza. Bajo las escaleras de mi casa con cuidado y me dirijo a la cocina a almorzar con Zarek. Después de una semana ya hemos cogido una rutina: viene por las mañanas, almorzamos, vamos a entrenar, comemos en su casa y después de comer me acompaña a casa y nos despedimos hasta el día siguiente.

Nuestra relación había cambiado mucho en cuestión de días. Al principio estábamos un poco nerviosos, porque no sabíamos cómo actuar alrededor del otro. Sobre todo por mi ceguera, pero después de ese primer día Zarek le cogió el tranquillo rápidamente, y ahora estoy tan cómoda con él como podría estarlo con Kálix.

Incluso más, porque Zarek sabe a la perfección lo que necesito y lo que no, y nunca intenta hacer más por mí de lo que le pido.

—Buenos días, Xan —dice la voz de Zarek y yo sonrío. Por la mañana siempre tiene la voz pastosa, porque se acaba de levantar… y me parece adorable.

Me acerco a él y le doy un abrazo. Eso es otra cosa que ha cambiado entre nosotros. Con la de horas que hemos pasado juntos y la amistad que ha surgido entre nosotros ahora somos más dados a las muestras de afecto. Es algo que me vuelve loca en todos los sentidos: primero, porque me encanta, y segundo, porque quiero más. Mucho más. Pero me conformo con lo que puedo tener.

Los brazos fuertes de Zarek me envuelven y su calor me reconforta, y mi nariz, que queda a la altura de su clavícula, siente el olor intenso a menta que desprende. Me da un beso casto en la frente y el hechizo se rompe. Me separo de él con delicadeza y me recuerdo lo mismo de siempre: «somos amigos», «él no me ve como yo le veo», «soy la prima de su mejor amigo».

—Sí que os habéis hecho amiguitos —La voz de Kálix tiene un tono de burla, pero noto algo de tensión. Me sorprendo, porque no sabía que estaba ahí. Últimamente nuestras interacciones son siempre así: tensas. Suspiro con desazón.

—Si vas a ser desagradable ya te puedes ir —me quejo.

—Es mi casa —me recuerda.

—También la mía —respondo en tono desafiante y eso lo hace callar.

Zarek y yo empezamos a planificar el entrenamiento de esa mañana, como si Kálix no estuviera ahí. Mientras le escucho hablar cojo la leche y me dispongo a verterla en el vaso cuando recuerdo las

palabras de Kálix y vuelvo a dejarla en la mesa. Zarek se calla cuando ve que he dejado de escucharle. Le alargo la leche con pesar.

—Toma. Yo haré un desastre —digo con un hilo de voz.

Pero como siempre Zarek me sorprende.

—Ya eres mayorcita para verter tú sola la leche —dice como si nada—. Si se cae fuera ya lo limpiaremos, no veo dónde está el problema.

Me quedo callada un segundo con la boca abierta y Kálix suelta una risa sorprendida, pero no dice nada. Yo empiezo a sonreír lentamente y empiezo a verter la leche mientras que él sigue explicando los ejercicios de hoy.

Echo la leche y se me va un poco a la izquierda, así que el chorro se sale del vaso, pero Zarek lo limpia con naturalidad mientras sigue hablando.

Cuando he terminado de beber el vaso de leche me siento extrañamente realizada, como si hubiera conseguido subir una montaña. Alargo la mano, la poso en el brazo de Zarek y bajo hasta encontrar su mano y darle un suave apretón de agradecimiento. Para de hablar durante una milésima de segundo, pero después continúa.

—¿Zarek, podemos hablar un momento? —lo interrumpe Kálix de repente—. ¿En privado? —añade.

—¿Te vienes a entrenar con nosotros? —le pregunta él.

—No.

—Entonces no tengo nada de lo que hablar contigo —responde finalmente Zarek y yo le acaricio el brazo, porque sé que la situación también es dura para él. Es su mejor amigo. No recuerdo haberlos visto nunca peleados.

—Por favor —dice Kálix finalmente, y la voz le tiembla un poco. Kálix no es del tipo de personas que piden las cosas «por favor». Me quedo callada un momento esperando ver qué le responderá Zarek.

Zarek suspira.

—Que sea rápido —dice finalmente—. Tenemos muchas cosas que hacer.

Se gira y me besa suavemente en la frente antes de irse. Oigo sus pasos alejarse. Y me pica la curiosidad. ¿Qué será tan importante como para que mi primo vuelva a dirigirle la palabra a Zarek?

# Capítulo 18

## Zarek



Sigo a Kálix cuando sale de la casa y me doy cuenta de que el tema tiene que ser serio, si no quiere que su prima lo oiga. Y solo hay un tema que Kálix se tome con tanta seriedad: Xandra.

Cuando se para, frunzo el ceño y me cruzo de brazos en posición amenazadora. No me gusta como está tratando a Xandra. Ella lo está pasando mal solo porque él es un cabezota que no quiere admitir que su prima se está haciendo adulta y no puede seguir cuidando de ella como si tuviera ocho años.

—¿Y bien? Habla —le ordeno con firmeza, cuando veo que se queda callado. Veo que cambia el peso de un pie al otro, nervioso.

—Te gusta —dice finalmente, y ni si quiera es una pregunta.

—¿Qué?

—Ella te gusta —repite, y no hace falta que pregunte de quién está hablando. Los dos lo sabemos. Pero no voy a darle la satisfacción de darle la razón, aunque sea verdad.

—No sé de qué me hablas.

—Venga ya —se queja—. Es evidente por cómo la miras. Te gusta.

—Ya te he dicho que no —le repito, por mera cabezonería.

—Z… —Mi corazón se encoge al oír el mote que solo él usa—. No hace falta que lo niegues. Eres mi mejor amigo y te conozco. Te lo veo en la cara y en cómo le hablas.

—No sé qué quieres que te diga, y, en todo caso, no es asunto tuyo —le replico, en tono seco.

—Oye —dice, y su expresión se suaviza—. Ya sé que ahora estamos un poco mal, pero…

—Si estamos mal es solo culpa tuya —le rebato, enfadado.

Kálix frunce el ceño y se pone a la defensiva:

—Eres tú el que está entrenando a mi prima sin mi permiso.

—Y yo vuelvo a repetirte que ella no necesita tu permiso para hacer nada —le recuerdo.

Se queda en silencio sin poder rebatir lo que acabo de decirle.

Y decido que no tiene sentido seguir negándolo.

—Xandra… me gusta —confieso finalmente, intentando que no me tiemble la voz y manteniendo la pose amenazadora —. Y sabes que no la entrenaría si pensara que la pone en peligro.

—Nunca me hubiera imaginado que vosotros dos… —empieza Kálix, pero luego deja la frase a medias. Yo me preparo para que diga algo desagradable, pero al verme la expresión retrocede—. No me parece mal —añade rápidamente—. Si hay alguien en el mundo con quién no me importaría que estuviese eres tú, Z. Aunque sea un poco raro…

Yo no comento nada y me vuelvo a quedar en silencio, pese a que una parte de mí se ha quitado un gran peso de encima con sus palabras. Por mucho que ahora mi relación con Kálix sea tensa sigue siendo mi mejor amigo. Y es el primo de Xan. Son como hermanos, y sé que su opinión es importante para ella.

—No me gustaría que las cosas acabaran mal entre vosotros y tuviera que elegir, porque simplemente no puedo elegir —confiesa Kálix en voz baja.

—No hay un «nosotros» —le recuerdo—. Al menos de momento. Ni siquiera sé si yo a ella le gusto.

—Yo… Eso no te lo sé decir, porque Xandra es muy críptica, pero sé que se comporta diferente cuando estás a su alrededor.

Yo asiento lentamente, mientras que un calor se posa en mi estomágo y me llega a las mejillas. Intento mantener el posado duro, pero la cara se me suaviza inevitablemente al pensar en ella.

—¿Os habéis besado? —me pregunta de repente Kálix.

Vuelvo a ponerme en guardia.

—Eso no es de tu incumbencia —le digo, otra vez molesto con su necesidad patológica de meterse donde no le llaman. ¿A qué coño viene esa pregunta?

—Solo responde —medio suplica él.

—No la he tocado, Kálix —respondo aún cabreado—. No hace ni dos días que tengo claro lo que siento por ella. No iba a hacer nada hasta tenerlo claro.

—Mira, yo me alegro mucho de que te guste, porque, como ya te he dicho, no creo que haya ningún chico en esta isla que me parezca suficiente para ella… excepto tú —repite Kálix—. Eres mi mejor amigo y sé que la vas a proteger. Pero hay otro motivo por el que quería hablar contigo. Xandra es mi responsabilidad, y tengo que asegurarme de que esto es lo que ella quiere. ¿Entiendes?

Todo lo bueno que había conseguido con ese discurso se disipa con esa última frase.

—¡Yo nunca la obligaría a estar conmigo ni la forzaría a nada! —

exclamo indignado de que pueda pensar algo así.

—¡No! Ya sé que no. Pero si valoras un mínimo nuestra amistad dejarás que sea ella la que dé el primer paso. Para no apresurarla, para ir a su ritmo —me pide y me quedo callado, porque no sé ni qué responderle—. Solo quiero que sea feliz.

—Puedo hacerla feliz —susurro dolido.

—Lo sé. Pero deja que ella venga a ti. Que sea a su ritmo. Cuando ella lo decida. Cuando se vea lista. Ya hay demasiadas cosas que no puede controlar y muchas decisiones ya han sido tomadas por ella. Deja que tome esta. La más importante.

Aprieto la mandíbula con fuerza, aún un poco cabreado, pero lo que dice tiene sentido. Mucho sentido. Demasiado para mi gusto.

—Está bien.

# Capítulo 19

## Xandra



No sé de qué han hablado, pero cuando vuelven Kálix está más relajado y Zarek de mal humor. No conmigo, claro. A mí nunca me habla mal, pero se lo noto en la tensión de los músculos del brazo.

Intento animarlo hablando de anécdotas graciosas con Yalena y poco a poco se va relajando. Ignoro completamente a Kálix que de vez en cuando hace algún sonido como «hmmm» o «pfff», pero no llega a decir nada. Me saca de quicio.

—Y ayer cuando Yalena cogió esa caja de cuchillos… —empiezo, pero no puedo terminar, porque ya me estoy riendo. Zarek suelta una carcajada.

—Se le cayeron todos al suelo. Menos mal que le dije que no tocara nada. Por poco destroza media tienda —termina él divertido, pero el cariño hacia su hermana que le noto en la voz lo delata—. Yo no sabía dónde meterme y Anker estaba muy cabreado.

—¿Quién es Anker? —pregunta Kálix, aunque se nota que pregunta a regañadientes, porque no puede evitar su curiosidad. Hace rato que nos escucha con atención, aunque haga ver que no es así.

—El propietario de la tienda —digo como quién no quiere la cosa, pero sé que me voy a arrepentir de haber abierto la boca.

—¿El de la tienda de metalurgia? ¿La que tiene todas las armas forjadas de Síderos? —pregunta, y, efectivamente, su tono se va alterando cada vez más—. ¿Qué hacías tú ahí?

—Fuimos a comprar cuchillos —respondo enfadada por su tono—. Estoy aprendiendo a lanzar.

Eso pareció enfurecerle y la poca paz que habíamos establecido se esfumó.

—¿Le dejas a mi prima que lance cuchillos? ¿Tú sabes lo peligroso que es eso? ¡Es ciega!

—Ya estamos —Suelto un suspiro de frustración y de rabia.

—Tu prima no es tonta, Kálix. Mejor que aprenda a manejar un cuchillo a que se haga daño cuando se encuentre con uno —explica Zarek con paciencia, pero mi primo es cabezota como él solo.

—No tienes ni idea de lo que haces. Estás jugando con fuego y la

que se va a quemar va a ser ella —le reprocha y Zarek se levanta de golpe. No sé por qué me da la sensación de que hace rato que busca una excusa para pelearse con Kálix.

—¡Basta! —grito yo—. Kálix, perdiste todo el derecho a decidir sobre cómo entrenarme cuando te negaste a hacerlo. Ahora decide Zarek y confío en él. Sé que no dejará que me haga daño. Si tienes algo que decir entrena con nosotros, pero sino déjanos en paz.

Me duele decirle algo así. Siempre hemos sido él y yo contra el mundo, pero últimamente parece que sea él y el mundo contra mí. Kálix no responde, pero justo entonces se oye la puerta de la cocina abrirse y los pasos de los tíos.

—Pero bueno. ¿Qué son estos gritos? —pregunta la tía Adara, preocupada.

—Nada, mamá —responde Kálix en tono seco.

—Solo una discusión tonta, tía Adara —respondo en tono avergonzado. No me gusta discutirme con Kálix, aunque ha pasado tan pocas veces a lo largo de mi vida que no me extraña que los tíos se hayan quedado sorprendidos.

—Sea lo que sea, solucionadlo rápido —ordena el tío Flavian en tono afable—. La familia no debería discutir.

Se me hace un nudo en el estómago al oír esas palabras. Se crea un momento de tensión en el que nadie dice nada, hasta que Zarek rompe el silencio:

—¿Nos vamos, Xan?

—Sí, vamos —digo con un hilo de voz. Salgo de la cocina sin decir nada más a nadie e intento no pensar en la voz de Kálix y los tíos empezando a discutir en voz baja nada más irme. Toda la situación me revuelve el estómago, así que salgo rápidamente de casa, con Zarek en los talones.

Durante el camino hasta casa de Zarek no hablamos, pero Zarek me acerca más a él que de costumbre y creo que es porque sabe que necesito el apoyo moral. Cuando estamos a punto de llegar me prometo a mí misma que me voy a esforzar el doble en los entrenamientos y que le demostraré a mí primo de lo que soy capaz.

Con esa determinación renovada se me pasan las primeras horas de la mañana como si fueran minutos. Hoy Zarek me enseña a esquivar y parar golpes. Practicamos durante un rato y casi parece una coreografía. El movimiento lo tengo dominado, pero yo sé que Zarek no le está poniendo nada de fuerza al golpe.

—Vale, esto ya me sale. Ahora pega de verdad —le pido y él se queda en silencio—. ¿Zarek?

—Ya… ya estoy pegando de verdad —dice en tono nervioso.

—Zarek, no estás ni si quiera pegando, solo haces el movimiento —le digo en tono suave—. Venga, ahora hazlo fuerte.

Se vuelve a quedar callado.

—¿Y si no lo esquivas y te doy? —pregunta y traga saliva tan ruidosamente, que lo oigo desde donde estoy.

—Bueno, si me das, te prometo que a la próxima sí que lo esquivaré —bromeo, para restarle importancia, aunque tengo que confesar que un poco nerviosa sí que estoy. He sentido los brazos de Zarek bajo mis manos y esos músculos no son solo de decoración.

—No puedo —confiesa finalmente.

Yo sonrío extrañada, porque pienso que me está tomando el pelo. ¿No puede pegarme? A ver no es que quiera que me dé, la idea es esquivar el golpe, pero si siempre me ataca a cámara lenta no voy a saber nunca si soy capaz de esquivar o no.

—¿Cómo voy a saber esquivar un ataque real si no me atacas de verdad? Quien sea que quiera hacerme daño no lo hará con lentitud para que me de tiempo de parar el golpe —insisto y le cojo de las manos. Le tiemblan.

Antes de que pueda preguntar oigo una voz que habla desde la puerta:

—La muchacha tiene razón, Zarek.

Es una voz de mujer profunda y segura. La voz de alguien que nunca habla si no tiene algo importante que decir. Me enderezo de golpe.

—Abuela… —empieza Zarek, pero deja la frase a medias y suspira —. No puedo, lo siento.

—¿Zarek, pero qué…? —empiezo yo, pero su abuela me corta.

—Con Zarek entrenarás puntería, arco, cuchillos, resistencia y defensa —Sus pasos se acercan y oigo un golpe rítmico en el suelo, como de un bastón—. Conmigo entrenarás la lucha cuerpo a cuerpo. Y espero que ganes pronto masa muscular, porque si esto es lo que tú llamas músculo no aguantarás ni dos segundos. Pareces un pajarillo herido —me reprocha, y noto que me da un suave toque en el brazo con la punta del bastón.

Intento decir algo, pero las palabras se han quedado atascadas en mi garganta. Esto de hablar sin tapujos debía de ser algo común en las mujeres de esta familia.

No quería ser como el resto y juzgar su capacidad de lucha por ser una anciana, porque eso habría sido tremendamente hipócrita viniendo de una ciega, pero la situación me parecía surrealista.

—¿Qué pasa? ¿Además de ciega eres muda? —pregunta en tono seco.

—¡Abuela! ¿Es que en esta familia no os podéis comportar como personas normales? ¡Por la Bendita Misericordia! —exclama Zarek exasperado.

—Soy ciega, desmarcada y una *ischyró aíma*, pero muda no soy —

respondo yo con la misma sequedad.

—¿Cómo dices? —pregunta ella sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿Además de anciana es sorda? —se la devuelvo, pero me arrepiento al momento. Es la abuela de Zarek. Si tenía alguna posibilidad de caerle bien a su familia ya la he estropeado.

Se hace el silencio y, de repente, la mujer suelta una carcajada.

—Tienes garra —dice en tono de aprobación—. Bien. Tal vez aún haya esperanza para ti. ¿De verdad eres *ischyró aíma?* ¿Sangre poderosa? —pregunta más seria.

—Sí, por eso estoy aquí. Quería aprender a defenderme —explico.

—Pues has venido al lugar adecuado —dice ella, y entonces me descuadra por completo con sus siguientes palabras—. Me llamo Aricia Savvidis.

—Usted… Usted… ¡Usted invocó a un monstruo de clase Gamma! —exclamo finalmente, y me siento como si acabara de conocer al mismísimo Ajax, padre de Invocadores.

—Así es —me confirma, y yo me giro hacia Zarek.

—¿Por qué no me dijiste que tu abuela era una de las invocadoras más poderosas de toda la isla? —le pregunto sorprendida y en tono un poco acusador.

—No salió el tema —dice nervioso, y me da la sensación de que le da vergüenza hablar de ello.

No porque se avergüence de su abuela, sino porque si su abuela tiene una sangre tan poderosa, eso significa que él también la tiene. Y de repente cobra sentido toda la popularidad que tienen Zarek y Kálix en la UdI, y la fama de buen invocador que se ha ganado, incluso antes de salir de la universidad.

La voz de Aricia me saca de mis pensamientos.

—Ya es hora de comer. Id con Yalena antes de que se enfríe la sopa —ordena y la oigo alejarse a golpe de bastón—. Tú y yo nos veremos en cuarto sol, pajarillo. Sé puntual.

# Capítulo 20

## Zarek



Me despierto sudado y desorientado y en un estado en el que todavía no sé si estoy despierto o dormido. Lo primero que hago es alargar la mano por el colchón, buscándola a ella. Xandra. Evidentemente no está. Solo ha sido un sueño. «Y vaya sueño», pienso mientras todavía respiro agitadamente. Aún así, parte de mí esperaba que hubiera sido real, y que al alargar la mano me la hubiera encontrado allí, tumbada y desnuda, y lista para más.

Me seco el sudo de la frente con el dorso de la mano y me incorporo. La sábana en forma de tienda de campaña tapa la innegable prueba de lo mucho que me ha gustado ese sueño. Y lo que sucedía en él.

Pienso en que hoy voy a tenerla conmigo durante toda la mañana y suspiro. A cada día que pasa se me hace más difícil estar con ella sin comerle la boca, sobre todo, cuando me sonríe con esos labios carnosos o se emociona porque le ha salido algo. Mis manos la buscan constantemente, aunque sea con toques amistosos y platónicos no puedo evitar acariciarle la mejilla o abrazarla cada dos por tres. Pero cada vez es más duro. Casi literalmente.

Mejor que se me pase rápido, porque tengo que ir a su casa a buscarla y cuando llegue todos estos pensamientos inapropiados tienen que estar bajo control.

Normalmente saldría a correr para que se me pasara el calentón, pero como hoy me he despertado tarde —gracias a los Dioses—, tendré que conformarme con una ducha de agua fría. Helada.

Me quedo un buen rato bajo el chorro de agua fría, dando rienda suelta a mis pensamientos y deseos más profundos, con una mano apoyada en la pared y el chorro de agua cayéndome por la nuca como una caricia.

Solo de pensar en esos labios de Xandra a mi alrededor termino más rápido de lo que querría confesar, pero no es suficiente. Nunca es suficiente. Porque no es real.

No son sus manos, sino las mías. Es solo una fantasía. No es real. Solo me necesita porque quiere aprender a luchar, pero sigo siendo el mejor amigo de su primo.

Con un suspiro salgo de la ducha y me visto. Voy al piso de abajo y me encuentro a mi hermana Yalena desayunando en la cocina. Me acerco para darle los buenos días y le doy un beso en la frente. Tan diferente de los besos en la frente que le he estado dando a Xandra estos últimos días. Con Xandra un beso en la frente es una excusa para tocar su piel, sea donde sea. Una excusa para tenerla cerca e incluso reconfortarla con mi presencia. No es un beso fraternal, como el que le daría a mi hermana. De hecho, muchas veces tengo que calcular el rato que tengo mis labios en su frente, porque sino me quedaría ahí eternamente.

Salgo de casa para ir a buscar a Xandra y cuando llamo a la puerta, como siempre, la abre enseguida con una sonrisa preciosa.

—Buenos días, Zarek —Me vuelve loco como pronuncia mi nombre. Lleva doce años viviendo en Fere, pero aún tiene algunos dejes del acento de Nero.

Carraspeo para centrarme en la conversación, pero verla no ayuda. Lleva esas mallas negras que le hacen un culo espectacular y unos tirantes que no dejan mucho a la imaginación en cuanto al escote.

Me doy cuenta de que espera una respuesta y de que llevo más segundos de los que debería mirándola como una especie de animal en celo.

—Eh… Buenos días, preciosa —le respondo finalmente, sin que me llegue a funcionar del todo el cerebro.

Se me escapa el apodo. Así es como la llamo en mi cabeza. Porque lo es. Preciosa. Tanto que quita el aliento. Pero debería cortarme un poco. Se supone que tengo que dejar que sea ella la que dé el primer paso, si es que quiere estar conmigo. No quiero presionarla, Kálix tenía razón. Llamarla «preciosa» no cuenta como presionarla, ¿no?

Ella se queda inmóvil un momento, pero luego sonríe aún más y me vuelvo a quedar embobado.

—¿Pasas? —dice ella, y la sigo hacia la cocina, sin separar ni un momento los ojos de sus caderas. La seguiría donde fuera—. ¿Qué haremos hoy? —pregunta de forma animada, y yo aprovecho el giro de la conversación para centrarme en el tema y poner mi voz más profesional. Estoy muy orgulloso de lo mucho que está aprendiendo.

—He pensado que hoy podríamos empezar con el arco —le digo finalmente, y veo como se le ensancha la sonrisa—. ¿Te gustaría? —le pregunto, pero ya sé que sí. Me encanta hacerla feliz.

—¡Sí! Tengo muchas ganas de ver qué tal se me da —dice emocionada, y empezamos a comer con ganas mientras le explico cómo irá más o menos el día.

Después de almorzar nos dirigimos a la puerta y le cojo la mano para dejarla suavemente en mi codo y así guiarla hasta mi casa. Yo creo que a estas alturas ya se sabe el camino de memoria, pero no quiero perder ni una oportunidad de estar cerca de ella. Y ella no me ha pedido que deje de acompañarla, así que lo sigo haciendo.

Cuando llegamos Xandra y Yalena hablan animadamente durante un rato y mientras me dedico a preparar el arco y la diana a una distancia corta. Me encanta escucharlas hablar de cotilleos, porque sé que Xandra nunca ha tenido eso y me encanta que se lleve bien con mi hermana.

—Bien —las interrumpo finalmente—, esto ya está listo.

Xandra se acerca a mí dando pequeños saltitos al andar. Es adorable.

Meneo la cabeza y veo que mi hermana me está mirando de refilón, con una sonrisa cómplice, como si supiera perfectamente lo que acabo de pensar. Y tal vez sea así. Tal vez se me note en la cara que estoy colgado de Xandra. Sonríe aún más. La ignoro completamente y me giro hacia Xandra.

Cojo el arco y se lo doy, a la vez que le voy enseñando por dónde tiene que agarrarlo y en qué posición debe tener pies y brazos. Cuando he acabado de explicarle la teoría le digo que tiene la diana justo delante de ella y le pido que tense la la cuerda, pero al verla el que me acabo tensando de deseo soy yo.

Así, con el arco en la mano y a punto de soltar la primera flecha, parece una verdadera guerrera. Sus manos agarran con seguridad el arco y sus delicados dedos tiran con fuerza de la cuerda. Solo he tenido que corregirle la posición una vez y enseguida la ha adoptado de manera natural.

Siguiendo mis indicaciones toma una respiración profunda para estabilizar la flecha y cuando suelta el aire lentamente la cuerda le roza durante una milésima de segundo el carnoso labio inferior antes de que la flecha salga disparada y dé en la parte inferior de la diana.

Creo que me quedo sin respiración. Se hace el silencio y Xandra baja el arco.

—¿Le he dado? —pregunta con una sonrisa, y todo el aire que tenía acumulado en los pulmones me sale a trompicones. Intento responderle, pero tengo que tragar saliva un par de veces antes de poder hablar.

—Lo… Lo has hecho genial, Xandra —le digo en tono serio. Ella deja de sonreír, pero después sonríe aún más que antes.

—¿De verdad?

—De verdad —le afirmo—. Tienes talento natural.

Ella suelta un grito de emoción y empieza a dar saltitos.

—Le has dado en la parte inferior. En el círculo de fuera, el que es

de color negro —le explico orgulloso—. Hay que afinar la puntería, pero para ser la primera vez que lanzas una flecha ha sido una pasada.

Ella vuelve a saltar y me abraza. Y yo río, porque está feliz. Y eso siempre me hace feliz.

—¡Me ha encantado! ¿Lo puedo volver a hacer? —pregunta casi sin aliento, y no creo que sea consciente de lo cerca que está de mí, porque sus labios me quedan a centímetros. Le acaricio la mejilla con suavidad.

—Todas las veces que quieras, pelirroja. Todas las veces que quieras.

# Capítulo 21

## Xandra



Cuando Zarek me viene a buscar esa mañana, estoy tan nerviosa como el primer día. No quiero decepcionar a Aricia y sé que ella no se va a cortar ni un pelo conmigo, lo cual también me preocupa.

—Irá bien —me tranquiliza Zarek—. Mi abuela es muy bruta, pero sabe lo que hace. Aprenderás mucho con ella. Yalena lleva años entrenando con ella.

—¿Por qué no entrena contigo? ¿Por qué no puedo yo entrenar contigo? —le pregunto con curiosidad.

—No se me da bien… enseñar lucha cuerpo a cuerpo —responde incómodo.

Dudo que nada que sea cuerpo a cuerpo se le dé mal, y no me creo que no sepa luchar, aunque siendo sinceros él no ha dicho que no sepa luchar, solo que no se le da bien enseñarlo.

—¿Por qué? —pregunto cada vez más curiosa. Recuerdo hace un par de soles cuando le pedí que pegara de verdad, para saber si podría esquivar el golpe y solo dijo «no puedo».

—Estás llena de preguntas hoy… —bromea, y noto que quiere cambiar de tema. Mi curiosidad crece por momentos, pero no presiono.

—Bueno, ¿nos vamos? —le pregunto, y me parece oír un suave suspiro de alivio.

Me acompaña hasta su casa y cuando llegamos a la parte trasera su abuela ya está allí.

—Buenos días, pajarillo. ¿Has dormido bien? —me pregunta en tono irónico, pero con un punto cálido que me hace entender que lo pregunta de verdad.

—De maravilla —le respondo con una sonrisa.

—Te hará falta —responde ella, y oigo como se acerca con su bastón—. Ya puedes irte, hijo. Xandra está en buenas manos.

—Me das miedo, abuela —le responde él, pero oigo que le da un beso y luego se acerca a mí y me coge de las manos.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Estoy tentada de responderle: «¿Yo no tengo beso?», pero simplemente niego con la cabeza.

—Todo bien.

—Os dejo solas entonces —responde, y con un último apretón de manos oigo como se alejan sus pasos. Me quedo mirando en su dirección, aunque no veo nada. Simplemente deseando oír que sus pasos dan media vuelta y vuelven a mi lado.

La voz de Aricia me saca de mis fantasías:

—¿Empezamos? —Asiento y ella hace un sonido de aprobación—. Bien, coge el bastón.

—¿Qué bastón? —le pregunto confundida.

—Tu bastón, niña. ¿Cuál va a ser?

Me apresuro a hacerle caso y cojo el bastón que siempre dejo apoyado al lado de la puerta. El que uso para poder moverme por el espacio.

—No necesito el bastón para moverme por aquí —le explico, pues no entiendo para qué me ha pedido que lo coja.

—No quiero que lo uses para desplazarte. Quiero que lo uses para defenderte —explica ella, y acto seguido noto que algo duro me golpea con fuerza en el brazo derecho.

—¡Au! —me quejo sorprendida mientras me froto el brazo—. ¿Me ha dado con el bastón?

—Sí —responde ella—. La próxima vez para el golpe con el tuyo.

Me da dos golpes más en el brazo derecho.

—¡Au! ¡Au! —vuelvo a quejarme, aún sin salir de mi estupor.

—Deja de quejarte y muévete —ordena con voz severa.

El siguiente golpe me da en el brazo izquierdo, pero el siguiente lo paro instintivamente con mi bastón. Oigo el sonido de los dos bastones de madera chocando y nos quedamos así, con los bastones cruzados en el aire hasta que ella baja el suyo.

—Bien —me felicita en tono de aprobación—. Volvamos a empezar. Intenta adivinar por dónde vendrán los golpes.

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡No la veo! —vuelvo a quejarme cuando me da otros dos golpes en el brazo derecho.

—Te he dicho que dejes de lloriquear —me ordena—. ¿No querías que dejaran de tratarte como si fueras de porcelana? Pues deja de buscar excusas para todo.

Me quedo alucinada. Llamar *excusa* a la ceguera es un poco exagerado, pero no le falta razón, así que aprieto los dientes y no digo nada. Me da otro golpe en el brazo izquierdo.

—Ya sabías que eras ciega cuando empezaste a entrenar. Ya lo sabemos. Lo hemos entendido. Eres ciega. Esto te cuesta más. Todo te cuesta más. Pero seguirá siendo así, te guste o no, así que tienes que encontrar la manera de trabajar alrededor del problema y no centrarte

en él. No tienes vista, pero tienes piernas, brazos y orejas. Y aún mejor: cerebro. Úsalo —me explica con firmeza.

No sé qué duele más: si los golpes de bastón o las palabras que me suelta con cada golpe. Sin embargo, tiene razón en todo, así que intento absorber sus sabias palabras e intento apoyarme en mi audición.

Intento escuchar sus pasos y el sonido de la hierba y las hojas de los árboles bajo sus pies. Intento escuchar el silbido que hace el bastón al cortar el aire. Tardo un par de minutos en darme cuenta de que repite el mismo patrón una y otra vez. Derecha, derecha, izquierda, derecha, izquierda, y luego vuelve a empezar. Empiezo a pararle todos los golpes y acabamos danzando, una alrededor de la otra, mientras voy parando golpe tras golpe.

Sonrío anchamente, orgullosa por lo que acabo de descubrir y empiezo a hacer los movimientos de defensa casi de forma instintiva. De repente, un golpe fuerte me da en plenas costillas y me doblo hacia delante.

—No te confíes —me riñe Aricia, y yo me pongo recta de nuevo, con el bastón preparado.

Poco a poco y sin delicadeza me va enseñando todo lo que sabe: «Encuentra los puntos débiles del contrincante y aprovéchalos», «no levantes tanto los pies al caminar o te tumbarán barriendo el suelo», «si tienes que jugar sucio, hazlo. Tu vida puede depender de ello», y así una tras otra lección tras otra.

Con un giro sorprendentemente ágil para su edad barre con el bastón mis pies y me caigo de espaldas al suelo. Hago una voltereta hacia atrás y vuelvo a estar de pie en un segundo. Levanto los puños en señal de defensa, pero estoy tan cansada que siento que me voy a desplomar si doy un paso más.

Me quedo en tensión unos segundos esperando un golpe y preparada para pararlo, pero nunca llega.

—Ya es suficiente por hoy —dice Aricia, y me parece detectar un tono de orgullo en su voz que me obliga a tragar saliva de la emoción —. Has estado bien, pajarillo. Has estado bien.

# Capítulo 22

## Xandra



Me siento tiesa en la silla de la cocina intentando no moverme mucho. Me duele todo. Me río por algo que ha dicho Zarek y se me escapa una mueca de dolor por el movimiento, que afortunadamente él no ve. Después del entrenamiento con Aricia deberían habérseme pasado las ganas de seguir entrenado, pero me doy cuenta de que me encanta. Me encanta saber que puedo hacer algo más que hacerme un ovillo en el suelo y esperar a que pase el peligro.

—Buenos días —oigo la voz de Kálix desde la puerta de la cocina y yo le doy una sonrisa tensa y sigo comiendo. Supongo que los tíos siguen en la habitación durmiendo, y bajarán más tarde, como suelen hacer.

Oigo que Kálix se sienta delante de mí y empieza a prepararse el desayuno. Lo ignoro y sigo con lo mío.

—Hoy saldremos a correr —dice Zarek animadamente sin hacerle caso a Kálix y tengo que hacer un esfuerzo muy consciente para no gemir de frustración en voz alta. No quiero que se entere que tengo el cuerpo molido—. Has mejorado muchísimo estas semanas, ahora ya no te cansas tanto como antes.

Sonrío, pero no digo nada. Aún estoy planeando mentalmente cómo aguantaré correr tantos kilómetros cuando me duele hasta la punta del pie. Tocará aguantarse.

Alargo el brazo para coger unas fresas de nuestro huerto y me la llevo a la boca.

—¿Qué coño es eso, Xandra? —La agresividad de mi primo me pilla tan desprevenida cuando se levanta de golpe que doy un salto en mi asiento.

—Una fresa —respondo en un hilo de voz sin entender nada de lo que está pasando.

—No, eso no —dice él alterado y oigo que se acerca. Me quedo pasmada hasta que me coge del brazo y me arremanga la chaqueta de cuero.

Suelto un siseo de dolor. No porque me haya cogido con fuerza, sino porque me duele todo el brazo. Es entonces que mi cerebro hace la conexión. Claro. Moratones. Abro la boca para decirle que no es

nada, pero mi primo me arremanga el otro brazo con brusquedad. Ya sé lo que encontrarán ahí. El bastón de Aricia no era de goma, precisamente.

Oigo que a mi lado Zarek inspira aire, horrorizado.

—Parece peor de lo que es —intento tranquilizarlos, pero veo claramente que no está funcionando. Zarek respira agitadamente a mí lado y parece que esté hiperventilando.

Creo que es una reacción un poco exagerada, pero mi primo lo lleva a otro nivel.

—¡¿Cómo que parece?! ¡Xandra, tienes el cuerpo cubierto de moratones!

Se nota que está hecho una furia.

—¡Por favor! —me quejo indignada—. Como si tú no hubieras vuelto a casa mil veces con moratones peores que este. ¡Hace semanas acuchillaste a Zarek! ¡Ahora no te hagas el santo!

Evidentemente me ignora y dirige su rabia hacia la otra persona a quien puede culpar. Alguien que ahora mismo está muy callado. Demasiado.

—¡Mírala! ¡Te dije que era peligroso que entrenara, pero mira esto! —exclama Kálix indignado. Su tono de voz ha alcanzado los máximos decibelios—. ¡¿Cómo te atreves a pegarle semejante paliza?! ¡Cómo le haces esto después de lo que…!

Oigo una silla arrastrarse de golpe y caer al suelo y sé que Zarek se ha puesto de pie. Ahora están los dos cara a cara.

—¡Ni una palabra más, joder! —dice en un tono severo que no había oído nunca.

Me quedo con la boca abierta de la sorpresa. Estoy justo al lado de ellos y la verdad es que escucharlos pelearse causa mucha impresión. No miedo, porqué sé que nunca me harían daño, pero impresiona. Es como presenciar el enfrentamiento de dos monstruos Alfa: sorprendente, pero brutal.

—¡No quiero oír ni una palabra más! —repite Zarek—. ¿Cómo te atreves a decir eso? ¡Yo nunca le haría daño! Antes me corto un brazo que dejarle un solo moratón en el cuerpo. ¿Cómo te atreves si quiera a mencionar…? —Se queda callado de golpe. La curiosidad me mata, pero es evidente que no es el momento de hacer preguntas—. Nunca le he pegado un solo golpe a nadie que no se lo mereciera, y créeme, últimamente tú te lo estás ganando a pulso.

Dice eso último en tono amenazador y el vello se me eriza.

La tensión es tal que creo que se van a pegar allí mismo, aunque soy incapaz de intervenir.

Tardo un momento en reconocer lo que está pasando, porque no me cabe en la cabeza, pero esas palmadas en la espalda son muy claras. ¿Se están… abrazando?

—Me he pasado tres pueblos —confiesa Kálix en tono conciliador, oigo un suspiro de alivio y Zarek le devuelve las palmadas en la espalda. Me quedo con la boca abierta, de nuevo—. No debería haber dicho que… No eres como él.

Vuelvo a tener la sensación de que me pierdo parte importante de la conversación, pero no quiero interrumpir ese momento.

—Lo sé —responde Zarek—. Sé que no querías decir eso.

Y ya está. Cuatro palabras y problema solucionado. Oigo que se separan e intento recomponer mi expresión de incredulidad.

—Está entrenando con mi abuela —le explica finalmente Zarek y Kálix suelta una carcajada.

—Ahora entiendo todo —ríe él y yo sonrío lentamente, porque me da miedo romper esta paz que se ha creado de repente.

—De todas formas, no volverá a pasar —explico—. Ahora ya sé esquivar.

—Seguro que sí —responde Kálix dulcemente y me acaricia la mejilla. Es la primera vez desde hace semanas que noto que todo vuelve a ser como antes. Me armo de valor.

—¿Quieres…? ¿Quieres verlo? —le pregunto en un susurro.

No quiero hacerme esperanzas, pero es inevitable. Cada mañana, Zarek le pregunta si quiere venir a entrenar con nosotros y él responde que no. Pero es la primera vez que se lo pregunto yo. Se hace el silencio durante un momento y siento que duda.

—Yo… —empieza, y luego se queda callado. Mis esperanzas caen en picado y trago saliva.

—Ya. No pasa nada —digo, ignorando el nudo que tengo en la garganta.

—Xan…

—No pasa nada —repito, pero ya me estoy levantando de la silla.

Noto que la mano de Zarek me acaricia la espalda para reconfortarme en silencio mientras recojo los platos. Me giro y voy hacia la puerta. Oigo los pasos de Zarek que me sigue, pero antes de salir de la cocina le habla a mi primo en un susurro:

—Reflexiona y déjate de tonterías. Ella no tiene por qué pagar por tus movidas.

Oigo que suspira, pero me alejo rápidamente. No quiero escuchar nada más.

# Capítulo 23

## Xandra



Me agarro con fuerza al codo de Zarek mientras me guía. Estoy tan sumida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que me está llevando a su casa hasta que me dice que ya hemos llegado y que vigile los escalones.

—¿No íbamos a correr? —le pregunto sorprendida.

—No te voy a hacer correr en este estado —responde Zarek refiriéndose a los moratones—. No sabía que iba a ser tan dura contigo, pero tendría que haberlo sabido. Mi abuela es la mejor persona que conozco, pero puede ser muy… brusca.

Me abstengo de decirle que *brusca* es una palabra un poco floja para describir a su abuela.

—Tendría que haber estado allí contigo —susurra finalmente, y noto por el tono de su voz que se arrepiente profundamente. Como si hubiera sido culpa suya que yo estuviera hasta arriba de moratones—. Tendría que haber estado para asegurarme de que no se pasaba tanto…

Me giro hacia él y alargo las manos hasta encontrar las suyas.

—Zarek, basta. No es culpa tuya —le digo, y le acaricio las manos callosas con los pulgares. Con delicadeza. Con cariño—. Además, no me arrepiento de nada. Estoy bien. Seguro que tengo mala pinta, pero no me duele tanto. Y he aprendido muchísimo de tu abuela. No me golpeaba porque sí, solo quería que aprendiera más rápido. De verdad, no he sufrido nada que no hayáis sufrido todos los estudiantes de invocación en algún momento u otro.

Se acerca a mí y debe de estar muy cerca, porque el calor que irradia su cuerpo me atraviesa.

—Sí, esos moratones los he visto mil veces en mi piel, en la de Kálix o en la de cualquiera de mis compañeros —empieza él y yo espero a que termine, porque siento que está intentando decir algo importante—. Pero esta vez es distinto.

—¿Por qué? —susurro yo.

—Porque es tu piel la que está manchada de golpes —me responde. Oigo que suspira y subo las manos para acariciarle los brazos fibrados de músculo. Me doy cuenta de que está temblando y aguanto la

respiración sorprendida—. Cuando te he visto esos moratones yo…

Le acaricio los brazos de nuevo con un movimiento rítmico de pulgar y vuelvo a cogerle las manos. Me las aprieta con fuerza.

—Verte así ha despertado algunos recuerdos que… —Traga saliva —. No son agradables.

Vuelvo a darle un apretón en los dedos, para que sepa que le escucho. Que estoy con él.

—Cuando viniste a mi casa la primera vez me preguntaste si mis padres estarían en casa, y te dije que no —empieza Zarek con un suspiro—. Mis padres no viven con nosotros desde hace años. Mi padre era… violento —confiesa y cojo aire sorprendida, pero no le interrumpo—. Le gustaba hacernos daño a mi madre y a mí. No sé por qué. Solo sé que era así. Cuando hacíamos cualquier tontería que se pasaba un poco de la raya él… —se le rompe la voz y me acerco más a él. Vuelvo a acariciarle las manos y le doy un beso cariñoso en el hombro. Zarek carraspea—. Bueno, te ahorraré los detalles, pero no era agradable. Mi madre se cansó de aguantarlo y se largó. Nos dejó con él cuando yo tenía diez años.

Me hierve la sangre, pero no digo nada. No estoy en posición de juzgar a nadie.

—Después nos quedamos con mi padre. Yo sabía que entonces sería peor, porque solo nos tenía a nosotros.

—¿Y Yalena? —pregunto pensando en su hermana. No conseguía concebir que esa chica tan extrovertida hubiera vivido algo así en su infancia.

—A ella nunca le hizo nada —responde Zarek—. Intenté protegerla lo mejor que pude. Si rompía algo yo le decía que había sido culpa mía, o le hacía enfadar para distraer su atención de ella.

Se me rompe el corazón. Claro que es algo muy típico de él. Sacrificar su seguridad personal por alguien a quien quiere.

—Estuvimos así unos años y, sinceramente, si no hubiera sido por Kálix me hubiera vuelto loco —ríe el suavemente—. Reírme con él me hacía sentir tan normal...

Le doy otro beso en el brazo y empiezo a entender la relación de esos dos. Claro que Kálix sabía todo esto. También era muy típico de él ayudar a un amigo. Así era Kálix: un salvador en esencia.

—Entonces… ¿qué pasó? —le pregunto suavemente y él coge aire de golpe.

—Crecí —responde como si nada—. El verano que cumplía catorce pegué un estirón y después de tanto entrenar con Kálix en los días libres empecé a ganar músculo. Un día Yalena le hizo enfadar. Realmente fue una tontería, pero a él no le hacía falta un motivo. Creo que la comida estaba fría. No lo recuerdo. Solo sé que la puse detrás de mí, mi padre me arreó un puñetazo y… —hace una pausa y traga

saliva—. Se lo devolví. No se lo esperaba, así que no supo cómo reaccionar. Creo que estábamos todos sorprendidos. Y fue la última vez que nos levantó la mano.

Termina de contar su historia y suelto el aire que tenía congelado en los pulmones. Le dejo terminar de contar su historia.

—Al cabo de una semana hizo las maletas y se fue. Nos apañamos durante unas semanas nosotros solos, pero creo que los adultos del pueblo se enteraron de que había dos menores viviendo solos en mi casa y contactaron con mi abuela. No sé muy bien cómo fue —explica en un tono más animado. Forzadamente animado—. Aricia es mi abuela materna. No sabía nada de lo que estaba pasando y ese desgraciado tiene suerte de que fuera así, porque ya has visto cómo se las gasta… —ríe él, y esta vez de forma genuina. Yo suelto una pequeña risa y luego vuelve a ponerse serio—. Creo que mi madre y ella dejaron de hablarse hace años. Cuando mi padre empezó a salir con ella. Mi abuela vivía en Síderos y dejaron de tener relación. Pero cuando se enteró de lo que había pasado se vino aquí y nos ha cuidado desde entonces.

Me quedo en silencio y noto que se tensa.

—Di algo —dice con una risa nerviosa.

—Yo… —Me quedo callada. Quiere que diga algo. Pero no sé el qué. Me pasan demasiados pensamientos por la cabeza. Siento demasiadas cosas.

Rabia porque haya tenido que vivir algo así, orgullo de que supiera defenderse, ternura de que haya permitido a su hermana tener una infancia medianamente normal, alivio de que haya tenido un buen amigo que le hiciera sentir que no estaba solo…

Se me acumulan todos esos sentimientos en el pecho hasta que siento que voy a explotar y como no se me ocurre qué decirle me acerco a él y lo abrazo por la cintura. Nos hemos abrazado antes, y siempre es especial, pero esta vez es distinto. Íntimo.

Lo abrazo con toda la ternura que puedo reunir y apoyo mi cabeza en su pecho. El sonido de su corazón latiendo con rapidez me tranquiliza, porque está vivo. No me puedo ni imaginar todo lo que ha sufrido y no me puedo imaginar lo que habría pasado si no llega a salir de esa situación. ¿Le habría siquiera conocido?

Sus musculosos brazos, que se habían quedado parados por la sorpresa de mi gesto, me envuelven con delicadeza y me aprietan contra su pecho. Noto que baja la cara y con un suspiro de alivio esconde la nariz en mi pelo, junto a mi sien.

No hace falta que le diga nada. Solo le dejo sentir que estoy con él.

# Capítulo 24

## Xandra



Cuando entramos en su casa hay una extraña tensión entre nosotros. No es una tensión mala. Pero el aire está cargado de electricidad. Tal vez porque se ha abierto y ha compartido conmigo algo muy privado y sé, porque se le notaba en la voz, que es algo que no mucha gente sabe de él. Tal vez es la sensación que tengo de que nuestra relación ha vuelto a cambiar. Que ya no soy una simple amiga, la prima de su mejor amigo, que ve algunos días a su casa. Que soy algo más. Algo más cercano. ¿Una mejor amiga? O, Thyra no lo quiera… ¿Como una hermana? No lo acabo de comprender, pero noto que algo es distinto.

Le sigo hacia el patio y me dice que practicaremos con el arco. Hoy la diana está mucho más lejos, pero mi puntería ha mejorado muchísimo en cuestión de semanas.

Mientras voy lanzando flechas noto que sus manos me buscan mucho más que antes. Con más naturalidad. Tal vez es porque me acaba de dar un pedazo de sí mismo y esa conexión nos ha dado más confianza el uno con el otro. Me distrae inconmensurablemente que me vaya tocando el codo o que estabilice mi arco posando su mano sobre la mía.

Me distrae, porque yo también me siento más unida a él, y eso es peligroso. Antes era fácil decir el motivo por el que no quería que supiera lo que empezaba a sentir por él: no quería hacer el ridículo. Pero eso ha cambiado. Hace semanas que el motivo es distinto. Ahora ya no temo hacer el ridículo, pues conozco a Zarek lo suficiente como para saber que nunca se burlaría de mí o me haría sentir mal a propósito.

Ahora simplemente tengo miedo. De perderlo. De que se de cuenta de lo mucho que han cambiado mis sentimientos hacia él y se aparte de mí. No para castigarme, sino por incomodidad.

Tengo miedo de que se pierda esa naturalidad y esta rutina que se ha creado entre nosotros. Ahora ya no es solo un amigo de mi primo que tiene una voz atrayente. Ahora es mi amigo. Alguien que sabe muchas cosas de mí, con el que me río y con el que me encanta pasar el tiempo. Y si pierdo esto… No quiero ni pensarlo.

Me acerco más a él inconscientemente, motivada por la oscura dirección que han tomado mis pensamientos. Noto que posa su mano en mi espalda y eso me tranquiliza. Nuestra conexión me tranquiliza.

Disparo flecha tras flecha hasta que oigo unos gritos que vienen de dentro de la casa y nos giramos sorprendidos. Reconozco la voz aguda de Yalena y luego oigo otra voz que reconocería en cualquier lugar, aunque hubiera mil voces hablando a la vez.

—Déjame pasar, Yalena —se queja Kálix—. He venido a ver a mi prima.

Se cierra la garganta de la emoción, pero no quiero volver a hacerme ilusiones antes de tiempo. Que esté aquí no quiere decir nada. Podría venir a decirme algo. Podría ser cualquier cosa. Trago saliva y cuadro los hombros, preparada para afrontar lo que sea.

Oigo los inconfundibles pasos de mi primo acercarse a nosotros. Espero a que diga algo. Finalmente es Zarek quien rompe el silencio:

—Ya era hora, tío —oigo que se acerca a darle una palmada. No sé si en la espalda o han chocado los cinco, pero parece optimista sobre la razón de Kálix para estar aquí.

Se vuelve a quedar en silencio y finalmente no lo aguanto más.

—Estoy practicando con el arco —le explico con un hilo de voz. Después me doy cuenta de que parezco tonta. Lo está viendo perfectamente. Es evidente que estoy practicando con el arco, pero estoy tan nerviosa que es lo único que me sale.

—¿Puedo verlo? —pregunta suavemente. Y respiro de alivio por primera vez en semanas. Sé lo que significa. Es una ofrenda de paz. No puedo hablar con el nudo que tengo, así que asiento.

De repente me pongo nerviosa. ¿Y si fallo? No suelo fallar, pero alguna vez pasa. Quiero que vea lo bien que se me da. ¿Se irá si no acierto esta vez? Dudo una milésima antes de tensar el arco y de repente noto de nuevo la mano de Zarek en mi espalda, dejando que sienta que estoy con él, como he hecho yo antes.

Respiro profundamente y con la seguridad y la confianza que su mano me transmite suelto la flecha que sale disparada y se clava en la diana con un golpe claro.

—¡Has hecho diana! —dice la voz de mi primo, y suena sorprendido—. Sabía que se te daba bien, pero no esperaba que tanto.

No sé qué responder, pero la voz orgullosa de Zarek me salva.

—No es la primera vez que hace diana, pero nunca habíamos puesto la diana a tantos metros —explica orgulloso mientras me frota la espalda en un gesto cariñoso. Lentamente empiezo a sonreír.

—He sido un idiota, Xandra —suelta Kálix de repente—. Lo siento mucho.

—Os dejo solos —susurra Zarek y me da un beso en la sien antes de alejarse. Tengo la tentación de pedirle que se quede, como apoyo

moral, pero tengo que enfrentarme a esta conversación yo sola. Ya soy mayorcita.

Cuando se va me giro hacia mi primo, aún sorprendida por sus palabras, pero también un poco dolida por estas semanas.

—Cuando dijiste que querías aprender a defenderte solo podía pensar que no te hace falta, porque me tienes a mí. Desde que te viniste a vivir con nosotros me he asegurado de que estés bien, de que estés segura y protegida. Y… supongo que sentía que no creías que podía seguir haciéndolo.

Suspiro ante tal idiotez.

—Por supuesto que sé que puedes protegerme —le explico con cariño—. ¿Pero qué pasa cuando tú no estás? ¿Y aunque estés? ¿Por qué tengo que quedarme mirando mientras los demás me salvan?

—¿Para qué te sirvo si no puedo salvarte? —susurra suavemente. Y suelto un grito ahogado de la sorpresa. Por fin entiendo de dónde viene esto.

—Kálix —empiezo con un nudo en la garganta—. Eres mi primo, mi hermano, mi sangre, mi familia… La última que me queda —intento explicarle cómo me siento—. No tienes que… servirme para nada, yo te quiero. No necesito que seas mi escudo, te necesito a ti. A mi lado. Necesito saber que crees en mí. No quiero que evites que me caiga, solo quiero que me trates… —Me quedo callada, pero termino la frase. Porque tiene que saberlo—. Como a una igual.

—Si no crees que te considero una igual es que he sido más idiota de lo que pensaba —dice finalmente. Se acerca y me aparta el pelo de la frente con cariño. Se me hace un nudo en la garganta—. No creo que tú me necesites porque eres ciega. Esa es la excusa que uso, porque soy yo el que te necesita a ti.

Me quedo en silencio. Alucinada por esa confesión, pero él continúa:

—Eres mi hermana pequeña. Y si hace falta me tiraré al suelo delante de ti para amortiguar tu caída. No sé hacer nada diferente —explica Kálix.

Trago saliva para poder hablar.

—No quiero que amortigües mi caída, solo dame la mano mientras me curo la herida.

Se queda un momento en silencio.

—Lo intentaré.

Suelto un suspiro de alivio y una lágrima rebelde me resbala por la mejilla. Me lanzo a sus brazos y me cuelgo de él como un mono.

—¿Me perdonas, enana? —pregunta mientras lloro en su hombro y suelto toda la tensión que ha habido entre nosotros estas últimas semanas. Me río cuando le oigo usar el mote que usaba cuando era pequeña.

—Sí, pesado. Te perdono.

Se ríe, pero noto un tono de alivio en su voz y me aprieta aún más fuerte. No voy a decirle que me duelen los moratones. Este es un dolor que vale la pena sentir.

# Capítulo 25

## Xandra



A partir de ese día el almuerzo era mucho más animado de lo que había sido en semanas y no sé quién estaba más encantado con la nueva actitud de Kálix, si Zarek o yo.

Sonrío con ganas mientras escucho cómo se pican el uno al otro. Kálix está mucho más abierto y comunicativo que antes. Es como si nuestra última conversación le hubiera librado de un peso o se hubiera dado cuenta de que no debía tenerme a distancia. Que podía ser su amiga, su hermana, y no solo su responsabilidad.

Me habla de la UdI, de sus compañeros, y me cuenta anécdotas de cosas que ha vivido con Zarek y los demás. Su tono adquiere un matiz demasiado indiferente cuando menciona a una chica que tiene un nombre raro que empieza por A, pero no digo nada. Si quiere fingir que no es nadie, no seré yo la que se meta en medio.

Me encanta escucharlo, aunque también me entristece recordar que pronto se irán y no volveré a oír su voz hasta el verano que viene. Si ya se me hacía horroroso tener que despedirme de Kálix no sabía cómo iba a afrontar despedirme de Zarek.

—¿Y qué haremos hoy, señor entrenador? —pregunta Kálix en tono burlón, pero yo sonrío anchamente. Desde que nos perdonamos ha venido a entrenar con Yalena, Zarek y conmigo cada día.

Yo por fin había hablado con mis tíos y les había contado lo que realmente hacía cuando les decía que iba con Zarek a «pasear». Se quedaron realmente sorprendidos al saber que había estado entrenando y poniéndome en forma, y, aunque al principio les costó un poco aceptarlo, entendieron que era mi forma de defenderme del hecho de ser *ischyró aíma*. Creo que no me creyeron cuando les dije todo lo que había conseguido hacer en estas semanas, pero a mí me daba igual, porque yo lo sabía. Y ahora Kálix también.

Me doy cuenta de que me he perdido en mis pensamientos y vuelvo a prestar atención a la conversación, justo cuando Kálix abre la boca de nuevo para meterse con su mejor amigo. Me puedo imaginar a Zarek poniendo los ojos en blanco con exasperación. La dinámica entre esos dos era tan enternecedora como divertida.

—Pues he pensado que podríamos empezar corriendo, después un poco de físico y después podríamos sacar esos cuchillos que compramos de la caja y enseñarle a Xandra a lanzar —responde Zarek alegremente. Como era de esperar la respuesta de Kálix es inmediata.

—¿Cuchillos? No sé, Z… Es demasiado…

—Kálix —lo corta Zarek en tono de reprobación.

Yo no digo nada, pero me aguanto la risa. Intento mantenerme seria.

Kálix suspira de forma dramática.

—Quería decir, querida prima, que estaré encantado de dejar un objeto mortalmente puntiagudo en tus sorprendentemente capaces manos.

Ahora sí que me río con ganas. A veces aún le cuesta, pero lo sigue intentando.

—Muy amable —le respondo entre risas.

Seguimos el plan de Zarek al dedillo y aguanto más rato que nunca corriendo. Con cada día que pasa mis piernas se hacen más y más fuertes, y mis pulmones cada vez más resistentes. Después de descansar hacemos una serie de ejercicios físicos: abdominales, flexiones, sentadillas... Y finalmente Zarek pone la diana en su sitio y empezamos con los ejercicios de lanzamiento de cuchillo.

—Tienes que coger el cuchillo por la parte afilada —me explica Zarek—. Con dos dedos lo balanceas un poco, pero con cuidado de no cortarte con el filo. Y tienes que hacer este gesto con la muñeca —me coge el brazo y me dobla la mano, para que note el gesto—. No tienes que tirar con todo el brazo, solo darle un giro rápido y seco a la muñeca.

Hago el gesto un par de veces sin cuchillos y cuando Zarek está satisfecho cojo uno.

—Ay, madre —susurra Kálix justo antes de que lance.

Suelto un suspiro de exasperación y lo ignoro. Hago el gesto de muñeca que me ha enseñado Zarek y el cuchillo se clava en el suelo, unos metros delante de mí.

—Bien, no ha estado mal —dice Zarek.

—Ni siquiera le he dado a la diana —me quejo y él se ríe.

—No puedes ser buena en todo —me responde él y yo niego con la cabeza, pero me río—. Es cuestión de práctica. Sujetas la hoja con demasiada fuerza. Tiene que ser más natural. Lo balanceas y golpe de muñeca.

Sé que acaba de lanzar un cuchillo, porque oigo el silbido que hace al atravesar el aire a toda velocidad y el golpe sordo que hace al clavarse con fuerza en la diana.

—¿Y por qué a ti sí que se te tiene que dar bien todo? —le pregunto en tono de broma, y él suelta una risa avergonzada.

—Ni siquiera he dado diana —responde.

—Mentiroso —le rebato en tono cariñoso, y vuelve a reírse suavemente.

—A esa distancia no tiene mérito —se queja Kálix, y me aparto de Zarek de golpe.

A veces se me olvida que mi primo está con nosotros. No porque no me sean útiles sus consejos, que lo son, sino porque cuando hablo con Zarek, es como si creara una burbuja a nuestro alrededor y estuviéramos solos en el mundo.

Vuelvo a oír el silbido del cuchillo.

—¿Lo ves? Diana —chulea él, y yo me río. Alargo la mano hacia Zarek para que me pase otro cuchillo y me lo alarga con cuidado de no cortarme. Lo vuelvo a lanzar y esta vez se clava debajo de la diana. Sonrío. Algo es algo.

—Lo bueno es que si te cortas te podrás curar a ti misma —reflexiona Kálix—. Tú sí que nos serías útil en la UdI. La enfermera que hay ahora es un desastre.

Lo dice como si nada, pero mientras Zarek y Kálix lanzan cuchillos, enzarzados en una especie de competición sobre quién lanza más rápido, me pongo a pensar.

No es la primera vez que me planteo algo así, pero nunca lo he dicho en voz alta, porque, hasta ahora, no creía que fuera posible. Aunque nunca hubiera pensado que se me podría dar bien la lucha o el tiro con arco. Ahora sabía que era capaz de mucho más de lo que creía y el deseo de ir a estudiar se hacía presente más y más a menudo en mis pensamientos.

—¿No os enseñan nada de sanación en la UdI? —le pregunto sorprendida—. ¿Nada de nada? ¿Es todo luchar y defenderse? ¿Nada sobre plantas curativas? ¿Plantas venenosas? ¿Nada?

—Dicho así suena bastante idiota —responde él.

—Me parece básico —insisto yo y Zarek me da la razón—. Es más, debería haber un curandero en cada grupo de expedición.

Lo tengo muy claro. Los invocadores son muy hábiles para matar monstruos, pero hay monstruos que están fuera del alcance de cualquier invocador. «Como el Therástios» pienso con amargura. Deberían saber cómo curarse. O al menos debería haber curanderos expertos en la misma universidad. ¿Y si…? «No». ¿Pero…? «Que no», me repito a mí misma. ¿Podría ser curandera de invocadores? ¿De verdad nadie se lo había planteado? ¿A nadie se le había ocurrido formar a un invocador en sanación? «O a una curandera en invocación» pienso yo, con el pulso acelerado. Me debato conmigo misma. «Xandra, no». ¿Pero por qué no? ¿Por qué no puedo ser invocadora? ¿Porque soy ciega?

¿Llevaba semanas peleándome con Kálix porque no creía en mí y

ahora iba a ser yo misma la que no lo hiciera? Podría entrar en la universidad. Podría aprender a invocar. Podría conocer gente, vivir experiencias, tener un objetivo en la vida. Y no tendría que despedirme de ellos.

No iba a mentirme a mí misma y fingir que no era uno de los motivos por los que esta idea empezaba a parecer cada vez más buena idea. No tener que despedirme de mi primo… ni de él.

—¿Cuándo son las pruebas de acceso a la UdI? —pregunto como quien no quiere la cosa—. ¿Ya han pasado?

Se hace el silencio.

—N…no —responde Zarek—. Son en un mes, más o menos.

Dejo de fingir desinterés.

—¿Y las inscripciones? ¿Están cerradas? —pregunto casi sin aliento.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Kálix—. No lo dirás por ti…

Frunzo el ceño. Tanto avance para nada.

—¿Y qué si lo hiciera? Tengo veinte años. Estoy en mi derecho de estudiar lo que quiera. ¿Crees que no puedo hacerlo? —le digo en tono desafiante, y él se queda callado.

Me giro hacia Zarek y trago saliva:

—¿Y tú?

Oigo sus pasos y noto sus manos en mis mejillas. Me tiembla el labio. Sé que él será sincero.

—La UdI tendría suerte de tenerte —dice finalmente, y yo suelto todo el aire de golpe con alivio—. Ojalá. ¿Pero es lo que quieres realmente? ¿Ser invocadora?

Reflexiono sobre su pregunta.

—Quiero ser curandera. Pero quiero que mi ayuda sirva de verdad. No quiero estar en un pueblo curando dolores de barriga o recetando plantas para los gases. Quiero estar en primera línea y salvar vidas. Y si para serlo primero tengo que ser invocadora, pues sí, lo quiero ser —explico, y por primera vez siento que todo está bien. Que sé lo que quiero hacer.

Se quedan en silencio.

—Pero eres… desmarcada —me dice Kálix suavemente, y sé que no lo dice como un insulto, es algo que tengo que plantearme seriamente.

—Puedo aprender a invocar —empiezo—. Y si no, tal vez de aquí a que se den cuenta de que no sé hacerlo ya les habré convencido de las ventajas de tener a una curandera entre sus filas. No lo sé. Aunque se dieran cuenta y me expulsaran al menos habría estado más tiempo con vosotros y habría vivido la experiencia.

«Habría vivido, a secas», añado mentalmente con amargura.

—Vale —dice Kálix animado.

—¿Qué?

—Vale —repite él—. Me parece muy lógico. Intentémoslo.

—¿De verdad? —le pregunto casi sin aliento—. ¿Me vais a preparar para las pruebas de acceso?

—Sí, de verdad. Si no entras que no sea porque no lo hayamos intentado todo.

Suelto un grito de alegría y salto encima de él. A mi lado me envuelve la risa grave de Zarek. Todo irá bien. Tiene que salir bien. Porque no sé lo que haría yo sin esos dos.

# Capítulo 26

## Xandra



*Estimado equipo de admisión,*

*Con esta carta me gustaría solicitar formalmente mi admisión a la Universidad de Invocación de la ciudad de Íkanos. En primer lugar, permítanme que me presente: me llamo Xandra Katsaros y tengo 20 años. Ahora mismo vivo en la región de Fere, con mis tíos, pero soy originaria de Nero. Conocerán a mi primo, Kálix Katsaros, que cursa actualmente su último año en la facultad.*

*Durante los últimos siete años he estado aprendiendo el arte de la sanación por parte de la curandera de Areskeia, pero lo que me gustaría realmente es formarme en invocación para poder aplicar mis conocimientos de sanación con la gente que más lo necesita, los que están en primera línea de fuego: los invocadores.*

*Tengo ceguera adquirida desde los ocho años, y sé que no suena muy prometedor, pero también sé que, cuando no ves a lo que te enfrentas, a veces es más fácil no tenerle miedo.*

*Creo que soy una buena candidata para la plaza, o podría serlo si me dan una oportunidad.*

*Quedo a la espera de su respuesta.*

*Un cordial saludo,*

*Xandra Katsaros.*

—No, cambia lo de «un cordial saludo» y pon «atentamente» —le digo a Kálix, y le oigo suspirar de frustración.

—¿Me vas a hacer repetir otra vez toda la carta solo por el cordial saludo? —se queja exasperado.

—Es que cordial es muy frío… —me quejo yo nerviosa.

—Xandra —me tranquiliza él—, «cordialmente» o «atentamente» no van a marcar la diferencia entre que te cojan o no.

Suspiro, porque sé que tiene razón.

—Está bien. Voy a enseñársela a Zarek cuando llegue —digo animada mientras cojo con cuidado la hoja que mi primo aún tiene delante—. Pero si dice que él también prefiere «atentamente» te lo haré cambiar.

Oigo la risa de Kálix de fondo mientras bajo las escaleras. No le debe quedar mucho a Zarek por llegar. Estoy ansiosa para que vea lo que he escrito, o, mejor dicho, lo que he dictado. Cuando llaman a la puerta ya estoy delante y la abro con ímpetu. Me embarga el olor a menta y antes de que pueda hablar ya le estoy entregando la hoja.

—¡Ya está escrita! ¿La quieres leer? —le pregunto mientras doy saltitos de los nervios. Oigo su risa grave y me estremezco, pero lo ignoro.

—¿Puedo pasar o la tengo que leer en la calle? —pregunta en tono de broma y yo me río con él antes de apartarme de la puerta.

Cuando entra le oigo susurrar en voz baja las líneas de la carta y antes de que llegue a la controversial línea de despedida ya le estoy acribillando a preguntas:

—¿Que? ¿Cómo lo ves? ¿Está bien? ¿Suficientemente formal? ¿Crees que me dejarán hacer las pruebas? —pregunto con ansiedad.

Noto la palma de Zarek en mi mejilla y me quedo sin aliento.

—Está genial, pelirroja. Deja de preocuparte. Seguro que sí.

Sonrío con emoción y lo abrazo con fuerza. Él me devuelve el abrazo que se acaba alargando un poco más de la cuenta. Oigo un carraspeo detrás de mí y me separo de él.

—¿Qué te parece? —pregunta Kálix, que acaba de llegar.

—Está genial —repite Zarek—. Pero tú sigues teniendo letra de niño pequeño —se burla Zarek, y Kálix le pega un manotazo.

—Ya puede estar bien, me la ha hecho repetir como cincuenta veces —se queja, pero su tono es cariñoso—. Me duele la mano de tanto escribir.

Ahora soy yo la que le pega un manotazo en el brazo.

—Au, ¿así es como me pagas? —bromea, pero después me pasa un brazo por encima de los hombros y me los aprieta.

—¿Qué está pasando aquí? —oigo la voz del tío Flavian y todos nos giramos.

—Papá, mamá, Xandra tiene algo que contaros. ¿Verdad, Xandra? —empieza Kálix.

Yo trago saliva y les alargo la carta de motivación que he escrito.

—Quiero hacer las pruebas de ingreso para entrar en la Universidad de Invocación —confieso con la voz un poco trémula. Carraspeo e intento infundir más seguridad en mis palabras—. He escrito esta carta de motivación con la ayuda de Kálix, he rellenado los papeles de solicitud y tengo una carta de recomendación que me ha escrito Althea. Lo mandaré todo por correo postal y, si me dejan, haré las pruebas de admisión.

—¿Estás segura de esto, hija? —pregunta la tía Adara un poco dudosa.

—Kálix y Zarek creen que puedo hacerlo, y lo que es más

importante: yo también lo creo —explico con determinación—. Pero me gustaría tener vuestro apoyo. Es algo que me hace mucha ilusión.

—¿Pero podrás ser invocadora siendo… lo que eres? —pregunta el tío Flavian suavemente, y sé que no se refiere a la ceguera, sino al asunto de mi sangre. Kálix no lo sabe.

—Como ya sabéis ha estado entrenando todo el verano y creo que tiene posibilidades —asegura Kálix en mi defensa, lo que me sorprende y me llena de gratitud al mismo tiempo—. Es rápida, tiene buena resistencia, buena puntería con el arco…

Noto que empiezo a ponerme roja. No estoy acostumbrada a los halagos, pero viniendo de mi primo aún menos.

—Puede hacerlo —añade suavemente Zarek y me aprieto el estómago para calmar la sensación de emoción que me provocan sus palabras.

—Cuando nos contaste lo de los… entrenamientos… —El tío Flavian pronuncia la palabra como si le costara y yo hago una mueca —. Nos dijiste que solo era para aprender a defenderte. Esto es un poco… repentino —dice, después de hacer una pausa para buscar la palabra. Mi cara debe de ser un cuadro, porque rápidamente se retracta—. P-pero si es lo que quieres y Kálix dice que puedes hacerlo, entonces te apoyamos —dice el tío Flavian, y yo sonrío emocionada, intentando no pensar en el hecho de que hayan necesitado la aprobación de mi primo y no la mía.

En lugar de eso pienso en todos los sacrificios que han hecho mis tíos por mí: darme un techo, adaptarlo todo para mi ceguera, darme una educación, darme un hermano, darme una familia… Se me crea un nudo de la emoción y pienso en lo tensa que ha sido nuestra relación últimamente.

Sí, me han ocultado cosas, pero tampoco son cuestiones que una niña de ocho años puede entender, y yo ya tenía muchas otras situaciones que asimilar como para que, encima de tener que aprender a adaptarme a mi nueva discapacidad, pasar por el proceso de duelo de perder a mis padres y de perder mi vista, encima tener que entender el concepto de *ischyró aíma* (y no culparme por todo lo que había sucedido).

—Gracias —les susurro con lágrimas en los ojos. Lágrimas que oculto bajo mis vendas.

Los brazos de la tía Adara me envuelven, y después los de mi tío.

—Te queremos, mi niña —dice la tía.

Apoyo la cabeza en su hombro y vuelvo a sentirme una niña pequeña. Algún día les pagaría todo lo que habían hecho por mí. Aún no sabía cómo. Pero algún día.

# Capítulo 27

## Zarek



Cuando llamo a la puerta de la familia Katsaros es Kálix quien me abre la puerta. Intento ocultar mi decepción de que no haya sido Xandra, porque me encanta ver cómo abre la puerta con esa preciosa sonrisa y las mejillas encendidas por haber bajado corriendo las escaleras.

Saludo a Kálix y entro en esa casa que a estas alturas me conozco como si fuera la mía. Me paro delante de la escalera inconscientemente, mirando hacia arriba y esperando verla, pero me giro hacia la cocina para no ser demasiado obvio.

Oigo la suave risa de Kálix a mi lado, pero lo ignoro. Al entrar en la cocina empiezo a preparar el almuerzo. Veo que solo queda una naranja en medio de todas las manzanas y la dejo para Xandra, pues sé que le gusta el sabor del zumo de naranja por las mañanas. Parece mentira lo mucho que he aprendido de ella en solo un mes y pico. No solo conozco cómo es y lo que necesita en todo momento, también he aprendido sus gustos y sus manías, lo que odia y lo que le encanta.

—Buenos días —oigo su dulce voz y me giro para mirarla.

Trago saliva. Lleva una camiseta de color blanco que se le pega al pecho y unos pantalones cortos para correr. En pocas semanas, se nota el sutil cambio que ha sufrido su cuerpo: unos músculos suaves pero definidos bajo una piel bronceada que son fruto de tanto entrenar al aire libre.

No es que eso marcase ninguna diferencia para mí, pues desde que volví a verla a principios de verano me había dejado con la boca abierta. Sin embargo, me hacía sentir orgullo, porque esos cambios representaban todo el esfuerzo que le había puesto a cada entrenamiento, su tenacidad, su resistencia, y su increíble tozudez. La tozudez que le hacía querer demostrar al mundo que era mucho más de lo que sus circunstancias le habían obligado a ser. Que podía ser lo que quisiera, independientemente de los límites que la vida le había puesto.

Me doy cuenta de que Kálix ya la ha saludado y que me he quedado embobado mirándola.

—Buenos días, pelirroja —digo en voz baja y le cojo la mano para guiarla hasta su silla. Las mejillas se le tiñen de un suave tono rosado, que tengo la tentación de besar.

Cuando ya está sentada a mi lado y Kálix se sienta delante empezamos a comer. Sonrío cuando veo que coge la naranja que le había dejado para ella y se la come con alegría.

—¿Qué haremos hoy? —pregunta cuando ya ha tragado el trozo de naranja, y tardo unos segundos en responder, porque me he quedado mirando la suave piel de su garganta.

Me relamo los labios. Tengo que calmarme un poco, porque esto empieza a ser casi ridículo.

—Empezaremos a prepararos para las pruebas de acceso —explico en el tono más profesional que tengo.

—Pero aún no me han aceptado —dice Xandra nerviosa y veo como su pie se mueve arriba y abajo sin parar. Se lo cojo para que se calme y le acaricio el trozo de piel libre del tobillo.

—Te aceptarán —le respondo con toda la confianza que puedo reunir.

No es que se lo diga sin creerlo, pero ahora mismo no sé quién tiene más ganas de que eso se haga realidad: si ella o yo.

Cada vez que me he despedido de ella después de un entrenamiento me he planteado cómo iba a soportar estar lejos de ella durante un curso entero.

Tanto había cambiado nuestra relación que se había convertido en parte esencial de mi día a día. La persona en la que pensaba al despertarme y la que le contaba todo: lo bueno y lo malo.

Cuando Xandra dijo que quería hacer las pruebas me quedé callado, porque era todo tan bonito que pensaba que mi mente me estaba jugando una mala pasada y me lo estaba imaginando todo. Tenía que ser eso. ¿Xandra en la UdI? ¿Había algo más perfecto que eso? Só

Era la solución a todas mis noches en vela, dando vueltas en la cama, sin poder dormir, pensando en cómo no iba a ser capaz de despedirme de ella y saber que no iba a poder verla en un año entero. Ni oír su voz, escucharla hablar o reír. O incluso ver esa sonrisa o el ceño de concentración cuando disparaba una flecha.

Ahora solo tenía que conseguir que la admitieran, e iba a hacer todo lo que estuviese en mi mano para que estuviera todo lo preparada posible, y no solo porque ahora que la había encontrado no quería dejarla ir, sino porque ella se merecía que le dieran esa oportunidad. Se merecía poder cumplir su sueño y que se viera recompensado todo el esfuerzo que había puesto en aprender a

defenderse, disparar y luchar.

Ella me sonríe dulcemente ante la muestra de confianza, pero no dice nada.

—Ni siquiera sé qué tipo de pruebas tendré que pasar —confiesa ella suavemente.

—También lo tenemos en mente —responde Kálix despreocupadamente—. Por eso te vamos a hablar del proceso. Presta atención, prima. Las pruebas de acceso se hacen el día de antes del primer día de escuela. Si pasas te quedas, si no pasas te vas a casa. Las pruebas no son eliminatorias, hay sitio para todos en la UdI, pero hay que pasar unos ciertos niveles. Nada exagerado.

Veo que Xandra traga saliva y que vuelve a mover el pie con fuerzas renovadas, así que le pongo la mano en la espalda para tranquilizarla.

—Las pruebas son varias, están divididas en tres bloques —continúo yo, mientras le acaricio la piel de los omóplatos—. El primer bloque es el de atletismo: una prueba de velocidad y una prueba de resistencia. El segundo bloque es de ejercicio físico: tendrás pruebas de abdominales, flexiones, etc.

—¿No me harán luchar con ningún compañero? —pregunta extrañada.

—No —le explico—, no te harán hacer nada que te vayan a enseñar allí. Por eso tampoco hay pruebas de invocación. Se supone que todo eso lo aprendes con ellos. Solo quieren hacer una selección previa. Necesitan saber que la gente que entrará será capaz de mantener el ritmo de las clases. Y en primero hay muchas clases de lucha: tanto de lucha cuerpo a cuerpo como de puntería y manejo de armas.

—¿Y las clases de invocación? —pregunta preocupada.

—Solo teóricas —la tranquilizo—. La práctica empieza en segundo. Tendremos todo primero para prepararte para entonces.

Ella asiente lentamente y suspira.

—¿Cuál es el último bloque? —pregunta con voz temblorosa y yo intercambio una mirada con Kálix.

—Es la que más nos preocupa —Frunzo el ceño—. Se trata de demostrar que te las apañas por el bosque. Gran parte de lo que tiene que hacer un invocador es dar vueltas por el bosque esperando que se dé una amenaza y estar listo para proteger a los pueblos. Cada año cambian un poco la prueba, pero básicamente te harán buscar alguna cosa o cazar algún animal inofensivo. Es solo para demostrar que te sabes orientar y mover por el bosque.

—Pues estoy jodida —replica ella con un suspiro y las comisuras de los labios le caen en una mueca.

—Tenemos tiempo. Encontraremos la manera —la animo yo, y le doy la mano, porque sé lo difícil que va a ser para ella.

Sí, sabe orientarse en el pueblo en el que ha vivido durante años… ¿pero en un bosque? No será nada fácil. Además de esta dificultad añadida tendrá que encontrar algo en el bosque y traerlo antes de que se le acabe el tiempo. Kálix y yo las pasamos canutas para cazar unos peces escurridizos que había en el río del bosque. Y podíamos verlos perfectamente.

Salgo de mis pensamientos cuando noto que Xandra me aprieta la mano.

—Encontraremos la manera —repite ella, y frunce las cejas con una determinación admirable. Me quedo mirándola, alucinado de que esta chica tan increíble crea que soy digno de entrenarla, o incluso de cinco minutos de su tiempo.

—Yalena se unirá a nosotros estos días, para poder practicar para las pruebas —le explico, y ella asiente con una pequeña sonrisa—. Le he dicho que la veríamos directamente en la playa. Así que mejor vamos tirando, que nos estará esperando.

Xandra asiente y nos dirigimos a la puerta. Kálix ha estado en silencio durante la conversación, pero ahora el ambiente ya está más alegre y volvemos a la dinámica de siempre. Cuando llegamos a La Cala Yalena nos está esperando en la orilla y, sin que le diga dónde está, Xandra la saluda con la mano. Cada vez que me sorprende más y empiezo a sentir que tengo suerte de poder formar parte de esto.

Sin perder más tiempo empezamos a correr. Yalena y Xandra se ponen unos metros delante de nosotros y charlan animadamente mientras corren. En estas semanas se han hecho muy amigas, casi inseparables. Cuando Xandra no está entrenando conmigo, con mi abuela o aprendiendo de Althea, queda con Yalena y se van a dar una vuelta o se quedan en la habitación de mi hermana, charlando durante horas. Yo intento darle espacio, porque tampoco quiero que se agobie y sienta que estoy en su presencia las veinticuatro horas del día.

Cuando están juntas, nunca callan. Es por eso por lo que, aunque les he dicho mil veces que si hablan la fuerza se les va por la boca y se les descontrola la respiración, van charlando la una con la otra durante todo el tiempo que nos pasamos corriendo. Pero nunca soy capaz de reñirlas, porque no puedo evitar sonreír al observarlas charlar tan animadas.

Xandra se ha vuelto mucho más sociable desde que se relaciona con Yalena, porque mi hermana es una fuerza de la naturaleza que cuesta contener y eso le ha ido bien a Xan para trabajar en su timidez.

Es al verla correr al lado de Yalena que me doy cuenta de lo mucho que ha mejorado Xandra en cuestión de semanas. Mi hermana se toma el entrenamiento poco en serio y solo corre de vez en cuando, para mantener un poco la forma. Aún así, debería estar muy por encima de Xandra, pues lleva toda la vida corriendo y entrenando con la abuela.

Pero van exactamente a la par. Al principio parece que Xandra se cansa más rápido, pero también aguanta más tiempo corriendo que Yalena, que es la primera en pedir una pausa.

A mí también me va bien esa pausa, para poder dejar de mirar el cuerpo de mi pelirroja, que no paraba de encenderme en el peor momento posible. Pero el respiro me dura poco, porque Kálix se mete en el agua con ropa y Yalena y Xandra lo siguen entre risas. Veo que ella se ata el pelo rojo en un moño que le deja el cuello al descubierto y se moja de barbilla hacia abajo, para no mojarse las vendas de los ojos.

Juegan un rato en el agua salpicándose unos a otros y me quedo mirando mientras intento recuperar el aliento. Xandra se gira hacia mí con una sonrisa preciosa que me tienta a cogerla del cuello y comerle la boca hasta quedarme sin aire. Se acerca a la orilla y me hace un gesto con el brazo para que entre en el agua.

Intento apartar la mirada de ella y de cómo se le marcan todas las curvas con la camiseta mojada pegada al cuerpo. Trago saliva y me meto de cabeza en el agua, para ver si el agua fría me calma un poco la sangre que me recorre las zonas bajas del cuerpo.

Después de nadar un poco me acerco a ella un poco más calmado y la salpico con agua, intentando no mojarle las vendas. Ella se ríe y me devuelve la salpicadura. Forcejeamos un poco en el agua y ella intenta empujarme los hombros hacia abajo para meterme bajo el agua. Me la quito de encima cogiéndola de la cintura y dándole una vuelta, pero me paro en seco al ver que su boca jadeante ha quedado a pocos centímetros de la mía y que noto su suave aliento sobre mis labios. Incluso ella debe de notar que el ambiente se ha cargado, porque su sonrisa se va apagando y se relame el labio inferior.

Ver esa lengua pasar por su labio carnoso me pega una descarga eléctrica de deseo y la suelto de golpe en el agua. Me alejo unos pasos mientras suelto un taco en voz baja. Ella nada un poco sorprendida por el brusco cambio, y me arrepiento de haberla soltado tan de golpe, pero estaba a punto de hacer algo que habría sido mucho peor, rodeado además de Kálix y Yalena.

Nado hacia atrás y me alejo un poco de ella, antes de que mis manos decidan que es buena idea volver a cogerla y demostrarle lo mucho que la deseo. Me doy cuenta de que estoy casi jadeando y no es por el cansancio.

—¿Nos vamos? —oigo la voz de Kálix detrás de mí y asiento.

—¡Xan, venga! ¡Nos vamos! —le grito e intento poner un tono de voz animado y normal, aunque por dentro sigo temblando como un flan.

Me salgo del agua sin decir ni una palabra más al resto y los oigo seguirme. Cuando me giro hago un esfuerzo consciente de no mirar a

Xandra, porque sé lo que voy a ver si la miro: su cuerpo casi desnudo con la ropa pegada al cuerpo.

Antes de tener que ver su cuerpo mojado delante de mí durante todo el camino de vuelta decido echar a correr y ponerme en cabeza. Kálix me atrapa enseguida y oigo el parloteo incesante de mi hermana detrás de mí, y las suaves y esporádicas respuestas de Xandra me distraen durante el resto de la vuelta a casa.

# Capítulo 28

## Xandra



Me despierto sudada y con lágrimas en las mejillas, y recuerdo que he tenido otra pesadilla. Estos últimos meses eran escasas, porque estoy siempre cansada, pero cuando las tenía eran más aterradoras que nunca. Ahora ya no era yo la que moría a garras del Therastios, sino un chico alto de voz profunda y rasgada.

Suelto el aire temblorosamente y me aparto el pelo pegado a la frente. Sé que aún falta un poco para que llegue, pero decido vestirme rápido y bajar para estar ahí cuando llegue Zarek. Después de esa pesadilla tengo los nervios a flor de piel y necesito oír su voz para asegurarme de que está bien.

Bajo las escaleras con cuidado y me siento en la cocina, esperando a que llamen a la puerta. Cuando oigo el timbre salgo disparada y abro la puerta de un tirón. El olor a menta me embarga y me entran ganas de llorar. Creo que me tiembla el labio, porque Zarek se da cuenta de que algo no va bien. Y así, sin más lo tengo encima.

—¿Xan? ¿Qué te pasa? —me pregunta preocupado y agobiado, mientras me coge las mejillas con cuidado y me examina de pies a cabeza.

Solo con oír su voz me tranquilizo y suelto un suspiro de alivio. Le paso los brazos alrededor del cuello y lo abrazo. Él se encoge un poco para poder devolverme el abrazo y me envuelve la cabeza con sus poderosos músculos.

—Todo va bien —le respondo con un suspiro—. Solo ha sido una pesadilla.

Sus brazos a mi alrededor me aprietan con más fuerza contra su pecho caliente y siento que estoy en el paraíso. Me besa en la frente con cuidado y me suelta antes de lo que querría.

—¿Quieres hablar de ello? —me pregunta con una dulzura que nadie se esperaría de un chico con un aspecto tan amenazador.

—Es lo de siempre —le respondo mientras niego, pero le sonrío, para que vea que estoy mejor—. Vamos dentro.

Me sigue a la cocina y justo entonces entra Kálix.

—Buenos días —saluda animado, y oigo más pasos detrás de él, así

que supongo que mis tíos acaban de llegar.

Mientras comemos todos juntos suena el timbre y yo pego un respingo en la silla. Llevo días pegada a la puerta esperando a que llegue la carta de respuesta a mi solicitud de admisión en la universidad.

—Ya voy yo —dice la tía Adara con emoción.

Nos quedamos en silencio y aguanto la respiración de los nervios mientras intento escuchar la conversación. Mi tía saluda al señor Oikonomou, que lleva años trayéndonos el correo cada séptimo sol, sin falta. Doy un bote en la silla y Zarek me da la mano para tranquilizarme. Mi tía se despide del cartero y entra en la cocina gritando:

—¡Ya ha llegado!

Me levanto de golpe con los nervios a flor de piel. Kálix también se acerca a la tía y le quita la carta de las manos. La abre con rapidez y se hace el silencio durante unos segundos.

—¿Qué dice? ¡Dímelo! —le ordeno histérica y mi primo se apresura a leer la primera línea de la carta.

*Estimada Srta. Katsaros,*

*Nos complace anunciarle que ha sido aceptada su solicitud a la Universidad de Invocación de la ciudad de Íkanos, Ignosia. Se ruega rellene el siguiente informe para participar en las pruebas de admisión y…*

Corto a mi primo con un grito de emoción y empiezo a saltar.

—¡Han dicho que sí! —grito emocionada y Zarek me abraza con fuerza riendo de alegría.

—Eso parece… —dice Kálix en tono tenso.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no te alegras? —le pregunto preocupada—. Han dicho que sí, ¿no?

—Sí, es solo que… Solo ha firmado un profesor —dice finalmente.

—¿Y eso es malo? —pregunta la tía Adara.

—No lo sé. Me descoloca un poco —confiesa Kálix—. Mi carta la firmaron todos los profesores. ¿Y la tuya, Zarek?

—Todos —responde él en tono tenso.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué profesor ha sido? —pregunta el tío Flavian, con curiosidad.

—No lo sé —responde Kálix—. Ha firmado, pero no ha puesto su nombre…

Nos quedamos todos en silencio y frunzo el ceño con preocupación.

—Bueno, puede que no haya sido una decisión del todo unánime —dice Kálix finalmente en un tono más alegre—, pero no pone en ningún lado que no puedes hacer las pruebas si eres ciega. Si las pasas

no pueden decir nada. Son las pruebas de admisión.

Asiento, no muy convencida, y Zarek me besa en la frente.

—Todo irá bien, no te preocupes. Tú solo preocúpate por entrenar —me dice en tono dulce, y vuelvo a asentir, un poco más tranquila.

De momento me habían aceptado en las pruebas de acceso, y eso tenía que significar algo. El destino no sería tan cruel de dejarme a las puertas de mi sueño después de haber llegado tan lejos… ¿verdad?

# Capítulo 29

## Xandra



Y al destino le importaba un rábano dejarme a las puertas de mi sueño. Era más que evidente que me había abandonado de pequeña y se desentendía de mí. Llevaba semanas practicando con Kálix, Zarek y Yalena y solo había conseguido pasar las dos primeras partes de la prueba de acceso.

Sí, podía correr a la velocidad requerida. Sí, podía correr todo el rato que hiciera falta. Sí, podía hacer los ejercicios físicos mínimos en un minuto. Pero seguía siendo completamente incapaz de orientarme por el bosque.

Había llegado a un punto en el que habíamos dejado de practicar el resto de las cosas y nos habíamos centrado en la tercera parte de las pruebas, que ahora mismo era todo lo que me separaba de la UdI.

No me podía creer que fuera a quedarme tan cerca de conseguir lo que quería. Pero era imposible que en los tres días que quedaban antes de las pruebas de acceso consiguiera moverme por el bosque con la facilidad suficiente como para encontrar cualquier cosa.

Tanto Zarek, como Kálix, como Yalena se habían esforzado al máximo en encontrar una solución al problema. Lo habíamos intentado todo, pero por mucho que buscáramos, todos los métodos con los que nos encontrábamos estaban relacionados con la vista: no puedes orientarte con los astros si no ves el cielo; y no puedes orientarte con la sombra de un palo clavado en el suelo si no ves ni el palo ni la sombra.

Incluso lo intentamos con el mismo sol, ya que era capaz de detectar la luz, pero con los pocos restos visuales que tenía me era imposible distinguir norte de sur o este de oeste.

Lo único que parecía funcionar, cuando no me daba de bruces con algún árbol o me tropezaba con alguna raíz, era ir caminando en una dirección aleatoria, pero era imposible que pudiera encontrar lo que fuera que tuviera que encontrar siguiendo esa técnica, a menos que tuviera la buena suerte de tropezarme con ello.

Lo que significaba que en tres días iría de viaje a Ignosia. Un viaje que tendría ida y vuelta. Llegaría, haría un ridículo espantoso y

después me despediría de mis amigos para volver a casa. Sola.

Se me llenan los ojos de lágrimas y agarro mi palo con fuerza mientras salto otra raíz de árbol. Zarek me da un par de vueltas y me pregunta dónde está el norte.

—Esto es inútil —le digo con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos—. Te estoy haciendo perder el tiempo. Te he hecho perder el tiempo todo el verano.

Los pasos de Zarek se acercan con rapidez a mí y me coge las mejillas entre sus manos enormes. Me seca una lágrima rebelde que me ha resbalado por la mejilla sin permiso.

—No digas eso. No hemos perdido el tiempo para nada. Mira todo lo que has conseguido: ahora sabes defenderte, sabes luchar, sabes tirar con el arco y nunca fallas, sabes lanzar cuchillos, corres como un lince… Es sencillamente increíble. No llores, pelirroja.

—¿De qué sirve todo eso si no voy a poder entrar en la UdI? —me quejo exasperada, y nuevas lágrimas se me acumulan en los ojos vendados—. Al final acabaré recetando ungüentos antigases a los viejos del pueblo. Nunca conseguiré hacer nada realmente importante.

—Xandra, basta. Todo lo que haces tú es importante. Conseguirás hacer algo que te apasione, te lo prometo —me insiste él, y yo bajo la cabeza con pesar—. Además, ¿quién ha dicho que está todo perdido? Aún tenemos tres días. Puedes hacerlo, pequeña. Te lo digo en serio. Eres la persona con más recursos que he conocido en mi vida. Si alguien puede conseguirlo eres tú.

Me pongo roja como mi pelo ante sus palabras, pero sonrío. No hay nadie en el mundo que crea tanto en mí como Zarek. Exceptuándome a mí misma, e incluso yo tengo mis momentos de duda. Pero él no. Su fe en mí es inquebrantable. A veces eso me hace sentir invencible, y a veces, como hoy, me hace sentir un fraude.

—Te voy a decepcionar —confieso en voz baja. Dejo resbalar mi espalda por el tronco de un árbol y me siento en el suelo mullido, desanimada.

Zarek se acerca a mí y me responde, pero no me entero de nada de lo que dice, porque estoy absorta mirando mis manos, que están en el suelo, encima de un montón de plantas que, por el tacto, deduzco que es musgo. Lo acaricio un rato más, pensativa. Arranco un trozo del musgo y me lo llevo a la nariz. *Bryophyta*.

No tiene propiedades curativas, pero es uno de los ingredientes que más usa Althea. En ese momento, recuerdo todo lo que me ha contado Althea sobre la *Bryophyta*. Que es fácil de encontrar, porque se encuentra en todos los bosques de la isla y que solo crece en la sombra.

Me quedo sin respiración ante lo que se me acaba de ocurrir. Zarek debe de haberse dado cuenta de que estoy pensando, porque se queda

callado. Me doy la vuelta y toco el otro lado del tronco del árbol y, tal como sospechaba, no hay musgo.

Me giro hacia Zarek con el corazón en un puño.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta él ansioso mientras me levanto.

—Vuelve a preguntarme dónde está el norte —le pido, y él obedientemente me da dos vueltas sobre mí misma para desorientarme y me pregunta dónde queda el norte. Muevo el bastón hasta que noto el primer árbol que encuentro y examino el tronco en busca de musgo.

Cuando identifico la parte del árbol que ha estado a la sombra todo el día y que, por lo tanto, ha permitido que creciera el musgo, me giro y señalo en dirección contraria.

—Ahí está el norte.

Aguanto la respiración hasta que Zarek suelta una exhalación sorprendida.

—Pues… sí. ¿Cómo lo sabes?

—Todos los troncos del bosque están cubiertos de *Bryophyta*, que es una especie de musgo que se usa para los ungüentos, pero la *Bryophyta* solo crece en la sombra, porque no tolera el sol, así que si el sol sale por el este te puedo decir dónde está el norte —explico emocionada y Zarek se queda en silencio del asombro. De repente noto que me levanta en brazos y empieza a darme vueltas.

—¡Eres increíble! ¡Lo has conseguido! ¡Ya sabía que lo conseguirías, preciosa! ¡Eres la mejor! ¡Pero qué lista eres!

Va soltando elogio tras elogio y yo me río mientras me pongo roja y me da vueltas. Le abrazo el cuello con fuerza y nos quedamos un buen rato así.

Mis brazos alrededor de su cuello y mis piernas alrededor de su cintura. Cuando deja de dar vueltas poco a poco dejo de reír y me estremezco entera. Estoy tan cerca de él que noto su aliento en mi boca. Un olor a menta intenso me embarga y ya no sé si es su piel, su boca o qué, pero tengo ganas de descubrirlo.

Inconscientemente me acerco lentamente y me parece que su aliento agitado cada vez está más cerca, como si él también se estuviera acercando.

Es entonces cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo y de como estoy malinterpretando la situación. Carraspeo, me aparto y él me deja en el suelo.

Doy un paso hacia atrás, avergonzada por esos pensamientos y como he estado a punto de estropear un momento perfecto por mi falta de control.

Zarek hace un sonido incómodo con la garganta, pero me pasa un brazo por los hombros con naturalidad.

—Estoy orgulloso de ti —dice finalmente.

—Gracias por creer en mí —le digo, y él vuelve a abrazarme con dulzura.

—Siempre.

Me doy cuenta de que no hay mejor lugar en el mundo que este y que, con un poco de suerte, el próximo curso podré estar justo donde estoy ahora. Cada día del año.

# Capítulo 30

## Xandra



Nada más intuir el sol salto de la cama y me pongo a hacer la maleta. Intento meter toda la ropa que tengo en el armario y todos los productos de aseo en la bolsa de cuero más grande que tengo, y voy de lado a lado de la habitación revisando que no me dejo nada importante.

Me resulta imposible contener mi sonrisa mientras doy vueltas por la habitación de la que ha sido mi casa durante los últimos doce años de mi vida. Estoy muy nerviosa, porque aún cabe la posibilidad de que no consiga pasar las pruebas y que tenga que volver sola a casa, pero también estoy emocionada. Será la primera vez que viaje fuera de la región con Kálix y solo la segunda vez que salga de Fere. Además, tampoco es que la primera excursión fuera una experiencia agradable, que digamos.

Esa es otra cosa que ronda mi cabeza. ¿Y si pongo a alguien en peligro de camino a Ignosia? Intento apartar esos pensamientos de mi mente y sigo metiendo cosas en la bolsa, que parece que está a punto de explotar.

Finalmente, me acerco a mi mesilla de noche y cojo el libro que me regaló Zarek. El único libro que tengo y lo meto en una bolsa aparte, para que no se arrugue. Es uno de los bienes más preciados que tengo, sobre todo por su valor sentimental.

Oigo que llaman a la puerta y grito «adelante» sin dejar de intentar cerrar la cremallera de la maleta.

—Vas a despertar a toda la casa —oigo la voz divertida de Kálix y dejo de pelearme con la bolsa de cuero.

—Lo siento —digo con una sonrisa emocionada—. No me podía esperar más. Ayúdame a cerrar esto.

Me siento encima de la bolsa para hacer presión y Kálix acaba de cerrarla.

—¿Lo tienes todo? —pregunta, y no sé quién de los dos está más emocionado, si él o yo.

—Creo que sí.

—Bien —dice él y me pasa un brazo por los hombros mientras con

la otra mano me coge la bolsa para llevarla. Estoy tentada de decirle que puedo llevarla yo misma, pero sé que solo quiere ayudar, y además yo suficiente tengo con bajar las escaleras.

Le paso el brazo por la cintura y le doy un medio abrazo feliz.

—Tengo muchas ganas de enseñarte la facultad y presentarte a mis amigos —dice Kálix con una sonrisa.

—Aún no sabemos si pasaré las pruebas —digo yo tímidamente, pero me encanta escucharle tan animado.

—Seguro que sí —dice él—. Eres una Katsaros, y los Katsaros siempre salimos victoriosos —se jacta él en tono burlón.

Yo me río.

—¿De verdad? —le pregunto en tono pícaro—. Pues eso no es lo que me han contado de tus clases de tiro con arco.

—Falacias —se queja con fingida indignación, y yo me río a carcajadas.

Bajamos y Kálix deja la pesada bolsa al lado de la puerta. Después nos dirigimos a la cocina y empezamos a preparar el almuerzo. Preparamos un poco más que de costumbre, porque Yalena también almorzará con nosotros.

Cuando llaman a la puerta voy a abrir, y no he tenido tiempo ni de decir «hola» antes de que los brazos de Yalena me envuelvan en un abrazo de esos que dejan sin aire.

—Me ahogas —bromeo yo, y ella me suelta de golpe, pero ya está parloteando sobre las ganas que tiene de que ir a la UdI y lo nerviosa que está por pasar las pruebas de acceso.

Yo sonrío y los nervios vuelven a embargarme. No quiero tener que despedirme de ella. No quiero tener que despedirme de ninguno de ellos. Detrás de ella oigo la risa suave de Zarek y me doy la vuelta para sonreírle con ganas. Él se acerca y me da un abrazo íntimo y cariñoso, de esos que no quieres que terminen nunca.

—¿Nerviosa? —me pregunta en tono comprensivo.

—Mucho —confieso, y me muerdo el labio.

La mano caliente de Zarek se posa en mi barbilla y me tira del labio hacia abajo, para que deje de mordermelo.

—Todo irá bien —dice en un susurro tenso y trago saliva. Se aparta de mí y vuelve a hablar en su tono habitual—. Es lo que llevo cuatro horas diciéndole a mi hermana, desde que me ha despertado a las cuatro de la mañana saltando en mi cama como una posesa.

Me río con fuerzas, porque es algo que me imagino a Yalena haciendo perfectamente.

—Más te vale que te cojan —le dice Zarek a Yalena en tono falsamente amenazador—. Porque yo no pienso llevar las cincuenta bolsas de ropa de vuelta al carro.

Yalena también se ríe y le da un empujón a su hermano. Yo camino

hacia la cocina y cuando llego me siento en la silla. El resto también se sientan y empiezan a comer, y pocos minutos después aparecen mis tíos con voz animada.

—¡Buenos días! Comed mucho que hoy vais a necesitar fuerzas —dice la tía Adara y yo sonrío en su dirección y asiento, mientras me meto otro trozo de pan en la boca.

No es que tenga hambre. De hecho, todo lo contrario, porque tengo el estómago lleno de nudos, pero sé que mi tía tiene razón. No voy a poder correr ni hacer ejercicio si no me lleno, aunque sea un poco.

—Estamos muy orgullosos de ti, Xandra —dice el tío Flavian—. Estamos seguros de que lo harás genial. Nos gustaría poder ir y animarte, pero ya sabes que no es posible.

—Mándanos alguna carta de vez en cuando y cuéntanos cómo te van las clases —pide la tía Adara en tono dulce, y el nudo que tenía en el estómago me pasa a la garganta.

—Lo haré —respondo finalmente, cuando soy capaz de tragarme las emociones.

—A ti ya no te pedimos que escribas, porque ya sabemos que no lo vas a hacer —se queja la tía Adara a Kálix en tono de reproche—. Suerte que Zarek nos va mandando alguna de vez en cuando y nos hace saber que sigues vivo.

Eso me sorprende, pero no digo nada. Mis tíos no me habían dicho nunca que recibían cartas de Zarek.

—Sí que os escribo —se queja Kálix.

—«Hola, ya he llegado. Os quiero», y después nada más hasta que apareces por la puerta al año siguiente. ¡Yo a eso no lo considero escribir una carta como los Dioses mandan! —riñe la tía Adara y yo me río, porque es muy típico de Kálix escribir algo así.

Incluso tengo alguna carta del estilo guardada, de las que me ha mandado a mí algún año, y no dice mucho más que eso.

—Os escribiré, tía Adara —la intento apaciguar—. Lo prometo.

Ella suelta un sonido de aprobación y después continuamos comiendo en silencio.

Cuando terminamos de almorzar me vuelven los nervios más fuertes que nunca y creo que voy a vomitar.

Estoy a punto de dejar mi casa para ir de viaje. Tal vez no volveré en un año, o tal vez regrese en unos días, pero algo está a punto de cambiar para siempre. Y la última vez que me subí a un carro y me metí en el bosque mi tío casi muere por ello.

Doy un respingo de sorpresa cuando noto la mano de Zarek en mi mejilla, pero reconozco enseguida que es él.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupado.

Lo miro sorprendida. No es la primera vez que me da la sensación de que puede leerme la mente, o, por lo menos, que puede leer mis

estados de ánimo, pero siempre me sorprende. Es como si estuviéramos completamente en sintonía.

No sé cómo decirle lo que me preocupa. Agudizo el oído para saber si hay alguien más cerca que nos pueda oír, pero todos están charlando fuera de la casa, cerca de los carros. Yo ni me había dado cuenta de que me había parado en seco justo antes de salir por la puerta. Ni tampoco que Zarek se había percatado de ello.

—¿Y si pasa como la última vez? —le pregunto entre susurros con el ceño fruncido—. ¿Y si nos atacan? ¿Y si…?

Las manos de Zarek me cogen de las mejillas y me callo de golpe.

—No. Esta vez estamos nosotros. Kálix y yo —dice en tono seguro —. Tal vez no seamos invocadores oficialmente, pero solo nos queda un curso. Y nos las apañamos bastante bien.

Abro la boca para rebatirle algo, pero me acaricia con los pulgares las mejillas y se me olvida lo que iba a decirle.

—No dejaré que te pase nada, pelirroja.

Me quedo un momento en silencio, pero finalmente recupero la cordura.

—No es por mí por lo quien estoy preocupada.

—Todo irá bien —repite Zarek—. Todos los alumnos de la isla vamos al mismo sitio, y nos iremos juntando por el camino. No estaremos solos. No habrá peligro.

Asiento un poco más tranquila y Zarek se aparta de mí.

—¿Vamos? —pregunta, y cuando asiento me coge la mano y la pone en su codo para guiarme fuera.

Kálix ya tiene el carro y los caballos preparados, así que me despido de mis tíos con fuertes abrazos y palabras de agradecimiento y luego me subo al carro, en el asiento del copiloto. Zarek y Yalena irán delante de nosotros en su carro, así que, cuando estamos todos subidos, después de más abrazos, Kálix le da un golpe a las riendas y los caballos empiezan su marcha hacia Ignosia.

# Capítulo 31

## Xandra



Me quedo sorprendida de lo conocidos que son Zarek y Kálix en la universidad. De camino a Ignosia nos encontramos con muchos carros de alumnos de la UdI que los saludan con efusividad.

—¡Eh, Katsaros! ¿Cómo ha ido el verano? —oigo a un chico gritar desde unos metros a la derecha.

—¡Ha ido bien, gracias! —responde Kálix con amabilidad, pero la conversación acaba ahí.

—¿No le vas a preguntar cómo le ha ido el verano a él? —le pregunto, curiosa por esa falta de interés. Mi primo no era el tipo más sociable del mundo, pero se tomaba muy en serio el bienestar de sus amigos.

—¿Por qué? No lo conozco de nada —me explica tranquilamente.

—¿Por qué te ha saludado si no lo conoces? —le pregunto sin entender nada.

—Que yo no lo conozca a él no significa que él no haya oído hablar de mí —responde Kálix, y por el tono que usa sé que no lo dice para hacerse el chulo. Es así de popular.

La situación se va repitiendo a lo largo del viaje. Gente de todo tipo llama a Kálix para entablar conversación con él. En algunos casos es evidente que lo conocen bien y charlan durante un rato, y en otros, la conversación es corta, pero siempre cordial.

Aunque el carro de Zarek está un poco por delante del nuestro puedo oír perfectamente que la misma situación se da en su caso. La gente le va saludando e incluso algunas chicas intentan entablar conversación con él desde sus carros, en un intento claro de flirteo, aunque Zarek siempre responde con amabilidad, pero con distancia. Sin dar pie a nada.

No como Kálix, que devuelve abiertamente el flirteo descarado en su tono más seductor.

—¡Kálix, guapo! —Otra chica llama la atención de Kálix—. ¿Qué tal el verano? ¿Has hecho mucho ejercicio para mantener ese cuerpazo?

Pongo los ojos en blanco bajo mi venda y hago un sutil sonido de fingido vómito con la garganta. Kálix me da un codazo, pero me

ignora.

—Claro, guapísima —responde él—. Tengo que estar a la altura.

Las llama a todas *guapísima*, pero es evidente que es porque no recuerda sus nombres.

Oigo un coro de risas tontas y me río por la nariz, pero me abstengo de comentar nada.

—Cállate —dice él, cuando el carro de las chicas ya se ha alejado.

—No he dicho nada —le respondo en tono inocente, pero se me escapa una risa burlona.

—Que te calles —dice y me da un codazo.

Yo me río abiertamente, pero no le digo nada y apoyo la cabeza en su hombro con complicidad.

Las horas pasan y el culo cada vez me duele más de estar sentada. Noto que el carro aminora el paso y oigo muchas voces a mi alrededor que charlan animadamente.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto sorprendida.

—Estamos a las afueras de Ignosia. Todos los alumnos que no somos de la región nos paramos cada año aquí para saludarnos y así estiramos un poco las piernas —me explica él—. Ven, te presentaré a mis amigos.

Me levanto sobre piernas temblorosas y dejo que me ayude a bajar del carro. Hace tanto rato que estoy sentada que noto un pinchazo en las piernas cuando las estiro. Sigo a Kálix con la mano en su codo y oigo la voz de Zarek y Yalena. Cuando estamos con ellos me siento inmediatamente más tranquila, como si estuviera en casa.

Conocer a gente nueva siempre me produce un poco de ansiedad, porque no he tenido mucha práctica, pero si entro en la universidad tendré que acostumbrarme, así que me trago mis nervios y me quedo en silencio. ¿Cómo de ridículo sería que Kálix me presentara ahora a todo el mundo y después tuviera que volver a casa?

Una mano me acaricia la espalda a modo tranquilizador y sé al momento que se trata de Zarek. Dejo que su gesto me reconforte y me suelto del codo de Kálix, que grita el nombre de sus amigos y los abraza con fuerza.

—¡Ilias! ¡Sander! ¿Cómo estáis? ¿Qué tal las vacaciones? —pregunta Kálix, y esta vez sí que veo ese interés que no he visto en todo el viaje.

—Bien. Aburrido, como siempre. ¿Qué tal el tuyo, Katsaros? —responde una voz de chico que aún no logro identificar.

—Pues genial —responde él—. Venid, quiero presentaros a alguien.

Los pasos se acercan e inconscientemente me acerco más a Zarek. Trago saliva.

—Zarek Tsakiris —dice el otro chico y se acerca a Zarek a darle una palmada en el hombro. Intento apartarme un poco para darle

espacio, pero me coge de la cintura para que no me aparte de su lado.

—¡Tsakiris! ¡Me alegro de verte, tío! —dice el primer chico que ha hablado.

Los chicos se quedan un momento en silencio y vuelvo a ponerme nerviosa al darme cuenta de que me están observando.

—¡No puede ser! ¿La famosa Xandra Katsaros? —pregunta el primer chico y yo sonrío lentamente.

—¡Qué pasada! —dice el otro y ríen—. Kálix no deja de hablar de ti.

—Bueno, vale ya —los riñe Kálix, y me parece percibir un tono de vergüenza, así que le sonrío con ternura—. Xandra. Te presento a Ilias y a Sander. Tienen la habitación contigua a la nuestra. Decid vuestros nombres para que pueda reconocer vuestras voces —les indica, y vuelvo a sonreírle agradecida.

—Yo soy Ilias —dice el primer chico que había hablado, y trato de memorizar su voz.

—Yo soy Sander —dice el segundo y les asiento a ambos, para que sepan que los he oído.

—Encantada.

—Y ella es Yalena, mi hermana —añade Zarek, y Yalena saluda de forma despreocupada, con su habitual desparpajo. Si no fuera porque la adoro, ahora mismo la odiaría por tener esa facilidad de relacionarse con el resto.

—¿Y que ha hecho este idiota de tu primo para que le quieras tanto? —pregunta Sander en tono burlón cuando ya nos hemos presentado todos. Me quedo un poco desconcertada. Debe verlo en mi expresión, porque añade una explicación—. Bueno, tienes que quererlo mucho para hacer todo este viaje solo para despedirte de él.

Me desanimo un poco al comprenderlo tras unos segundos, pero recupero rápido la sonrisa. Voy a explicarle porqué estoy aquí, pero Kálix se me avanza y me sorprende defendiéndome con fiereza:

—Ha venido a hacer las pruebas de admisión, idiota —lo riñe indignado.

Se hace el silencio.

—Claro, perdona, Xandra. No pretendía ofenderte —responde él, y parece realmente arrepentido, así que le sonrío, para que vea que todo está perdonado—. Estoy seguro de que lo harás genial.

—Por supuesto —añade Zarek con un cierto tono de orgullo que hace que me ponga roja, pero que sonría de oreja a oreja—. Nuestra chica es muy lista.

Los chicos estallan a carcajadas y por un momento me horroriza que se estén riendo de mí, pero pronto descubro que no es el caso. Aún peor.

—¡¿Tu mejor amigo está saliendo con tu prima?! ¡Eso sí que es un

bombazo! —grita Ilias—. ¿Cómo llevas eso, Katsaros?

Tardo unos segundos en entender lo que está pasando. Es evidente que han malinterpretado las palabras de Zarek. No quiero que inicien rumores que lo hagan sentir aún más incómodo de lo que lo hago sentir ya con mi actitud, así que intento hacerles entender que se han equivocado, pero sin mucho éxito.

—¡No! ¡No es eso! Nosotros no… Zarek y yo no… —intento decir, pero estoy tan roja y avergonzada que no lo consigo.

Zarek suspira.

—Solo somos amigos —aclara de forma contundente y un poco tensa. Asiento con rapidez para darle la razón, pero en mi mente no puedo evitar añadir un «por desgracia».

—Tienen una relación… especial —confirma Kálix, y me giro extrañada, sin comprender a qué se refiere.

Kálix habla con los chicos animadamente y yo los escucho hablar y sonrío de forma educada, aún un poco acalorada.

Se nos acercan algunos compañeros más que quieren saludar a Kálix y a Zarek, y, pese a la vergonzosa confusión de antes, Zarek no se separa ni un centímetro de mí para saludar a sus compañeros de clase. Intento esconder la sonrisa que eso me provoca, pero creo que no lo consigo del todo.

Al cabo de un rato, decidimos ponernos en marcha de nuevo y, como si fueran los directores de una orquestra, el resto imitan a Kálix y a Zarek. Reanudamos el camino en carro y vuelvo a apoyar la cabeza en el hombro de Kálix.

Cuando me despierto ya estamos en Íkanos.

# Capítulo 32

## Xandra



El sol del mediodía me pega fuerte nada más despertarme. Kálix me menea el hombro hasta que me acabo de ubicar y recuerdo dónde estoy.

—Vale, ya está, ya estoy despierta —me quejo de mal humor, aún en el carro.

—Desperézate, que las pruebas empezarán dentro de nada —se queja él—. No hemos hecho todo esto para que ahora te quedes dormida.

—No estoy dormida —le respondo irritada.

Y no lo estoy. Estoy llena de energía. Y de nervios. Pero sobre todo de energía. Esa pequeña siesta en el camino me ha servido para recargar fuerzas que no he podido recargar durante la noche.

Cuando bajo del carro mi primo me describe el escenario. Estamos en el campus de la UdI. Concretamente en los jardines que hay justo delante del bosque. Kálix me describe el sitio y me dice que los jardines son de hierba y que hay metros y metros de espacio sin obstáculos. No hay fuentes, ni bancos ni nada con lo que me pueda chocar.

Hay gente de todos los cursos: algunos vienen a mirar y otros a participar en las pruebas.

Zarek y Yalena se acercan a nosotros y Yalena me coge de la mano.

—Estoy muy nerviosa —me confiesa ella y yo asiento, para decirle que estoy igual.

—Todo irá bien —la tranquilizo.

Y sé que para ella todo irá bien. Lleva años preparándose para esto, su abuela la entrena cada verano y está en una forma física increíble. También es muy lista, así que no tengo dudas de que sabrá apañárselas en la última prueba.

—Mierda —dice Kálix en voz baja.

—No me jodas —dice Zarek a la vez.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntamos Yalena y yo al momento.

—Han escogido a Stavros como responsable de las pruebas —explica Zarek.

—¿Quién es? —pregunto medio con curiosidad y medio con miedo.

—Es el delegado de nuestro curso. Es bastante buen invocador, pero se lleva muy mal con nosotros, porque no soporta que seamos mejor que él en todo —explica Kálix con el ceño fruncido—. No lo digo para vacilar. Es la verdad: yo siempre soy el primero de la clase en asignaturas de velocidad y lucha, y Zarek es el mejor en invocación. Y Stavros solo es delegado porque cuando le ofrecieron el puesto a Zarek, dijo que no. Y eso no le sentó nada bien.

—Pero no decide él si pasamos o no pasamos las pruebas, ¿verdad? —pregunto con miedo.

—No, no —se apresura a responder Zarek—. Te aseguro que esto no os afectará en nada. Hay veinte alumnos más de último año que estarán pendientes de evaluar a todos los participantes. No te preocupes. Simplemente, me hubiera gustado que otra persona estuviera ahí con vosotras, ya que nosotros no podemos estarlo.

—¿Os vais? —pregunto ansiosa.

—No. Os animaremos desde las gradas, pero no nos podemos acercar más —me explica Kálix—. A partir de ahora estaréis con el resto de participantes y con Stavros.

—Exacto —continúa Zarek—, seguid sus instrucciones al pie de la letra. No sea que aproveche la excusa para descalificaros.

Asiento, nerviosa. Kálix me da la mano y me acerca a él para darme un abrazo de buena suerte, y yo aprovecho para absorber toda la seguridad y tranquilidad que su abrazo me proporciona. No quiero pensar en que este puede ser el último abrazo que le dé antes de irme a casa.

—Mucha suerte, enana —Me besa en la frente—. Estamos contigo.

Trago saliva con fuerza a pesar del nudo que tengo en la garganta. Asiento y me aparto de él. Me giro hacia Zarek, que ya ha acabado de desearle suerte a su hermana. Levanto la mano hacia él, me la coge sin dudarlo y me atrae hacia su pecho. Me abraza con fuerza y disfruto de la intimidad y la cercanía que me transmite.

Durante un momento dejo de oír la algarabía que me rodea y me relajo, pero sé que no me puedo quedar aquí eternamente. Con un suspiro dejo caer mis brazos de alrededor de su cintura y doy un paso hacia atrás. No nos hemos dicho nada, porque no nos hace falta.

Los pasos suaves de Yalena se me acercan por la derecha y nos cogemos de la mano. Juntas caminamos hacía el gentío de participantes. Cuando llegamos no suelto la mano de Yalena, y ella tampoco hace ningún gesto de soltarme. Simplemente nos damos fuerza la una a la otra.

—¡Aspirantes, acercaos! —oigo la voz profunda e irritada de un chico delante de nosotras, que grita a todo pulmón. Los pasos del resto de participantes se acercan poco a poco—. Bienvenidos a la UdI. Me llamo Egan Stavros y voy a ser vuestro guía en estas pruebas de

selección. Haced lo que os digo y todo saldrá bien. Si no me hacéis caso, ya podéis coger las maletas y volver a vuestras casas. ¿Queda claro?

Se oye un murmuro de asentimiento general, aunque no muy convencido.

—Bien, pues no perdamos tiempo, que no tengo todo el día —continúa Stavros en su tono de arrogancia e irritación—. Ahora vais a estirar y calentar. Pasados diez minutos haré sonar esta bocina, y entonces dará inicio la primera prueba, en la que, como la mayoría ya sabéis, tendréis que correr. Habrá dos partes: velocidad y resistencia. Primero correréis hasta la pared de la universidad, que está a, exactamente, cien metros de aquí. Tocaréis la pared y uno de mis compañeros al otro lado calculará el tiempo que habéis tardado en llegar. Si tardáis más de quince segundos en hacer los cien metros lisos, descalificados. Después evaluaremos vuestra resistencia. Correr durante horas os puede salvar la vida ante un monstruo de clase baja y es una habilidad básica que todo invocador debe tener. Por eso, correréis durante dos horas cronometradas.

Se oye un murmuro general y trago saliva. Nunca había corrido durante tanto tiempo seguido, pero era factible. O eso esperaba, al menos.

—¡A callar! —grita Stavros, y se hace el silencio—. Si no corréis las dos horas, descalificados. Si veo que aminoráis el paso, descalificados. Si os paráis…

«Descalificados. Ya lo pillo», pienso con irritación.

—Si tenéis alguna queja, o pensáis que algo de todo esto es injusto, ya sabéis dónde está la salida. Esto es la UdI. No es lugar para blandengues. Cuando salgáis de aquí, si es que tenéis lo que hay que tener, seréis invocadores. Y los monstruos no os van a perdonar la vida solo porque os canséis corriendo. O corres, o mueres. Fin de la historia —termina finalmente en tono agresivo. Se hace un silencio sepulcral. Nerviosa, Yalena me aprieta con fuerza la mano—. ¿Todo claro? Pues empezad a calentar.

Oigo los pasos de la gente que empieza a esparcirse por el jardín hablando en suaves murmullos. Yo sigo a Yalena que nos lleva a un espacio en el que hay poca gente y empezamos a hacer estiramientos y a calentar. Cuando ya he estirado los músculos, empiezo a dar saltitos en el suelo, para entrar en calor, y después corro en el sitio, para calentar aún más los músculos. No quiero pensar en lo que estoy a punto de hacer, porque hay demasiado en juego. El sonido de la bocina me saca de mis pensamientos y el corazón me late con fuerza. Me acerco a Yalena y le doy un abrazo caluroso.

—Buena suerte —nos decimos a la vez.

Cuando me separo de ella sigo el ruido de la multitud. Stavros va

diciendo los nombres de los participantes, que, después de oír la bocina, corren de uno en uno hacia la pared de la universidad, donde otro estudiante de cuarto toca la bocina para indicar el final del recorrido.

Las manos me tiemblan mientras voy dando saltitos para mantener el calor corporal.

—Yalena Tsakiris —grita Stavros, y yo suelto un grito ahogado.

Dejo de saltar y presto máxima atención a mi oído. Cuando suena la bocina empiezo a contar los segundos con el corazón en un puño hasta que oigo la bocina sonar al otro lado. «Doce segundos», pienso aliviada. La ha pasado con creces.

Como los estudiantes que han pasado se van quedando a un lado no puedo felicitarla, pero me giro en su dirección general y le sonrío, esperando que me esté mirando. Después me giro y sigo dando saltitos, oyendo nombre tras nombre, como en una especie de trance, hasta que oigo el mío.

—Xandra Katsaros —dice la voz irritada de Stavros.

Me acerco a él mientras me aprieto la venda de los ojos con determinación y me quedo en posición de salida. La bocina tarda unos segundos de más en sonar, pero cuando suena salgo disparada como un lince. Después de todos los nervios no puedo evitar sentir una sensación de ligereza, pues ya no tengo que esperar más: solo correr.

Y eso hago. Corro como si mi vida dependiera de ello, hasta que oigo una bocina y levanto las manos, para no chocarme de bruces con la pared. Me giro hacia la persona que cuenta los segundos, expectante. El pecho me baja y me sube a toda velocidad, mientras intento meter aire en los pulmones que me queman e intento calmar mi ritmo cardíaco.

—Trece segundos y medio —dice un chico, con la voz desinteresada y monótona—. Has pasado. Felicidades. Ya puedes ir con el resto y calentar para la siguiente prueba.

Me alejo de él sin saber muy bien a dónde tengo que ir. Aún estoy que no me lo creo, pero empiezo a sonreír poco a poco. «¡He pasado!» pienso con alegría. La voz de Yalena me saca de trance:

—¡Xan! ¡Aquí!

Sigo su voz y me junto con el resto de alumado que ha pasado la primera prueba. Cuando llego me abraza con fuerza y doy rienda suelta a mi alegría. Empezamos a saltar y a gritar mientras nos abrazamos. Cuando nos tranquilizamos un poco intento mentalizarme de que esto no significa nada, y de que aún quedan muchas pruebas por hacer, pero es imposible no hacerme ilusiones.

Van pasando los minutos y finalmente ya estamos todos los que nos hemos calificado para la siguiente prueba. No sé cuánta gente hay a mi alrededor, pero oigo muchas voces y muchos pasos, y calculo que

hay más de cien participantes.

Dejan unos minutos a los últimos participantes para recuperarse y después nos dan diez minutos más para volver a calentar antes de la siguiente prueba. Dos horas corriendo me parece una barbaridad. Incluso habiendo entrenado con Zarek y Kálix todo el verano, solo habíamos corrido una hora u hora y algo, como mucho.

Intento dejar de lado los pensamientos negativos y me coloco al lado de Yalena al inicio del circuito en círculo que han montado en el jardín, en el que daremos vueltas eternamente hasta que o nos cansemos y nos rindamos, o nos clasifiquemos.

Cuando suena la bocina me paso las primeras vueltas intentando fijarme en los pasos de los participantes que tengo delante, para saber cuándo giran y por dónde tengo que ir. A la quinta vuelta ya me sé de memoria le recorrido y me puedo centrar en otras cosas. Lo peor de todo es no saber cuánto rato llevo corriendo, pero intento calcularlo a través de lo cansada que estoy.

La primera media hora siempre se me pasa volando, y no me doy ni cuenta. El siguiente cuarto de hora es cuando empiezo a cansarme más, pero nada del otro mundo. Es a partir de los cuarenta y cinco minutos que los músculos empiezan a dolerme y la respiración me empieza a fallar. Cuando llego a la hora ya estoy cansada, y es cuando escucho a Zarek animarme, y con toda la fe que noto en su voz aguanto quince minutos más.

Cuando calculo que ha pasado una hora y media estoy muy cansada, pero no puedo aminorar el paso, porque entonces está todo perdido. Ya hace unos diez minutos que voy oyendo los pasos de la gente aminorar o directamente pararse o salir del circuito y tumbarse en el suelo, y la desagradable voz de Stavros gritar «¡Descalificado!» y «¡Descalificada!» de forma indiscriminada y constante.

Pero cada grito es un recordatorio de lo que está en juego, así que aprieto los dientes con fuerza y sigo corriendo sin bajar el ritmo.

Siento que me voy a desmayar de un momento a otro. Nunca había estado tan cansada en toda mi vida: los pulmones me queman y los músculos de las piernas me duelen, el corazón me late con tanta fuerza que creo que se me va a parar de un momento a otro, estoy sudada y empiezo a notar un pinchazo en mi costado derecho que es agonizante.

Sé que no pienso rendirme y dejar de correr, pero tengo miedo de que mis músculos cargados se rehúsen a seguir trabajando y me caiga, o, simplemente, que mis piernas se doblen y no pueda continuar.

Intento recordar todos los momentos vividos al principio de comenzar a entrenar con Zarek, cuando no aguantaba más de veinte minutos corriendo y en ese momento me cansaba tanto como ahora.

Intento recordar todo lo que él me decía para animarme y me

imagino su voz hablándome con dulzura y corriendo a mi lado: «Vamos, Xandra, ya lo tienes», «solo tienes que aguantar unos minutos más y paramos», «aguantas mucho más de lo que piensas», «cuando crees que tu cuerpo está al límite es cuando empieza el ejercicio de verdad», o mi favorito: «venga, pelirroja, que tú puedes con todo».

Ignoro el fuego que noto en los músculos y sigo corriendo. Los ojos se me empañan de lágrimas de frustración y de cansancio, pero no me paro ni aminoro el paso. Zarek cree que puedo hacerlo. Kálix cree que puedo hacerlo. Y, lo que es más importante, yo misma creo que puedo hacerlo. Y lo hago.

Cuando suena la bocina me parece el sonido más bonito que he oído nunca y un par de lágrimas me resbalan por la mejilla mientras mis piernas agarrotadas se tambalean y dejan de aguantar mi peso.

Caigo al suelo con suavidad e intento recobrar el aliento mientras sonrío como una loca. La gente a mi alrededor grita y ríe, pero todos están aliviados de poder parar. Cuando recupero el control de mi cuerpo me incorporo un poco y grito el nombre de Yalena, con miedo de que haya sido una de las muchas descalificaciones que ha habido en esta prueba.

—¿Yalena?

—¡Estoy… aquí! —grita su voz entrecortada, y estoy tan aliviada que me vuelvo a dejar caer contra la hierba, para descansar un rato más.

Hemos pasado las dos, y ahora toca la segunda fase. No sé cómo seguiré haciendo ejercicio físico con lo cansada que estoy, pero sé que lo haré, porque no voy a irme a casa después de haber conseguido llegar tan lejos. De eso ni hablar.

# Capítulo 33

## Xandra



Me tumbo temblando en el suelo y me seco el sudor de la frente. Lo he conseguido. He pasado a la tercera fase. La última fase, pero también la más difícil. Cuando me recupero intento incorporarme y me coloco junto a Yalena mientras esperamos a que el resto de los participantes terminen la segunda fase.

—Bien, los clasificados acercaos —dice Stavros finalmente, y sigo a Yalena cogiéndola la de la mano hasta llegar a donde está él—. Felicidades, habéis llegado a la última prueba. En esta prueba se os pedirá que encontréis o atrapéis dos cosas: la primera, una planta; la segunda, un animal. Os dividiré en dos grupos y cada grupo buscará una de las dos cosas que he mencionado. El grupo A tendrá que atrapar un oreinos. Para los que no seáis de Ignosia, el animal en cuestión es una mezcla entre un gato montés y un lince, y es muy escurridizo. Lo podréis encontrar solo en la parte norte de estos bosques. Aunque una cosa sí os diré: le encantan las bayas. El grupo B, en cambio, tendrá que encontrar una planta curativa que se llama *Aquilegia vulgaris*. Para los que no hayáis visto nunca una, es una planta azul, así que con lo vistosa que es, no os será muy difícil encontrarla.

Cuando deja de hablar siento que no estoy ni respirando. «Eso es. Tenemos que encontrar la *Aquilegia*. De todas las cosas que nos podían hacer buscar, esta es la que mejor me conozco. Es el destino», pienso.

—Ahora que ya sabéis lo que hay que hacer vamos a dividiros en los dos grupos al azar —explica Stavros—. Tengo en esta bolsa papeles con el nombre de la planta o el nombre del animal. Vendréis, sacaréis un papel y leeréis en voz alta lo que os ha tocado. Os iréis separando en los dos grupos y cuando los grupos estén hechos empezará la prueba.

Trago saliva con fuerza. «Ya tocaba hacer el ridículo en algún momento», me recuerdo a mí misma con pesar. Me espero ansiosa a que Stavros diga mi nombre y cuando me acerco a él se queda callado un momento mirándome.

—¿Eres la prima de Katsaros? ¿La ciega? —me pregunta con poca

delicadeza. Qué bien que mi reputación me preceda hasta en el otro lado de la isla.

—Así es.

Suelta una risa burlona, pero no dice nada más del tema.

—Mete la mano en la bolsa —dice él en tono irritado y yo levanto la mano, pero no sé dónde está la bolsa—. Venga, que no tengo todo el día, princesita —Me coge la mano con brusquedad y me la mete en la bolsa. Cojo uno de los papeles y lo saco. Se queda en silencio. Está claro que le gusta dejarme en evidencia, porque sabe perfectamente cuál es el problema.

—¿Y bien? —pregunta en tono burlón—. ¿En qué grupo vas?

Aprieto los dientes y le doy lo que quiere.

—A menos que tengas una versión en braille, no lo puedo leer —Suelta una carcajada mientras me quita el papel de la mano.

Me muerdo la lengua para no decirle cuatro cosas.

—¿Y tú tienes que encontrar un oreinos? Pues que la Misericordiosa se apiade de ti, princesita. ¡Siguiente!

Vuelvo a mi sitio sin creer lo que está pasando. ¿Un oreinos? ¿No tengo que encontrar la *Aquilegia*? «¡Estoy perdida!» pienso con desesperación. ¿Cómo voy a encontrar ese animal y atraparlo? Aunque llegue al norte del bosque no sabré qué hacer con él cuando lo tenga delante. Como no venga el animal y me salte en los brazos, estoy más que descalificada.

Oigo los suaves pasos de Yalena que se acerca a mí y me acaricia la espalda. Ella sabe perfectamente que lo más fácil hubiera sido que me pidieran de buscar la planta.

—¡Yalena Tsakiris! —grita Stavros, y ella me acaricia la espalda por última vez antes de ir a coger su papel.

—*Aquilegia vulgaris* —lee ella en voz alta.

Vuelve a mi lado y le doy un apretón en las manos. Ese es el momento en el que decido que, si yo no voy a pasar esta prueba, por lo menos me aseguraré de que Yalena sí pase la suya.

Van pasando los minutos y poco a poco se van haciendo los dos grupos. Cuando el último participante ya ha vuelto a su sitio Stavros vuelve a hablar:

—Ahora ya sabéis lo que tenéis que buscar. Si os ayudáis entre vosotros, descalificados. Si copiáis al resto, descalificados. Si hacéis cualquier trampa, descalificados. Si no conseguís encontrar el objetivo… descalificados. Poneos por grupos.

Me giro rápidamente hacia Yalena y la abrazo. Empiezo a hablarle en voz baja al oído:

—La planta es azul, pero asegúrate de que tenga estrías moradas en la hoja. Sino podría ser matalobos. Y cuando ha dicho que era vistosa y fácil de encontrar se estaba burlando de vosotros: «Si *Aquilegia* es lo

que buscas, pon todo al revés, pues se encuentra solo donde no la ves». Buena suerte.

Cada vez hablo más rápido, porque oigo unos pasos que se acercan enfurecidos y unas manos me separan de Yalena, que se ha quedado anonadada.

—¡Nada de abrazos! Si me entero de que estáis haciendo trampas… —dice Stavros con voz amenazadora.

—Solo le estaba deseando suerte —miento yo en tono inocente. Stavros aún me tiene cogida del brazo.

—Me parece que eres tú la que necesitará suerte, princesita. Ve con tu grupo. La prueba está a punto de empezar.

# Capítulo 34

## Xandra



La prueba empieza y la gente empieza a correr decidida, con un objetivo claro en mente. Yo me quedo parada unos segundos sin saber muy bien a dónde ir. No puedo seguir los pasos de la gente, porque se han ido en todas direcciones, y los nervios me paralizan durante un momento. ¿Y si no soy capaz de encontrar el animal?

Intento tranquilizarme y vuelvo a pensar en los entrenamientos con Zarek. Pienso en los últimos días que habíamos pasado en el bosque, desesperados por encontrar una manera de ubicarme. Y la habíamos encontrado.

Stavros había dicho que el oreinos se encontraba al norte del bosque, así que, con mi bastón, empiezo a localizar árboles y me dirijo hacia el norte. Cuando llevo un rato caminando oigo las voces de mis compañeros y sus pasos apresurados mientras corren arriba y abajo. Oigo ruidos de chapoteo y muchos maullidos de gato. También pequeños pasos de animales correteando y luego aspirantes corriendo detrás. Me fijo en que el suelo es cada vez más blando, hasta que finalmente el bastón chapotea en agua. Me agacho y compruebo el agua. Siguiendo el contorno, veo que es un lago. Un lago que está rodeado de oreinos, puesto que les encanta remojarse en agua.

Intento memorizar el sonido que hacen sus patitas al correr, para no equivocarme de animal. Mis compañeros intentan cazar los oreinos, pero los animales se les escapan. Algunos lo intentan a la vieja usanza, corriendo detrás de ellos. Otros intentan técnicas más avanzadas, como crear trampas para cazarlos.

—¡Vigila, no pises ahí o la red que he tejido te caerá encima! —oigo que dice una voz de chica a mi lado.

Automáticamente doy un paso hacia atrás, y oigo el maullido de un gato que pisa justo donde iba a pisar yo y queda atrapado por la red.

Me giro para intentar escuchar los pasos de más oreinos y decido que ya es hora de que me ponga a trabajar. Es evidente que yo no sabré tejer una red, o poner una trampa, pero hay algo que sobre lo que sí que sé: plantas. Me giro e intento localizar arbustos con el bastón. Voy tocando las hojas de los arbustos hasta que encuentro los

que buscaba: los arbustos de bayas.

Empiezo a recoger todas las bayas que puedo y después busco por el suelo trozos de madera, con los que voy haciendo una especie de plato. Dejo las bayas en la madera y luego con una piedra empiezo a machacarlas hasta que tengo una pasta de bayas. Con el bastón busco más arbustos y finalmente llego a uno de los arbustos que también conozco bien. Arranco algunas hojas, cuya savia tiene un efecto somnífero, y empiezo a machacar las hojas con las bayas que ya tenía. Finalmente, añado algunas bayas enteras y me acerco silenciosamente a uno de los oreinos que corre por el bosque.

Dejo el plato con la pasta somnífera en el suelo y me siento delante, sin mover ni un músculo y sin hacer ruido. Oigo que algunos de ellos se acercan a oler, pero algún compañero los asusta y se van corriendo. Decido que tampoco tengo un plan mejor, así que me quedo sentada y rezo a los Dioses para que mi plan funcione.

Finalmente, después de una media hora de estar sentada y quieta como un pasmarote, oigo que se acercan los pasos de uno de los animales. Aguanto la respiración para no asustarlo y entonces empieza a comerse las bayas con un maullido. Al cabo de cinco minutos, cuando ya casi se lo ha comido todo, oigo un suave maullido y un golpe sordo.

Me levanto y cojo al animal en brazos, que suspira dormido. Vuelvo a sentarme en el suelo y mientras abrazo al animal empiezo a llorar de felicidad.

Cuando me recupero, me levanto del suelo abrazando aún con el oreinos y me dirijo al grupo de gente que parece que ha conseguido pasar de fase.

Antes de que llegue, Yalena grita mi nombre y se lanza a abrazarme.

—¡Lo hemos conseguido! —grita una y otra vez con alegría y yo sonrío y salto con ella—. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡No podría haberlo hecho sin ti! —me agradece entre abrazo y abrazo—. Al principio no entendía nada de lo que me decías. ¿Cómo voy a buscar dónde no la veo? Al principio buscaba por el bosque, y encontré una planta azul, pero no tenía esas estrías moradas que decías. Y después intenté pensar qué plantas no se ven, alguna escondida bajo piedras… Y finalmente lo entendí. ¡Crece bajo el agua! Por eso no la podía ver. ¡Es una flor acuática! Nada más meter la mano bajo las hojas verdes que flotan en el lago empecé a ver las flores azules con las estrías moradas.

Yo sonrío, contenta de que mi consejo le hubiera servido para pasar la prueba. Estamos un rato charlando y le estoy contando cómo he conseguido dormir al oreinos cuando Stavros vuelve a hablar:

—Muy bien, aspirantes. Esta era la última prueba. Los que habéis conseguido pasarla sois oficialmente estudiantes de la UdI. Si me

seguís, os presentaré el campus. El resto ya os podéis ir a casa, y buena suerte el año que viene.

En ese momento me alegro de no poder ver las caras de decepción, tristeza y desilusión de los participantes que habían llegado tan lejos y no habían pasado la última prueba. Se me encoge el corazón al oír los sollozos de alguna gente, pero no puedo evitar sentirme aliviada de no ser uno de ellos.

Seguimos a Stavros, que se para justo delante de lo que Yalena me describe como la entrada de la universidad.

—Bien, ahora ya sois estudiantes de la UdI. Se espera de vosotros disciplina y dedicación. Mañana mismo empezarán las clases. Dormiréis por parejas en las residencias —Yalena me coge de la mano en forma de pregunta silenciosa y yo se la aprieto y asiento—. Hay una residencia para los chicos y una residencia para las chicas. Los de primero estaréis en el cuarto piso, los de otros cursos estarán en los pisos de abajo. Cada pareja tendrá asignado un alumno de último curso que le hará de guía en el campus durante los primeros días y que será su delegado. Si tenéis cualquier problema, vuestras quejas al delegado. Si tenéis alguna duda de todo lo que acabo de decir, se lo preguntáis a vuestro delegado —continúa Stavros en su habitual tono irritado—. Procedo a asignaros las habitaciones y los delegados. Poneos por parejas. ¡Ya!

Trago saliva y me quedo junto a Yalena. Stavros va asignando habitaciones y dice el apellido del delegado de cada pareja.

—Tsakiris y Katsaros —dice en tono de reproche—. No me sorprende que queráis ir juntas. Vuestra habitación será la 207, y tendréis a la delegada Kana.

Oigo sus pasos alejarse y me giro hacia Yalena con alegría. Nos abrazamos con fuerza mientras damos saltitos de alegría.

—¡Vamos a estar en la misma habitación! —grita Yalena exaltada, y yo sonrío y asiento mientras la cojo de las manos—. ¡Ven, vamos a buscar a los chicos!

Me cojo de su codo y dejo que me guíe hacia las gradas, desde las que los alumnos de otros cursos habían podido observar el desarrollo de las pruebas de selección. Con cada paso que damos puedo oír con más claridad las voces de los alumnos que hablan animados entre sí. Y también oigo unos pasos que corren escaleras abajo hacia dónde estamos nosotras.

Unos pasos que reconozco perfectamente.

—¡Xandra! —grita Kálix a lo lejos, mientras baja corriendo.

Sonrío, pero antes de que pueda responderle ya ha llegado abajo, y su cuerpo colisiona contra el mío en un abrazo demoledor. Me levanta del suelo y me da dos vueltas antes de volver a dejarme en el suelo. Yo río con alegría.

—¡Kálix, no puedo… respirar! —intento decir, pese a que tengo la cara pegada a su pecho y no me deja ni un centímetro de espacio. Si aprieta más fuerte me va a romper los huesos.

Él se ríe, pero me deja espacio.

—¡Lo has conseguido! ¡Lo has hecho tan bien, enana! ¡Ha sido increíble! ¡Has aguantado como una campeona! —grita Kálix exuberante de emoción y hablando a mil por hora. Me río, pero noto las mejillas calientes y sé que me he puesto roja por tanto cumplido. Le doy un golpe en el brazo para que se calle, pero después vuelvo a abrazarlo.

—No lo habría podido hacer sin vosotros —le digo con cariño. E inconscientemente me giro hacia la voz de Zarek, que está a nuestro lado, también felicitando a su hermana con efusividad.

Cuando se hace el silencio, Kálix felicita a Yalena y yo levanto la mano hacia Zarek, cuando noto que me está mirando en silencio. Él me coge de la mano y me da un suave apretón. Yo se lo devuelvo.

—He pasado las pruebas —le digo con timidez, cuando se queda en silencio mirándome.

—Estoy contento, pero no sorprendido —me dice en su habitual tono dulce y, cuando pienso que mi corazón no puede derretirse más, Zarek sigue hablando—. Y muy orgulloso de ti.

Vuelvo a ponerme roja y le aprieto la mano.

—Gracias. La verdad es que no lo habría podido hacer sin vosotros —repito, con emoción en la voz—. Gracias por todo lo que has hecho por mí este verano. Por creer en mí, incluso cuando a mí me costaba hacerlo.

Se acerca un paso más y me roza la mejilla con el pulgar, con delicadeza. Dejo de respirar y cierro los ojos bajo la venda, disfrutando de la sensación.

—No me des las gracias —dice finalmente, después de un largo silencio.

Después de concedernos este momento, Yalena y Kálix dejan de conversar entre ellos y vuelven a nuestro lado sin decir nada. Kálix me abraza por detrás como cuando éramos pequeños y me besa en la cabeza con ternura. Cuando se pone a mi lado paso mi brazo por su cintura y los cuatro nos ponemos a charlar animados.

Después de un rato Kálix dice que debería volver a las graderías a buscar las bolsas y Zarek le acompaña. Yalena y yo nos quedamos abajo charlando, aún cansadas por todo el ejercicio físico y por toda la tensión que habíamos aguantado.

De repente, Yalena se calla y oigo unos pasos detrás de mí.

—Hola —dice una voz femenina, pero en un tono bastante seco—. Me llamo Astrid Kana. Me han dicho que sois mis asignadas de primero.

—¿Eres nuestra delegada? —pregunta Yalena con alegría—. Yo soy Yalena Tsakiris y ella es Xandra K…

—Me da igual —dice la chica en tono brusco, y yo me echo un poco para atrás ante ese tono—. No he venido a hacer amigas. Vengo a enseñaros el campus, nada más. Si tenéis alguna pregunta, me la podéis hacer ahora.

Yalena se queda en silencio y yo me planteo preguntarle cuál es su problema, pero decido que no es asunto mío. Todo el mundo tiene derecho a tener un mal día.

—No tenemos dudas, de momento —digo en voz suave. La chica, Astrid, se queda en silencio y yo frunzo el ceño. ¿Es necesario ser tan desagradable?

—Chicas, ya hemos… —La voz de Kálix interrumpe este momento incómodo—. ¿Qué haces tú aquí, Kana?

—Solo hago mi trabajo, Katsaros —responde Astrid en tono gélido y capto rápidamente que no se llevan bien.

—No pasa nada, Kálix. Astrid es nuestra delegada. Ha venido a presentarse y a enseñarnos el campus —le digo en tono tranquilizador, mientras le acaricio el brazo. Kálix me pasa el brazo por los hombros.

—Pues ya te puedes ir. Ya les enseñaré yo el campus. No hace falta que te quedes —dice Kálix en tono seco y yo lo miro extrañado. Kálix puede ser un tonto sobreprotector, pero no estoy acostumbrada a verle hablar mal a nadie.

—No estoy aquí por gusto, Katsaros —responde Astrid en tono abrupto—. Pero tengo que hacer mi trabajo o no me darán los créditos extra. Órdenes de arriba.

Kálix suspira frustrado, pero no dice nada. Me quema la curiosidad de saber qué historia hay entre ellos, pero yo tampoco digo nada. Después de un silencio tenso, Yalena interrumpe:

—A mí me da igual quién nos acompañe, pero yo quiero ver mi habitación.

Suelto una carcajada. «Típico comentario de Yalena», pienso con cariño.

—Vamos —dice Astrid con su ya habitual tono seco, y oigo sus pasos alejarse. Me cojo al codo de Kálix y dejo que me guíe mientras todos seguimos a Astrid Kana, que nos va diciendo los nombres de los sitios por los que pasamos, sin ningún tipo de afabilidad—. Y este es el patio de la entrada principal. El edificio que tenemos enfrente es la universidad, aquí es donde tenemos todas las aulas y donde tendréis que presentaros mañana a las siete en punto. El edificio de la izquierda es la residencia de los chicos y el edificio de la derecha es la residencia de las chicas. Si me seguís os enseñaré la residencia y vuestra habitación.

La seguimos sin decir nada, aunque Kálix va bufando en voz baja

con irritación. Le aprieto el brazo a modo de apoyo. No sé qué ha pasado, pero está claro que le afecta. Vuelvo a reprimir mis ganas de cotillear.

Con el bastón sigo el suelo y noto la diferencia entre el césped y el camino pavimentado que lleva a las residencias. Eso me ayudará a guiarme mejor por el campus, así que intento memorizar la textura del suelo. Cuando llegamos delante de la residencia Kálix me describe en voz baja el edificio y me va describiendo el interior: cómo están dispuestos los muebles, cómo es la decoración, dónde están las escaleras… Voy absorbiendo todos los detalles que Kálix me da y asiento cada vez que me describe algo.

—Y… esta será vuestra habitación. La 207 —dice finalmente Astrid, después de subir al cuarto piso y de habernos presentado cada parte del campus. Oigo un ruido de llaves y el sonido de un paño y de una puerta abriéndose. Astrid entra en la habitación y todos la seguimos dentro—. Aquí tenéis vuestras llaves —dice, y yo alargo rápidamente la mano con la palma hacia arriba para facilitarle el trabajo. Cuando noto el peso de la llave en la palma cierro el puño y la acaricio para notar el tacto e identificar su forma y llavero. Me las guardo en el bolsillo trasero con cuidado—. Tenéis lo justo y necesario: dos camas y un baño. En el edificio de la universidad hay una cafetería que es donde almorzaréis, comeréis y cenaréis, como todos los estudiantes. Creo que no hace falta que lo diga, pero los… visitantes masculinos no están permitidos en estas habitaciones —termina ella en un tono aún más seco y yo frunzo el ceño.

—Estamos aquí para asegurarnos de que están cómodas —dice Zarek, hablando por primera vez en un buen rato. Su tono también es un poco tenso, pero no parece llevarse tan mal con Astrid como Kálix.

—Ya —dice Astrid, sarcástica—. Cómodas.

—Pero… ¿qué le pasa? —pregunta Yalena en voz baja, tan confundida como yo, pero nadie más que yo la oye.

Kálix suelta otro bufido irritado, pero la ignora. Se pone a mi lado y empieza a describirme la habitación en voz baja:

—Las dos camas están una a cada lado de la habitación, contra las paredes. Al lado de la cama hay una mesita y en la pared que tienes delante dos escritorios. El lavabo está a tu derecha, si sigues la pared encontrarás la puerta —me explica Kálix y yo asiento—. ¿Todo claro? —me pregunta en tono dulce y yo asiento.

Astrid carraspea.

—En fin, si no me necesitáis nos vemos mañana a las siete en la entrada de la universidad. Os enseñaré dónde está la cafetería y las aulas a las que tenéis que ir. No lleguéis tarde.

Asiento y le sonrío forzadamente.

—Gracias.

Oigo que se retira sin decir nada, como si no pudiera alejarse lo suficientemente rápido de esta habitación.

—¿Qué cama quieres? —pregunta Yalena animadamente y yo sonrío, olvidándome de Astrid y de su pésima actitud.

—Me da igual —respondo y lo digo de verdad. Me da igual qué cama usar. Soy feliz solo con estar allí: en esa habitación, en esa residencia, en esa universidad.

—Vale, pues me quedo la cama de la derecha —dice Yalena con una sonrisa, y Zarek deja sus bolsas en ese lado de la habitación.

—Dejamos tus cosas en el lado izquierdo entonces —dice Kálix, y yo asiento.

Kálix deja las bolsas en el suelo y yo empiezo a tocar mi cama y la mesilla de noche, para memorizar la disposición de los muebles. Siguiendo la pared toco la cama de Yalena y llego a la puerta del baño. Una vez dentro, exploro el baño por dentro: una ducha, un retrete, un lavabo…

Salgo del baño y Yalena y yo nos despedimos de los chicos, que van a su habitación, en la otra residencia, para poder dejar sus bolsas y aposentarse. Acordamos quedar todos a las siete menos diez en la puerta de la entrada, para ir a almorzar juntos después de que Astrid nos muestre el edificio. Me despido de Kálix con un abrazo y le doy otro abrazo a Zarek, que alargo un segundo más de lo que debería.

Cuando se van me giro y me dirijo lentamente hacia mi cama, aún insegura de mis alrededores. Estoy cansada, sudada y sucia de correr y arrastrarme por el bosque durante las pruebas, pero estoy más feliz de lo que he estado en mucho tiempo. Por primera vez en mi vida siento que estoy donde tengo que estar.

Me siento en la cama y suspiro. Hogar, dulce hogar.

# Capítulo 35

## Xandra



Hogar, terrible hogar. Me cojo con fuerza las costillas mientras camino lo más lentamente posible, para evitar empeorar el dolor en el costado. Con el brazo izquierdo llevo el bastón para no chocarme con nadie mientras camino hacia la cafetería.

Llevamos tres semanas de clase y han sido los días más duros de mi vida, sin contar el roce con la muerte que tuve a los ocho años. Por las mañanas, almuerzo con Yalena, Kálix y Zarek en la cafetería. A veces se nos une alguno de los amigos de Kálix y Zarek, Ilias y Sander, pero normalmente somos cuatro. Después de almorzar, Yalena y yo vamos al campo de entrenamiento, donde tenemos las clases de lucha. Nos machacan toda la mañana, vamos a comer con los chicos y por la tarde nos dan clase de teoría.

Si pensaba que Aricia había sido dura conmigo, no tenía ni idea de lo que era luchar con un chico de mi edad cuya frágil masculinidad no le permitía hacer el ridículo perdiendo contra una chica… ciega. O me tratan como si estuviera hecha de cristal, o sin ningún tipo de escrúpulos. Luchar con las chicas no es muy diferente, pues la mayoría tiene mucho que demostrar. El ambiente es tenso y competitivo, y predomina la ley del más fuerte. Vencer o ser vencido, esa es la cuestión.

Las tardes son más calmadas. Tenemos distintas clases de teoría que me parecen muy interesantes: Historia de la invocación; Teratología, el estudio de los monstruos y sus clases; Geografía; Lengua antigua; Supervivencia, y Psicología y ética, por el proceso del duelo cuando perdemos a un Invocador conocido, el manejo del estrés en situaciones de peligro máximo, la toma de decisiones en situaciones extremas, etc.

Suspiro agotada mientras intento no pensar en el dolor que siento en mi costado. Cuando llego a la cafetería el olor a comida me embarga y el estómago me ruge, pero cuando pienso en estar de pie en la cola esperando a que me sirvan me lo pienso dos veces y me dirijo a la mesa. Estoy demasiado cansada como para estar de pie un solo segundo más.

Con el bastón voy esquivando mesas hasta que llego a la mesa en la

que nos sentamos siempre con Kálix y Zarek. Sé que siempre escogen la misma mesa para que me sea más fácil encontrarles entre tanta gente. Cuando me ven llegar me saludan:

—¡Xan! —me saluda Kálix animado—. ¿Cómo han ido las clases de hoy?

—Bien —le respondo un poco escueta. No quiero hablar demasiado, porque inspirar aire hace que me duela aún más el costado herido—. Ha estado bien.

Detecto el banquillo con el bastón y paso una pierna por encima para sentarme en él. Alargo la mano hacia mi izquierda y Zarek me la coge para que no pierda el equilibrio. Me siento a su derecha con una mueca de dolor.

—¿No has ido a coger la comida? —me pregunta Zarek extrañado.

—No tengo hambre —miento yo. No quiero decirles por qué no quiero hacer cola para ir a buscar la comida. Se enterarán de lo que ha pasado en el entrenamiento y se pondrán hechos una furia. Prefiero evitarlo. Sin embargo, mi estómago escoge ese momento para rugir con fuerza y delatarme—. Estoy muy cansada, he preferido sentarme.

Oigo el sonido de un plato deslizándose por la mesa.

—Come de lo mío. Yo estoy lleno —me dice Zarek, y sé que no es verdad, porque él nunca coge más de lo que puede comer.

No le gusta tirar la comida. Aún así, mi estómago vuelve a rugir y finalmente me llevo una cucharada de estofado a la boca.

—¿Te pongo agua? —pregunta Zarek, y yo asiento.

Me rellena el vaso y lo deja enfrente de mi plato. Alargo el brazo con cuidado de no tumbar el vaso y Zarek pone su mano en la mía para acercarla al vaso. Sin querer, tira de mi brazo y noto un pinchazo de dolor en el costado. Hago otra mueca.

—¿Qué es esa cara? ¿Qué te pasa? —pregunta Kálix en su tono inquisidor, y sé que está a dos segundos de empezar a interrogarme. Abro la boca para responderle, pero oigo la voz de Yalena detrás de mí.

—¡Hola, chicos! —dice Yalena con su habitual tono alegre y se sienta a mi derecha—. Dioses, me voy a sentar, estoy muerta. Hoy hemos hecho un rey de la pista, y dejadme que repita lo misógino que me parece ese nombre.

—Ese ejercicio me encanta —responde Kálix animado, y suspiro aliviada de que se haya olvidado de mí, pero noto la mirada de Zarek en mi nuca analizándome.

—Tendrías que haber visto a Xandra —alardea Yalena en tono orgulloso—. Vencía a uno tras otro y ha luchado contra seis antes de que ese idiota la sacara del campo.

—¿Ese idiota? —pregunta Zarek en tono preocupado.

—Bueno, es el típico machito. A nosotras nos cae fatal, porque

como ya veníamos un poco entrenadas de antes se nos da mejor luchar que a la mayoría y eso no lo soporta. ¡Que seamos chicas y se nos dé tan bien! —explica Yalena en tono furioso. Cierro los ojos sabiendo lo que va a decir a continuación—. Ha sido muy bruto con Xandra. Le encanta demostrar que puede con nosotras.

—¿Muy bruto? —pregunta Zarek en su tono más amenazador—. ¿Cómo de bruto?

Suspiro. Sabía que esto iba a pasar. Yalena tiene tendencia a irse de la lengua.

—Enséñaselo —me ordena Yalena y yo frunzo el ceño.

—Ya basta. No ha sido para tanto —me quejo, pero es evidente que no sirve para nada.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar Yalena me levanta el lado izquierdo de la camiseta y deja a la vista lo que intuyo que será un enorme moratón en las costillas.

—¿Pero qué coño…? —empieza Kálix con rabia.

—¿Cómo se llama? —dice Zarek, que se ha levantado a mirarme el costado y le tiembla la voz.

Se acerca más a mí para inspeccionar el golpe amoratado que me ocupa todo el costado izquierdo. Yalena se hace a un lado para dejarnos más espacio. Los dedos temblorosos de Zarek me acarician la piel amoratada y suelto un siseo. Automáticamente deja de tocarme y le pega un puñetazo a la mesa que hace que salten todos los platos y los vasos. Me bajo la camiseta y lo cojo por el brazo. Tiro de él hasta que se sienta a mi lado y le pongo una mano en la mejilla. Está jadeando, así que pongo la otra mano en su pecho en un gesto tranquilizador.

—Estoy bien —le digo en voz suave mientras le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Joder, Xandra. No estás bien. ¿Cómo puedes…? —inspira aire con fuerza y se calla. Vuelvo a acariciarle el esternón en círculos. Me da la sensación de que le cuesta respirar—. Dime cómo se llama.

—Venga, Zarek —le pido en voz baja—. Ya hemos hablado de esto. Ha sido en un entrenamiento. Estoy bien. No ha sido a propósito.

No estoy del todo segura de que no haya sido a propósito, pero no se lo pienso decir.

—Xandra, tú no te ves, pero esos moratones no son normales ni para un entrenamiento. Se ha ensañado contigo. Ni si quiera yo y Kálix nos hemos golpeado nunca tan fuerte —me explica con la respiración agitada.

—Mira, quería que me trataran con igualdad y ahora no puedo quejarme. No he sido suficientemente rápida como para esquivarlo, así que es culpa mía.

—Dame un nombre y te juro que no volverá a tocarte.

—Basta —le digo en tono suave, pero firme—. No quiero que parezca que vengo a buscaros corriendo cada vez que alguien me hace algo. Tengo que solucionar mis problemas solita.

—Tienes razón, perdona —suspira él finalmente—. No necesitas que te proteja. Te vales por ti misma y eso lo sé, pero es que ya sabes lo que me hace sentir verte así —susurra en voz baja, y por su tono de voz parece que le estén torturando.

Suspiro y le acaricio la mejilla. Le acerco a mí para abrazarle y cuando mete la nariz entre mi pelo suelta todo el aire de golpe y se relaja un poco.

Cuando está más calmado lo aparto un poco y le cojo las mejillas.

—Eh, lo entiendo, ¿vale? —le digo en tono comprensivo—. Sé que este tema es delicado para ti, pero estoy en la UdI y tienes que darme un poco de tregua.

—Lo prometo —dice en voz baja y esta vez es él quién me atrae hasta su pecho para abrazarme y me besa en la coronilla. Suspiro de placer al estar entre sus brazos.

Oigo un carraspeo a nuestra izquierda y recuerdo que existe un mundo a nuestro alrededor. No sé qué me pasa cuando lo tengo tan cerca, pero es como si el resto de personas desaparecieran y un día acabaré dejándome en ridículo. Como casi he hecho alguna vez.

Me pongo roja al pensar en ese día en el bosque, cuando me abrazó para felicitarme y casi le beso. Estaba demasiado cerca de su boca y logré salir de mi ensimismamiento en el último segundo. Justo a tiempo.

—¿Comemos? —pregunta Yalena incómoda, yo asiento con la cara roja como un tomate y me separo de Zarek.

Tras unos momentos incómodos seguimos comiendo y hablando entre todos y finalmente me olvido del tema de los moratones, aunque Zarek me va tocando la mano o la mejilla de vez en cuando en gestos reconfortantes y entiendo que son más para él que para mí, así que se los devuelvo con naturalidad y cariño. Sé que no lo hace con la intención de que sean románticos y que es su manera de ser. Que solo son gestos cariñosos de amistad, o, incluso gestos fraternales, pero me dejo imaginarme durante unos minutos que me acaricia porque quiere. Que me acaricia porque me quiere.

Cuando termina la comida nos despedimos con un abrazo eterno de los nuestros, y le prometo que me pondré un ungüento en el golpe antes de seguir a Yalena hasta nuestra próxima clase.

—No te podías estar callada —le reprocho con cariño y ella tiene la decencia de parecer avergonzada.

—Perdona, no he caído en que mi hermano se pondría así. A veces me sorprende verle tan protector contigo. Estaba realmente enfadado. Parecía tu novio o algo… —termina Yalena con una risita traviesa.

Yo me pongo roja, pero ignoro ese último comentario.

—No pasa nada —la tranquilizo.

Nos dirigimos al aula dónde tendremos la primera clase de Teratología, que es una asignatura que me muero por cursar. Siempre me han interesado mucho los monstruos, pero será la primera vez que los estudie analizando sus puntos fuertes y sus puntos débiles.

Cuando llegamos al vestíbulo del edificio Yalena me coge del brazo y me hace parar. No entiendo por qué hasta que no reconozco la voz que nos habla:

—Me han dicho que os toca nueva asignatura. Venid conmigo, os diré dónde está el aula de Teratología —nos ordena Astrid, con su voz apática.

La seguimos sin decir nada e intento memorizar el camino hacia el aula: giro a la derecha, dos a la izquierda, subir unas escaleras, giro a la izquierda y giro a la derecha.

—Es aquí. Buena suerte —dice Astrid y se aleja sin darnos tiempo a decir nada más.

—Gracias —susurro en tono sarcástico, aunque sé que ya se ha ido —. ¿Entramos? —le pregunto a Yalena y ella asiente—. ¿Qué profesor da esta clase?

—Según el plan de estudios la da el profesor… Zervas. Pearce Zervas —responde Yalena, mirando el papel de información de la asignatura—. Es el vicerrector de la UdI. Uno de los invocadores más poderosos que ha habido en Théras. ¿Sabes que dicen que invocó a un Beta? Aunque tal vez sea solo un rumor… El director Kyriakidis sí que invocó a un Beta. Eso lo sé seguro.

Me encojo de hombros y la sigo hasta dentro del aula. Cuando se para le suelto el codo.

—Tienes una mesa justo delante —me dice Yalena, y yo tanteo con las manos hasta que la noto.

Cojo la silla y la retiro para sentarme. Oigo una silla arrastrándose y Yalena se sienta a mi lado en el escritorio. Las voces del resto de los alumnos van llenando el aula a medida que se van sentando en sus pupitres. Saco una hoja y un lápiz de la mochila y lo dejo preparado. Oigo unos pasos decididos que se paran enfrente de la clase y las voces a mi alrededor se apagan:

—Buenos días, alumnos de primero —dice una voz profunda—, me llamo Pearce Zervas y soy su profesor de Teratología, el noble arte de estudiar monstruos. Les dirán que lo más importante es aprender a luchar o aprender a invocar, pero nada de eso sirve de nada si no conocen a su enemigo. Antes de luchar contra algo, hay que saber a qué se enfrentan. Es por eso por lo que en esta clase estudiaremos cada monstruo que pueden encontrar en la zona salvaje de esta isla, sus características físicas y psicológicas, y también sus puntos débiles,

para que, en una situación de peligro, puedan evaluar con rapidez cuál sería la mejor oportunidad que tienen de salir con vida de ella.

Nos quedamos todos en silencio. Escucho con avidez todo lo que dice el señor Zervas.

—En esta clase aprenderán que el punto débil de un Nevra son las alas o que la cola del Xhetaros es su zona más vulnerable. Pero no avancemos acontecimientos, empecemos por lo básico. Hablemos de los tipos de monstruos que hay —dice el profesor Zervas—. ¿Alguien me puede decir cuáles son las clases de monstruos de bajo nivel? Usted.

—Pues… Hay dos clases de bajo nivel: la clase Omega y la clase Sigma —responde un chico de las primeras filas.

—¿Y cómo se llaman los monstruos de esas clases? —pregunta el profesor Zervas.

—Un Tychaíos es un monstruo de clase Omega y un Voithos es un monstruo de clase Sigma, señor.

—Bien… Usted, dígame cuáles son las clases de nivel medio —pregunta el profesor.

—Las clases de nivel medio son la clase Ómicron y la clase Delta. Un monstruo de clase Ómicron se llama Xhetaros y un monstruo de clase Delta se llama Togrash —responde una chica, también de las primeras filas.

—Bien… —El profesor se queda en silencio un buen rato—. ¿Y usted? ¿Podría decirme cuáles son las clases de monstruos de alto nivel?

A mi lado, Yalena me da un codazo y yo me sobresalto.

—¿Yo? —susurro en voz baja. Carraspeo y luego respondo proyectando la voz—. Pues hay… cuatro clases de monstruos de alto nivel, señor.

La gente a mi alrededor empieza a murmurar y algunos incluso se ríen en voz baja.

—¿Disculpe? ¿Ha dicho cuatro?

—Sí, señor —respondo con seguridad—. Tenemos la clase Gamma, con los monstruos Nevra, la clase Beta, con los monstruos Foveros, la clase Alfa, con los Drakon Dankana, y… no sé cómo se llama la última clase, señor. Pero sé que hay algo más.

—¿Más peligroso que un monstruo de clase Alfa? —pregunta el profesor Zervas en tono sarcástico—. ¿Qué puede haber más peligroso que un Alfa?

—El Therastios —respondo yo, con toda la seguridad que puedo reunir, aunque las voces de mis compañeros susurrando a mi alrededor me hace dudar.

¿Debería haberme callado? ¿Realmente vale la pena volver a ser la loca del pueblo? Trago saliva y me mantengo firme. Que digan lo que

quieran.

—¿Está insinuando que hay una clase Deos? ¿Una clase superior a la clase Alfa? —pregunta el profesor, aún sarcásticamente.

—No lo insinúo. Lo sé —afirmo con rotundidad— Yo lo vi.

—¿Usted lo… vio? Tenía entendido que usted era…

—¿Ciega? Lo soy. El Therastios se encargó de ello —explico, y se oyen más murmullos. Las mejillas me queman por la vergüenza de estar contando algo tan privado.

—¿Está diciendo… no solo que existe un monstruo legendario que nadie ha visto jamás… sino que además… usted sobrevivió a su ataque? —continúa el profesor en su tono arrogante y desafiador.

—No sé por qué el Therástios me dejó en paz, pero sé lo que vi.

Aprieto los puños bajo la mesa.

—Yo la creo —dice Yalena a mi lado y me coge la mano para darme un suave apretón y yo le lanzo una sonrisa débil de agradecimiento.

Los murmullos cada vez son más fuertes, acompañados de risas.

—Bueno… —dice finalmente el profesor Zervas—. Incluso suponiendo que esto sea verdad, y es una suposición muy grande, el Therastios no es un tema que se vaya a tratar en esta asignatura. Mejor lo dejamos para cuando hagáis la asignatura de Mitología el semestre que viene.

Toda la clase sielta unas risitas. Frunzo el ceño y me muerdo la lengua. El tema está zanjado. No vale la pena discutir. Pero, aunque la gente siga haciéndome quedar en ridículo, murmurando y riendo, yo nunca dejaré de decir la verdad.

Y la verdad es que el Therástios existe.

Le pese a quien le pese.

# Capítulo 36

## Xandra



Yalena y yo nos dirigimos en silencio a la cafetería.

—¿Estás bien? ¿Quieres hablar? —me pregunta Yalena con preocupación.

—No, mejor no —digo en tono abatido.

—Vamos, en dos días nadie recordará lo que has dicho.

—No me preocupa que sepan lo que pasó. Me preocupa que no me crean. Nadie me cree nunca —termino enfadada.

—Yo te creo —me responde Yalena, y bajo la mano de su codo hacia su mano para darle un apretón, pero no digo nada más.

—Ve tirando a la cafetería, Yalena. Quiero estar sola un rato.

—Xandra…

—Ve, no te preocupes. Ahora te atrapo.

Yalena me aprieta la mano y oigo sus pasos alejarse.

Suspiro y me paro un momento en el pasillo. Me siento en el suelo e intento calmarme. Sé que Yalena tiene buenas intenciones, pero ella no ha vivido media vida oyendo comentarios sarcásticos sobre ella a sus espaldas.

Al cabo de unos minutos me levanto, cojo mi bastón y vuelvo a caminar hacia la cafetería. A estas alturas Yalena ya estará comiendo con Kálix y Zarek. Estoy pensando en una excusa que decirles a los chicos cuando de repente mi bastón se queda clavado en una baldosa levantada, me tropiezo y me choco de bruces con alguien.

Me caigo al suelo y creo que la otra persona también, porque oigo un golpe y una maldición entre dientes. Mi mochila escoge ese momento para abrirse y todos los papeles y apuntes que Yalena me había hecho esa tarde salen disparados por el aire.

—¡Por los Dioses, lo siento tanto! ¡Soy una patosa! —empiezo a disculparme, y me entran ganas de llorar. Ya puedo sumarle esto a todo el ridículo que he hecho esta tarde.

—¡No! ¡Tranquila! Ha sido culpa mía. Debería mirar por dónde ando, pero estaba metido en mi mundo —dice una voz masculina muy suave. El tono de voz es agradable y sincero y enseguida me relajo—. Déjame que te ayude a recoger todo esto.

—De verdad que lo siento…

—No te disculpes. Debería ser yo el que me disculpara —Oigo como empieza a ordenar papeles—. Toma, estos son tuyos y estos son míos.

Recojo los papeles que me alarga.

—Muchas gracias… eh… perdona, no sé cómo te llamas —le digo un poco roja—. Ya que nos he tirado al suelo, como mínimo debería saber a quién he atropellado —bromeo en tono tenso.

El chico ríe. Tiene una risa suave, como su voz, y es agradable, pero no es como la risa rasgada de Zarek. No hace que me estremezca con solo oírla, aunque no por eso es menos agradable.

—Me llamo Nyke —dice el chico y yo sonrío con calidez—. Nyke Makris. Tú debes de ser Xandra Katsaros. La prima de Kálix, ¿verdad?

—¿Eres amigo de Kálix? —pregunto animada.

Nyke suelta una carcajada.

—Bueno… llamarlo amistad es un poco exagerado. Tenemos una relación curiosa. Pero nos llevamos bien. Al menos, eso creo. Me llevo un poco mejor con su mejor amigo, Zarek Tsakiris. Supongo que tú lo conoces bien. Os he visto juntos por el campus.

Yo me sonrojo.

—Conozco a Zarek desde pequeña. Somos muy amigos. Su hermana es mi compañera de habitación.

—Qué bien —dice en un tono bastante neutro que no sé interpretar. Se queda un momento en silencio y después me sorprende con su siguiente comentario—. ¿Te han dicho alguna vez que eres muy guapa? Tienes unas facciones perfectas. Esos pómulos… Y tus pecas son adorables.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Disculpa? —le pregunto anonadada.

Él vuelve a reírse y por un momento pienso que se está burlando de mí.

—Perdona, a veces hablo antes de pensar. Soy artista. Es solo una afición, pero me encanta dibujar rostros, y estoy un poco obsesionado con la simetría —ríe Nyke—. Sonará raro, pero tienes unos labios realmente perfectos, sería increíble dibujar ese arco de cupido…

Me sonrojo aún más y me relamo los labios nerviosa en un gesto instintivo.

—Por los Dioses, qué idiota soy. Te estoy incomodando. Lo siento.

—No, tranquilo —le digo, porque, aunque no estoy acostumbrada a que me digan cosas así, no me siento incómoda. Al menos no demasiado. Nyke me cae bien—. Me encantaría ver un dibujo tuyo, pero… —me señalo la venda de los ojos.

—Ya… Bueno, tal vez no seas nunca una admiradora, pero podrías ser mi musa —bromea él—. Me encantaría dibujarte, tienes una cara perfectamente simétrica.

Yo suelto un ronquido irónico.

—Créeme, mi cara es todo lo contrario a perfecta —le digo, pensando en las feas cicatrices que adornan mis ojos.

—Es una pena —responde él, pero no presiona. Me da la sensación de que es un chico bastante relajado. Parece que nada puede hacerle enfadar. Le sonrío.

—Bueno, voy tirando a la cafetería, porque he quedado, pero me alegro de haberte conocido, aunque haya hecho el ridículo y te haya tirado al suelo —le digo con una sonrisa avergonzada.

—Ha sido un honor ser arrollado por ti, Pecas. Hablamos pronto —me dice en tono amistoso, yo asiento divertida y me volteo para proseguir mi camino hasta la cafetería.

Cuando llego a destino sin sufrir ningún otro altercado, gracias a los Dioses, enseguida me meto en la cola y cojo una bandeja. Estoy pensando en la extraña conversación que he tenido con Nyke cuando una voz interrumpe mis pensamientos:

—Aquí estás. Te estaba buscando.

—Hola, Astrid —la saludo en tono apático—. Estoy muy bien, gracias. ¿Y tú?

Ella ignora mi sarcasmo.

—Tienes que firmar este papel conforme he cumplido mi trabajo como delegada —me explica, y yo le cojo el papel.

—Genial, pues cuando lo tenga firmado te aviso —le respondo en tono seco.

—Tengo una pluma, lo puedes firmar ahora —me dice en tono impaciente.

—No, no puedo.

—¿Por qué no? Lo firmas y me lo das, así no tendrás que volver a verme.

—Aunque la idea de no tener que volver a verte suena muy tentadora, me gusta saber lo que estoy firmando —le explico, aunque no le debo explicaciones.

—Ya te he dicho lo que es. Solo es un papel académico —se queja ella.

—No te ofendas, Astrid, pero no te conozco da nada, y no confío en ti. Quiero que Kálix lo lea primero y me diga qué estoy firmando. Y cuando lo sepa, entonces, y solo entonces, lo firmaré.

—No sé si confiar en Kálix es la mejor opción, pero tú sabrás —me dice Astrid en tono altivo y resentido.

—¿Perdona? —pregunto indignada. He soportado muchos insultos a mi persona a lo largo de los años, pero si hay una cosa que me saca de mis casillas es que alguien tenga la osadía de criticar a mi primo. Ya he dejado pasar demasiadas cosas—. ¿Qué problema tienes conmigo?

—¿Qué?

—Que qué problema tienes conmigo. ¿He hecho algo para ofenderte? Si te he ofendido de algún modo, lo siento… —le digo con sinceridad.

—Tú no has hecho nada malo —me dice Astrid, pero no sé si creerla, porque me lo dice a regañadientes.

—¿Entonces qué es? ¿Es porque soy ciega? Porque podría llegar a entenderlo. Sé que incomoda a mucha gente… —continuo yo, intentando encontrar la razón por la que le caigo tan mal.

—¡No! Por supuesto que no es por eso —grita ella y parece frustrada—. No es eso —repite en un tono más suave, incluso dulce, cosa que se me hace raro oír en ella.

No es un tono que esté acostumbrada a relacionar con el timbre de su voz.

—Pero es por algo. No te caigo bien, está claro —le digo, y no es una pregunta, sino una afirmación.

—Simplemente no me gusta lo que haces.

Me quedo callada. Abro la boca para responder, pero estoy completamente perdida.

—¿Lo que hago? ¿Qué hago?

—Venga, va. Lo sabes perfectamente.

—Te juro por los Dioses que no tengo ni idea de a qué te refieres.

—Él te quiere, ¿lo sabías? —pregunta Astrid y vuelve a tener ese deje de frustración en la voz—. Se le ve en los ojos cuando te mira.

—¿Él?

—¡Kálix!

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. Parezco tonta.

—Eh… Ya —respondo sin entender nada de la conversación.

—¿Ya? ¿Te da igual? —pregunta, cada vez más alterada.

—Bueno… no. Yo también le quiero, claro —respondo, como si fuera algo evidente.

—¡Ya, claro! Justo a eso me refería —se queja ella, otra vez alterada—. Dices que le quieres, pero yo te he visto. Ya conozco a las chicas como tú.

—¿A las chicas como yo? ¿Pero de qué hablas? —le pregunto, y la verdad es que empiezo a estar cabreada de que me hable en ese tono acusador, cuando ni si quiera sé qué está diciendo.

—A chicas como tú que cambian de chico como si fueran un par de zapatos. Un día estás con Kálix y al siguiente estás con Zarek. Os he visto. Es evidente que tienes algo también con él. Con los dos. Me parece repugnante.

Nos quedamos en silencio y creo que Astrid espera que me ponga a la defensiva, que intente justificarme o poner excusas, pero no digo nada. Ha dicho tantas cosas erróneas en una sola frase que no sé por

dónde empezar a corregirla.

—¿No vas a decir nada? Mira, ¿sabes qué? Lo que tengas con Kálix o con Tsakiris no es asunto mío. Tal vez estéis hechos el uno para el otro, porque él también tiene la fea costumbre de meterse en la cama de cualquiera.

Le pego un bofetón. Es tan inesperado que no le da tiempo ni a parar el golpe. No se lo esperaba. Ni yo misma me lo esperaba, pero estoy temblando de la rabia.

—No sé qué ha pasado entre Kálix y tú para que te tomes estas libertades, pero no voy a permitir bajo ningún concepto que le faltes al respeto delante de mí, y mucho menos cuando no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

»Kálix es mi primo. Mi familia. No estoy jugando con nadie, porque él es como mi hermano: sangre de mi sangre. Confío en Kálix más que en nadie en el mundo y pobre de ti que vuelva a oírte decir algo malo de él. Es la mejor persona que he conocido nunca. Me acogió en su familia como una hermana cuando no tenía adónde ir y prácticamente me ha criado: me ha besado las rodillas cuando me he caído, me ha enseñado a montar a caballo, me ha consolado cuando me he sentido sola, me ha trenzado el pelo, me ha protegido y soy quien soy gracias a él. No sé qué crees que te ha hecho a ti, pero háztelo mirar, porque si eres capaz de hablar de él de esa manera es evidente que no lo conoces una mierda.

Oigo su respiración entrecortada.

—Y-yo… No sabía… Yo…

—Te devolveré esto firmado antes de que termine la semana —le digo en tono seco, meneando la hoja en el aire mientras me doy la vuelta y me alejo de ella.

# Capítulo 37

## Zarek



Cuando llego a la cola de la cafetería estoy muerto de cansancio, tanto físico como mental.

Los entrenamientos de esa mañana han sido muy duros y se nota que estamos en el último curso, porque los profesores no se andan con medias tintas. Físicamente nos hacen poner toda la carne en el asador, como dirían en Agnia, pero mentalmente también se pasan, porque tirarse una hora entera invocando te deja mentalmente hecho polvo.

Invocar es un ejercicio mental que requiere de mucha concentración y decisión, y no es algo que se haga constantemente, pero el profesor Ionnou tiene razón: el año que viene ya no estaremos en clase, sino ahí fuera, y tenemos que estar listos para enfrentarnos a un monstruo durante el tiempo que haga falta para sobrevivir. Y si lo que hay que hacer es seguir invocando a monstruo tras monstruo durante horas, pues tendremos que ser capaces de hacerlo. Es así de sencillo.

Eso no quita que ahora mismo preferiría estar tumbado en la cama de mi habitación a estar de pie en la cola de la cafetería esperando a que me sirvan la comida. Lo único que me consuela ahora mismo es que en nada veré a mi pelirroja favorita.

Sonrío inconscientemente al pensar en Xandra. Se está adaptando sorprendentemente bien a la UdI, y la verdad es que no podría estar más orgulloso de ella. Se ha esforzado al máximo para entrar y ahora está aprovechando al máximo las clases. Una chica lista.

Miro a mi alrededor y veo un montón de caras conocidas de alumnos que hablan animadamente, todos sentados en mesas redondas que ocupan el espacio de la cafetería, pero también algunos peleándose en la cola, para no quedarse sin su postre preferido. Cuando me toca a mí decido que pediré doble ración de patatas fritas, porque sé que a Xandra le encantan. Miro a la encargada de la cafetería, la señora Dimou, una mujer de mediana edad que siempre se sonroja cuando me ve, y pongo mi sonrisa más encantadora:

—Buenos días, señora Dimou.

—Hola, Zarek, querido —dice en tono dulce—. ¿Qué te pongo hoy?

—¿Podría ponerme el pollo asado con patatas, por favor? Con extra de patatas, si puede ser, señora Dimou —le pido, aún sonriente.

—Claro, Zarek. Estás creciendo. Tienes que comer.

Yo me río, pero acepto las patatas con gusto. Me despido y me dirijo a buscar el postre. Vuelvo a coger dos, porque sé que a Xandra no le gusta tener que tocarlo todo y nunca coge postre, aunque le encanta.

Voy de camino a la mesa cuando oigo una voz detrás de mí que me llama:

—¡Eh, Zarek! —Me giro y veo a Nyke, que se acerca a medio trote hacia mí. Me sorprendo, porque no suelo hablar mucho con él. Me parece un buen tío, pero su eterna, aunque amistosa rivalidad con Kálix dificulta un poco las cosas.

—Hola, Nyke. ¿Qué tal? —le pregunto amablemente, aún curioso de saber qué quiere. Dejo mi bandeja de comida en la mesa de los postres y él hace lo mismo.

—Bien, bien. Genial —me responde distraído. Después me alarga un papel—. Quería darte esto.

El papel tiene apuntes de Teratología de primero en una letra desordenada que me resulta muy familiar. Creo que es la letra de Yalena.

—Es de Pecas —me explica Nyke.

—¿De quién?

—De Pecas. La guapa, pelirroja —responde él, como quien no quiere la cosa. Y cuando entiendo a quién se refiere se me pasa el buen humor de golpe.

—¿Te refieres a Xandra?

—¡Sí, ella! —dice Nyke, como si no se acordara de su nombre, pero con una sonrisa en la cara.

Intento ignorar el hecho de que le haya puesto un estúpido mote, a pesar de que no es capaz de recordar ni su nombre, pero no puedo evitar sonar un poco enfadado.

—¿Por qué tienes esto? ¿De qué la conoces?

—Bueno, cuando una chica guapa se te tira encima no es momento de hacer preguntas —dice en tono arrogantemente insinuante, y empiezo a ver por qué Kálix le tiene tanta tirria.

—¿Qué? —Tengo el puño tan apretado que creo que estoy arrugando la hoja que tengo en la mano.

Nyke suelta una carcajada.

—Vaya cara has puesto —se ríe y tengo que apretar los dientes para no mandarlo a la mierda—. Se chocó conmigo y caímos al suelo. Las hojas salieron volando y creo que me quedé una de sus hojas de

apuntes sin querer —explica finalmente, con la cara más seria.

No sé qué responder, así que no digo nada.

—Es una chica muy divertida, me hizo reír mucho. Ella también pareció divertirse conmigo. Esa sonrisa… Tiene una boca increíble —continúa Nyke.

Si cierro la mandíbula con más fuerza creo que me la voy a romper. ¿Su boca? ¿Qué coño hace Nyke pensando en la boca de Xandra?

—¿Te crees que eres el único que la hace reír? —le pregunto, tenso como la cuerda de un arco—. Tú no la conoces.

Es una respuesta infantil. Lo reconozco.

—Tienes razón, debería conocerla mejor. La invitaré a comer.

—Xandra siempre come conmigo… Con nosotros —me quejo frustrado, y me paso una mano por el pelo.

Tengo en la punta de la lengua decirle que se aleje de ella, pero consigo mantener el sentido común y no digo nada.

—Chicos —dice la voz aburrida de Yalena a mis espaldas. Los dos nos damos la vuelta para mirarla. Lleva una bandeja de comida en las manos—, si ya habéis terminado de medir quién de los dos la tiene más grande… ¿podríais dejar que coja mi postre? Estáis en medio.

Nyke se ríe y yo aprovecho esa interrupción para reflexionar e intentar calmarme. Automáticamente me arrepiento de lo que he dicho. Xandra no es mía, aunque me guste fantasear con que sí, y puede comer con quien quiera.

Obviamente no seré yo el que le diga lo que puede o no puede hacer. Es mayorcita.

No tengo ningún derecho a decirle con quién puede comer o quedar. Es más, quiero que salga de su caparazón y quede con gente, que se relacione y que haga más amigos. «Pero si son solo amigos» pienso de manera egoísta, con los puños apretados.

—Bueno, ya nos veremos, Tsakiris —se despide Nyke mientras coge su bandeja.

Con todo el autocontrol del que soy capaz suspiro y grito su nombre antes de que se vaya.

—¡Nyke! —Nyke se gira para mirarme, con curiosidad en la mirada—. Se lo diré. A Xandra. Lo que… lo que me has dicho.

Nyke sonríe anchamente, y tengo la extraña sensación de que me estoy perdiendo algo, pero no dice nada más.

No quiero seguir mirando esa cara de niño bueno con esa sonrisa perfecta, así que sigo a Yalena hasta la mesa con la intención de hablar con Xandra y decirle lo que he prometido decirle, pero cuando llego a la mesa no está. Me giro hacia mi hermana.

—¿Dónde está Xandra? —le pregunto sorprendido—. Pensaba que la encontraría aquí.

—No ha querido venir. Ha dicho que no tenía hambre. Que se iba a

entrenar a la sala del gimnasio —responde Yalena—. ¿Dónde está Kálix?

—No tengo ni idea de dónde está Kálix —le respondo rápidamente, y vuelvo al asunto que me interesa—. ¿Por qué no tiene hambre? ¿No se encuentra bien?

—Ha vuelto a perder contra… Ya sabes, el Idiota —explica Yalena.

Xandra y Yalena habían empezado a llamar así al compañero que se ensañaba luchando con Xandra, porque ella seguía empeñada en resolver el asunto sola. Y yo quería respetar su decisión, pero si me enteraba de quién era ese hijo de perra se me iba a hacer muy difícil no cogerlo por banda en los pasillos y decirle cuatro cosas. Así que le habíamos puesto ese mote, para evitar la tentación de saber su nombre y salir a buscarle.

—¿Le ha hecho algo? —pregunto preocupado y furioso al mismo tiempo.

—Nada como la última vez —me responde Yalena, pensando en los moratones que tenía en las costillas—. Simplemente se frustra, porque no puede vencerle. Y lucha mucho mejor que él. Me parece muy injusto.

—Joder… Voy a verla y a llevarle algo de comida —le digo a Yalena.

—Vale. Oye, ¿qué te ha pasado con Nyke? La cosa parecía seria… ¿Era por Xandra?

—¿A qué te refieres?

—Bueno… quiere ligar con ella, ¿no? —pregunta Yalena.

—¿Qué sabes tú del tema? —pregunto yo, intentando conseguir más información, para evaluar mejor la situación.

—Nada, solo lo que me ha contado Xandra. Que se chocaron por el pasillo, que le cae bien y que quería pintarla.

—¿Cómo dices?

—Dibujarla. Parece que es una afición suya, la de dibujar retratos. Le preguntó si quería ser su musa o algo así —explica Yalena y el estómago se me revuelve—. Eso sí, el chico tiene talento para ligar.

—¿Qué le respondió ella? —pregunto, con el corazón en un puño.

—Que depende de cuánta ropa tuviera que quitarse.

—¿Qué cojones? —grito alterado y Yalena empieza a reírse como una loca. Me entran ganas de asesinarla—. ¡Te mato!

—¿Cómo puedes haber caído? ¡Estamos hablando de Xandra! Solo me contó todo esto porque le pareció ridículo. No es consciente de lo guapa que es. ¿De verdad la ves haciendo eso? —pregunta Yalena, aún entre risas.

—Cállate, anda.

—Seguro que el rollo de pintar a las chicas le funciona genial para ligar —dice Yalena aún divertida—. Con lo bueno que está, hasta yo le

diría que sí.

—Me vas a hacer vomitar —le digo, con el estómago revuelto—. Voy a ver a Xandra.

—Adiós —responde ella con una sonrisa traviesa en la cara, y yo le revuelvo el pelo antes de coger la bandeja de comida de la mesa y la maldita hoja de apuntes que Nyke me ha dado y metérmela en el bolsillo.

Después de un buen rato caminando, pues es difícil ir rápido con los platos de comida resbalando por la bandeja, llego a la sala del gimnasio.

Es una sala enorme, llena de espejos y máquinas para entrenar músculo. También hay mucho espacio para que los alumnos luchen entre ellos y sacos colgados del techo, para practicar los golpes. El gimnasio está vacío, porque todos los alumnos están comiendo, y Xandra es la única que sigue dando golpes a un saco en el fondo de la sala.

Me acerco a ella con cuidado y dejo la bandeja cerca de ella, apoyado en un banco de madera. Está tan concentrada dando golpes que ni me oye acercarme. Le pega con frustración y rabia al saco y está sudada, con el uniforme de entrenamiento de la universidad pegado a sus curvas. Me relamo los labios secos y decido hablarle antes de que se dé cuenta de que estoy ahí mirándola como una especie de pervertido.

—Xandra.

Ella para de golpe y se voltea. Su respiración es agitada y sus pechos suben y bajan con rapidez, atrapando mi atención sin remedio. Joder. Qué difícil es estar a solas con ella últimamente. Ahora mismo me encantaría besarla hasta hacerla perder el aliento. Trago saliva.

—¿Zarek? —me estremezco cuando pronuncia mi nombre con ese acento de Nero que me vuelve loco y su respiración agitada no hace más que empeorar mis fantasías. Decido que tengo que centrarme, pero mirarla a la cara es aún peor, porque me está sonriendo con esa sonrisa que me mata.

—Hola, pelirroja —le respondo con un suspiro y su sonrisa se ensancha más. Es evidente que no va a ponerme las cosas fáciles, aunque sé que no lo hace a propósito. Ella no es consciente de lo guapa que es. Ni de lo que esa sonrisa y esos labios me hacen.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar comiendo?

—Eso mismo te digo yo a ti —le respondo, mientras me siento en uno de los bancos de hacer pesas que hay justo delante de ella.

—No tenía hambre.

—Eso me han dicho —confieso—. Aún así me he tomado la libertad de traer algo de comida para los dos.

Su sonrisa se dulcifica y no sé qué es peor. Cuando me mira con esa

expresión se me encoge el corazón. Haría lo que fuera por esa sonrisa, lo que fuera.

Ella se acerca a mí. Alargo la mano para coger la suya y la guío hasta que se sienta a mi lado en el banco.

—Te has pasado toda la mañana entrenando. Si no comes nada te vas a desmayar —le digo, y creo que nota la preocupación en mi voz, porque suspira y asiente. Cojo la bandeja y un taburete, y la dejo delante de nosotros. Cojo una patata frita y se la acerco—. Esto te encanta. Abre la boca.

Una de sus comisuras se levanta en una media sonrisa y abre la boca de una forma tan inconscientemente sensual que la patata casi se me cae al suelo. No estaba preparado para eso y noto que empiezo a sudar. Trago saliva fuerte. Me quedo hipnotizado mirando su boca cuando cierra los labios y empieza a masticar. El calor me recorre el cuerpo como una oleada.

—¿Está buena? —pregunto sin perder de vista sus labios carnosos. Ella sonríe.

—Está fría —dice y se relame los labios para atrapar los restos de sal.

Salgo de mi trance de golpe y le acerco el taburete con la comida para que siga comiendo ella, porque veo que no soy capaz de controlarme a su alrededor. Ella oye el sonido del taburete y sonríe, pero no coge más comida, por suerte o por desgracia.

—De verdad que no tengo hambre —dice, y de repente su tono es abatido y triste. Eso me distrae de mi deseo por ella.

—Eh, preciosa. Háblame. ¿Qué te pasa? —le digo preocupado y le acaricio la mejilla en un intento de reconfortarla. Ella se inclina levemente hacia mi caricia, como si quisiera acercarse más.

—Nada de lo que hago sirve para nada —dice finalmente y yo me callo para dejarla hablar, aunque tengo la tentación de interrumpirla por cada cosa que dice—. Entreno y me hago fuerte, pero no sirve para nada. No consigo ganarle. No hay manera. Soy más rápida que él y esquivo todo lo que me lanza, y sé mucho más que él. Lo tengo siempre contra las cuerdas, pero cuando llega el momento no sirve de nada.

»Puedo hacer una maniobra para ganarle, pero no puedo dejarle fuera de combate. Mis golpes no le duelen a nadie. Podrían ser caricias, prácticamente. Es humillante. Y saben que soy desmarcada y se burlan de ello. Todos han invocado al menos a un Tychaíos, y yo ni eso. Sé que la invocación no se practica hasta segundo, pero me preocupa. Y no me gusta que se burlen de mí.

—¿Quién se burla de ti? —pregunto amenazador.

—Zarek… —me riñe con cariño, y yo suspiro frustrado.

—Me mata verte mal y no poder hacer nada por ayudarte —me

quejo mientras me paso una mano por el pelo con desesperación.

—Ya lo hemos hablado. Tienes que dejar que libre mis propias batallas, aunque seas mi amigo.

—Lo sé. Lo siento. Me cuesta. Me pasé toda la infancia protegiendo a mi hermana de un padre violento… Es instintivo, Xandra. No es que crea que no te las puedes apañar, pero me sale solo.

—Lo sé —responde ella con cariño, y me coge de la mano.

Yo me quedo pensativo.

—Bueno, tal vez no pueda coger a esos imbéciles y pegarles una paliza por ti, pero puedo ayudarte a que lo hagas tú misma —le propongo finalmente.

—¿Cómo?

—Te propongo un trato: yo te enseño a pegar un buen puñetazo y tú te comes el pollo y las patatas —le pido y ella se ríe—. Y un día de estos intentamos entrenar la invocación.

—Vale, comeré —me promete entre risas—. Pero solo si aprendo a pegar un buen derechazo.

Yo sonrío.

—Hecho. Ven aquí —le digo y me dirijo hacia el saco que cuelga del techo—. Te he visto antes cuando entraba. La técnica es buena, pero no sacas la fuerza de donde toca. Ponte delante de mí. Así, exacto. Vale. La clave para pegar un puñetazo no es usar la fuerza del brazo, sino la fuerza del centro de tu cuerpo y aprovechar la inercia del movimiento. No se trata de lanzar solo el brazo. Tienes que acompañar el brazo con todo el cuerpo.

Cuando acabo de explicarlo me acerco a ella y la cojo de la cintura por detrás. Le giro el cuerpo de lado a lado para que vea cuál es el movimiento que tiene que hacer. Al principio no me doy cuenta de dónde estoy ni dónde tengo las manos, porque estoy en modo profesional, pero de repente registro que su respiración es un poco más laboriosa de lo habitual y me enciendo como una mecha. ¿Le gusta que la toque? ¿Que tenga las manos en su cintura? ¿Que esté pegado a ella? ¿O estoy malinterpretando todo?

La respiración también se me entrecorta ante la posibilidad, y mis dedos la cogen con más pasión, inconscientemente. Gira la cara hacia mí, sorprendida, y sus labios carnosos y entreabiertos quedan a pocos centímetros de los míos. Separo mis caderas de ella, porque no quiero que note sin querer cómo me está afectando la situación.

No sé si esto se puede describir como una señal por su parte de que me desea. Seguramente no. Seguramente no debería acercar mis labios a los suyos.

No debería, claro.

Por supuesto. Seguramente. ¿Verdad? No debería porque…

Ya no lo recuerdo. ¿Había algún motivo siquiera? Mi mente no

funciona. Ha cortocircuitado al ver su boca tan cerca de la mía, respirando agitada. Está tan cerca que noto su cálido aliento mezclarse con el mío. Si había un motivo para que no la besara ya no lo recuerdo. Juro por los Dioses que no lo recuerdo.

Xandra jadea suavemente y pierdo la batalla conmigo mismo. Me da igual. Me da igual si había un motivo: ahora ya no existe. Pero justo cuando decido que no me importa y estoy a punto de cogerla del cuello y comerle los labios, la puerta se abre con un estruendo y un grupo de cinco chicos de tercero entran gritando y charlando al gimnasio.

Xandra y yo nos separamos de golpe el uno del otro y nos quedamos sin decir nada. No sé qué decir. Pero yo tengo que calmarme un poco antes de que alguien vea en mi entrepierna la prueba de lo mucho que mi mente ha perdido el control en los últimos cinco minutos. Así que digo lo primero que se me pasa por la mente antes de salir corriendo:

—Otro día lo practicamos más —le digo nervioso mientras cojo la chaqueta que había dejado en el banco y me alejo lo más rápido que mis piernas me permiten—. ¡Y come algo, que me lo has prometido!

En el pasillo, cuando veo que no hay nadie, me ajusto los pantalones y me paso la camiseta por encima para tapar la evidencia hasta que me calmo.

Dije que iba a esperar a que fuera ella la que me dijera lo que quería y he estado a punto de romper mi palabra.

Ni siquiera sé si ella quería que la besara, tal vez solo respiraba agitadamente por el esfuerzo físico. Aunque ese jadeo… Joder, mejor no pensar en ese sonido tan sensual, porque sino me iba a volver loco. Tenía que calmarme. Tenía que ir a su ritmo, y no ponerle las manos encima a la primera de cambio. Debía tener más paciencia. Más autocontrol. Aunque esto fuera a matarme un día de estos.

# Capítulo 38

## Xandra



«¿Qué acaba de pasar?» pienso aún con la respiración agitada. Doy un par de pasos hacia el banco y me siento. Intento asimilar lo que ha pasado. ¿Me lo he imaginado? Ese momento de tensión en el aire, sus dedos clavándose sensualmente en mis caderas y su aliento de menta en mi cara… ¿Realmente ha pasado? ¿Qué significa?

Chasqueo la lengua con frustración y vuelvo a maldecir mi ceguera. Si pudiera verle el rostro sabría si me desea. Se lo vería en los ojos. O no. Pero al menos sabría si lo que percibo es real. Normalmente, me guiaría por el sonido de su voz, pero esta vez no estábamos hablando. No tengo siquiera esa información.

Solo sé que estaba detrás de mí y que cuando he sentido sus manos en sus caderas y he empezado a hablarme al oído con su voz rasgada he empezado a estremecerme de pies a cabeza. Habría dado lo que fuera por más de eso. Más de él.

Suspiro y alargo mi mano hasta la bandeja de comida. Cojo una patata y la mastico con lentitud mientras repaso mentalmente lo que estábamos diciendo y haciendo antes de que esos chicos nos interrumpieran. Los oigo a lo lejos aún gritando y me dan ganas de estrangularles. ¿Me hubiera besado? ¿Le habría besado yo?

Me pongo roja solo de pensarlo y sé la respuesta. Yo no le habría besado. Toda la información que recibo —que es auditiva, olfativa y táctil— no es suficiente para determinar si realmente le gusto.

Y no voy a sacrificar la mejor amistad que he tenido nunca, solo porque haciendo ejercicio estábamos muy cerca el uno del otro. Eso no significa nada. Podría no haberse dado cuenta. Podría haberse sentido incómodo y no saber cómo reaccionar a tanta proximidad. Podrían ser muchas cosas. Yo necesito pruebas tangibles.

Cuando me doy cuenta, ya me he comido todas las patatas, así que me levanto y me dirijo al saco para seguir practicando. Tengo que probar lo que Zarek me ha enseñado hoy y olvidarme de lo que ha pasado. O, mejor dicho, olvidarme de lo que no ha pasado.

Empiezo a practicar el puñetazo con el giro de cuerpo que Zarek me ha enseñado y pongo toda mi fuerza en el movimiento. Lo hago unas cuantas veces y noto como el saco se mueve mucho más que

antes, pero también me agoto más rápido. Me apoyo contra el saco y dejo descansar mi respiración.

Al cabo de un rato oigo unos pasos detrás de mí que se acercan con rapidez. Me volteo hacia el sonido.

—Xandra. Me he olvidado de darte una cosa —oigo la voz de Zarek que me habla, y le noto un poco tenso.

Me quedo en silencio, sorprendida.

—¿Qué es? —pregunto con curiosidad.

—Eh… Toma. Es un papel. Tus apuntes de Teratología del segundo sol. Me los ha dado… Nyke. Dice que los cogió sin querer cuando… cuando os chocasteis —me explica Zarek y cada vez suena más y más incómodo. ¿Se siente incómodo por lo que ha pasado entre nosotros? ¿Se habrá dado cuenta de que le deseaba?

Cojo la hoja con un nudo en la garganta.

—Gracias —le digo en voz baja.

Nos quedamos en silencio hasta que le oigo soltar un taco en voz tan baja que no creo que ni que sepa que lo he oído.

—Y… ¿Qué tal con Nyke? —pregunta en un tono de falso desinterés.

—¿A qué te refieres?

Se queda en silencio un buen rato. Finalmente, me acerco a él y alargo la mano hasta encontrarme con su pecho. Subo la mano hasta su cuello y le acaricio la nuca.

—Eh, soy yo. Puedes preguntarme lo que quieras —le recuerdo en tono dulce, y él pone su mano caliente sobre la mía para que no aparte la mano.

—Solo… Solo quería saber qué opinas de él. Si te cae bien y eso —pregunta encogiéndose de hombros, en un tono que no acabo de descifrar… ¿Es vergüenza?

—Pues… sí, me cae… bien —digo finalmente—. Ya sé que a ti y a Kálix no os cae demasiado bien, pero parecía amable.

—No nos cae mal —dice Zarek rápidamente—. Bueno, a Kálix un poco, pero creo que es porque sus personalidades no acaban de encajar. A mí… no me parece… un mal tío. Es… buena gente.

Dice eso último como si le estuvieran arrancando un diente a cada palabra que dice.

—¿Seguro? —pregunto, entre divertida y confundida—. No pareces muy seguro.

Él suspira.

—Sí, seguro.

—¡Bien! —digo contenta—. Porque me ha caído realmente bien y no conozco a mucha gente en la UdI. Pero tu opinión es importante para mí.

Zarek me acaricia la mejilla y me sonrojo.

—Es de Ignosia, se lo tiene un poco creído, pero es buen tío —repite finalmente—. Os llevaréis bien.

—Genial —digo, sin saber muy bien qué responder.

—Eh… una cosa más —dice, otra vez en tono tenso—. Me ha dicho que te diga que quiere comer contigo un día de estos.

—Ah —hago sorprendida—. ¿Y a ti te parece bien?

Cómo me gustaría poder verle el rostro para juzgar por mí misma sus expresiones y no tener que depender de mis otros sentidos.

—Yo… Xan, lo que importa es lo que tú quieras. Si te apetece pues… hazlo —dice, y por su tono tenso entiendo que es un sacrificio que hace por mí.

Dice que le cae bien Nyke, pero no sé si lo dice de verdad o porque sabe que no tengo muchos amigos y no me quiere desanimar.

—No quiero traerlo si no os parece bien —le explico finalmente—. Dímelo con sinceridad.

—¿Traerlo? —pregunta, y parece confundido—. ¿Traerlo a dónde?

Ahora soy yo la que está confundida.

—A nuestra mesa —respondo. ¿A qué se piensa que me refiero? ¿No ha dicho que quería comer conmigo?—. Yo siempre como contigo. Y con Yalena y con Kálix. Por mí puede venir, pero tengo que consultarlo con vosotros, si es que no os cae bien.

Zarek suelta una risa suave y habla en un tono mucho más ligero:

—No creo que se refiriese a eso cuando dijo que quería comer contigo —me dice en tono de broma—. Creo que él tenía en mente algo más… privado.

—¿Por qué? Quiero hacer amigos, pero no si tengo que sacrificar a los que ya tengo —digo con certeza—. Cuantos más seamos mejor. Si no quiere venir a comer con nosotros pues que no venga.

Zarek vuelve a reír y me besa la frente. Me pilla un poco desprevenida, pero disfruto de la sensación y sonrío.

—Bien, le diré que ha sido invitado formalmente a comer con nosotros —dice en tono divertido—. A ver qué le parece.

—Bien —repito yo con una sonrisa, y le abrazo por la cintura.

No sé qué he dicho que le ha gustado tanto, pero me alegro de verlo tan relajado. Haría lo que fuera por verlo feliz. Y es ese tipo de pensamiento es el que me da a entender que tengo un problema. Un problema tremendo.

Pero es lo que pasa cuando te enamoras perdidamente de tu mejor amigo.

# Capítulo 39

## Xandra



Cuando llego al jardín Zarek ya me está esperando. Hoy es el día en el que practicaremos por primera vez la invocación. Cuando le dije a Zarek que algunos de mis compañeros se reían de mí, porque soy una desmarcada, me prometió que entrenaríamos la invocación para ver si conseguía invocar alguna cosa. Aunque fuera solo un clase Omega, para saber por lo menos que podía hacerlo.

Estoy muy nerviosa, porque sé que no va a funcionar. No quiero hacerle perder el tiempo, pero si no lo intento nunca lo conseguiré.

—Buenos días —me saluda Zarek en tono alegre. Hoy es sexto sol, así que no tenemos clase y podemos pasar toda la mañana practicando si hace falta. A la hora de comer hemos quedado con el grupo… y con Nyke, que aceptó la invitación de venir a comer con nosotros en la cafetería.

—Hola —le respondo con timidez—. Ya te aviso de que no lo voy a conseguir.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos —me responde él, animado.

—Vale —digo con un suspiro—. ¿Qué tengo que hacer?

—Lo primero que vas a hacer para invocar a un monstruo es dejar la mente en blanco. Concéntrate en no pensar en nada. Cuando creas que has llegado a ese punto, lo que harás es imaginar al monstruo que quieres que aparezca delante de ti —me explica Zarek mientras yo intento memorizar todos los pasos.

—Vale. ¿Y después qué?

—Después aparece.

—¿Sin más? ¿Lo imagino delante y aparece? —pregunto un poco escéptica.

—Cuando estés invocando sentirás la Llamada, y sabrás qué clase de monstruo debes invocar.

—¿*La Llamada*? ¿Qué es eso?

— Bueno… No sé cómo explicarlo. Un calor. Una energía. En la UdI es el nombre que le hemos puesto, pero es básicamente el

momento de la invocación. —explica, y de repente su tono se vuelve muy serio—. Es muy importante que no invoques un monstruo de mayor rango del que tu Llamada te permite. Si intentas invocar algo más poderoso de lo que deberías, la Llamada te irá quitando la energía y podría incluso matarte. Algunos invocadores han muerto intentarlo.

Me quedo en silencio e intento absorber toda la información que me da. Asiento para que vea que lo estoy escuchando.

—¿Por qué tendría que quitarme la energía?

—El proceso de invocación es así —me aclara—. La Llamada es lo que absorbe tu energía para fortificar temporalmente el vínculo entre invocador y monstruo, es por eso por lo que podemos controlarlos durante unos minutos. Cuando el vínculo se rompe, el monstruo que hemos invocado desaparece, y, si aún estamos en peligro ante el monstruo real del que queremos defendernos, tenemos que volver a invocar una y otra vez hasta que conseguimos ponernos a cubierto, matar al monstruo o distraerlo el tiempo suficiente como para escapar de él.

Asiento de nuevo.

—Pues yo debo tener la sangre más débil de toda la isla, porque todas las veces que de pequeña intenté invocar un Tychaíos en la escuela lo único que conseguía era marearme. ¿Crees que la Llamada me estaba intentando decir que un Omega es demasiado para mí? —le pregunto desanimada.

—Yo… no lo sé, pelirroja —me responde Zarek en tono suave—. Es una posibilidad, pero tampoco nos demos por vencidos. ¿Dices que no lo intentas desde que estabas en la escuela?

—No. Acababa vomitando con tanta violencia que los profesores me lo prohibieron al ver lo perjudicial que era para mí, y después ya entendí que no podía hacerlo, así que dejé de intentarlo —explico, y las mejillas se me enrojecen de la vergüenza.

—Está bien. No pasa nada —me tranquiliza. Posa sus manos en mis hombros—. Lo volveremos a intentar.

Asiento e intento parecer segura, aunque por dentro me muero de miedo de hacer el ridículo. Aún recuerdo como me sentía de pequeña cuando veía que todos mis compañeros podían invocar al Tychaíos sin problema y yo solo conseguía ponerme enferma.

—Vale. Intentémoslo.

—Así me gusta —me anima él—. Primero, deja la mente en blanco. Cuando lo hayas conseguido imagina al Tychaíos delante de ti. Sus fuertes patas, su piel curtida, su caparazón de tortuga, su cola con pinchos… Imagínalo y escucha la Llamada. Intenta escuchar lo que el cuerpo te dice —Su voz me va guiando e instruyendo a la vez y los nervios se me acumulan en la boca del estómago. Sería genial conseguirlo. Sencillamente maravilloso—. ¿Cuando te mareabas te

notabas cansada?

—Yo… no lo recuerdo, pero creo que no —digo en voz baja.

—Bien. Eso es buena señal. La Llamada no es más que un robo de energía. No conozco a nadie que sienta mareos al invocar, pero no veo cuál es la relación entre el mareo y el robo de energía. Intentémoslo y analicemos la situación.

Asiento.

—Una cosa más. Si lo consigues, no te asustes si notas calor o escozor en el brazo. Será la magia de Ajax que te marcará el antebrazo con una línea fina.

Asiento. Eso lo sé, pero me alegro de que me lo recuerde, porque no sabía que la Marca me iba a dar escozor en el brazo.

—Ahora ya puedes empezar. No te diré nada más, para no distraerte. Ya conoces los pasos.

Zarek se aleja un par de pasos y se queda en silencio. Trago saliva nerviosa, pero intento despejar todas las dudas de mi mente para dejarla en blanco. Intento no pensar en nada. Intento entrar en un trance de tranquilidad.

Al cabo de lo que podría ser cinco minutos o media hora, los músculos de mi cuello se relajan y consigo dejar la mente en blanco y no pensar en nada. Empiezo a notar un hormigueo en la punta de los dedos de las manos y de los pies, y una suave brisa me acaricia el cuerpo, revoloteando alrededor de mis cabellos.

Intento imaginarme al Tychaíos tal y como me lo ha descrito Zarek y como lo recuerdo en mi memoria. El hormigueo que notaba en los dedos me va subiendo por todo el cuerpo y me arrasa una oleada de calor. Creo que empiezo a sudar, pero no me muevo ni rompo mi concentración. La cabeza me empieza a doler y noto una concentración de energía en mi pecho. Los brazos me tiemblan en minúsculos espasmos y detrás de mis párpados cerrados me embarga un destello de luz violeta que me desorienta y me desequilibra.

Empiezo a notar un fuerte mareo y doy un par de pasos hacia atrás, pero intento mantenerme firme. Vuelvo a centrar mi mente en imaginar al monstruo, y otro destello de luz violeta me ataca los sentidos a la vez que me parece ver un par de ojos entre toda la luz violeta.

Y después todo se vuelve negro.

# Capítulo 40

## Xandra



Me siento en el suelo, sudada y muerta de cansancio. Me tumbo, incapaz de aguantar mi propio cuerpo, e intento recuperar la respiración. La clase de hoy está siendo especialmente dura, y la profesora Spanos no nos deja ni un segundo para descansar.

Luchamos por parejas a modo de torneo y se va eliminando a gente hasta que solo queden dos, que lucharán entre ellos. Cualquiera diría que el hecho de ser ciega me haría estar en desventaja ante el resto, pero estoy mucho más preparada que la mayoría gracias a los entrenamientos de Zarek y Aricia, sobre todo ahora que Zarek me ha enseñado a pegar un buen puñetazo.

Llevamos un par de semanas practicando en el gimnasio y no se ha vuelto a dar ninguna situación extraña como la del primer día, así que asumo que, tal y como me imaginaba, solo fue un malentendido, y no lo que yo quería que fuera. También habíamos practicado un par de veces más el tema de la invocación, pese a las objeciones de Zarek, que se volvía loco de preocupación cada vez que me desmayaba. Sí, era vergonzoso. Pero tenía que ignorar el ridículo que hacía si quería que hubiera alguna posibilidad de que no me expulsaran de la UdI el curso siguiente.

Hoy era el primer día que hacíamos un torneo entre nosotros y yo seguía sin saber cómo iba a vencer a Orrin Kontos, el idiota que se empeñaba en hacer de mi vida un infierno. No es que luchar con él fuera una certeza, pero, por algún motivo, siempre se las apañaba para que fuera su contrincante, ya fuera para castigarme o para hacerme quedar en ridículo, que parecía ser su afición favorita.

Ya hacía un par de días que tanto Kálix como Zarek se habían enterado del nombre y la cara de Orrin, pues me tiró *accidentalmente* un vaso de agua encima en la cafetería. Fue tan descarado que ambos adivinaron al momento quién era, y tuve que hacerles prometer que me dejarían solucionar mis problemas sola. Aún así, Zarek empezó a entrenarme aún más horas en el gimnasio y llevábamos días practicando los puñetazos. Hoy era el día perfecto para ponerlo en práctica.

Me levanto del suelo, después de haber pasado otra ronda y de haber luchado contra un chico alto que me felicitó amablemente al final del combate, y me dirijo a la profesora Spanos para que me diga contra quién me toca luchar ahora.

Nada más empezar, la profesora nos reparte en dos grupos y, afortunadamente, Yalena está en el otro grupo, así que no tendré que luchar contra ella. Luchar contra ella era terrible, porque ambas estábamos muy acostumbradas a los movimientos de la otra y habíamos sido entrenadas por la misma persona, así que era como jugar al ajedrez contra un lector de mentes. Nada divertido.

Estoy luchando contra una chica corpulenta en la penúltima ronda del torneo cuando me distrae el murmullo de alumnos que nos observan y oigo la voz de la profesora:

—Señor Tsakiris —dice ella en tono severo—. No debería estar aquí. Esto es un entrenamiento de primer curso.

—Profesora Spanos, vengo a ver a mi hermana y a su amiga. ¿No podría quedarme un rato? —oigo la voz de Zarek responder en un tono de voz encantador.

—Está bien, Tsakiris, pero no distraiga a mis estudiantes.

Un poco tarde. La sorpresa de oír a Zarek me despista y la chica contra la que lucho, Calla Galanis, aprovecha para pegarme un derechazo en plena mandíbula que no oigo venir. La fuerza del golpe me tumba, pero me levanto con rapidez y le barro las piernas en un fluido movimiento, hasta que está en el suelo. Después, con una de las técnicas de inmovilización que me enseñó Zarek, la cojo con piernas y brazos hasta que no tiene por dónde escapar. El alumno que está arbitrando nuestro combate pega tres manotazos en el suelo y finalmente me declara vencedora.

Suelto a la chica rápidamente y me aparto de ella. Antes de que pueda apartarme demasiado me coge de la muñeca:

—Eh, Katsaros. Muy buen combate.

Me pongo roja, pero asiento y le susurro que «igualmente».

Al otro lado del campo, el idiota de Orrin y otro estudiante siguen luchando, pero en cuanto el primero detecta que he vencido, decide acabar con el sufrimiento de su compañero y lo tumba de una llave.

Y así, me toca luchar la final contra la única persona a la que no le importa hacer daño a un compañero. No solo un idiota, sino el Idiota.

Me tomo un momento para recuperarme del anterior combate y me quedo de pie, mientras que la profesora Spanos se va a la otra punta del campo a dar indicaciones al otro grupo de luchadores.

—Hola, pelirroja —oigo la voz de Zarek detrás de mí y me doy la vuelta con una sonrisa. Levanto los brazos y él me abraza automáticamente, como si estuviéramos sincronizados.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en clase? —pregunto,

sorprendida porque se haya saltado una clase, pero incapaz de esconder mi sonrisa de alegría.

—El profesor estaba enfermo y han cancelado la clase —me explica y yo asiento ante esa lógica—. He recordado que hoy teníais este torneo, y que seguramente os iba a tocar a una de las dos contra el Idiota, y he venido a animaros.

—¿Cómo lo lleva Yalena?

—Lo está haciendo fenomenal, ganará seguro.

Yo sonrío.

—Tú también lo estás haciendo increíblemente bien —me alaga—. Esa inmovilización ha sido brutal.

Me sonrojo de nuevo, pero sonrío, contenta de que vea que todas las horas que estuvo entrenándome han servido para algo. Un calorcito se instala en mi pecho al oírle hablar con tanto orgullo de mí.

—Vale, ahora escúchame —dice en voz más baja y me pongo seria —. He estado observando al Idiota ese y creo que tiene una lesión mal curada en la rodilla derecha, porque nunca apoya el peso en esa pierna, lo que significa que deja el lado derecho muy descubierto. Aprovéchalo.

—¿Eso no es hacer trampas? —pregunto preocupada.

—Los invocadores no hacemos trampas, nos mantenemos con vida. Es diferente —me explica, y después me coge las mejillas con las dos manos—. Lo que haga falta, ¿me oyes?

Asiento con determinación y me da un beso rápido en la frente.

—Buena suerte —me dice antes de soltarme.

Me dirijo hacia Orrin y el alumno que nos hará de árbitro, y todo el mundo empieza a ponerse a nuestro alrededor para ver el desenlace del torneo. Al otro lado del campo la profesora Spanos evalúa la final del torneo del otro grupo de la clase, donde espero que Yalena esté a punto de batirse con alguien.

El árbitro indica el inicio del combate y yo me pongo en posición inicial de defensa. Como me esperaba, Orrin ataca primero y con fuerza, esquivo los golpes, pero en el último momento, me da un puñetazo en el estómago.

Doy un salto hacia atrás y vuelvo a ponerme en posición. Le esquivo los golpes de nuevo y aprovecho un fallo que ha hecho al avanzar para pegarle un puñetazo en la mandíbula. Por primera vez desde que empezó el curso, la cara se le gira con la fuerza del impacto y oigo un gruñido de dolor que me da más satisfacción que ganar cincuenta torneos.

Orrin se recupera rápidamente y vuelve al ataque con un barrido por abajo que salto de milagro, y una patada en las costillas. Vuelvo a mi posición de defensa y esquivo golpe tras golpe mientras ataca como

un poseso.

Voy esquivando hasta que detecto mi oportunidad y al atacar por la izquierda deja su lado derecho descubierto. Decido atacar con el combo total y le doy un puñetazo en la garganta, una patada en la rodilla derecha y un golpe en la parte trasera de la pierna que hace que caiga de rodillas al suelo. Termino con un rodillazo en la cara, suelta un grito de dolor y le oigo caer al suelo entre gemidos.

—¡Me has roto la nariz, puta! —grita indignado, pero yo ni le escucho.

El árbitro me declara la ganadora del torneo, y los brazos de Zarek me envuelven en un abrazo de esos que me romperían los huesos.

—¡Qué pasada! ¡Lo has hecho perfecto! Justo lo que yo haría —me felicita Zarek mientras me da vueltas en el aire.

Yo me río y me abrazo más a su cuello hasta que me deja en el suelo. Me suelta y seguimos hablando del combate. Me da algunos consejos y me corrige un par de cosas, pero mi felicidad dura poco:

—¡Ha hecho trampas! ¡Tsakiris la ha ayudado! ¡Exijo la revancha! —grita Orrin, en un tono de avergonzado.

—Ha ganado justamente —me defiende Zarek y oigo algunos murmullos de asentimiento por parte de algunos compañeros—. No es su culpa si tú solo atacas y no te sabes proteger.

—Tú le has dicho lo que tenía que hacer —Zarek le ignora, pero entonces vuelve a abrir su bocaza—. La debe chupar de muy bien, si la entrenas personalmente.

Se hace el silencio y se me hiela la sangre. No por lo que ha dicho, porque me da igual lo que piense él o el resto, pero porque sé que Zarek lo ha oído y no quiero que lo expulsen por pelearse cuando ni siquiera debería estar en esta clase.

Tal y como esperaba, después de unas milésimas de silencio, Zarek se abalanza hacia Orrin mientras le suelta insulto tras insulto. Me interpongo entre los dos e intento pararlo poniéndole dos manos en el pecho:

—¡Zarek, no! ¡No vale la pena! ¡Zarek! —Intento contenerlo, pero tiene mucha fuerza y casi que me arrastra con él. Sigue gritándole a Orrin, que se ha quedado en silencio—. ¡Zarek! —le grito de nuevo, nerviosa. Por suerte la profesora sigue en la otra punta del campo, viendo cómo termina el torneo del segundo grupo.

Subo las manos de su pecho a sus mejillas y le acaricio la nuca mientras me pego a él. Está temblando de la rabia y respira agitadamente. Intento calmarle.

—Eh, eh, mírame —le digo en voz suave y durante un segundo parece que me escucha—. Ya basta —le digo con voz dulce mientras le acaricio la nuca.

—¿Pero tú has oído…? ¡No pienso permitir que…! —Vuelve a

alterarse, así que vuelvo a acariciarle la nuca y le interrumpo.

—Sí, lo he oído. Ignóralo, por favor. Solo esta avergonzado, porque ha perdido. No vale la pena —insisto y vuelvo a girarle la cara hacia mí—. Mírame, Zarek —Se queda unos segundos en silencio y no sé qué ve en mi cara, pero se calma. Respira agitadamente y apoya su frente en la mía, pero sé que lo peor ha pasado.

—Lo siento, yo…

—Está bien —le digo y le acaricio el cuello.

—No, no está bien. He perdido el control. Yo… No soporto que… Contigo no —le cuesta hablar, pero ya sé lo que quiere decir.

Se siente mal, porque no le gusta perder el control ni le gusta la violencia, después de lo que le hizo su padre, pero me han atacado a mí y no se ha sabido controlar.

—Zarek, eh, todo está bien. Lo entiendo. Te entiendo. No ha pasado nada. Todo está bien —repito una y otra vez, y él se va calmando cada vez más.

Asiente y esconde la nariz en mi cuello durante un segundo y finalmente se aparta de mí, como si se hubiera dado cuenta de lo cerca que hemos estado el uno del otro estos minutos y del espectáculo que estamos montando.

Desde luego, yo sí me he dado cuenta. Y no me importa. Por una vez me da igual llamar la atención o que hablen de mí. Esto es más importante. Zarek es más importante.

—¿Estás bien? —le pregunto, para asegurarme de que todo va bien.

—Sí.

—Deberías irte ya. Antes de que vuelva la profesora Spanos —le digo en tono dulce pero firme.

—Lo sé —se acerca a besarme en la frente y se queda unos segundos allí.

—Vete —le digo en tono urgente.

—Ya voy —dice con calma, y vuelve a besarme en la frente.

Finalmente se aparta y oigo sus pasos alejarse. Suelto todo el aire de los pulmones y respiro por primera vez en minutos. Me quedo en silencio escuchando sus pasos alejarse hasta que una voz detrás de mí me saca de mis pensamientos:

—Eso ha sido una pasada —dice una voz de chica que no reconozco, pero que me suena extrañamente familiar.

—¿El qué?

—¿¡El qué?! —dice otra chica con una voz emocionada—. ¡Estás saliendo con uno de los chicos más populares de la universidad, te ha venido a ver luchar y casi se pega por ti! ¡Es tan romántico!

Me quedo en silencio unos segundos con la boca abierta, sin saber qué responder.

—¡Perdona! ¡Aún no nos hemos presentado! —dice la segunda

chica—. Me llamo Halia Samaras, y esta es Calla Galanis.

Por eso me sonaba familiar su voz, era la chica con la que he luchado antes. La que me ha felicitado.

—Eh… Encantada. Soy…

—Xandra Katsaros —me interrumpe Halia—. Ya lo sabemos. Eres como muy popular por aquí.

Ahora sí empiezo a cabrearme. ¿Se están burlando de mí?

—¿Perdona?

—Bueno, te juntas con la élite de la UdI. Por eso no nos habíamos presentado aún, nos daba un poco de vergüenza —dice ella en tono avergonzado, y me doy cuenta de que dice la verdad.

—¿La élite?

—Bueno, eres familia de Kálix Katsaros y estás con Zarek Tsakiris. Hasta nosotras que somos nuevas sabemos que son muy populares —dice Calla en voz baja—. ¿Es verdad que un día comiste con Nyke Makris?

—Yo… bueno sí, me cae bien —explico anonadada—. Y no estoy saliendo con Zarek. Solo somos amigos. Mejores amigos.

Ellas se quedan en silencio.

—¿De verdad? —preguntan con desconfianza. Es evidente que no me creen.

—¡Sí!

—Eso no es lo que parecía cuando casi se pega con el imbécil de Orrin Kontos por ti. Y mucho menos cuando has empezado a hablar con él para calmarle. Estabais… muy pegaditos. Ha sido tan sexy… —termina Halia en tono soñador.

—No… Yo no…

—¿Qué? —pregunta Halia emocionada.

—Déjala hablar, Halia —le riñe Calla con cariño.

—Os equivocáis —digo finalmente.

—¿De verdad que no estáis saliendo? —pregunta decepcionada, y yo le digo que no. «Ya me gustaría», pienso con amargura.

—¿Pero y lo de…? —insiste Halia.

—No —digo finalmente—. Siento decepcionaros, pero no soy tan guay como os pensáis.

—No sé qué decirte, yo me siento bastante guay solo por estar hablando contigo —responde ella y Calla se ríe un poco avergonzada.

—Perdona otra vez que no te hayamos hablado antes… Parecías un poco borde, o tal vez solo era porque nos intimidabas —explica Calla y yo me río de forma irónica. Esta conversación me parece surrealista.

—No sé que idea tenéis de mí, pero no soy así en absoluto. Lo siento si he parecido arisca. La verdad es que soy un poco tímida —intento explicarles, aunque no sé cómo decirles que si no hablo con nadie es porque soy una inepta social, y no una popular inalcanzable.

—Lo sabemos. Creo que lo vamos entendiendo —dice Calla en tono dulce y yo sonrío.

—Mi amiga Yalena es la extrovertida —explico animada—. Os la presentaré. Seguro que os cae genial.

—¡Claro! —dice Calla contenta—. Podemos quedar las cuatro.

Sonrío porque todo lo que no me haga sentir tan aislada es siempre bienvenido. Siempre.

# Capítulo 41

## Xandra



Me siento en nuestra mesa de la cafetería con un suspiro y oigo a Calla y a Halia sentarse a mí lado con un gemido de cansancio. Desde aquel día del torneo de lucha, mi grupo de dos con Yalena se había convertido en un grupo de cuatro. En cuanto les presenté a mi compañera de habitación entablaron amistad al momento, y yo poco a poco me fui relajando a su alrededor.

Ahora las chicas también se sentaban con nosotros a la hora de comer y nuestra mesa cada vez estaba más llena, contando a Nyke, que venía normalmente a comer con nosotros.

Oigo a Yalena sentarse al lado de Calla y empiezo a comer en silencio, mientras Halia me cuenta todo sobre el chico de segundo que ha conocido. Yo la escucho con atención y ya que no tengo ningún tipo de vida romántica, me entretengo con la suya.

—Hola, mis chicas —saluda Nyke en su habitual tono de chulería y yo sonrío, porque sé que es todo ladrar y poco morder.

—Hola, Nyke —responde Halia con vergüenza. Creo que aún no se ha acostumbrado a que gente *popular*, como dirían Halia y Calla, se dirija a ellas directamente.

—¿Cómo estás? —le pregunto amablemente, y cuando me cuenta que ha vencido a Kálix en la clase de lucha sé que cuando llegue estará de mal humor.

—¿Y vosotras? —pregunta él, mientras toma un bocado de comida.

—Pues cansadas —responde Yalena con un suspiro.

—Y aburridas de tanto entrenar —interviene Halia.

—Habla por ti, a mí me encanta —se queja Calla.

La verdad es que es una gran luchadora, y desde que le enseñamos un par de los trucos de Aricia no para de mejorar cada día más.

—Con el cansancio no puedo ayudar, pero con lo último sí —responde Nyke alegremente—. Justo de eso quería hablaros. La semana que viene voy a dar una fiesta en el dormitorio de chicos y…

—¡No! —Halia suelta un grito ahogado de emoción.

—¿Qué? —pregunta Nyke, sorprendido por la interrupción.

—¿Nos vas a invitar a una de tus famosas fiestas? —exclama cada

vez más emocionada, y no para de dar saltitos y gritar con voz aguda. Me tapo las orejas.

—¿Famosas fiestas? —le pregunto a Nyke. No sabía nada de eso.

—Cada año monto una fiesta en los dormitorios de los chicos —explica Nyke.

—¿De verdad nos vas a invitar? —pregunta Calla en tono escéptico—. Dicen que es muy difícil conseguir una invitación.

—Las amigas de Xandra son amigas mías —dice en tono amable y yo le sonrío.

—¿Qué tipo de fiesta es? —pregunto con curiosidad.

—Eh… Pues una fiesta. Chicas guapas, alcohol, música… —describe él y yo hago una mueca. No es mi ambiente para nada, aunque confieso que parte de mi siente curiosidad por como sería vivir la experiencia—. Pero como ha dicho Calla, es una fiesta muy sofisticada. No es para todo el mundo —termina en tono arrogante, y yo sonrío incapaz de contenerme.

—Qué esnob eres.

Nyke se ríe a carcajadas.

—¿Vendrás? —me pregunta cuando ha dejado de reírse.

Me muerdo el labio, indecisa. No sé si me siento muy segura yendo a un sitio así, pero tampoco quiero ofenderle, y podría ser divertido.

—¿Zarek y Kálix irán? —pregunto aún indecisa.

—Normalmente no vienen, porque no tenemos la mejor de las relaciones, pero si vosotras venís seguro que ellos también.

—¡Venga, Xandra! ¡Tenemos que ir! —me suplica Yalena y Calla y Halia se unen en un coro de asentimientos y súplicas.

Me quedo en silencio unos segundos, pero finalmente asiento.

—Está bien.

Las tres saltan de alegría y Nyke me da unas palmaditas en el hombro.

—Te lo pasarás bien. Ya lo verás.

Yo asiento a pesar del nudo que tengo en el estómago. Sé lo que necesito para sentirme segura en una fiesta y tiene nombre y apellidos. Aunque tal vez solo esté exagerando.

Las chicas siguen hablando de la fiesta animadas y de lo que van a ponerse hasta que, de repente, se callan de golpe y yo me sobresalto. Presto atención a mis oídos y espero a que la persona que se ha acercado a la mesa hable, para intentar reconocer su voz. No me hace falta, porque Nyke la conoce:

—Hola, Astrid. ¿Cómo estás, cielo? —le pregunta con amabilidad, y parece genuinamente contento de verla.

¿Eh? ¿Nyke y Astrid son amigos? Bueno, tampoco es que me sorprenda, porque Nyke es amigo de todo el mundo.

—Hola, Nyke —responde Astrid en un tono de voz tan cariñoso que

me quedo alucinada.

Es un tono que no relaciono con esa insensible sin corazón.

Intento escuchar su conversación sin ser muy evidente, pero sus siguientes palabras me sorprenden tanto que me giro hacia ella de golpe:

—He venido a hablar con Xandra —dice en voz baja, y después se dirige directamente hacia mí—. Si tienes un momento, claro.

Me quedo con la boca abierta. ¿Quién es esa chica y qué ha hecho con la Astrid que me insultó a mí y a mi familia no hacía ni un mes?

—¿Has venido a criticarme más? Porque si vienes a eso, paso —la advierto. No pienso aguantar más tonterías.

—¡No, no! ¡Todo lo contrario! Quería… disculparme —dice finalmente y yo vuelvo a abrir la boca sorprendida, pero la cierro para no parecer idiota.

—Te escucho —le digo, aún algo seca, aunque realmente ya no estoy tan enfadada.

—¿Podemos hablar en privado? —me pregunta nerviosa, y su voz parece tan afectada que decido tener un poco de piedad y asiento.

Me levanto del banco y me despido del grupo.

—Ahora vuelvo —les digo, y luego sigo a Astrid por la cafetería hasta que me lleva a un pasadizo apartado en el que hay silencio y podemos hablar con más tranquilidad.

Al menos, espero que sea para eso y no para matarme y dejar mis restos donde nadie pueda encontrarme…

—¿Y bien? —le pregunto después de algunos segundos de silencio —. ¿Qué querías decirme?

Ella suspira.

—En primer lugar, lo siento muchísimo —dice con voz arrepentida, y parece sincera—. Me pasé de la raya y te dije cosas que estaban muy fuera de lugar. Lo siento. Hace semanas que quiero disculparme, pero siempre que coincidíamos estaba Kálix y no podía acercarme.

—¿Por qué no? —pregunto con voz fría. No estoy dispuesta a perdonarla así como así. Quiero explicaciones—. ¿Tan mal te cae? ¿Tanto le desprecias que no puedes estar en su presencia ni dos minutos?

—No lo entiendes. No es que le desprecie. Justo lo contrario. Le aprecio demasiado. Estoy… enamorada de él —confiesa en voz baja y me quedo con la boca abierta, porque esto no me lo esperaba.

—¿Qué?

—¿Kálix te ha contado alguna vez…? ¿Lo que pasó? —pregunta finalmente, como si le costara pronunciar las palabras.

Yo niego, pero la curiosidad vuelve a invadirme y me callo para dejarla hablar. Este no es para nada el rumbo que pensaba que iba a tomar la conversación.

—Voy a contártelo… y por qué me he portado como una auténtica idiota contigo —me dice, y yo asiento, incapaz de decir palabra. Astrid suspira y empieza a contar su historia.

»Conocí a Kálix el primer día en la UdI y en un par de semanas ya estaba loca por él. Al principio era solo un enamoramiento infantil: era guapo y se le daba bien todo, y yo solo fui una de las muchas chicas que se quedaron prendadas de él desde el principio. Kálix era muy popular y no se escondía de ello. Solo en primero salió con un montón de chicas, aunque solo durante una semana o dos, y después se cansaba —Astrid suspira y su voz es monótona, como si intentara separar sus sentimientos de lo que me está contando. Puedo entender por qué—. En Élpida, en Síderos, salí con un chico, Athan, y fue mi primer amor, pero me rompió el corazón, así que cuando llegué a la UdI no estaba muy predispuesta a volver a sufrir: no confiaba en nadie lo suficiente y mucho menos iba a confiar en alguien que se cansaba de sus relaciones en dos semanas —Asiento para animarla a continuar —. Así que durante todo primero ignoré mi tonto encandilamiento y no le dije nada de lo que sentía.

»En segundo mi plan de ignorarlo se fue al garete: tuvimos que hacer un trabajo por parejas que duró alrededor de medio año, y fue entonces cuando me enamoré perdidamente de él. De su personalidad generosa, protectora y de su lealtad. Por mucho que estuviera con cincuenta chicas diferentes él siempre era sincero con ellas y durante lo poco que duraba su relación las trataba con respeto. Después de conocerle más a fondo ya no podía ignorar lo que sentía y un día nos besamos. Nunca me había sentido tan viva. Fue perfecto.

Estoy tan metida en la historia que me sorprendo cuando se queda en silencio.

—¿Y qué pasó? —le pregunto, incapaz de contener mi curiosidad.

—Me entró el pánico —dice, en un tono de arrepentimiento tal que me dan ganas de cogerla de la mano y reconfortarla—. Kálix se cansaba rápido de sus relaciones y después de lo mucho que había sufrido no me podía permitir pasar por algo así. Para él podía ser un juego, pero para mí no lo era. Lo que yo sentía era real —suspiro, porque sé lo que viene ahora y me entristece enormemente—. Así que antes de estar con él y que se deshiciera de mí le dije que había sido un error y que no quería estar con él.

Cierro los ojos con pesar bajo mi venda y ella continúa.

—A los dos días ya estaba saliendo con otra chica, así que supuse que había tomado la decisión correcta —No le digo nada, pero conociendo a Kálix no estaba del todo segura—. Aunque fue… duro. Dejamos de hablarnos, porque yo no podía ni verle. Me sentía dolida de que hubiera superado ese beso tan rápido, cuando era todo en lo que yo podía pensar.

»Segundo y tercero pasaron y seguimos con esta dinámica, aunque yo seguía sin poder olvidarme de él. Y cada vez que lo veía con una chica lo único que me consolaba era saber que él no sentía nada por ella. Que no era serio y que no iba a durar —Hace una pausa que me deja en vilo—. Y entonces te conocí a ti. No sabía quién eras. Dioses, lo siento tanto —dice en un tono completamente avergonzado, pero sigue hablando—. Solo sé que os vi juntos y vi como te miraba y como te trataba y supe que eras diferente. Y eso me mató, porque por primera vez sabía que la chica que había a su lado era importante para él. Y encima, yo era tu delegada y tenía que ver como…

La cojo de las manos para hacerla callar, porque esto está siendo demasiado doloroso incluso para mí.

—Lo siento —le digo en voz suave.

—No. Yo lo siento. Te traté fatal, porque estaba celosa y no te lo merecías. Incluso si no hubieras sido su prima, e incluso si hubiera estado realmente enamorado de ti, yo debería haber sido capaz de respetarlo y tratarte como te merecías. Y no hacerte pagar mis frustraciones. Fui muy injusta —confiesa y noto que la voz se le llena de lágrimas y sé que si no está llorando se está aguantando las ganas.

Le doy un apretón de manos.

—Tú pensabas que yo estaba jugando con él. Después de todo tu sufrimiento, podrías haber pensado eso y disfrutado viendo como le hacía daño a Kálix, pero incluso después de todo lo que ha pasado entre vosotros querías defenderle. Querías que él estuviera bien —le digo en tono dulce y oigo su respiración entrecortada y sé que está llorando. Le pongo una mano en la mejilla—. No puedo culparte después de esto.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

Yo no sé qué responderle, pero me imagino en su situación y cómo actuaría si Zarek, el chico del que estoy enamorada, hubiera sido como Kálix. Me planteo si realmente alguna vez lo fue, pero el pensamiento me perturba tanto que decido dejar de pensar en ello. Haya estado con muchas chicas o no, eso es el pasado.

—No sé qué habría hecho yo en tu situación, pero yo también sé lo que es el amor no correspondido —le digo con la cabeza gacha—. No es agradable, y la mitad de las veces no sabemos ni qué estamos haciendo. Pensaste que estaba jugando con los sentimientos de Kálix y quisiste protegerle, incluso después de todo. Y sé que no nos conocemos de nada, pero después de todo lo que has compartido conmigo entiendo perfectamente tus reacciones y te perdono. Y si necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que decírmelo.

Ella se queda en silencio y temo haberme pasado. ¿La habré hecho sentir incómoda?

—¿Me estás ofreciendo tu amistad? —pregunta con la voz aún

llorosa, pero sorprendida.

—Lo entiendo perfectamente si no quieres ser amiga de la prima de Kálix —le respondo, y me maldigo por abrir la bocaza y meter la pata.

¡Claro que no necesita nada de mí! No necesita un recordatorio constante de todo lo que ha pasado entre ellos.

—¡No! Quiero decir… Sí. Me encantaría ser tu amiga —dice finalmente en voz baja y yo le sonrío anchamente.

Nos quedamos en silencio y luego nos echamos a reír. Tal vez hemos empezado con mal pie, pero eso no significa que no podamos pasar página. En una historia hay siempre dos versiones, y ahora solo tengo que descubrir cuál es la versión de Kálix, porque intuyo que entre ellos hay mucho más de lo que se piensan. Bastante más.

# Capítulo 42

## Xandra



Después de unos segundos de incómodo silencio invito a Astrid a comer con nosotros y siento lo dividida que está por dentro, así que abro la boca para retirar la oferta, pero ella cuadra los hombros con determinación y acepta la oferta.

—¿Segura? —le digo preocupada—. No tienes por qué quedarte si te vas a sentir incómoda.

—Sí, tranquila —me dice en tono triste y su voz se torna resignada —. Me tengo que ir acostumbrando. Estudiamos en la misma clase.

Yo asiento sin tenerlo del todo claro, pero no insisto más. Ella sabrá mejor que yo lo que tiene que hacer.

—Está bien, volvamos entonces.

Oigo sus suaves pasos detrás de mí y me dirijo a nuestra mesa con la ayuda de mi bastón. Después de estos meses en la UdI la gente ya se ha acostumbrado a dejarme paso cuando camino y a no meterse en medio, pero nunca está de más comprobar el suelo por si hay algún despistado.

A pesar de que la última vez que me choqué con alguien acabamos entablando amistad no creo que sea algo demasiado común, y prefiero no jugármela.

Cuando llegamos a la mesa se hace el silencio, así que supongo que han visto a Astrid, pero como no oigo ninguna queja entiendo que Kálix aún no ha llegado.

—¿Habéis solucionado el problema? —pregunta Nyke sin saber nada del asunto y con buena intención.

Yo sonrío y me doy la vuelta hacia Astrid.

—Se podría decir que sí.

—¿De verdad? —pregunta Yalena con escepticismo.

Ella también ha vivido en sus propias carnes lo borde que ha sido Astrid con nosotras estos últimos meses. Me siento a su lado y levanto la mano hasta posarlo en su brazo. Me deslizo por su brazo hasta encontrar su mano y le doy un suave apretón.

—Ya te lo contaré —le prometo en voz baja—. Pero sí, todo bien. Confía en mí.

Yalena me devuelve el apretón de manos y sigue charlando con

Halia como si nada. Oigo que Astrid se sienta en el banco y empieza a charlar con Nyke, con quien parece que se lleva muy bien. También es lógico, porque son del mismo curso.

—¿Tú también vendrás a mi fiesta, verdad, cielo? —le pregunta Nyke a Astrid, pero antes de que pueda responder oigo una voz profunda que la interrumpe.

—¿Qué hace ella aquí? —La voz de Kálix se oye por media cafetería y aunque parece que usa un tono de voz irritado también noto otra emoción que no sé descifrar.

Me levanto y me doy la vuelta hasta quedar frente a él. A nuestro alrededor se ha hecho el silencio e incluso algunas mesas cerca de la nuestra se han quedado callados para enterarse de lo que pasa.

—Venga, no montes una escenita —oigo que le dice Zarek a Kálix en voz baja, pero Kálix le ignora y sigue hablando en voz alta.

—No monto ninguna escena, solo pregunto qué hace Kana en nuestra mesa.

Frunzo el ceño, incapaz de entender la reacción de Kálix. ¿Por qué se pone así? ¿Qué le pasa?

—Tal vez debería irme —dice Astrid en voz baja, incómoda.

—No —le digo con el ceño fruncido y vuelvo a dirigirme a Kálix—. Basta, Astrid es amiga mía. Puede sentarse donde quiera.

—¿Amiga tuya? ¿Desde cuándo? —pregunta Kálix en tono irritado —. ¿Desde hace cinco minutos?

«Literalmente, sí» pienso irónicamente, pero no le voy a dar el gusto de darle la razón.

—Eso no importa —respondo en tono seco.

—Tienes buen ojo, Xandra. Primero Nyke y ahora esto —se queja Kálix.

—¡Eh! —se queja Nyke.

—Kálix… —vuelve a interrumpir Zarek con un deje de reproche.

—Ponte como quieras, pero Astrid se queda —le digo, en tono firme.

—Bueno, pues buena suerte con eso. Sería la primera vez —replica Kálix en tono ácido.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Astrid enfadada.

—Nada —replica Kálix—. Quédate si quieres. Haz lo que te de la gana. Como siempre.

Astrid bufa indignada —y un poco herida—, pero yo me quedo pensando en lo que ha dicho Kálix, y algunas piezas del puzle me empiezan a encajar. Me quedo en silencio y me prometo a mí misma hablar con él en privado en otro momento.

Me acerco a mi primo y levanto la mano hacia él. Enseguida me coge de la mano con cariño, cosa que hace siempre, esté lo enfadado que esté. Kálix me pasa un brazo por los hombros y me besa en la

frente.

—Déjalo, ¿vale? —le suplico y oigo que medio gruñe y medio murmura algo en voz baja, pero no llego a entenderlo—. Por favor —insisto, y Kálix vuelve a besarme en la frente. Me vale.

De mejor humor, me alejo de él y vuelvo a sentarme en mi sitio. Kálix y Zarek se sientan a mi lado derecho, lo más lejos de Astrid y Nyke que la mesa les permite, y empiezan a charlar entre ellos, aunque tengo la sensación de que ambos están más pendientes de conversaciones ajenas.

—Bueno —dice Nyke con su habitual tono jovial—. ¿Entonces vendrás a la fiesta o no, Astrid?

—Yo… no lo sé —responde indecisa.

—¿Qué fiesta? —pregunta Kálix bruscamente.

—La que hago cada año, Katsaris. Eres libre de venir, si quieres —responde Nyke con educación y algo de sorna, y Kálix suelta un bufido.

—Como si yo quisiera ir a esa estúpida fiesta —murmura en voz baja.

—Creo que sí que iré —le responde Astrid a Nyke en tono desafiante, y Nyke vuelve a resoplar.

Noto una mano caliente y grande que se posa sobre la mía en la mesa y sonrío. Me doy la vuelta para mirar a Zarek que entrelaza sus dedos con los míos con delicadeza.

—¿Tú irás? —me pregunta en tono suave.

—¡Claro que irá! —responde Yalena por mí—. ¡Iremos todas!

Yo me río, pero le respondo a Zarek en voz baja:

—Me gustaría mucho ir, pero… —me quedo callada.

—¿Qué pasa? —me pregunta, preocupado y vuelvo a sorprenderme de lo fácilmente que lee mis estados de ánimo.

—No sé si… Creo que… —intento pensar en cómo explicarle los nervios y la ansiedad que me causa pensar en asistir a una fiesta del estilo—. No es mucho mi ambiente y… me siento un poco…

—¿Un poco qué, pelirroja? —me pregunta con cariño.

—Me agobia un poco —le confieso en voz baja—. ¿Y si no encajo? ¿Y si mis amigas se van a bailar y me dejan sola? ¿Y si pasa algo? ¿Y si quiero irme? ¿Y si no tengo nada que ponerme?

Como siempre que hablo con él mis preocupaciones empiezan a salir de dentro de mí en un vómito de palabras y de repente tengo tantas dudas que no sé ni qué hacer.

—Eh, eh, espera un momento —me dice, y toda la ansiedad se me debe de notar en la cara, porque empieza a acariciarme en la espalda en círculos—. ¿Por qué no ibas a encajar? ¿Por qué debería pasar algo? Todo irá bien. Te lo pasarás bien. Y estarás preciosa con cualquier cosa que te pongas.

Yo me sonrojo y me muerdo el labio, indecisa.

—No lo sé…

—¿Tú quieres ir? —me pregunta en tono serio y yo asiento con lentitud—. ¡Entonces ve! —Me vuelvo a quedar en silencio—. ¿Qué necesitas? ¿Quieres que vaya? Puedo ir a la fiesta y asegurarme de que todo va bien y si te aburres o algo no te gusta, cogemos y nos vamos. En cualquier momento.

Me imagino la escena y el nudo que tenía en el estómago se va deshaciendo poco a poco, mientras que una manta de protección se posa sobre mí.

Es la capacidad que tiene Zarek de hacerme sentir segura y en casa en todo lugar y en todo momento.

—¿Harías eso por mí? —le pregunto algo emocionada, pero también un poco indecisa, porque no quiero que tenga que alterar sus planes o ir a una fiesta a la que no quiere ir solo por esta tontería.

—Claro. Esto y lo que haga falta. Ya lo sabes —me asegura y siento un nudo en la garganta.

—Pero tú y Kálix nunca vais a las fiestas de Nyke. Y lo que te acabo de contar es una tontería… —intento decirle, pero me corta.

—En primer lugar, es una fiesta, no una clase de Teratología. Nos lo pasaremos bien. No hay ningún otro lugar en el que prefiera estar si tú estás allí. Y, en segundo lugar, lo que sientes no es una tontería. Si te hace estar intranquila, no es una tontería.

Suspiro, pero finalmente asiento. No sé si es egoísta que le pida esto, pero realmente me siento mucho más tranquila ahora que sé que habrá alguien en quien confío a mi lado.

Apoyo mi cabeza en su hombro con una sonrisa, inhalo sutilmente su aroma de menta y me relajo. No es que necesite que me cuiden, pero sé que me lo pasaré mejor con esa seguridad que Zarek me proporciona.

—Vale.

—Vale —repite él con su voz profunda y rasgada, y me estremezco.

Es en momentos así que mis sentimientos por el me embriagan y cuesta contenerlos. Suspiro y me aparto de él antes de hacer cualquier tontería delante de todo el mundo.

—Xandra. ¿Me acompañas a buscar el postre? —La voz de Nyke me saca de mis pensamientos y me da la excusa perfecta para alejarme un poco de Zarek, aunque es lo último que me apetece hacer.

Subo mi mano hasta su rostro y le cojo la barbilla para darle un beso suave de agradecimiento en la mejilla antes de levantarme sin decir nada y seguir a Nyke hasta el mostrador de comida.

—¿Por qué me has llamado? —le pregunto extrañada cuando ya nos hemos alejado un poco del grupo.

—Solo quería hablar contigo en privado y ha sido lo primero que se

me ha ocurrido —me explica y yo enarco una ceja con curiosidad.

—¿Vas a contarme lo que pasa con Zarek? —me pregunta a modo de respuesta.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es evidente que te gusta —explica él y yo suspiro con desazón mientras asiento—. ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué no estáis juntos?

—No es tan fácil —le respondo, un poco a la defensiva. Era más fácil que admitir que estaba loca por un chico que me veía como una amiga y que no había dado nunca ninguna señal de querer nada más allá de eso.

—¿Por qué le rechazas? —pregunta aún en ese tono entrometido. Suelto una carcajada irónica.

—¿En qué mundo rechazaría yo a Zarek? ¿Estás loco? —le pregunto en tono burlón, pero después me pongo más seria—. Simplemente no le gusto. Me ve como una amiga, una hermana, y nunca ha dado ningún indicio de quererme como algo más. Ya me gustaría, pero no pienso arriesgarme. Es mi mejor amigo. No quiero perderlo —confieso en tono suave.

—Yo… no sé si quiere una relación, pero te puedo asegurar, y te lo digo como hombre que soy, que te mira como si quisiera follarte en cada una de las superficies de esta cafetería. Esa es la mirada que te echa cada vez que estás cerca.

Me quedo con la boca abierta y me pongo roja como un tomate. Abro la boca para rebatirle lo que acaba de decir, pero siento demasiada vergüenza y estoy demasiado sorprendida por sus bruscas palabras.

—¿Q-qué dices? —pregunto acalorada—. ¡No me mira así para nada!

—Te aseguro que sí.

—Y yo te aseguro que te equivocas —le rebato, con las mejillas aún encendidas—. Si así fuera… ¿Por qué nunca ha intentado besarme? —le pregunto en tono desafiante.

—Eso es… raro, te doy la razón. Con la forma en que te mira es raro que no lo haya hecho. Ese chico debe de tener un autocontrol de hierro… —murmura Nyke para sí mismo, pensativo.

—Te explico el porqué: porque no tienes razón —le explico con pesar—. No siente lo mismo que yo, y te puedo asegurar que no quiere…

—¿Follar contigo en todas las superficies de esta cafetería? —pregunta Nyke divertido.

—Eso —termino con la cara roja y Nyke se ríe en voz baja.

—Bueno, no sé por qué no ha dado ningún paso aún, pero sé que

aquí hay más de lo que parece. Es evidente. Ahora mismo no nos saca los ojos de encima. No te pierde de vista —se ríe Nyke.

Yo niego aún un poco roja, pero no puedo evitar que algo de esperanza me inunde. Aunque rápidamente intento aplastar ese sentimiento.

—¿Sabes qué, Pecas? Me has convencido. Te ayudaré a conquistar a tu chico —me dice, mientras me pasa un brazo por los hombros. Estoy tentada de decirle que yo no le he pedido eso en ningún momento, pero en lugar de eso me río.

—¿De verdad? —pregunto en tono irónico.

—Sí —responde con seguridad.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Tendremos que ser creativos. Pero lo conseguiremos —Vuelvo a reírme, pero asiento.

—Si tú lo dices… —le rebato en tono de burla, pero otra vez la esperanza se aposenta en mi pecho—. Buena suerte con eso. No creo que haya mucho que hacer, pero cualquier cosa que se te ocurra será bienvenida.

—¿Cualquier cosa? —pregunta en tono travieso y me da un beso casto en la frente antes de dejarme ir y dirigirse hacia la mesa de postres entre carcajadas.

Me quedo un poco sorprendida y pienso que me he perdido algo, pero no digo nada mientras le sigo y le ayudo a llevar platos de comida a la mesa.

Mientras caminamos no puedo deshacerme de la sensación de que no sé dónde me he metido y de que acabo de firmar un pacto con el diablo, pero le sonrío a mi amigo y me dejo llevar, porque lo que me ofrece supera cualquier riesgo o consecuencia.

O, al menos, eso espero.

# Capítulo 43

## Xandra



Antes de salir de mi habitación agarro mi bastón y me dirijo con confianza escaleras abajo. Ahora que ya he hecho este camino cincuenta mil veces ya no me preocupa perderme ni caerme, y me conozco bien el edificio. Salgo de la residencia de las chicas y sigo el sendero del campus hacia la residencia de los chicos para ir a ver a Kálix.

Creo que, después de los descubrimientos que hice la semana pasada respecto a Astrid, es imperativo que vaya a verle y trate de averiguar de una vez por todas qué pasa ahí. Hace días que intento encontrar el momento idóneo para hablar con Kálix, pero nunca estamos solos, y no es una conversación que pueda mantenerse en la cafetería de la universidad.

La historia de lo que pasó entre ellos desde el punto de vista de Astrid es evidente, pero necesito entender el punto de vista de Kálix, porque hay algo no me cuadra.

Por cómo habla de ella y cómo actúa cuando está cerca y conociéndolo como le conozco, creo que podría tratarse de un terrible malentendido, y eso no puedo permitirlo. Se lo debo. Le debo a Kálix hacer todo lo posible para que sea feliz, aunque para ello tenga que meter las narices donde no me llaman.

Cuando llego a la residencia oigo el silbido de la puerta al abrirse antes de que pueda llamar y un grupo de chicos salen de la residencia mientras crean alboroto. Me cuelo dentro antes de que vuelva a cerrarse y me dirijo rápidamente hacia la habitación de los chicos. Como los chicos están en el último curso no hace falta que suba las escaleras, ya que los estudiantes de cuarto duermen en la planta baja.

Intento navegar los corredores enmoquetados pasando las manos por la pared y tocando las puertas para identificar los números con el tacto. Cuando llego al número 479 me paro enfrente de la puerta y tomo aire. Será la primera vez que entre en su habitación y estoy un poco nerviosa. Me encantaría tener aún el sentido de la vista para poder analizar el espacio de Zarek: ¿es ordenado? ¿cómo decora su habitación?

Suspiro porque sé que me voy a tener que quedar con la intriga, no creo que ir tocando todos los objetos de su mesilla de noche fuera una operación de reconocimiento demasiado sutil.

Me recompongo y llamo a la puerta con energía. Oigo los pasos de Zarek al otro lado de la puerta y empieza a hablar antes de abrir la puerta por completo:

—Sander, tío, eres muy pesado. Ya te he dicho que… —Su preciosa voz grave pierde el volumen de golpe al ver que quien está en la puerta no es Sander—. ¡Xandra! —exclama sorprendido, pero escucho satisfecha un tono de alegría en su voz.

—Hola, Zarek —le saludo desde el umbral de la puerta. Cuando inspiro noto una humedad y un vapor que viene de la derecha de la habitación, donde intuyo que tienen el baño.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendido, y su mano se posa en mi nuca para darme un abrazo instintivo.

Estamos tan acostumbrados a darnos abrazos constantemente que creo que no ha pensado muy bien el gesto, porque cuando me lleva contra su pecho noto claramente que no lleva camiseta y que su piel aún está húmeda, como si acabara de salir de la ducha.

Es la primera vez que nos abrazamos así y mis manos no pueden evitar posarse en su espalda musculosa explayando los dedos inconscientemente. Su piel es tersa y caliente, y me siento como si estuviera abrazada a un calentador. Un par de gotas de agua rebeldes le caen del pelo a la espalda y resbalan hasta llegar a mis dedos.

Sé que su olor mentolado se me está subiendo a al cabeza cuando me imagino atrapando esas gotitas con la lengua. Zarek suelta una exhalación temblorosa en mi cuello y me suelta antes de que esté preparada para dejarle ir, pero mucho más tarde de lo que la etiqueta social permite para un abrazo de bienvenida ente amigos. Me doy cuenta —cuando me separo de él y recupero la cordura— de que me ha hecho una pregunta.

—He venido a ver a Kálix —respondo en la voz más normal y poco afectada que consigo fingir.

—Pues lo pillas aquí de milagro. Acabamos de volver de correr no hace ni media hora —me explica Zarek y me coge de la muñeca para indicarme que pase.

—Ah, de ahí la ducha —pienso, y después me doy cuenta de que lo he dicho en voz baja y me pongo roja.

—¿La ducha? —pregunta Zarek, medio divertido y medio extrañado por el comentario.

—Te acabas de duchar, ¿no? —le pregunto con las mejillas encendidas.

—¿Cómo sabes que…?

—Por el vapor en la habitación. Y cuando nos hemos abrazado

tenías la espalda mojada —le respondo con las mejillas ardiendo de vergüenza. Recuerdo el pensamiento que me ha venido a la cabeza antes y me pongo aún más roja.

—Podría ser sudor —bromea él.

—No. Hueles diferente cuando sudas —le respondo antes de pensar cómo sonaría eso. Por los Dioses, ¿podía sonar un poco más a acosadora obsesionada?

—O sea, que huelo fatal —ríe él, aunque detecto un poco de vergüenza en su voz y no puedo permitir que se sienta avergonzado. No conmigo.

—Tú nunca hueles mal. Hueles de maravilla —le respondo con sentimiento y se crea un silencio tenso. Decido romperlo con un poco de humor—. Créeme, tengo buen olfato. Lo tuyo es antinatural.

Zarek se ríe y el sonido me atraviesa de la cabeza a los pies. Suerte que siempre puedo contar con Kálix para sacarme de mis fantasías de golpe, como si fuera una jarra de agua fría.

—Cortad el rollo, me vais a hacer vomitar —se queja Kálix—. Estoy intentando estudiar y como oiga una chorrada más os echo de la habitación.

Su voz llega desde la parte más alejada de la habitación, así que ignoro su comentario lo mejor que puedo y me acerco a él con mi bastón delante para no chocarme con nada. Cuando el bastón detecta la pata de su cama me acerco y pongo una mano en ella antes de sentarme.

—Pues ya puedes dejar lo que estés haciendo, porque tengo que hablar contigo —le digo, y dejo mi bastón en el suelo, al lado de la cama.

Cuando no me responde insisto de nuevo.

—Es importante —Oigo el sonido de unos papeles y el golpe de un libro cerrarse.

—Te escucho —me dice, y aunque sé que finge sonar irritado, su voz tiene un deje de curiosidad y de preocupación que le delatan.

Abro la boca, pero me callo cuando recuerdo que Zarek aún está en la habitación. No sé si Kálix querrá que esté presente para lo que le tengo que decir. Al fin y al cabo, no creo que entre chicos estén muy predispuestos a hablar de sentimientos.

Aunque, bien mirado, tampoco me considero una experta del sexo masculino como para afirmar algo así. En cualquier caso, no puedo arriesgarme. El tema es demasiado delicado y ya va a costar lo suficiente hacer hablar a Kálix como para que encima tenga público.

Ante mi silencio y haciendo honor a su habitual capacidad de leerme sin que diga nada, Zarek me entiende a la perfección:

—Voy a dar una vuelta —dice, y después de unos segundos de oír roce de telas, por los cuales intuyo que, por suerte o por desgracia, se

está vistiendo, se despide rápidamente y se va, sin decir nada más.

—¿A qué viene todo esto? —pregunta Kálix extrañado—. ¿A dónde va?

—Olvídate de Zarek —le digo en tono serio—. Tenemos que hablar.

Kálix suelta una risa burlona.

—Y yo pensaba que me salvaba de oír esto por no tener novia…

—Escúchame. ¡Esto es serio! —le riño, y después voy directa al grano, porque sé que su poder de concentración es altamente limitado—. El otro día hablé con Astrid y…

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! —Como me imaginaba es oír su nombre y se cierra en banda. Otra reacción más por la que sé que entre ellos hay mucho más de lo que parece—. Si has venido a hablarme de esa ya te puedes ir por donde has venido. Tengo cosas que hacer.

—¡Kálix, por favor! No seas un niño pequeño, te digo que es importante —le pido—. Solo quiero que me cuentes qué pasó entre vosotros, porque está claro que algo pasó para que os llevéis así de mal.

Kálix se levanta de su lado de la cama y se pone a dar vueltas por la habitación como un león enjaulado.

—No te pienso contar nada. ¿Por qué preguntas? Todo eso ya es agua pasada —se queja.

—Evidentemente no lo es a juzgar por tu reacción a una simple pregunta —le respondo con superioridad.

—Simplemente no es asunto tuyo —me responde exaltado.

—Ya lo sé. Solo quiero ayudarte…

—¿Ayudarme? ¿Cómo se supone que esta conversación me va a ayudar? —explota indignado.

—Si me cuentas tu versión… No lo sé. Solo sé que cuando Astrid me contó lo que pasó entre vosotros había cosas que me pareció encajar con ciertos comportamientos tuyos y… —empiezo a explicarle lo que pienso, pero me corta antes de que pueda terminar la frase.

—¿Astrid te habló de mí? —pregunta con una intensidad que me deja muy claro que, sea lo que sea, no es agua pasada.

Ni mucho menos. Tal y como sospechaba. Su voz suena tan seria que tengo la sensación de que, si no respondo ya, me atará a una silla y sacará las herramientas de tortura.

—El primer día que se sentó con nosotros vino a hablar conmigo. A disculparse por como me había tratado. Me explicó lo que pasó entre vosotros y como eso había afectado su relación conmigo, y me pidió disculpas —le explico rápidamente—. Me contó algunas cosas que… No sé. Solo quería saber tu versión, nada más.

—¿Qué cosas? ¿Qué te dijo? —pregunta con frustración.

—No te lo puedo decir.

—¿¡Por qué no!? —explota otra vez indignado.

—¡Porque le di mi palabra de que no se lo diría a nadie! —le rebato enfadada. ¿Ahora que yo tenía información sí que quería hablar?

—La conoces desde hace dos días y a mí de toda la vida. ¿De verdad no me lo vas a decir? —Sé que se siente herido, porque lo noto en su voz, pero la seriedad de lo que me confesó Astrid no me deja darle lo que quiere. Aunque sea mi primo.

—Solo cuéntame lo que pasó —le suplico finalmente y él suspira.

—No sé qué quieres que te diga. No hay mucho que contar: la conocí, congeniamos, nos besamos y me mandó a freír espárragos. Poca cosa más te puedo decir —explica él, intentando sonar desinteresado, pero ese tono de dolor sigue ahí en su voz, aunque finja que no. Yo le conozco.

—¿Qué quieres decir con que te mandó a freír espárragos? —le pregunto, aunque sé lo que significa, porque la misma Astrid me lo contó.

—Bueno, prima. Qué ganas de meter el dedo en la llaga, ¿eh? ¿Pues qué quieres que signifique? —se queja Kálix, sarcástico—. Nos besamos y dijo que fue un error y que no quería estar conmigo. Que nunca podría estar con alguien como yo, sea lo que sea lo que eso signifique.

Trago saliva.

—Tal vez sus palabras no fueron las más delicadas, pero no la culpo —susurro.

—¿Te pones de su parte? —me pregunta Kálix indignado, y rápidamente dulcifico el tono para apaciguarlo.

—No me pongo de su parte, Kálix. Pero…

—¿Qué?

—Tienes una cierta reputación, primo. Eso es todo —le explico con todo el tacto del que soy capaz.

—¿Reputación de qué? —su indignación va en aumento.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Qué tengo de malo, a ver? —pregunta en tono desafiante.

—¿Con cuantas chicas saliste en primero? ¿Y en segundo? —le pregunto, y se queda en silencio.

—No me acuerdo —confiesa finalmente.

—Pues ahí lo tienes —respondo con delicadeza.

Se queda en silencio otra vez. Le dejo pensar.

—¿Insinúas que Astrid estaba enfadada conmigo porque salí con muchas chicas? ¿Te lo dijo ella? —pregunta con voz agitada.

Me quiero pegar golpes con la cabeza en la pared.

—Astrid no estaba enfadada —le explico. No quiero contarle nada más, pero me está tirando de la lengua que sea tan terco y tan poco observador.

—¿¡Entonces!? —grita, confundido.

—¡Saliste con cincuenta mil chicas ese año! ¿¡Por qué ella se iba a sentir diferente!? —exclamo exasperada.

—¡Porque ninguna de esas chicas era Astrid! —grita él también, y nos quedamos en silencio ante lo que acaba de confesar. Bingo. Sonrío con satisfacción.

—Entonces te gustaba de verdad.

No es una pregunta, sino una afirmación, pero Kálix responde y empieza a hablar con rapidez, y una vez empieza las palabras le salen a borbotones.

—¡Claro que me gustaba! ¡Estaba loco por ella! Esas otras chicas no eran importantes. Nunca llegué a hablar demasiado con ellas ni a crear ninguna especie de vínculo. Solo era diversión, aunque las tratase bien. Por supuesto que Astrid era diferente. Nos pasamos meses hablando. Éramos amigos. Conectábamos —grita él. Cuando termina de hablar oigo su respiración agitada y le dejo unos segundos para recuperarse antes de hablar con mi voz más suave:

—¿Y ella lo sabía?

Kálix abre la boca y suelta algunos sonidos que suenan como balbuceos.

—Yo… Bueno… Ella…

—¿Cuándo la besaste ella lo sabía? —insisto y Kálix suspira.

—No —confiesa finalmente, y después le oigo soltar un taco en voz baja.

—Bueno, ¿pero si yo le gustaba por qué se volvió tan borde conmigo? ¿Por qué no me dijo lo que sentía? Fue ella la que me rechazó a mí y no al revés. Yo estuve hecho polvo durante meses.

—Sí —Mi voz gotea sarcasmo—. Nada dice «me gustas» como tirarse a medio curso la semana de después.

—Joder —susurra, y creo que finalmente lo va entendiendo.

—Ya.

Kálix suspira y se sienta a mi lado en la cama. Le cojo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos para darle apoyo. Nos quedamos sentados sin decir nada.

—Estaba dolido —confiesa finalmente en voz baja—. Ella me gustaba de verdad.

—Lo sé —le digo en voz baja, y es lo que había sospechado la primera vez que Astrid me contó toda la historia—. Lo sé.

Kálix apoya su cabeza contra la mía.

—¿Y ahora qué?

—¿Aún sientes algo por ella? —le pregunto.

Esa era la gran pregunta en realidad.

—Yo… creo que sí —responde finalmente—. No me dejo pensar mucho en ello, porque sé que esa opción ya no existe, pero sí. Aún

siento algo.

—Tienes que hablar con ella —le aconsejo.

—¿Para qué? Ahora me odia —dice desanimado.

—No te odia —le prometo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tú sabes algo? —pregunta esperanzado.

—Habla con ella —le repito.

No le pienso decir nada más. No es mi secreto, es de Astrid.

No sé qué detecta en mi tono, pero vuelve a suspirar y asiente. Me promete que hablará con ella, posa su cabeza sobre la mía y nos quedamos en silencio un buen rato.

Tampoco sé qué pasará con ellos, pero tengo esperanzas de que todo se solucione. Si lo que he hecho sirve para que dos personas puedan estar juntas ya me doy por satisfecha. Ojalá lo mío con Zarek fuera tan fácil de solucionar. Pero no puede haber relación si dos no quieren.

Aunque uno de los dos lo quiera con el doble de intensidad.

Simplemente no funciona así.

# Capítulo 44

## Zarek



Me despierto con un sobresalto cuando oigo unos golpes fuertes en la puerta del dormitorio y automáticamente paso a máxima alerta. Instintivamente cojo el cuchillo que tengo en la mesilla de noche y lo agarro con fuerza y, sin encender la luz y en silencio, me dirijo a la puerta poco a poco, intentando agudizar el oído.

Estoy a punto de abrir la puerta de golpe y posar mi cuchillo en la garganta de quién sea el osado que se atreve a hacerme una bromita a las cuatro de la mañana, cuando de repente oigo la voz de mi hermana gritando a través de la puerta.

—¡Kálix! ¡Zarek! ¡Abridme! ¡Por favor! —Su voz suena tan desesperada y asustada que el corazón me da un vuelco y abro la puerta a toda velocidad.

La pongo detrás de mí mientras mis ojos escanean el pasillo con el cuchillo en alto, preparado para enfrentarme a lo que sea que la haya asustado, pero veo que no hay nadie y suelto el cuchillo para abrazarla.

—Joder, Yalena. Qué susto me has dado —le digo mientras la abrazo, pero ella me empuja y entra en la habitación. Me doy cuenta de que está llorando.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Te han hecho algo? —empiezo a preguntar cada vez más asustado, mientras que ella escanea la habitación y suelta un gemido de frustración.

—¿¡Dónde está Kálix?! —pregunta, al borde de la desesperación. La pregunta me confunde.

—Ha salido. No creo que vuelva hasta mañana —le explico y ella vuelve a gemir entre sollozos.

—Eh, eh. ¿Qué ha pasado? —insisto, y la cojo por los hombros para mirarla a los ojos. Está asustada. Y sus dos siguientes dos palabras me acojonan a mí:

—Es Xandra.

Me quedo helado.

—¿Qué? ¿Qué le pasa? —pregunto con un susurro horrorizado. Ella

no me responde lo suficientemente rápido, así que la meneo, demasiado fuerte, aunque no parece ni enterarse—. ¿Qué le pasa a Xandra? —insisto cada vez más asustado.

—¡No lo sé! —grita, y ella también está cada vez más alterada, lo que no me tranquiliza para nada—. Me han despertado sus gritos, creo que está teniendo una pesadilla, pero no es… No lo sé. Muchas veces tiene pesadillas y grita, pero nunca así. He intentado despertarla, pero no lo he conseguido. Forcejeaba tanto que me ha tirado al suelo. No sabía qué hacer y venido aquí. Pensé que Kálix sabría…

Ni si quiera la dejo acabar la frase y ya me estoy poniendo unos pantalones antes de salir por la puerta. El aire de la noche me golpea en el pecho desnudo y me doy cuenta de que no llevo camiseta y voy descalzo, pero no tengo tiempo de volver hacia atrás. Xandra está teniendo una pesadilla. Está sufriendo.

Oigo vagamente los pasos de Yalena detrás de mí en el camino que lleva a la residencia de las chicas y cuando llegamos al cuarto piso oigo los gritos de Xandra desde del pasillo. Las luces están encendidas y algunas chicas de las habitaciones contiguas han sacado la cabeza, asustadas, para ver qué está pasando y quién está gritando tanto.

—¡Todas dentro! ¡A dormir! ¡Se ha acabado el espectáculo! —les grito de mala manera y se me quedan mirando antes de cerrar las puertas y volverse a sus habitaciones, murmurando entre ellas.

Yalena abre la habitación con su llave y cuando ya está abierta le doy un manotazo a la puerta. Mis ojos se aclimatan a la tenue luz antes de buscar rápidamente a Xandra, que está en su cama sollozando, retorciéndose, y gritando como si le estuvieran clavando un hierro ardiente en la piel. Se me ponen los pelos de punta y trago saliva.

—¿Lo ves? —pregunta mi hermana, en voz baja y preocupada.

Yo no le respondo y me acerco a la cama de Xandra, susurrándole con voz suave:

—Shhh, Xandra. Shh… Ya está. Es una pesadilla, preciosa —le digo e intento despertarla moviéndola por el brazo, pero a la que la toco sus manos intentan apartarme a golpes, en lo que parece una desesperada medida de protección.

Cuando le cojo las manos y la subyugo ella empieza a pegar patadas y a gritar entre sollozos:

—¡No, por favor! ¡Por favor! No… ¡No! ¡Por favor! —sus gritos suplicando piedad me desgarran el corazón, pero me mantengo firme y la agarro con más fuerza cuando intenta escurrirse de mi agarre.

Oigo lejanamente el sollozo de Yalena que nos observa asustada, pero no tengo tiempo de reconfortarla. Me siento detrás de Xandra apoyándome en la pared mientras le bloqueo los brazos con los míos.

Tengo que hacer fuerza durante unos largos minutos mientras le

voy susurrando que solo es una pesadilla. Finalmente, su mente empieza a aclarase y se queda muy quieta, respirando con agitación.

—¿Xandra? —pregunta Yalena en voz baja, mientras se abraza a sí misma.

Xandra no responde, pero suelta un sollozo parecido a un aullido y empieza a sollozar. Dejo de apretarle los brazos y le suelto las manos, pero no dejo de abrazarla. Sus manos vuelven a agarrarse a mis brazos y me clavan las uñas mientras llora con fuerza. Tengo el corazón en puño al verla así. La atraigo hacia mi pecho y hundo mi nariz en su nuca mientras empiezo a hablarle sin saber muy bien qué estoy diciendo:

—Ya está, pelirroja. Estás a salvo. Te tengo. Estás bien. Todo va bien —le voy susurrando todo lo que se me pasa por la cabeza para tranquilizarla, o, tal vez, para tranquilizarme a mí.

Finalmente se calma un poco y Yalena suelta un suspiro aliviado. Miro hacia ella y debe de ver en mi cara que no estoy listo para soltar a Xandra, porque se acerca a nosotros y le da un beso a Xandra en la frente antes de coger mis llaves del bolsillo de mi pantalón.

—Dormiré en tu habitación —me dice en voz baja.

—Vale. Yo iré en un momento —le respondo, y ella se gira para mirarme desde el umbral, pero no dice nada.

Creo que ambos sabemos que es bastante probable que eso no sea así. La verdad, no sé como lo haré para separarme de esta chica después de haberla visto tan asustada, porque ahora mismo soy yo el que necesito abrazarla, más que ella a mí.

—¿Zarek? —susurra Xandra con voz pastosa, mientras intenta tranquilizar su respiración. La puerta se cierra detrás de Yalena y me quedo a solas con Xandra. Le dedico toda mi atención.

—Estoy aquí, Xan —le digo, mientras poso mi mano en su frente y le aparto el pelo mojado de sudor. Le beso la cabeza por detrás y le acaricio la melena con cariño.

Me quedo inmóvil cuando Xandra se da la vuelta y pasa sus brazos por mi cuello, para posar su cabeza en mi hombro y esconder la cara en mi cuello.

Al cabo de unos segundos de quedarme paralizado trago saliva y la aprieto contra mí, antes de volver a acariciarle el cabello lentamente. Me doy cuenta de la posición en la que estamos, con su pequeño cuerpo encima de mí, e intento recordarme el motivo por el que estoy allí.

Xandra se ha calmado un poco y ha dejado de llorar, aunque su respiración aún es un poco agitada. La abrazo contra mí durante un rato más, hasta que oigo que su respiración se calma y creo que se ha quedado dormida.

Me quedo unos segundos más así, disfrutando de tenerla encima,

hasta que decido que ya no tengo excusa para seguir ni un segundo más allí, con Xandra entre mis brazos. Intento soltar sus brazos de mi cuello, pero se agarra más fuerte y oigo su voz suave mientras su aliento me acaricia la clavícula y me estremezco:

—No te vayas.

Vuelvo a quedarme inmóvil y no sé qué hacer. No puedo quedarme, porque eso sería aprovecharme de la situación, pero me lo ha pedido ella, y yo sé que soy incapaz de negarle nada. Finalmente maldigo, porque sé lo que voy a hacer. No había habido otra opción en ningún momento.

Aprieto mis brazos alrededor de su cintura y Xandra suelta un suspiro de tranquilidad que me desarma por completo. Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Estás despierta? —le pregunto con voz suave.

—Shh —me hace callar sin sacar la cara de mi cuello—. Estoy intentando fingir que no he hecho el ridículo más espantoso de mi vida delante de ti.

Me quedo de piedra. ¿Eso es lo que piensa?

—Pero ¿qué dices? Solo ha sido una pesadilla —intento restarle importancia, pero sé que no va a funcionar.

—Sé como me pongo cuando tengo una de estas, pero nunca había sido tan… —Se queda callada y tiembla en mis brazos, así que la abrazo con fuerza.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho que contar —me dice en voz baja y me aparto un poco para mirarle la cara. Parece avergonzada—. Siempre es el mismo sueño.

—¿Siempre es el mismo? ¿Y qué es?

—Yo de pequeña. El Therastios. Gente muerta. Yo ciega —me hace un resumen con voz monótona, como si estuviera hablando del tiempo, pero a mí me da un escalofrío.

—¿La recuerdas? ¿Esa noche?

—Sí —susurra finalmente, y vuelve a ocultar su rostro en mi cuello. Yo la aprieto contra mí y dejo que se quede allí si así le es más fácil hablarme—. Como si fuera ayer.

—Si siempre tienes el mismo sueño… ¿por qué hoy ha sido peor?

—Porque en este morías tú —me responde en voz baja y todo el aire se me queda en el pecho.

Tardo unos segundos en reaccionar, pero cuando noto que vuelve a temblar la aprieto contra mí y la beso en la frente.

—Solo ha sido un sueño —le digo finalmente.

—Debo parecerte patética —susurra con los labios fruncidos en una mueca—. Temblando de miedo por una pesadilla como si tuviera cinco años…

—Para —le ordeno—. No pienso eso en absoluto.

—Sé que son solo pesadillas, pero hay tanta parte de verdad en ellas que… Muchas veces son recuerdos. Y… me gustaría ser más fuerte, pero siempre acabo pidiendo ayuda. Debería dejar que te fueras, pero no quiero estar sola. No puedo —confiesa entre susurros. Vuelvo a mirarla y le levanto la barbilla para examinar su rostro. Tiene el ceño fruncido y esos labios carnosos en una mueca.

—Eres la persona más fuerte que conozco —le digo yo muy seriamente y ella suelta una risa irónica, pero insisto—. Es verdad. La mayoría de gente no sería capaz de soportar ni la mitad de lo que has vivido. Perdiste a tus padres y tu vista en una sola noche y aún así tienes la fuerza de reír cada día y ser dulce y buena con la gente. Incluso con la gente que no se lo merece. Tienes más fuerza que nadie que conozca. Y pedir ayuda cuando la necesitas no te hace débil, sino aún más fuerte.

Veo como sus labios se separan en un suave jadeo y estoy seriamente tentado de llevarlos a los míos, así que le suelto la barbilla y miro hacia enfrente con una respiración entrecortada.

Ella vuelve a posar su cabeza en mi hombro y nos quedamos en silencio.

—¿Zarek…?

—¿Sí? —le pregunto al cabo de unos segundos, cuando veo que no termina la frase.

—Nada, es igual —dice y cuando bajo la mirada veo que sus mejillas se han teñido rojo. Vale. Ahora tengo curiosidad.

—Dímelo —insisto.

—No, no es nada.

Decido usar otra técnica y le digo algo que me ella me respondió a mí hace unos meses:

—Eh, soy yo. Puedes preguntarme lo que quieras.

Espero casi sin respirar para ver qué me contesta y casi me ahogo inspirando de golpe al oír su pregunta.

—¿Puedo tocarte?

—¿Perdona? —pregunto con voz ahogada.

Ella levanta la cabeza de golpe.

—¡Por los Dioses! ¡Qué mal ha sonado eso! No quería insinuar que… Solo quería decir… —empieza a hablar apresurada, y finalmente exhala aire e intenta calmarse para explicarse mejor. Escucho con ávida atención todo lo que me dice, aunque aún estoy un poco en *shock*—. Desde que perdí mi vista mis manos se han convertido en mis ojos, y me gustaría tocarte la cara para ver cómo eres.

Me quedo en silencio, sorprendido.

—Ya te he dicho que no era nada. Era una tontería. Olvídalo —me

dice de repente e intenta esconder su cara en mi hombro, pero yo la freno.

—No. O sea… puedes hacerlo… si quieres —digo finalmente, y me quiero pegar una paliza a mí mismo por sonar tan desesperado por tener sus manos encima de mí. Yo sí que soy patético.

—¿De verdad? Es un poco… ¿Seguro que no te va a incomodar? —pregunta indecisa y se muerde el labio inferior.

Joder. Carraspeo y miro a cualquier lado de la habitación excepto a ella. Lo último que me faltaba era acabar con una erección porque me acaricien la mejilla.

—Tranquila —le respondo con la garganta seca—. Adelante.

No sé exactamente qué se supone que tengo que hacer mientras ella me… explora. «Nota mental: deja de pensar en las manos de Xandra explorándote», pienso para mis adentros, y me quedo muy quieto hasta que noto que se incorpora y posa sus manos en mi cuello. Nada más empezar ya me tengo que ir mentalizando de no hacer ningún ruido ni moverme un centímetro.

Sus manos van subiendo hacia mi mandíbula y uno de sus pulgares me acaricia con suavidad la nuez. Trago saliva. Cuando llega a mis mejillas las acaricia lentamente, y luego pasa los dedos por mis pómulos marcados. Hace un sonido de apreciación que no sé interpretar muy bien, pero no quiero interrumpirla. Después de las mejillas pasa a mis orejas y suelto una carcajada, porque me hace cosquillas. Ella se ríe flojito, pero sigue adelante. Me acaricia detrás de las orejas y se para un segundo en el lunar que tengo detrás de la oreja derecha. La risa se me corta de golpe, cuando empieza a acariciarlo con el dedo. Carraspeo y ella vuelve a poner los dedos en mis mejillas.

Pasa por mi nariz, que toca de punta a puente para discernir la forma y suspiro, porque no es uno de mis mayores atributos. Después de la nariz sube lentamente y cierro los ojos, que me acaricia con suavidad y sumo cuidado, pasando por cada una de las pestañas.

Siento una sensación de calor en mi pecho que es una mezcla de excitación y cariño. Ambas cosas me sorprenden: la primera porque no me habría imaginado nunca que me podría excitar que alguien me acariciara la cara, aunque supongo que las manos de Xandra, las ponga donde las ponga, son motivo de excitación. La segunda, porque me toca con tanto cuidado y reverencia que tengo un nudo de emoción en la garganta.

Cuando pienso que ya ha recorrido todo mi rostro me doy cuenta de que falta algo que se ha dejado para el final. Después de pasar por mis ojos, sus manos bajan de nuevo y se posan en mis labios. Es tan inesperado que suelto el aire de golpe contra sus dedos. Abro los ojos para mirarla y la veo con los labios entreabiertos, la respiración algo agitada y el ceño fruncido en señal de concentración.

Inconscientemente abro mis labios para dejar ir el aire de los pulmones y su pulgar me acaricia el labio inferior de izquierda a derecha.

Xandra aparta su mano de repente y se echa para atrás, y es como si el hechizo se rompiera. Carraspeo y también me echo para atrás. Intento recuperar un poco la cordura y decir algo medianamente inteligente. No se me ocurre nada. Empiezo a preguntarme si ella estará igual de afectada que yo, o si le habrá gustado tanto como a mí.

—¿Y bien? —le pregunto finalmente, y ella parece sorprendida. Me doy cuenta de que mi voz suena un octavo más grave de lo que debería.

—¿Y bien qué? —pregunta confusa.

—Ya has hecho tu exploración. ¿Qué opinas? —le pregunto en fingido tono de broma, para aligerar un poco la tensión del ambiente.

Ella se ríe.

—¿Qué? ¿Te tengo que evaluar?

—Dime qué piensas —le pido, y me doy cuenta de que realmente me importa.

Nunca me había considerado especialmente superficial, y sé que muchas chicas me consideran atractivo, pero no me importa su opinión, solo la de ella. Quiero saber qué opina ella. Y quiero que ella me considere atractivo.

—¡Venga ya! Te ves en el espejo todos los días —se queja ella—. Sabes que eres guapo, no necesitas que yo te lo diga. Tu ego no podría soportarlo.

Yo suelto un suspiro de alivio. Piensa que soy guapo. Me vale. Me vale y de sobra. Aún así intento mantener el tono de broma.

—No sé qué decirte. Tengo la nariz torcida por culpa de tu primo. Me la ha roto demasiadas veces —digo en un fingido tono de queja y me río.

—Eres perfecto —susurra ella de repente, y mi risa se apaga de repente. Me sonrojo de satisfacción y ella de vergüenza.

Nos quedamos en silencio un buen rato, hasta que Xandra bosteza.

—¿Tienes sueño? —le pregunto, y ella asiente—. Vamos a dormir, entonces.

No me doy cuenta de lo íntimo que es el gesto de meterme bajo las sábanas con alguien hasta que lo he hecho. Carraspeo y me pongo de costado mirando hacia ella.

—¿Seguro que no quieres que me vaya? —le pregunto por última vez, y suplico por dentro que no me haga irme.

—Quédate —pide ella en voz suave y yo sonrío anchamente, incapaz de evitarlo. Le doy un beso en la frente.

—Buenas noches —Cierro los ojos con intención de dormir, pero vuelven a abrirse como por propia voluntad para seguir mirándola.

Siento que si me duermo estaré perdiendo el tiempo. Es preciosa.

Me tiro un poco hacia atrás para asegurarme de que no nos rozamos sin querer en mitad de la noche y ella suelta un sonido gutural de desaprobación. Se pone roja así que supongo que no ha sido conscientemente y me río.

—¿Me abrazas? —susurra Xandra y yo trago saliva antes de decirle que sí.

Se pone de lado y me da la espalda y yo la cojo de la cintura y la acerco a mí. Paso un brazo por debajo de su cabeza y el otro lo dejo en su cintura. Ella pone su mano encima de la mía y suspira.

En ese momento me siento completo. Tengo todo lo que necesito en mis brazos y el cansancio se apodera de mi cuerpo. No puedo evitar sentir satisfacción de que cada día estemos más cerca el uno del otro, aunque no creo que lo que ha pasado hoy se pueda considerar como una señal por su parte. Dos amigos pueden dormir en la misma cama… ¿no?

# Capítulo 45

## Xandra



Cuando me despierto por culpa de la luz que entra a través de mi ventana tardo unos segundos en recordar todo lo que ha pasado la noche anterior y me asusto al notar la presencia de alguien detrás de mí, pero el olor a menta me invade y reconozco al instante que se trata de Zarek.

Me sonrojo de vergüenza al pensar en todo lo que hice anoche: la pesadilla, abrazarme a él con tanta desinhibición, pedirle que se quedara a dormir, tocarle la cara, pedirle que me abrazara…

Si no fuera porque recordaba perfectamente cada segundo de ayer pensaría que había sido otra persona que se había apoderado de mi cuerpo. En ese momento no podía plantearme las consecuencias de lo que estaba haciendo, simplemente lo necesitaba conmigo. Esa pesadilla había sido brutal.

Me quedo unos segundos disfrutando del peso del brazo de Zarek en mi cintura, de su respiración profunda en mi nuca y de su calor corporal abrasándome la espalda. Me encantaría quedarme allí para siempre, pero a plena luz del día la idea de pedirle que se quedara a dormir y me abrazara no parecía tan inteligente, sino más bien mortificante.

No tenía ni idea de qué se suponía que tenía que hacer ahora. ¿Despertarle? ¿Dejarle dormir? ¿Levantarme sin despertarle? ¿Y qué tenía que hacer si se despertaba? ¿Hacer como si nada? ¿Hablar de lo de anoche? Todo es tan surrealista…

Suspiro y decido optar por la opción cobarde de levantarme y salir de la habitación sin decirle nada. Le dejaría dormir y ya pensaría qué le diría cuando se despertara y bajara a almorzar.

Con cuidado de no despertarle intento separarme de él, pero su brazo en mi cintura me coge con más fuerza. Gime de frustración y pienso que le he despertado, así que me quedo quieta, casi sin respirar, pero su respiración sigue siendo profunda. Exhalo el aire lentamente y vuelvo a intentarlo. Le cojo la muñeca para separar su brazo de mi cintura e intento separar mi cuerpo de nuevo, pero esta vez cuando su brazo me coge por la cintura me acerca a él tanto que

me pega totalmente contra su pecho y no puedo evitar soltar una exhalación de sorpresa al notar su erección contra la parte baja de mi espalda.

Aguanto la respiración tanto tiempo que creo que me voy a marear. Intento buscar una explicación inocente para lo que noto clavándose contra mi coxis, pero no la hay. Es imposible confundir esto. Me quedo quieta sin saber qué hacer. La mente me va a mil por hora.

Ahora mismo necesitaba relajarme y no montar un espectáculo. No iba a incomodar a Zarek después de todo lo que había hecho por mí. Que tuviera una erección no significaba nada. No significaba ni si quiera que estuviera excitado. Había compartido casa con un adolescente durante años y sabía que a veces los hombres se despertaban con ese tipo de… situaciones. Eso no significaba que estuvieran sexualizando la situación.

Cuando me he convencido a mí misma de todo esto y he calmado un poco mi corazón desbocado, intento separarme de nuevo de Zarek. Muevo mis caderas hacia delante para separarlas de la enorme erección que tengo ahora mismo clavada en mi espalda baja, pero su brazo sigue agarrándome fuerte incluso en sueños.

Después de repetir el gesto un par de veces con más ímpetu, me congelo cuando oigo un gemido masculino detrás de mi oreja y me doy cuenta de que lo único que he conseguido con tanto movimiento es restregar mi trasero una y otra vez contra él.

Me muero de calor y no sé si es la situación que me excita o la vergüenza por lo que está pasando, solo sé que noto un hormigueo en el estómago, una palpitación más abajo, y un inminente cambio de ropa interior.

Me quedo inmóvil hasta que noto los labios de Zarek en mi nuca y suelto el aire de forma temblorosa. Mi respiración se acelera y sus caderas vuelven a tirarse hacia delante, buscando fricción. Suelto un jadeo fuerte y antes de que pueda plantearme si es moral que esté disfrutando tanto de esto, Zarek se queda quieto una milésima de segundo y de repente el brazo que estaba a mi alrededor desaparece y Zarek se levanta de golpe y se aparta de mí.

—Joder, lo siento tanto… No debería… Estaba dormido, no me he dado cuenta… ¡Joder! —Su voz de recién levantado tiene un tono horrorizado y yo no puedo evitar sentirme decepcionada porque lo que ha pasado no haya sido algo consciente por su parte.

Por supuesto que ahora se siente incómodo. Que los chicos se despierten así es natural, y yo solo lo he empeorado restregándome contra él como una hiena en celo.

—No pasa nada —le digo con las mejillas algo encendidas— No has hecho nada malo. Olvídalo. Ha sido culpa mía.

—Xandra, yo… —empieza él. Su tono es de frustración y suelta

otro taco, pero no continúa la frase.

—Zarek, olvídalo. De verdad. No pasa nada —le digo con toda la naturalidad que soy capaz de fingir.

Me levanto de la cama y me pongo a hacer cualquier cosa con las manos para disimular. Nos quedamos en silencio. Por primera vez me alegro de no poder verle.

—Debería irme —dice finalmente, en tono incómodo.

Pongo una mueca, pero controlo mi expresión y le sonrío cuando me doy la vuelta hacia él.

—Sí, yo también tengo que ducharme —Zarek suelta el aire de golpe y yo me maldigo por mencionar la ducha después de la escena incómoda que le he hecho pasar. No me extraña que quiera salir corriendo de aquí—. Nos vemos en la cafetería —añado.

Él asiente y oigo sus pasos ir hacia la puerta. Se queda unos segundos quieto en el umbral y pienso que va a decir algo, pero al final oigo sus pasos alejarse y cerrar la puerta tras él.

Cuando se va, suspiro y me siento en la cama. Me quedo unos segundos quieta intentando asimilar lo ocurrido, y finalmente decido que una ducha es una buena idea, pues ahora mismo estoy tan acalorada que podría combustionar.

Después de ducharme con agua fría sigo teniendo más calor de lo normal y siento que aún hay algo que necesito, aunque no sepa que es.

Ignoro esa extraña sensación y cojo mi bastón para dirigirme a la cafetería. Me pongo roja solo de pensar que Zarek estará allí después del chasco de esta mañana, pero cuando llego en la mesa solo están Yalena, Calla y Halia.

—Buenos días —me dice Halia en tono picarón—. ¿Has dormido bien?

—¿Se lo has contado? —riño a Yalena, pero no estoy enfadada.

—No todo —me asegura, y yo meneo la cabeza.

—¡Has dormido con Zarek! —exclama Calla—. Menuda suerte. ¿Cómo ha sido? ¿Ha estado bien?

—No sé qué os pensáis que ha pasado, pero siento decepcionaros. No pasó nada entre Zarek y yo. Solo dormimos —explico y no puedo evitar sentir yo también un retintín de decepción.

—¿De verdad? —pregunta Yalena sorprendida y tono abatido—. Pues vaya.

Suspiro.

—¿Nada de nada? —pregunta Halia horrorizada—. ¿Ni un beso?

—Ya os dije que solo somos amigos —les recuerdo—. Tuve una pesadilla y Yalena le llamó. Nada más.

—Bueno, técnicamente fui a buscar a Kálix, pero no estaba.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde estaba? —pregunto sorprendida.

—No lo sé, pero no ha dormido en su habitación —explica Yalena.

Frunzo el ceño.

—Pobre Astrid —susurro en voz baja, y Yalena me da la razón—. ¿Cómo ha podido pasar la noche con una chica después de lo que le conté?

—No lo sé, chica. Nunca entenderé a los hombres —responde Yalena con frustración.

—Amén, hermana —responde Halia, y yo suelto una carcajada.

Nos quedamos en silencio y empezamos a comer.

—¿Entonces no pasó nada entre Zarek y tú? —vuelve a preguntar Yalena decepcionada.

—Ya te he dicho que no —le respondo, pero entonces pienso en lo de esta mañana, balbuceo, y me pongo roja como un tomate.

He ahí mi perdición. Oigo el sonido de un tenedor caer en el plato y luego me atacan las tres a la vez:

—¡Lo sabía!

—¡Habla ahora mismo!

—¿Qué nos ocultas?

Yo meneo la cabeza, nerviosa.

—No os oculto nada —me quejo—. De verdad que no ha pasado nada.

—¡Mentirosa, te has puesto roja como un tomate! —exclama Yalena entre risas—. ¡Confiesa!

Me muerdo el labio.

—No ha sido nada. Es natural que… Él ni siquiera estaba despierto —balbuceo yo.

Ellas, que no entienden nada, se ponen nerviosas conmigo y me exigen que empiece desde el principio, así que se lo cuento todo de forma resumida, intentando restarle importancia:

—…y ha saltado de la cama. Me ha dicho que lo sentía mucho y que no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Es evidente que estaba dormido y que no sabía lo que hacía —explico yo.

—Mi hermano es idiota —se queja Yalena con frustración.

Yo salto rápidamente a defenderle.

—De verdad que no me ha molestado nada lo que ha pasado. Al revés, me ha gustado… —confieso, roja—. En todo caso tendría que pedirle perdón yo.

—¿Por qué? —pregunta Halia en tono irónico—. ¿Por menearte contra un tío bueno y empalmado? ¡Pues que me metan en la cárcel si eso es un crimen!

Todas nos echamos a reír y Calla choca los cinco con ella.

—Deberían darte una medalla de paciencia —se queja Calla—. Yo le hubiera dicho que terminara el trabajo.

Volvemos a reírnos, pero yo cada vez estoy más roja.

—¡Sois lo peor! ¡Es mi mejor amigo! —las riño.

—Qué suerte la ducha de después —continúa Halia sin hacerme caso—. Debe de haber sido una ducha de lo más placentera… —dice en tono insinuante y luego las tres sueltan una carcajada.

—¿A qué te refieres? —pregunto con curiosidad.

—Bueno —dice aún riendo—, ya me entiendes.

Yo me quedo unos segundos en silencio y finalmente respondo:

—La verdad es que no.

Paran de reírse.

—Tía, me refiero a que después de todo ese espectáculo de hombre seguro que… Ya sabes… En la ducha… —sigue ella en tono insinuante.

No digo nada.

—Te tocaste —termina Calla por ella. Y yo alzo las cejas de golpe.

—Tocarme... ¿Te refieres… a ahí? —Las chicas rompen a reír.

—¡Xandra, claro! —dice Yalena.

—Yo no hago eso —confieso en voz baja.

—¿No lo has hecho nunca? —preguntan sorprendidas.

Y yo me quedo anonadada.

—Eh… no. ¿Vosotras sí?

—¡Sí!

—Claro, tía. Es lo mejor —dice Halia.

—¿De verdad no te has tocado… nunca? —pregunta Calla sorprendida.

—Yo… la verdad es que no. Nunca he sentido la necesidad, supongo.

«Hasta ahora», pienso para mis adentros.

—Pues tienes que probarlo, te lo ordeno —dice Halia en voz autoritaria y vuelvo a ponerme colorada.

—Exacto, un día de estos —la secunda Yalena.

—¡Qué dices! ¡Compartimos habitación! —me quejo, aunque ahora que me han plantado la idea en la cabeza cada vez siento más curiosidad.

—Pues me iré a dar un paseo, pero tienes que hacerlo. Es maravilloso. Y te diré más: es lo más natural del mundo. Los chicos lo hacen constantemente, ¿por qué nosotras no? No debemos sentirnos avergonzadas por sentir placer —me explica Yalena, y no sé si es porque mi madre murió cuando era pequeña y mi tía es muy reservada, pero ninguna mujer me había dicho nunca nada parecido.

Pero tenía sentido. ¿Por qué debería avergonzarme? Si era cierto que la mayoría de chicos lo hacía… ¿lo haría él?

Me pongo roja, pero esta vez por la oleada de calor que me recorre el cuerpo ante el pensamiento, y empiezo a reconocer esta señal como signo de excitación.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que no oigo los pasos de los chicos acercarse hasta que no oigo a Yalena saludarles.

—Hola, Nyke. Hola, Zarek.

—Hola —responde Zarek secamente mientras se sienta al lado de Yalena, y Nyke lo hace a mi lado.

—¿De qué hablabais? —pregunta Nyke con naturalidad, y yo me pongo roja, pero no me da tiempo a cambiar de tema antes de que Yalena abra la bocaza.

—Masturbación. Xandra no lo ha hecho nunca —explica ella, y a su lado Zarek escupe el agua y casi se ahoga.

La maldigo por volver a incomodarle después de lo de esta mañana.

—¡Yalena! —le riño, y ella murmura que lo siente en voz baja, pero el daño ya está hecho.

—¿De verdad? —pregunta Nyke aún con mucha naturalidad. Su tono parece divertido, pero indiferente, como si habláramos del tiempo—. Pues es una buena forma de aliviar el estrés, y tú pareces muy tensa… Si necesitas un par de consejos te puedo decir algunos trucos que…

—¡Corta el rollo, Nyke! ¡Ni una palabra más! —dice Zarek, cabreado.

—Zarek… —empieza Nyke en tono apaciguador, pero debe haberlo hecho callar con una mirada asesina, porque no acaba la frase.

—¿Podemos cambiar de tema? —pregunta Zarek finalmente. «Por favor y gracias» pienso yo.

—¿Por? ¿Los tíos podéis hablar de ello, pero nosotras no? ¿Os pensáis que solo vosotros podéis divertiros o qué? —pregunta Yalena en tono indignado.

Justo en ese momento oigo los pasos de Kálix acercarse con alguien más y se queda parado ante la tensión que se masca en el ambiente.

—¿Qué está pasando? ¿De qué hablabais? —pregunta Kálix confuso.

—No quieras saberlo —le responde Zarek a su mejor amigo y tras unos momentos de silencio le hace caso.

—Vale, pues tenemos una cosa que anunciar —dice Kálix en voz alta, para todos los de la mesa. Su voz suena animada, así que me incorporo un poco, contenta y curiosa por saber la buena noticia y agradecida por el cambio de tema—. ¿Astrid?

—Kálix y yo estamos juntos —oigo la voz de Astrid, que suena emocionada y feliz. Suelto un grito de alegría y todos les felicitamos.

—¿De verdad? ¿En plan… juntos, juntos? —les pregunto contenta.

—Juntos, juntos —confirma Kálix.

—Y todo gracias a ti —continua Astrid y yo sonrío.

—No hice nada —Pero me alegro de que la charla que tuve con Kálix sirviera para algo.

Me acerco a él y le abrazo.

—¿Es con ella con quien pasaste la noche? —pregunta Yalena. Y caigo en la cuenta. «Retiro lo de pobre Astrid» pienso, y luego me río sola, porque paso demasiado tiempo con las chicas.

—Sí —me confirma Astrid y suena algo avergonzada.

—¿Cómo sabes que no estuve en mi habitación? —pregunta Kálix extrañado.

—Es una larga historia —respondo yo, antes de que Yalena la vuelva a liar.

—Creo que tienes mucho que contarnos, Astrid —dice Halia, y las chicas nos reímos mientras Kálix suspira de vergüenza.

—Bueno, puede contarnos todo mientras nos arreglamos para la fiesta —dice Yalena, y esta vez soy yo la que suspiro.

No me acordaba de que la fiesta de Nyke era hoy. Y yo aún no tenía qué ponerme. Suerte que mis amigas vendrían a ayudarme. Era una suerte tenerlas. Excepto cuando hablaban de masturbación y esparcían mis intimidades delante de quien no deberían… Bendita Misericordia.

# Capítulo 46

## Xandra



Me siento en mi cama y las chicas se sientan alrededor de mí. Yalena se sienta a mi lado y Halia, Calla y Astrid justo delante.

—¡Ya puedes desembuchar! ¿Cómo ha empezado todo? —pregunta Halia emocionada y yo asiento para animar a Astrid a contar su historia.

—Pues… la verdad es que no me lo esperaba para nada —confiesa ella—. Ayer por la tarde Kálix se me acercó al acabar las clases y me preguntó si podíamos hablar, cosa que me sorprendió, porque normalmente suele evitarme como si tuviera la peste. Entonces le dije que sí, que podíamos hablar y dijo que tenía que ser en privado —Calla suelta un aullido picarón y todas nos reímos—. La verdad es que estaba un poco asustada, porque no sabía qué podría querer decirme, pero acepté. Se quedó un buen rato en silencio, mirándome, y yo cada vez estaba más nerviosa. Cuando le pedí que hablara de una vez me dijo que no sabía por dónde empezar. Me quedé en silencio, y finalmente dijo que yo le gustaba.

Todas gritamos de emoción.

—¿Eso dijo? ¿Así tal cual? —pregunto emocionada.

—Sí —confiesa Astrid, medio avergonzada y emocionada—. Al principio pensé que se había enterado de lo que sentía por él y que me estaba tomando el pelo cruelmente, así que me enfadé un poco, pero rápidamente me dijo que no era ninguna broma. Me explicó que cuando nos besamos y le dije que fue un error se sintió muy herido, porque le gustaba mucho.

—¡Te has puesto roja! —exclama Yalena en tono burlón. Nos reímos.

—¿Y qué le dijiste? —le pregunto.

—Lo mismo que te dije a ti. Que tenía miedo de que se cansara de mí, porque a mí también me gustaba mucho él.

—¿Y entonces? —pregunta Calla.

—Me preguntó qué sentía ahora.

—¡Y le dijo que estaba loca por él! —exclama Yalena y Astrid se ríe.

—Le dije que dependía.

—¿De qué? —pregunta Halia con curiosidad.

—De si se iba a cansar de mí a los dos días y se iba a ir con la primera de turno —explica ella, y yo asiento, porque tiene sentido.

Son miedos completamente lógicos cuando se trata de mi primo.

—¿Qué te dijo? —le pregunto en voz baja.

—Que nunca podría cansarse de mí —responde ella, en un susurro avergonzado, pero con una sonrisa.

—¡Ooooh! —grita Halia haciendo el paripé.

—¡Qué bonito! —la secunda Yalena.

—Ha vuelto a ponerse roja —exclama Calla.

Yo me río, pero me alegro de que mi instinto no estuviera equivocado respecto a Kálix. Ya me parecía que él sentía algo por Astrid y que ahí tenía que haber gato encerrado.

—Y ya está —termina Astrid, aún sonriente—. Le dije que estaba enamorada de él y nos besamos.

—¿Y ya está? —exclama Halia—. ¡Pasaste la noche con él!

Astrid se ríe.

—Bueno, fueron besos intensos. Y acabamos en mi habitación. Pero no hicimos nada más que besarnos y hablar durante horas —explica Astrid—. Al menos no todavía —añade en tono picarón y todas nos reímos otra vez.

—Me alegro mucho por vosotros —le digo a Astrid, y ella me coge de la mano.

—Tengo que pedirte perdón de nuevo. A ti y a Yalena. Por como os traté los primeros días.

—No hacen falta más disculpas —dice Yalena en tono alegre, yo le sonrío con agradecimiento y asiento.

—Exacto —secundo—. Somos amigas.

Astrid me da un apretón en la mano.

—Bueno, chicas. Hay que empezar a arreglarse—dice Halia, dando unas palmaditas.

Yo gimo y escondo la cara en el cojín.

—Id sin mí. No tengo nada que ponerme —digo en tono desesperado.

Halia me coge por el hombro.

—Nada de eso, señorita. Tengo algo para ti —me dice y yo em incorporo, curiosa—. Ya sabes que soy de Linteum y que mis padres tienen una tienda de ropa artesanal —empieza a explicar y oigo el ruido de unas bolsas—. ¡Nos he hecho vestidos a todas!

Las chicas empiezan a gritar entusiasmadas, pero yo me quedo paralizada por la emoción.

—¿Me has hecho un vestido? —pregunto con un nudo en la garganta.

—¡Pues claro! Creo que tu talla es esta, pero pruébatelo por si

acaso.

Me deja un vestido en las manos y empiezo a acariciar la tela como si estuviera hecho de oro. Y para mí como si lo fuera, porque nunca nadie le había dedicado tanto esfuerzo a un regalo para mí. Trago saliva para no romper a llorar. No lo consigo y una lágrima me resbala por la mejilla.

—Muchas gracias, Halia.

—¡Xandra! Me vas a hacer llorar —dice Halia en tono tembloroso, mientras se me tira encima y me abraza.

Le devuelvo el abrazo justo cuando las chicas han acabado de probarse el vestido y se unen al abrazo, para agradecerle el trabajo a Halia.

—¡Son divinos, Halia! —La felicita Astrid.

—Te has superado, amiga —le dice Calla.

—¡Vamos a estar rompedoras con estos vestidos! —exclama Yalena —. Venga, Xandra, pruébate el tuyo.

Me seco la mejilla y asiento.

—¿De qué color es? —le pregunto a Halia.

—El de Calla es rosa pálido, el mío es plateado, el de Yalena es blanco, el de Astrid es rojo y el tuyo es negro —me explica Halia.

Paso la mano por encima del vestido para apreciar cómo es y me quedo parada cuando noto el final de la tela.

—Halia, no quiero que pienses que no lo aprecio, pero al vestido le falta algo. ¿Esto es el final del vestido? —pregunto preocupada.

Halia se ríe.

—No le falta nada, boba. Es un minivestido. Y te va a quedar genial con estas piernas de infarto que tienes —me explica ella.

—¿Mini? —pregunto con pánico.

—Calla y pruébatelo —me ordena, y yo le hago caso, dudosa.

Me quito los pantalones y la camiseta que llevo y me pongo el vestido por la cabeza. Empiezo a liarme con unas cuerdas y me quedo atrapada. Halia viene por detrás y me explica que las cuerdas van cruzadas en la espalda. Cuando tengo los brazos en los agujeros adecuados lo siguiente que noto es que el vestido es tan ajustado que me cuesta bajarlo por mis caderas.

Me acabo de bajar la falda y tiro un poco de ella para bajarla algo más, pero no lo consigo. Me quedo mirando a Halia.

—¿Y bien? —le pregunto indecisa. Las tres chicas me responden a la vez.

—¡Estás increíble!

—¡Te queda de lujo!

—¡Chica, vaya cuerpazo!

Yo me sonrojo, aunque sé que solo lo dicen porque son mis amigas.

—No exageréis tampoco —les riño, pero no puedo evitar sonreír.

Por primera vez tengo amigas que buscan hacer que me sienta bien y no se ríen de mí a mis espaldas.

—No te mentimos para nada. Te lo juro —me dice Calla.

—No es porque el vestido lo haya hecho yo, pero te queda como un guante —me dice Halia emocionada y yo le sonrío.

Aunque no estoy acostumbrada a llevar tanta piel al aire no pienso ponerme otro vestido, porque Halia lo ha hecho para mí y me lo pondría aunque me quedara como un saco de patatas.

—Mi hermano va a flipar cuando te vea —exclama Yalena, con una carcajada maléfica.

Ahora sí que me pongo roja. No puedo negar que la idea de ponerme este vestido y causar una reacción en Zarek es de lo más tentadora.

—Kálix te va a matar, Halia —dice Astrid entre risas—. Entre mi vestido y el de Xandra le va a dar un síncope, por motivos diferentes.

—¿Kálix vendrá? Pensé que no se llevaba bien con Nyke —digo sorprendida.

—Pues ya se puede ir acostumbrando a Nyke si quiere estar conmigo —me responde Astrid, aunque no me sorprende, porque se les ve muy unidos—. Nyke es un amigo fiel, de los que cuesta de encontrar, y ha sido uno de mis mayores apoyos estos años.

Yo sonrío. Eso encaja mucho con Nyke.

—¡Tienes que dejar que te peine! —exclama Yalena emocionada.

Yo con tal de verla feliz asiento, y dejo que me ponga unas pinzas para rizarme el pelo. Las chicas me pasan unos pendientes largos y me los pongo.

—Te puedes poner este trozo de tela en los ojos para que conjunte con el vestido —me dice Halia.

Yo me quedo muy quieta y no hago gesto de cogerlo.

—Gracias, pero no hace falta.

No pienso quitarme la venda delante de ellas para cambiármela por otra. La que tengo ya está bien.

—Pero si te pones la nueva conjuntará con… —insiste Halia, pero yo la corto.

—La venda se queda —digo en un tono que no admite discusión.

Halia no dice nada, pero me siento mal por hablarle así. Le cojo la venda de las manos y me la pongo encima de la antigua.

—¡Así estás perfecta! —exclama ella contenta, y yo le sonrío.

Qué fácil es hacerla feliz.

—¿Puedo pintarte los labios? —me pregunta Yalena y yo dudo durante unos segundos—. Por favor… Este no mancha, lo prometo.

No puedo evitar contentarla también. Después de todo lo que hacen mis amigas por mí cada día puedo aguantar que me traten como a una muñeca durante una noche. Asiento y ella suelta un grito de emoción.

Me pinta los labios durante largos minutos con una concentración digna de un pintor de Xylos.

—¡Lista! —exclama contenta. Yo sonrío.

—¿De qué color me los has pintado? —pregunto, dándome cuenta tarde de que no he preguntado lo más importante.

Yalena suelta una risa picaresca.

—Rojo —responde ella—. A juego con tu pelo y tus tacones.

—¿Tacones? —gimo con desesperación. Lo que me falta ya es caerme en medio de la fiesta y hacer el ridículo.

Yalena deja los malditos zapatos rojos al lado de mis pies. Creo que son suyos, o de Halia. No lo tengo claro.

—Créeme. Cuando Zarek te vea, todo valdrá la pena —me asegura Yalena—. Se va a caer de culo.

Yo niego exasperada, porque ya les he dicho mil veces que Zarek es solo un amigo, pero por dentro doy un pequeño grito de emoción y los nervios me embargan. Las mariposas empiezan a revolotear en mi estómago.

Me siento guapa y estoy con mis amigas. Por una vez me olvido de monstruos, de invocaciones, de cegueras y de responsabilidades. Todo es perfecto.

# Capítulo 47

## Zarek



Oigo el sonido de unos tacones en el suelo y levanto la cabeza de golpe. Kálix y yo estamos delante de la residencia de las chicas, listos para ir a la fiesta de Nyke. Delante de mí, Astrid se acerca hacia Kálix con un vestido rojo corto y ajustado y el pelo recogido en un moño alto. Cuando nos ve, camina rápidamente hacia Kálix, que la besa apasionadamente. Dejo de mirarlos al instante porque, aunque me alegro por ellos, es demasiado íntimo para mí y no puedo evitar imaginar lo mismo con cierta pelirroja que siempre está en mis pensamientos. No puedo permitir que me pase en público lo que me ha pasado esa mañana.

Detrás de Astrid, Calla y Halia se acercan a nosotros mientras charlan animadamente, y también llevan un vestido corto y tacones. Trago saliva y cuando oigo otro par de tacones más intento mentalizarme de lo que voy a encontrarme cuando vea a Xandra.

Pero no hay tiempo suficiente en el mundo para mentalizarme de lo que sale por esa puerta. Al lado de mi hermana, cogiéndola del brazo, veo a la mujer más perfecta y sensual que he visto en mi vida, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para que no se me doblen las rodillas y seguir respirando de manera normal.

Suelto el aire de golpe y me reajusto el pantalón lo más sutilmente que puedo. Xandra lleva el pelo suelto y rizado con elegancia, los labios carnosos pintados de color rojo y un vestido negro corto —muy corto— que se le pega al cuerpo como si fuera una segunda piel y deja al descubierto unas piernas pálidas pero bien torneadas, por todo el ejercicio.

Como siempre, Xandra parece detectar mi presencia, porque gira la cabeza levemente hacia donde estoy y me sonríe con esa sonrisa de alegría que me vuelve loco. Las dos chicas se paran enfrente de mí e intento recuperar el habla el tiempo justo para actuar como una persona normal.

—Te dejo aquí a tu chica —me dice Yalena con segundas, y un

delicioso rubor le baja a Xandra de las mejillas al escote.

Levanto los ojos de golpe. Yalena suelta una carcajada burlona, pero yo la ignoro. Cojo la delicada mano de Xandra y la poso en mi codo.

—Estás… estás… —Intento encontrar un adjetivo que le haga justicia, pero todo me parece demasiado poco—. Preciosa. Estás preciosa. Bueno, siempre lo estás. Pero hoy…

Vuelvo a quedarme sin palabras y decido que es mejor callarme antes de seguir haciendo el ridículo. Ella sonríe anchamente y alarga la mano deliberadamente hacia mi pecho para acariciarme la ropa con cuidado. La dejo hacer con el aliento contenido.

—Te has puesto camisa. Seguro que tú también estás muy guapo —me dice ella y yo río suavemente.

Le doy un beso en la frente y un olor a fresas me llega a la nariz. El olor del champú de Xandra me excita sobremanera y tomo una bocanada de aire fresco para evitar seguir con ese olor tan adictivo en mi cabeza.

Caminamos hacia nuestra residencia y no puedo evitar repasar a la pelirroja con la mirada un par de veces.

—¿No te has cogido el bastón? —le pregunto.

—No quería llamar la atención —me confiesa con las mejillas sonrojadas.

—Pues siento darte una mala noticia, pero con este vestido vas a llamar mucho la atención. Créeme —se me escapa antes de que pueda callarme, y ella se sonroja aún más, pero sonríe.

Cuando llegamos a la terraza de la residencia la música suena a todo volumen por los altavoces. Aquí en la gran ciudad de Ignosia la tecnología está mucho más avanzada que en los pueblos de la isla.

Xandra abre la boca alucinada y sonríe. Me dice algo, pero no la oigo. No me hace falta entenderlo, porque se lo veo en la cara. Está sorprendida por la música en los altavoces y contenta de estar aquí. Sonrío sin poder evitarlo.

La sonrisa se me borra rápidamente cuando veo a Nyke acercarse a través de la multitud hacia mi chica. «No es tuya», me recuerdo. Y creo que me lo voy a tener que recordar un par de veces más antes de que termine la fiesta, porque he visto a más de uno mirarla de arriba abajo.

—¡Xandra! ¡Estás increíble, nena! —le dice Nyke cogiéndola de la mano y dándole una vuelta sobre sí misma.

Me sube el calor al cuerpo y no sé si es por la rabia de ver a ese idiota babeando encima de Xandra o porque le acabo de ver la espalda descubierta por primera vez y solo quiero morder cada trozo de piel que veo.

Me quedo callado mientras Xandra saluda a Nyke y me repito que

ella y yo no somos nada y que puede hacer lo que quiera como si fuera un mantra.

—Espera, te traigo algo de beber —dice Nyke con una sonrisa.

Escaneo la multitud y veo a Yalena bailando con un chico —típico — y a Astrid y a Kálix montándoselo en la pista de baile. De nuevo, aparto la mirada de esos dos. Kálix se merece ser feliz y ha estado obsesionado de Astrid desde primero.

Calla y Halia se acercan a nosotros.

—¡Xan, ven a bailar con nosotras! —dice una de ellas, siempre las confundo.

—No, gracias. Aún no me apetece —responde Xandra educadamente.

Las chicas asienten y se van a bailar, y Xandra se queda de pie en medio de la gente, con una mano en el codo y una postura incómoda.

Un chico le da un empujón sin querer y ella da un par de pasos hacia atrás inconscientemente, hasta chocarse conmigo. Pongo mi mano en su cintura en un gesto protector y me sonríe. La tensión deja su cuerpo y no puedo evitar erguirme recto con orgullo ante su reacción. Aprieto mi mano en su cintura con cariño para que sepa que no pienso dejarla sola y se relaja del todo.

—¿No quieres bailar con las chicas? —le pregunto, aunque creo saber el porqué.

—Me da vergüenza —me confiesa con las mejillas encendidas, y yo sonrío por haberlo adivinado.

—Tal vez esto te ayude —dice Nyke que acaba de aparecer con un gran vaso. Se lo da a Xandra que lo huele con cuidado.

—¿Qué es?

—Es de frutos rojos —explica Nyke.

—¿Lleva alcohol? —le pregunto, y Nyke suelta una sonrisa traviesa que me pone de los nervios.

—Por supuesto.

—¿Y no pensabas que valía la pena mencionárselo cuando te ha preguntado de qué era la bebida? —le digo en tono cabreado.

Este tío me saca de mis casillas. La pequeña mano de Xandra se posa en mi pecho en una silenciosa petición de que me calme y le hago caso.

—¿Lleva más alcohol que zumo? —le pregunta Xan a Nyke, pero él ni le responde.

Ya está hablando con otra persona y se va sin decirle nada. Idiota. No se merece ni dos segundos del tiempo de mi Xandra. «No somos nada. Puede hacer lo que quiera», vuelvo a recordarme.

—Se ha largado —le digo y le cojo el vaso de las manos antes de darle un suave sorbo, intentando identificar cualquier sustancia extraña ajena al alcohol.

—¿Qué haces? —me dice ella.

—Comprobar que nadie te ha metido nada en la bebida —le respondo, y le devuelvo el vaso, pues no tiene nada extraño.

—Me lo ha dado Nyke. Por supuesto que no tiene nada —se queja indignada.

Si yo le voy a buscar una bebida me aseguro de que no pierdo de vista el vaso desde que lo llenan hasta que llega a sus manos, y sé que Nyke no le ha puesto nada, pero no estoy seguro de que haya hecho lo mismo, así que pienso comprobarlo igualmente. Por supuesto, no le digo todo esto, porque no quiero asustarla.

—Lo sé —le digo en tono apaciguador—. ¿Quieres que te busque otra bebida sin alcohol? —le pregunto, pero ella niega.

Se queda quieta un rato, hasta que finalmente levanta el vaso y pega un buen trago.

—Nunca he bebido, pero quiero divertirme, y aunque no sé cómo me va a afectar, sé que no dejarás que me pase nada —dice con una sonrisa dulce, y me cuesta no cogerla para probar esos labios rojos.

—Eso nunca, pelirroja. No te pienso perder de vista —le aseguro, y sé que no me va a costar nada mantener esa promesa.

Halia y Calla vuelven a acercarse y empezamos a charlar los cuatro. Nos reímos de Kálix y de Astrid, que parece que están en su mundo, y le echo un vistazo a mi hermana, que sigue bailando con el mismo chico de antes, para asegurarme de que todo va bien.

Noto una mano en mi costado y me giro hacia Xandra que se pone de puntillas para hablarme.

—¿Me traes otra? —me pide, señalando su vaso. Asiento y le doy un beso en la frente antes de cogerle el vaso de la mano.

Me acerco a la barra y pido otro vaso de frutos rojos para Xandra, vigilando al chico que vierte la bebida como un halcón hasta que la deja en mi mano. Cuando me giro y miro a través de la habitación las chicas no están y paseo mi mirada por toda la habitación hasta que las encuentro. Están bailando en el centro de la pista y todos los chicos de alrededor las están mirando. Son claramente las más bonitas de la fiesta. En particular una.

Cuando veo que un chico se le pega mucho por detrás me paro en seco y algo de la bebida me cae en la mano. «No somos nada» me recuerdo, «no somos nada». Si quiere bailar, bailará. Aunque tenga que atarme a una mesa para no interrumpirla.

Pero Xandra no quiere bailar con el chico y se da la vuelta para rechazarle amablemente. Cuando vuelve a darse la vuelta para seguir bailando con sus amigas el chico se le vuelve a pegar, Me contengo para no acercarme y dejo que ella lo solucione sola. Sabe apañárselas solita y yo estoy ahí por si la cosa se descontrola. Xandra le repite que no quiere bailar y le aparta con un gesto más seco. Yalena le pasa un

brazo por la cintura y le dice al chico que se pierda.

Él levanta las manos en gesto de inocencia y se va refunfuñando. Me relajo ligeramente cuando veo que se va y sigo observando a las chicas en silencio. No puedo evitar sentirme orgulloso de lo mucho que ha evolucionado Xandra en estos meses. Al cabo de un momento me acerco a ella, avisándola de mi presencia y le alargo la bebida y las chicas deciden tomarse una pausa del baile —por suerte para mi paz mental—. Nos quedamos en una esquina en las que hay una mesa alta y unos taburetes.

Me siento en uno de los taburetes altos y apoyo mis codos en la mesa, sin poder apartar la vista de Xandra. Las chicas charlan entre ellas y van bebiendo, y creo que cada vez se notan más los vasos de alcohol, porque Xandra está más desinhibida de lo que la había visto nunca: gesticulando alegremente, chillando, riendo e incluso bailando con los movimientos de cadera más sugerentes que he visto en mi vida. Miro a mi alrededor y me fijo en la decoración y las mesas. La verdad es que Nyke se lo ha currado con la decoración de la azotea.

Como invocado por el mismísimo Ajax, Nyke aparece y se acerca a las chicas. Ellas le sonríen alegremente y están un rato charlando. Cuando Xandra echa la cabeza para atrás y suelta una carcajada aprieto la mandíbula. ¿Qué la ha hecho reír tanto? ¿Por qué tenía que hacerla reír él? Me gustaría acercarme para oír lo que dicen, pero no quiero ser agresivo. Ella me quería aquí para asegurarme de que estaba cómoda, no para aguarle la fiesta.

Nyke le coge la mano y le hace un gesto hacia la pista de baile. «No somos nada» me repito. Cierro los puños con fuerza. Ella sonríe, pero niega con la cabeza. Nyke se acerca a ella y le susurra algo en la oreja. Ella se lo queda mirando, finalmente asiente y coge su mano para ir a bailar. «No somos nada, no somos…». Nyke se gira para mirarme y me guiña un ojo. «Hijo de puta».

Cuando llegan a la pista de baile, Xandra empieza a mover las caderas y a dar saltos al ritmo de la música. Nyke le da una vuelta sobre sí misma y la aprieta contra él. Ella se ríe, pero vuelve a apartarse sin dejar de bailar. «No somos nada, no somos nada, no somos nada…».

—Hola, Z —oigo una voz femenina a mi lado y giro un segundo la cabeza para ver quién es.

Una compañera de clase. Me muerdo la lengua para no decirle que no me llame así. Solo Kálix me llama así.

—Ava.

La saludo con un gesto de barbilla y vuelvo a mirar hacia Xandra. Prefiero centrar mi vista en la pista de baile, porque no me fío de Nyke ni de sus manos de pulpo, pero me convenzo para mirar hacia otro lado, consciente de que Xandra puede apañarse sola con su

amigo. Cuando vuelvo a mirarlos siguen bailando y Nyke le está diciendo algo al oído.

Me parece oír ausentemente que Ava me habla, pero no tengo ni idea de lo que me dice. No la miro hasta que noto la mano de Ava en mi brazo.

La miro de repente y aparto el brazo.

—¿Qué?

—Que si quieres bailar —me dice con una sonrisa que supongo pretende ser seductora.

—Ava… —empiezo a decirle que no.

«Ni en un millón de años» se parece más a lo que estoy pensando, pero no quiero ser grosero. Ava es buena chica. Guapa. Pero no es Xandra.

Una voz que conozco muy bien me interrumpe y de repente el cálido y pequeño cuerpo de Xandra está de pie entre mis piernas. Su mano se posa en mi pecho en gesto posesivo y se me acelera la respiración al ver cómo le dedica una sonrisa dulce pero fiera a Ava.

—Hola —dice Xandra animadamente.

—¿Tú quién eres? —le pregunta Ava con cara de asco y yo frunzo el ceño, pero Xandra no pierde su sonrisa.

Su mano sube y me pasa el brazo por el cuello. Pongo mi mano en su cintura. Si alguien nos viera ahora mismo se pensaría que estamos juntos… y me encanta.

—Xandra Katsaros —dice ella y le alarga la mano para que Ava la estreche. Ava lo hace a regañadientes—. ¿Y tú eres?

—Ava Sarris —responde ella—. Bueno, ya nos veremos en clase, Z.

Ava se aleja y noto la mano de Xandra agarrarse con más fuerza a mi cuello de forma inconsciente. La miro y ella me mira a mí. Enarca una ceja oscura.

—¿Z? —pregunta en tono tenso—. ¿Por qué te llama *Z*?

No puedo evitar sonreír. Me gusta ese tono. Me gusta que me toque así cuando una chica intenta ligar conmigo. No debería gustarme. Pero me gusta.

—Es una compañera de clase —le explico.

—¿Es guapa? —pregunta como quien no quiere la cosa.

—Lo es —afirmo, porque objetivamente hablando lo es, y ella frunce el ceño. No debería gustarme tanto lo que está pasando.

—¿Saliste con ella? ¿Es por eso por lo que te llama Z?

Sé que ha bebido y que normalmente no me diría nunca nada así, pero no puedo evitar estremecerme de deseo ante ese tono de voz.

—¿Estás celosa? —Le acaricio la cadera.

—¿De ella? ¿Por qué? —me pregunta indignada y aparta la mano de mi cuello. Le cojo la muñeca en el aire.

—No he salido con ella. No me gusta. No me ha gustado nunca. Es

solo una compañera de clase. Es la primera vez que hablamos más de cinco minutos. Me llama Z porque se lo habrá oído decir a Kálix. Él es el único que me llama así. El único —le explico con seriedad.

Me gusta que esté celosa, porque significa que no le soy indiferente, aunque no sepa hasta qué punto, pero no quiero que se sienta insegura y mucho menos sobre lo que siento por ella.

Sus facciones se dulcifican y le suelto la mano, que vuelve a posar sobre mi cuello. Sonrío con satisfacción. Sigo acariciándole la cadera con suavidad por encima del vestido. De repente se me acerca y noto sus pechos pegados contra mí. Su aliento me roza la oreja.

—¿Quieres bailar? —me susurra. Me estremezco.

«No hay nada que quiera más en el mundo», pienso. Y luego se lo digo al oído.

# Capítulo 48

## Zarek



Me doy cuenta de que he mentido cuando llegamos a la pista de baile y Xandra me pasa los brazos por el cuello, pegándose a mí. Bailamos durante unos minutos muy pegados y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no excitarme más de la cuenta.

Poso mis manos en sus caderas y acompaño sus movimientos sensuales, casi sin respirar. Sí que hay una cosa que quiero más en este mundo que bailar con ella: besarla. Tocarla. Hacerle el amor. Daría lo que fuera por cualquiera de estas cosas. Lo que fuera.

Cierro los ojos, porque la tentación del cuerpo de Xandra meneándose delante de mí es más de lo que puedo soportar, y, cuando pensaba que no puede haber tortura peor, se da la vuelta y sigue con sus movimientos de caderas, pero con su trasero pegado a mí.

Como un auténtico masoquista, paso un brazo alrededor de su cintura y la pego aún más. Inconscientemente mi mano va a su cuello y ella mira hacia mí. Sus labios rojos me tientan, pero me freno, porque bailar con ella es donde pongo mi límite. Está borracha. Nunca haría nada de esto si no hubiera bebido tanto, y no pensaba aprovecharme de ello. Estaba ahí para hacerla sentir cómoda, no para aprovecharme de su embriaguez.

Decido aprovechar ese segundo de lucidez, antes de que la lujuria y la tentación de su cuerpo me hicieran perder de nuevo la cordura. Me aparto de ella.

Xandra mira hacia mí y me sonríe con más sensualidad de la que ella misma cree poseer.

—¿Ya te has cansado? —me pregunta con una media sonrisa.

No me puedo resistir y pongo mi mano en su nuca.

—Podría aguantar toda la noche, preciosa —le respondo con la voz ronca, y sé que no estoy hablando solo de bailar. Ella sonríe anchamente y levanta las manos para ponerlas en mi cuello.

—Pues yo estoy un poco mareada —confiesa, pegándose bien a mí —. ¡La habitación da vueltas!

—¿Quieres ir a sentarte un rato? ¿O prefieres que nos vayamos?

Ella frunce los labios en un gesto pensativo y trago saliva.
—Lo segundo —responde finalmente.
—¿Qué? —le pregunto, pues, despistado con sus labios, había olvidado lo que le había preguntado— ¿Te quieres ir? —pregunto de nuevo para asegurarme.
—Sí.
Yo asiento y le pongo una mano en la cintura mientras la acompaño fuera de la pista de baile.
—Mis amigas… —dice con voz débil.
—Ahora nos aseguramos de que estén bien —la tranquilizo. La cojo de la mano con la intención de posarla en el interior de mi codo, pero decido darme la pequeña licencia de ir con ella de la mano y entrelazo nuestros dedos.
Vamos por la sala y encontramos a Calla y a Halia que dicen que se van a dormir como nosotros, y a Yalena, que se está besando con el chico de antes. Parece que le ha gustado. Aparto la mirada asqueado cuando Xandra les interrumpe.
—Ve —le dice Yalena—. Y no me esperes despierta.
Pongo los ojos en blanco y me quedo con la cara del chaval. No hace falta que le diga nada, porque con la mirada de asesino que le echo ya sé que se encargará de que mi hermana esté bien.
Xandra se da la vuelta y me coge la mano de nuevo.
—¿Nos vamos?
Las chicas asienten.
—Espera, quiero despedirme de Nyke —dice Xandra, cuando le ve hablar con una chica de tercero. Se acerca a él y charlan unos segundos. Finalmente, ella le sonríe y se pone de puntillas para darle un beso en la mejilla. Él sonríe encantado. Cuando Xandra vuelve me coge de la mano de nuevo—. Vamos.
De camino a la puerta veo a Kálix y a Astrid y le hago un gesto con la cabeza señalando a Xandra. Le digo con los ojos que la acompaño y que estará a salvo y él asiente, le señalo a mi hermana con la cabeza y vuelve a asentir. Es lo bueno de tener un mejor amigo que te entiende sin que digas una sola palabra.
Salimos de la residencia y las chicas charlan hasta que llegan a la puerta de Calla y Halia.
—Muchas gracias por el vestido, Halia —le dice Xandra, y se abrazan.
—De nada. Hacerlo ha sido coser y cantar —responde ella contenta.
—Gracias por venir con nosotras a la fiesta —dice Calla—. Ha sido genial que estuvieras aquí.
Xandra sonríe.
—Me lo he pasado genial.

Las chicas se despiden y nos quedamos a solas. Seguimos andando hacia la habitación de Xandra y Yalena. Xandra va haciendo eses mientras apoya una mano en la pared del pasillo. La guío hasta su puerta y ella saca la llave de un bolsillito oculto de su vestido.

Cuando abre la puerta doy un paso hacia atrás y me meto las manos en los bolsillos. Recordándome que le prometí a Kálix que no daría el primer paso y que dejaría que Xandra me escogiera libremente antes de presionarla a hacer nada. Lo que significa que no puedo besarla. Bajo ningún concepto.

—Duerme conmigo —susurra Xandra.

Jadeo y doy un paso hacia delante.

—Xandra…

—Solo dormir —se apresura a especificar—. Duermo mejor cuando estoy contigo. Sin pesadillas.

Me siento idiota por tener el mismo debate interno que tuve ayer, cuando ya sé que le voy a decir que sí. Suspiro y entro en la habitación.

Xandra suelta un gritito de alegría. Me siento en su cama y me quito los zapatos. Me desabrocho la camisa y la dejo en el suelo antes de meterme en la cama con los pantalones puestos. No es lo más cómodo del mundo, pero es lo más seguro si tengo que dormir con la pelirroja otra vez. No quiero una repetición de lo de esta mañana. Dioses, qué vergüenza.

Evidentemente los Dioses no se sienten muy magnánimos, porque Xandra sale del lavabo con un pijama de tirantes y unos pantalones cortos que son casi más reveladores que el minivestido que llevaba. Y ya es decir mucho. Me recuerda a la primera vez que la vi con otros ojos, a principios de verano.

Xandra va directa a la cama y tantea hasta encontrarla. Se sienta en ella y se mete bajo las sábanas conmigo. Nos quedamos en silencio un rato, pero noto la energía saliendo por sus poros. Si antes tenía sueño, ahora ya se le ha pasado.

—¿Zarek?

—¿Sí? —le pregunto con curiosidad.

—Me lo he pasado muy bien en la fiesta. Gracias por venir —me dice y yo sonrío, aunque no me vea.

—Yo también me lo he pasado bien —le digo.

Y ha sido una tortura, pero me lo he pasado bien.

—¿Zarek?

—¿Sí?

—Creo que Nyke baila fatal, pero no se lo digas.

Suelto una carcajada y me doy cuenta de que el alcohol aún le afecta, porque es evidente que el filtro entre la boca y el cerebro todavía sigue desaparecido.

—Está bien. No se lo diré.
—¿Zarek?
—Dime, Xan.
—Me gusta tu risa —dice en voz baja y yo dejo de reír.
—¿De verdad? —pregunto casi sin aliento.
—Ajá —susurra.
Sonrío.
—¿Zarek?
—¿Sí, pelirroja?
—Mis amigas piensan que debería masturbarme —dice como quien no quiere la cosa.
—¡Por los Dioses, Xandra! —exclamo pegando un bote en la cama —. No me puedes decir estas cosas, joder.
—Es solo que no entiendo como… Nyke dijo que había trucos.
—Ni se te ocurra hablar con Nyke de esto —le digo con voz amenazadora y los pantalones apretándome al mismo tiempo.
—¿Los hay?
—¿El qué?
—Trucos.
—No hay trucos para… eso —le respondo incómodo y excitado a la vez—. Lo haces y ya.
—¿No debería estar excitada para hacerlo?
—Joder, Xandra… —exclamo, y me paso las manos por el pelo—. Supongo. Sí. Supongo.
Ya no sé ni lo que digo.
—¿Entonces debería hacerlo cuando esté excitada o excitarme para hacerlo?
Empiezo a ver doble de lo mucho que estoy aguantando la respiración.
—Cualquiera de las dos —le respondo con la voz ahogada.
—¿Y cuál es el procedimiento? ¿Pienso en alguien que me excite y luego me toco o no tengo que pensar en alguien? —pregunta con curiosidad y yo vuelvo a dar un bote en la cama al oír sus palabras.
—No es obligatorio.
—¿En quién piensas tú?
—Venga, ya está—digo en tono firme—. Pelirroja, basta. Te lo ruego. Vete a dormir.
Ella suspira y se da la vuelta con una sonrisa.
—¿Me abrazas? —pide, y sé que no pretende ser seductora, pero lo es.
—Hoy no —le digo con voz tensa.
Sigo demasiado excitado como para tener su trasero pegado a mi entrepierna.
—¿Por qué no? —pregunta mientras se pega a mí, pero es

demasiado tarde y nota mi erección. Me muerdo el labio—. Ah.

—Ya —le respondo, sin saber muy bien qué más decir.

En lugar de apartarse, Xandra se pega más todavía y suelta un suspiro de satisfacción.

—Buenas noches —dice con voz suave.

Yo sucumbo y le paso un brazo por la cintura para abrazarla a mí. De perdidos al río.

—Buenas noches —le respondo.

No sé si será una buena noche. Pero será una noche larga. Muy, muy larga.

# Capítulo 49

## Xandra



Cuando la luz me despierta intento darme la vuelta para que no me moleste y mi nariz acaba hundida en un cuello que huele a menta. Sonrío y vuelvo a dormirme durante unos minutos más. Finalmente, decido despertarme y me incorporo un poco.

A mí lado, Zarek suelta un gruñido cuando me muevo y se pone boca abajo para esconder la cara entre los cojines, lo que me da a entender que quiere seguir durmiendo un rato más.

Me río en voz baja y sin poder evitar la tentación paso mi mano por su hombro y subo hasta acariciarle la nuca. Enredo mis dedos en su pelo, que lleva suelto, y después le acaricio los lados rapados de la cabeza. Mi mano queda inmóvil cuando le oigo suspirar, pero no se mueve, así que sigo acariciándole el pelo y la nuca con cariño.

De repente, Zarek se da la vuelta para quedarse de costado y yo aparto la mano, con la cara roja.

—No pares —me pide él, con la voz ronca por el sueño.

Me quedo parada unos segundos, pero finalmente sucumbo y vuelvo a acariciarle la nuca. Zarek suelta un suspiro de satisfacción y sonríe.

—Buenos días —dice con una sonrisa en la voz. Yo también sonrío.

—Buenos días —le respondo, sin dejar de acariciarle el pelo.

—¿Ha dormido bien? —me pregunta, y yo asiento.

—Contigo siempre duermo bien —respondo sin pensar, y luego me pongo roja—. Al menos no he tenido ninguna pesadilla durante las últimas dos noches.

—Me alegro —responde él.

Nos quedamos en silencio y trago para aliviar un poco la sequedad que noto en la boca. Me doy cuenta de que también me duele la cabeza. Debo de haber puesto alguna cara rara, porque Zarek se da cuenta.

—¿Qué pasa?

—Nada. Tengo mucha sed y me duele la cabeza, pero supongo que es por el alcohol —le digo, para restarle importancia.

Él se queda unos segundos en silencio.

—¿Qué recuerdas… de ayer por la noche?

Me quedo helada y dejo de acariciarle la nuca.

—¿Q-qué quieres decir? —tartamudeo—. La verdad es que no recuerdo mucho… Sé que te pedí que te quedaras a dormir conmigo. Por lo de las pesadillas —digo con las mejillas sonrojadas.

—¿Solo eso?

—Bueno… Recuerdo llegar a la fiesta, recuerdo charlar con la gente, recuerdo beber, recuerdo haber saludado a Nyke… Creo recordar que bailé con él, aunque eso ya lo recuerdo de forma un poco borrosa…

—¿Algo más? —insiste, y empiezo a asustarme.

—¿Qué pasa? ¿Hice el ridículo o algo? ¿Me caí? ¿Me puse a bailar en una mesa? ¿Qué? —digo, intentando bromear, pero la verdad es que no me hace ninguna gracia.

Sigo acariciándole la nuca como si nada, pero es en ese momento en el que me viene un *flash* en la memoria de estarle acariciando la nuca en un gesto posesivo al oír la voz de una chica invitándole a bailar. Ava. Ava Sarris.

—Oh, no —susurro, horrorizada.

Le recuerdo a él preguntándome si estaba celosa y diciéndome que solo era una compañera. Recuerdo cuando bailamos. Muy pegados. Muy, muy pegados.

Recuerdo cuando me acompañó a mi habitación y le pedí que se quedara. Recuerdo todas las barbaridades que le dije antes de ir a dormir. Recuerdo notar su erección contra mí y pegarme bien a ella. Por desgracia lo recuerdo todo.

—No, no, no, no… —Me incorporo de golpe y tapo la cara con las manos. Las mejillas me arden y tengo ganas de llorar de la vergüenza que siento.

—Xandra, ¿qué pasa? —me pregunta Zarek, preocupado.

—¿Cómo puedes preguntarme qué pasa? —levanto la cabeza de golpe, sin creerme lo que oigo—. ¿Cómo puedes siquiera hablarme después de como me comporté ayer contigo? Dioses, el alcohol… Te juro que yo nunca habría… ¡Me quiero morir! —Vuelvo a ocultar la cara entre mis manos.

—Venga, no fue para tanto —dice él, intentando animarme.

Me acaricia la espalda, pero me aparto.

—¡Te hablé de cosas muy íntimas! Y tu compañera Ava… Dioses, lo siento tanto, Zarek. Te hice quedar en ridículo delante de una compañera de clase. Te juro que no sé lo que me pasó… —intento explicarme, pero si soy sincera conmigo misma, puedo imaginarme perfectamente lo que me pasó.

Mi yo alcoholizado actuaba instintivamente e intentó apartar a una

chica guapa de él. Sin ningún derecho, debo añadir.

—Xandra, basta. Escúchame —me interrumpe Zarek, y yo me quedo callada, aún con la sensación de tener un ácido corrosivo en el estómago—. No te preocupes por lo de ayer. No me hiciste quedar en ridículo. Fuimos a una fiesta, nos lo pasamos bien, bailamos y después de acompañé a tu habitación. Nada más.

Yo asiento, aún un poco preocupada, y, si soy sincera, un poco decepcionada de que eso sea todo lo que piensa él de la noche anterior.

Para mí había sido increíble bailar en sus brazos y sentirme, por una vez, como una chica normal que tenía posibilidades con su mejor amigo. Es evidente que estaba todo en mi cabeza, porque para él había sido una noche más. Nada especial.

—En todo caso debería ser yo el que te pidiera perdón —dice él, y su voz adquiere un tono avergonzado.

—¿Por? —pregunto sorprendida.

—Yo tampoco quería incomodarte con mi… reacción… a todas esas preguntas —dice en voz baja—. Ya van dos veces.

Tardo unos segundos en darme cuenta de qué está hablando, pero finalmente lo entiendo y me sonrojo furiosamente.

—¡No! Quiero decir… No pasa nada. Entiendo que es… algo natural —digo con la voz un poco ahogada por la vergüenza—. Fue culpa mía.

Nos quedamos en silencio.

—Gracias de nuevo por venir a la fiesta —le digo un poco incómoda, pero quiero que sepa lo importante que fue para mí. Aunque para él no tanto—. Me lo pasé genial y sé que no me habría sentido tan a gusto si no hubiera sabido que estabas ahí conmigo.

—No fue nada —dice él, restándole importancia, y yo sonrío débilmente y recojo mis rodillas con los brazos, incómoda.

—Debería irme —dice él, en tono abatido, como si quisiera quedarse más rato.

Aunque tal vez me lo imagine. No sería la primera vez que imagino lo que quiero y me creo que es verdad.

—Claro —le respondo.

Zarek suspira tan bajito que si no fuera por mi agudo sentido del oído no lo habría ni detectado. Se levanta de la cama y empieza a vestirse con la camisa que llevaba ayer por la noche.

Sé lo que pensarán las chicas de mi piso si le ven salir de mi habitación con la misma ropa de la fiesta, pero por una vez me da igual. Me da igual lo que piensen. Quiero que lo piensen, porque al menos así, aunque sea solo en la mente de la gente, será real.

Un beso en la frente me saca de mis pensamientos.

—Nos vemos, Xan —dice en voz baja, y oigo sus pasos alejarse

hacia la puerta y cerrarla.

Me tumbo en la cama, cansada y extrañamente triste. Sé que solo lo creía yo, porque estaba borracha, pero ayer por la noche lo nuestro parecía tan posible que hoy me siento como si me faltara algo. Algo esencial.

Cuando oigo unos golpes en la puerta, me levanto de golpe, pensando que Zarek se habrá olvidado algo o habrá venido a decirme algo, pero cuando abro la puerta y mi olfato detecta un olor masculino que no es el de Zarek mi ilusión se va al garete.

—No hace falta que te pongas tan contenta de verme —me dice Nyke en tono sarcástico.

Yo le sonrío lo más realistamente posible, aunque por dentro solo quiero tirarme en la cama y no moverme de allí en todo el día.

—Hola, Nyke.

—¿Qué es esa cara? ¿No te ha dejado satisfecha Tsakiris? —pregunta Nyke en tono burlón y yo frunzo el ceño.

—No sé de qué me hablas.

—¿No has dormido con él? —pregunta sorprendido.

—Sí, hemos dormido juntos. Solo dormido —le explico en tono serio. No es que sea de su incumbencia, pero es mi amigo y confío en él.

—¿Solo? Pero ayer cuando bailabais… Y como te miraba… Pensé que… Había venido a felicitarte y todo —dice Nyke, confundido.

—¿Qué? ¿Creías que iba a ser tan fácil? —le digo en tono burlón, aunque por dentro algo decepcionada—. Pues lo siento, pero ya te he dicho que no le gusto.

—Por supuesto que le gustas, pero es idiota —dice Nyke en tono exasperado—. Habrá que sacar la artillería pesada.

—¿A qué te refieres?

—Nada. Tú confía en mí. Conseguiremos que Zarek te declare su amor eterno, solo dame algo de tiempo.

—Venga ya —le digo, escéptica.

—Que sí. ¿Tienes planes para mañana por la noche? Bueno, da igual. Si los tenías, cancélalos.

—¿Por qué?

—Vamos a cenar juntos —dice, y oigo sus pasos alejarse hacia la puerta.

—¿Todo el grupo?

—No, tú y yo.

—¿Solos? ¿Por qué? —Cada vez estoy más confundida.

—Tú confía en mí, Pecas —me dice desde el umbral de la puerta, y luego se aleja.

—Nyke, ¿qué estás tramando? —le grito mientras se aleja, pero solo oigo su risa traviesa resonar por el pasillo.

# Capítulo 50

## Zarek



Estoy en clase de invocación y cada vez me cuesta más concentrarme cuando veo la cara arrogante de Nyke delante de mí. Tengo que invocar a un monstruo para que luche contra el de él, pero no consigo visualizar al Togrash que tiene que vencer al Xhetaros de Nyke, porque lo único que visualizo cuando cierro los ojos es a Nyke bailando con Xandra en la fiesta, con sus manos encima del cuerpo de ella, y a Nyke en las escaleras del cuarto piso de la residencia de Xandra. ¿Qué hacía allí? ¿Había ido a verla?

Cuando por fin consigo invocar al monstruo de clase Delta, que es la clase de monstruo más alta que un alumno ha conseguido nunca invocar, Nyke ya tiene a su monstruo de clase Ómicron listo para luchar.

Observo medio distraído al Togrash que aparece delante de nosotros: con las cuatro patas llenas de pinchos, el cuerpo cubierto de escamas y una cola de escorpión, cuyo aguijón contiene un veneno mortal. El otro monstruo, el Xhetaros, es una especie de serpiente gigante que tiene unos colmillos afilados y cuyo veneno paraliza al enemigo.

Los dos sabemos que mi monstruo vencerá al suyo, y a cualquiera contra el que me hagan luchar, pero también sabemos que cuanta más alta es la clase de monstruo que invocas, más concentración se necesita para controlarlo. Lo que significa que solo podrá vencerme, si consigue distraerme.

—Es bonita la habitación de Pecas —dice Nyke, como quien no quiere la cosa—. Un poco vacía. Le compraré unas flores para que las ponga en un jarrón.

Cierro la mandíbula con fuerza y me centro en mantener el control sobre el Togrash, lo que significa que ignoro a Nyke, pero él no se da por vencido.

—De hecho, ya que estamos hablando del tema, quería hablar contigo sobre algo —continúa él, con esa sonrisa de suficiencia—. Tú

eres su amigo, ¿verdad? —Hace hincapié en la palabra *amigo* y cierro la mandíbula con tanta fuerza que creo que se me van a romper—. ¿Sabes cuáles son sus flores favoritas? No quisiera presentarme a nuestra cita con las manos vacías… ¿Le gustan más las flores o los bombones?

Aunque intento evitarlo pierdo el control de mi Togrash y el monstruo desaparece en la otra dimensión. Los compañeros que se han reunido a nuestro alrededor para ver la pelean cuchichean, decepcionados. A mí no me importa, porque hay otra cosa que me parece más urgente ahora mismo.

—¿Cita? ¿De qué coño hablas? —le pregunto en tono agresivo. El Xhetaros de Nyke también desaparece mientras se acerca a mí lentamente.

—¿No te lo ha contado? Pensaba que como erais tan amiguitos te lo habría dicho… —Cierro los puños con tanta fuerza que me clavo las uñas en las palmas—. Ayer la invité a salir, y aceptó.

—¿A salir? —La voz me sale casi como un gruñido animal y sé que mi control pende de un hilo.

—Sí, esta noche. Ya sabes… Cena bajo las estrellas y un beso el umbral de la puerta al final de la velada. Aunque si tengo suerte tal vez me invite dentro para algo más que un beso… —alardea él, y pierdo el poco control que me quedaba. Me planto en dos pasos delante de su cara y le señalo con el dedo.

—Aléjate de ella —le amenazo—. Te juro que como la toques sin consentimiento…

—¿Y si es ella la que me pide que la toque? —me desafía Nyke.

«No somos nada, no somos nada, no somos nada…». Me repito mi mantra internamente para no arrancarle la cabeza a Nyke. Pero es demasiado tarde, porque vuelve a abrir la bocaza:

—¿Sabes si es virgen? No sería la primera vez que estoy con una, pero es para ir preparado.

Eso ya es demasiado para mi autocontrol. Le salto encima con un rugido gutural y lo tumbo al suelo de un placaje. Mi puño conecta con su mandíbula justo cuando oigo la voz de Kálix gritando mi nombre. Al cabo de unos segundos Kálix me separa de él y yo forcejeo, así que vienen dos compañeros más hasta que me calmo un poco.

Nyke se levanta del suelo y tiene un ojo morado y el labio inferior ligeramente partido, pero está sonriendo, como si hubiera conseguido exactamente la reacción que esperaba conseguir. Menudo imbécil.

La clase se termina justo a tiempo, porque estoy a punto de volver a pegarle. Salgo de ahí aún cabreado y me dirijo a la cafetería, pasando de largo la cola de la comida, porque sé que no voy a comer nada.

Me siento en la mesa donde están las chicas y Xandra me sonríe al

notar mi presencia, pero la sonrisa se le apaga un poco al ver que no la saludo con la efusividad que le dedico normalmente. No puedo evitar sentirme un poco traicionado por el hecho de que vaya a tener una cita con él después de la noche que pasamos en esa fiesta. Después de haberse plantado entre mis piernas y pasarme el brazo por el cuello como si quisiera gritarle al mundo que soy suyo.

Justo en ese momento oigo unos gritos ahogados que me sacan de mis pensamientos.

—¡Nyke! ¿Pero qué te ha pasado en la cara? —exclama Yalena. Maldigo al imbécil por tener la osadía de venir a mi mesa después de lo que me ha dicho.

—¿Qué le pasa? —pregunta Xandra preocupada.

—¡Tiene el ojo morado! ¿Te has peleado con un Nevra o qué? —pregunta mi hermana.

—Parecido —responde Nyke mirándome, pero en tono de broma—. Zarek se ha emocionado un poco durante el entrenamiento.

Me muerdo la lengua para no decirle cuatro cosas.

—¿Zarek? —pregunta Xandra confundida—. ¿Se lo has hecho tú?

—Está exagerando —le respondo secamente.

Lo que realmente quiero decirle es que se merecía algo peor, pero no quiero que oiga lo que él me ha dicho. Solo heriría sus sentimientos.

Ella no responde y yo me doy la vuelta en el banco y me giro para mirar hacia el resto de la cafetería. Si tengo que ver a ese idiota un segundo más retomaré lo que he empezado en la clase.

Estoy tan metido en mis pensamientos que me sobresalto cuando noto una mano pequeña en mi brazo. Xandra se ha acercado a mí y me mira con gesto preocupado. Aprieto la mandíbula y vuelvo a mirar enfrente. Está demasiado guapa para seguir mirándola y siento cosas tan contradictorias que no quiero arriesgarme a actuar impulsivamente. El resto están hablando entre ellos y creo que Kálix y Astrid acaban de llegar, pero no les presto demasiada atención.

—¿Estás bien? —me pregunta Xandra preocupada.

—Sí —respondo sin mirarla, en tono seco.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —susurra con un hilo de voz, y en ese momento me doy cuenta de que estoy siendo muy injusto con ella.

Me he repetido mil veces que Xandra y yo no tenemos nada, pero parece que el mensaje no hace mella, porque la culpo de mis estúpidos celos como si lo tuviésemos. Como si no estuviera en su derecho de hacer lo que le diera la real gana con quien le diera la real gana. Me siento un auténtico idiota.

—Claro que no, pelirroja —le digo en un tono más dulce—. Ven aquí.

Paso mi mano por debajo de su melena y la cojo de la nuca para atraerla contra mi pecho. Oigo su suspiro de alivio y me abraza con fuerza. Le doy un beso en la coronilla y cierro los ojos mientras el olor de su champú me embarga los sentidos. Si ella prefiere salir con otro chico, entonces tengo que respetar su decisión. Aunque sea con el imbécil de Nyke.

—Lo siento mucho —le susurro—. Estoy enfadado conmigo mismo y lo he pagado contigo.

Sus brazos en mi cintura me aprietan con más fuerza aún.

—No pasa nada. Si necesitas hablar ya sabes dónde estoy.

Vuelo a besarle el pelo y me aparto de ella con un «gracias», pero sin decir nada más. Si vuelvo a abrir la boca acabaré preguntándole cosas que no debería y no me debe ninguna explicación. «No somos nada», me repito. «No somos nada». Tal vez si me lo repito cincuenta veces más, mi corazón se pondrá al día con mi cerebro.

Puede. Tal vez.

# Capítulo 51

## Zarek



Rodeo la pesada bolsa que cuelga del techo del gimnasio y le pego con fuerza mientras el sudor me resbala por la frente. Xandra sonriéndole a Nyke. Derecha, izquierda, derecha. Xandra bailando con Nyke. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Xandra besando a Nyke delante de la puerta de su habitación. Derecha, derecha, derecha, derecha, derecha…

Me abrazo al saco mientras intento controlar mi respiración. Cierro los ojos con fuerza para evitar las imágenes que mi cerebro masoquista no para de proyectar en mi mente.

Xandra estará ahora mismo cenando con Nyke. En una cita con él. Riendo con él. Hablando con él. ¿Le estará hablando de sus padres? ¿De lo que le pasó de pequeña? ¿Le estará hablando de su infancia? ¿Le dirá que tiene pesadillas? ¿Le pedirá a partir de ahora que duerma con ella?

Suelto un grito de fastidio y me llevo las manos a la cara. Me froto los ojos con frustración para que las imágenes desparezcan.

Me acerco al banco en el que estuve con Xandra hace unas semanas y recuerdo su cuerpo pegado al mío mientras le explicaba cómo pegar un puñetazo. Ese día por poco pierdo el control y la beso. Y tal vez debería haberlo hecho, y a lo mejor así no estaría cenando con otro. Dioses, me voy a volver loco.

Me siento en el banquillo y me paso las manos por el pelo mojado. Me quedo mirando el suelo mientras recupero un poco el aliento. Estoy replanteándome mi existencia cuando oigo la voz de mi hermana:

—¡Ahí estás! Te he buscado por todas partes. ¿Se puede saber qué demonios te pasa por la cabeza?

Parece enfadada. Intento repasar los últimos días para saber si he hecho algo que la haya podido llevar a ese nivel de furia incontrolada.

—¿Qué pasa? —le pregunto en tono neutro.

Quiero que me importe lo que sea que haya hecho, pero ahora mismo mi mente tiene otras cosas de las que preocuparse. Como el

hecho de que la chica de la que estoy enamorado esté cenando ahora mismo con uno de los chicos más populares e interesantes de la UdI.

—¿Que qué pasa? ¿Cómo que «qué pasa»? Xandra ha salido hace rato —dice exasperada y enfadada, y eso solo hace que cabrearme. ¿No cree que ya lo estoy pasando suficientemente mal?

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Vienes a restregármelo?

—¡Vengo a que muevas el culo! —me grita enfadada. Me levanto del banquillo—. ¿En serio vas a permitir que vaya a esa cita?

—¿Qué coño quieres que haga? ¡Si pudiera hacer algo ya lo habría hecho, pero esto no depende de mí! No hay nada que tenga que permitir, porque no es decisión mía. Es decisión suya y tengo que respetarla —le grito desesperado.

¿Cómo se atreve a decirme que lo estoy *permitiendo* cuando me está costando Dioses y ayuda no salir corriendo y llevármela de ahí en volandas? ¿Cómo se atreve a decirme que tengo que impedirlo cuando estoy haciendo todo lo posible por respetar su voluntad?

—Xandra ya ha sufrido demasiadas cosas en las que no ha podido decidir y no necesita a un chico controlador diciéndole lo que puede o no puede hacer. Siempre la animaré a tomar sus propias decisiones, aunque me muera por dentro —explico, con la mandíbula apretada.

—¡No es una decisión si no sabe las opciones que tiene! —me grita Yalena cabreada.

—¿De qué cojones estás hablando?

Estoy tan exasperado con mi hermana que no sé cómo no la mando a paseo.

—¿Le has dicho que te gusta? —La pregunta me descoloca totalmente y mi enfado desaparece.

—¿Qué?

—¿Le has dicho que te gusta? ¿Le has dicho que quieres estar con ella? —me repite a la vez que me desafía con la mirada.

Me quedo callado unos segundos.

—Yo… Yo… N-no hace falta que lo diga. Es evidente. Todo el mundo sabe que estoy obsesionado con ella —tartamudeo.

¿Cómo podía no saberlo? No he hecho nada más que estar con ella en todo momento. Cada vez que tenía un segundo libre lo pasaba con ella.

—Te juro que hay veces en las que te quiero pegar —me susurra Yalena, y yo la miro indignado—. ¡Xandra no tiene la misma información que todo el mundo! ¡A eso me refería! ¿Te crees que es adivina? Estás aquí sentado poniendo morros sin hacer nada, hablándome de no sé qué *elección* cuando no le has dicho en ningún momento lo que sientes por ella. Dices que está eligiendo y que tienes que respetarlo, pero no se puede tomar una decisión sobre algo si no sabes cuáles son las opciones. ¡Por la Misericordia, Zarek! ¡Es una

cuestión de lógica!

Se me hiela la sangre. Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. Estaba tan obsesionado en dejar que Xandra me eligiera libremente y que diera el primer paso para no presionarla que se me había olvidado lo más importante: decirle lo que siento.

—Soy un estúpido —le susurro a Yalena, mientras me froto la cara con frustración—. ¡Dioses! ¿Cómo puedo ser tan estúpido?

—Llevo años haciéndome la misma pregunta, hermanito —responde Yalena en tono burlón pero cariñoso.

—¿Y si ya es demasiado tarde? —El pánico me invade y me pasan por la cabeza todos los momentos en los que he visto a Xandra y a Nyke juntos—. Tengo que ir a buscarla ahora mismo —digo con determinación mientras me dirijo a la puerta—. Tengo que ir ahora mismo y decirle que… —Me freno en seco cuando me doy cuenta de que no sé dónde están. Doy la vuelta y miro hacia Yalena con desesperación.

—Jardines. Área 3 —responde ella antes de que pueda preguntarle nada.

—Te quiero, Yalena —le digo sinceramente. No sé qué haría sin ella.

—Vale, pero lárgate ya —Sus ojos se dulcifican y me sonríe. Empiezo a correr hacia la puerta—. ¡Buena suerte!

Ni siquiera le respondo mientras corro como alma que lleva el Alfa hacia los jardines en los que Xandra está cenando ahora mismo con Nyke. Mientras me dirijo hacia allí suplico a los Dioses no encontrármelos besándose, porque no sé si es una visión que pueda soportar. Sobre todo, porque sería culpa mía por no haber hecho las cosas bien desde el principio.

Cuando llego al área de los jardines me acerco lentamente cuando diviso dos formas en la lejanía sentadas en la hierba. El pelo de Xandra es de un color inconfundible, y me reconforta saber que están sentados a una distancia amigable el uno del otro, pero no íntima.

Es al ver ese picnic bien preparado con su manta a cuadros y su cesta de comida, y a Nyke vestido con una camisa que me doy cuenta de que no podía haber escogido un peor momento para decirle lo que siento a Xandra.

No porque esté interrumpiendo una cita —eso es más una ventaja que un inconveniente—, sino porque estoy sudado, vestido con la ropa de entrenar y no llevo ni una triste flor para darle. Aunque, siendo sincero, llevar un ramo de flores a una chica que está en medio de una cita con otra persona es excesivo incluso para mí, que llevo meses enamorado de ella.

Decido que no hay solución posible al dilema y que no puedo perder el tiempo para ir a ducharme y vestirme como los Dioses

mandan, porque entonces podría ser demasiado tarde. De hecho, incluso ahora podría ser demasiado tarde.

Me acerco a ellos corriendo y cuando llego no he ni recuperado el aliento. Nyke me ve acercarme desde lejos y me parece verlo sonreír, lo cual me parece una reacción muy extraña, pero lo ignoro.

—Xandra —digo con la respiración agitada cuando llego—. ¿Podemos hablar?

—¿Zarek? —Xandra parece sorprendida de oír mi voz y no me extraña. Vuelvo a sentirme un poco mal por estar interrumpiendo en el último momento.

Xandra se sacude las migajas de la falda y se levanta de la manta con cuidado. Cuando se acerca a mí alarga una mano para saber dónde estoy y se la cojo con cuidado. Me sonríe y me abraza durante un segundo.

—Estás sudado. ¿Estabas entrenando? —Me quedo mirando esa sonrisa y me olvido hasta de responderle.

No puedo creerme que no sepa lo que siento por ella. Sé que nunca se lo he dicho, pero ¿cómo puede ser que no lo haya adivinado? No veo a nadie más cuando estoy con ella. De hecho, no veo a nadie más… nunca.

—¿Va todo bien? ¿De qué querías hablarme? ¿Es por lo de este mediodía? —me pregunta preocupada.

—Sí. Bueno, no del todo. ¿Podemos hablar en privado? —le pregunto.

—Es importante, ¿verdad? No quisiera ser grosera —dice señalando hacia donde Nyke nos observa tranquilamente desde el suelo.

Tiene las dos manos apoyadas en la hierba y parece completamente despreocupado. No es la actitud que tendría yo si un idiota se atreviera a interrumpirme en una cita con Xandra para tirarle los tejos. O es el idiota más seguro de sí mismo del mundo… O es un idiota a secas.

—Serán solo cinco minutos y te prometo que, si después quieres que me vaya, me iré —Xandra se ríe en voz baja, pensando que es una broma, pero pone su mano en mi mejilla y nota lo serio que estoy, así que asiente.

—Está bien, hablemos ahora.

Se da la vuelta para decírselo a Nyke, pero él ya se ha levantado y ha recogido todo.

—Tranquila, tomaos el tiempo que necesitéis. Yo me voy —dice Nyke con una sonrisa. Definitivamente idiota. No sabe lo que se pierde.

—¿Seguro? —dice Xandra, indecisa. Tal vez quería estar más rato con él.

—No hace falta que te vayas —le digo a regañadientes.

—No pasa nada. Ya he conseguido lo que quería —dice, y me guiña el ojo de forma arrogante.

Recuerdo la conversación de esta mañana, cuando me decía que la iba a besar y tal vez algo más, y empiezo a ver doble de la rabia que me sube por el pecho.

—¡Espero que estés de broma! —digo cabreado y lo cojo por las solapas de la camisa.

Nyke solo se ríe. Aún no sé cómo he conseguido aguantar tantos meses sin partirle los dientes.

—¡Eh, Zarek! ¡¿Pero qué haces?! —dice Xandra y me empuja el brazo para que lo suelte. Le hago caso y me aparto un par de pasos para no tentar a la suerte.

—Ya me lo agradecerás mañana —dice Nyke en tono burlón, y lo quiero estrangular, pero ya se está alejando.

Cuando ya se ha ido Xandra se me acerca enfadada.

—¿Qué ha sido eso? ¡Zarek! ¡Respóndeme! ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto así?

Me agarro el pelo con tanta fuerza que creo que me lo voy a arrancar.

—No puedo más, Xandra. Lo siento. Lo he intentado, de verdad. He intentado dejarte espacio y he intentado darte la opción de escogerle, pero como vuelva a verle te juro que no respondo de mis actos…

Estoy hablando tan rápido que no sé ni lo que estoy diciendo. El corazón me va a mil por hora y respiro agitadamente.

—¿Hablas de Nyke? —Doy un respingo al oír su nombre, pero Xandra se me acerca y me pone las manos en el pecho—. Zarek, cálmate. Por favor, cuéntame qué te pasa. Habla conmigo.

—Tengo que decirte una cosa —empiezo, y estoy tan nervioso por toda la situación que casi no puedo ni ponerme nervioso por lo que voy a decirle—. He venido para decirte algo. Algo importante. Y tengo que decírtelo ya. Porque tienes que saberlo. Que no hace falta que estés con él. Que tienes otra opción.

—¿Con él? ¿Qué…? ¿Qué tienes que decirme, Zarek? —Sé que está confundida.

Se lo noto en el ceño fruncido y en la forma en la que gira la cabeza para que su oído capte mejor el sonido.

—Te quiero —le digo, alto y claro.

Me quedo en silencio esperando a que diga algo.

Por una vez odio esa venda que le tapa media cara y que me impide ver su expresión.

—¿Q-qué?

Su voz suena tan pequeña y débil que por un momento creo que se echará a llorar y no sé cómo interpretar esa reacción.

La cojo por las mejillas y se las acaricio con el pulgar.

—Te quiero —repito.

Vuelve a quedarse en silencio, pero cuando habla su voz suena cauta.

—Yo también te quiero. Eres mi mejor amigo —responde con un hilo de voz.

Se me encoje el corazón.

—Si eso es todo lo que sientes por mí, lo entiendo perfectamente. Debería haberte dicho algo mucho antes, pero quería darte espacio. Y te he dado demasiado. Pero tienes que saber que yo no me refiero a eso. Te quiero de verdad. Quiero más. Y tienes que saberlo por si alguna vez… Por si cambias de opinión —explico, y mi voz pierde confianza al plantearme la posibilidad de que solo sea un amigo para ella y realmente sienta algo por Nyke.

¿Y si nunca cambia de opinión?

—¿Más? —pregunta Xandra con la voz ahogada, casi sin aliento—. ¿Cuánto más?

—Todo —le digo sin dudarlo ni un segundo—. Todo lo que quieras darme.

Se vuelve a quedar callada y da un paso hacia atrás.

Se me crea un nudo en la garganta.

—Si es una broma no tiene gracia, Zarek —dice, y la barbilla le tiembla durante una milésima de segundo.

—No es ninguna broma —le respondo rápidamente. Le cojo las manos y se las pongo en mi cara—. Tócame. Comprueba lo serio que estoy. Te quiero. ¿Me oyes? Me vuelves loco. No paro de pensar en ti. Te deseo a todas horas.

Espero de verdad que no me vea solo como a un amigo, porque nunca había compartido tanto con nadie y no quiero perderla, y después de lo que acabo de decir creo que las cosas se pondrían bastante incómodas, pero doy un salto de fe y le digo todo lo que siento. Si dejo pasar esta oportunidad tendré que verla con Nyke, y no sé si podré soportarlo.

Cierro los ojos para disfrutar de las manos de Xandra en mi rostro y suplico a los Dioses que no sea la última vez.

Durante mi discurso ha pasado las manos casi con desesperación por mis cejas, mejillas y labios, y su boca está abierta por la sorpresa.

Sus cálidos dedos me acarician los labios con sensualidad y no puedo evitar estremecerme.

—Preciosa, ya sé que te lo he pedido yo, pero tienes que parar. Porque si sigues tocándome los labios acabaré haciendo algo que no debería —le confieso y oigo un suave jadeo al que mi cuerpo no puede evitar reaccionar.

Otra vez.

Xandra pasa su lengua por su labio inferior de forma inconsciente

antes de hablar.

—¿Como qué?

Cierro los ojos para controlarme antes de responderle lo más sinceramente que puedo sin asustarla antes de tiempo con la intensidad de mi deseo. Me recuerdo a mí mismo que ella aún no ha dicho que mis sentimientos sean recíprocos. Sus manos aún no han dejado mi cara.

—Como besarte —le respondo, lo más tranquilamente que puedo, pero tengo que confesar que este jueguecito me está excitando.

Ella jadea de nuevo y se acerca un paso. Joder.

—Hazlo —susurra, y si no fuera porque he visto sus labios moverse pensaría que mi mente me está engañando.

Cierro los ojos y bajo la cabeza para inspirar aire de golpe, pero como estamos tan cerca mi frente acaba rozando la de ella.

¿Quiere que la bese? ¿Eso significa que siente lo mismo que yo? ¿O solo se siente atraída por mí? ¿Importa eso? ¿Sería capaz de negarme a cualquier cosa que quisiera darme?

—No juegues conmigo, Xandra —le suplico en voz baja.

Ella suelta una carcajada irónica, como si el hecho de que ella pudiera jugar conmigo le pareciera absurdo. Baja su mano de mi mejilla a mi barbilla y presiona hasta que subo la cabeza.

—Yo… Me… Creo que me gustaría… que lo hicieras —susurra en voz baja, y tiene las mejillas encendidas. Es tan adorablemente sexy que me flojean las rodillas.

Pongo mi mano en su mejilla y le acaricio el labio inferior con el pulgar.

—¿Lo crees o lo sabes? —le pregunto desesperado—. Porque necesito que estés segura. Si me besas no hay marcha atrás. Tú y yo. Nadie más —le explico, y el corazón empieza a latirme a mil por hora cuando veo que empieza a asentir con rapidez. Suelto el aire de forma temblorosa, pero tengo que estar seguro. Tengo que dejarla escoger una vez más. Libremente—. ¿Lo entiendes, Xandra? Si me besas no puedes estar con él. Lo que siento por ti es… Lo siento, no puedo compartirte, es lo único que no puedo darte. Si quieres estar con él, tienes que decirlo ahora.

Xandra frunce el ceño.

—¿Él? ¿De quién me hablas? —me pregunta, y parece genuinamente confundida, lo que me deja aún más confundido a mí.

—Pues de Nyke —respondo como si fuera obvio. ¿A quién se cree que me estoy refiriendo? ¿No acaba de tener una cita con él?

—¿Nyke? —pregunta divertida—. ¿Por qué iba a querer estar con Nyke?

Me quedo unos segundos en silencio, completamente descuadrado.

—¿No… no te gusta? ¡Acabáis de tener una cita! —exclamo,

sorprendido.

—¿Una cita? —se ríe—. No era una cita. ¿Pensabas que era una cita?

La miro esperanzado, suplicando que no sea una broma y que realmente la estoy entendiendo bien.

—Yo… ¡Sí! Él dijo que… ¿Entonces… no os habéis besado? —le pregunto esperando la respuesta con el corazón en un puño.

—¿Besarle? ¡No! ¿Estás loco? Nyke y yo somos amigos —me explica y suena tan asqueada que algo dentro de mi pecho se relaja. Algo que llevaba oprimiéndome durante meses—. ¿De verdad pensabas que me gustaba Nyke? ¿Que salía con él?

—Es lo que él me dijo —le explico, sin poder creerme la suerte que tengo de que no sea el caso.

—¿Pero por qué…? —empieza a preguntar Xandra, pero después pone cara de entenderlo todo—. Ah. Qué idiota es.

—¿Qué? ¿Por qué? —le pregunto sin entender nada. No me lo había imaginado todo, ¿verdad? Nyke realmente me había dicho todas esas cosas…

—Te ha estado diciendo esas cosas a propósito —explica Xandra—. Él solo quería que reaccionaras. Yo ni siquiera le gusto. Solo lo hacía porque él sabe perfectamente que yo… —Se calla de golpe.

—¿Qué? ¿Que tú qué, Xandra? —le pregunto, casi desesperado.

—Nada —dice con las mejillas sonrojadas.

—Preciosa… —le suplico, y parece funcionar, porque su siguiente frase casi me hace caer de rodillas.

—Él sabe que yo estoy enamorada de ti —susurra en voz baja.

Jadeo y pego mi frente a la de ella.

Incapaz de aguantar un segundo más me lanzo hacia sus labios, pero solo los he rozado cuando ella se aparta de mí. Me coge de la barbilla y me respira agitadamente en los labios.

—¿Y tú qué? —pregunta, y nuestras bocas están tan cerca que nuestro aliento se entremezcla. Y tengo la mente tan nublada que tardo unos segundos en entender lo que me está diciendo.

—¿Qué?

Xandra se inclina ligeramente y sus labios rozan los míos otra vez.

—Yo tampoco quiero compartirte —dice con voz segura, y no sé quién es esta diosa que tengo delante, pero estoy tan enamorado de ella que la idea de estar con otra persona me parece ridícula.

—Pelirroja —empiezo, usando su apodo, con una voz tan grave que parece que esté afónico—. Yo hace mucho tiempo que soy tuyo.

Esta vez es ella la que se lanza para besarme, como si no pudiera controlarse, pero después de unos segundos de presionar sus labios contra los míos se queda quieta, casi como si no supiera cómo continuar, dejando que sea yo el que tome el control.

Su inexperiencia me excita aún más, si es que eso es posible, y le paso la lengua por el labio inferior, disfrutando de su sabor. Cuando jadea excitada aprovecho para meter la lengua en su boca y la beso apasionadamente.

Pierdo la noción del tiempo y no sé si pasan segundos, minutos u horas, pero poco a poco se va soltando y empieza a imitar mis movimientos, y cuando pasa su lengua por la mía y me muerde el labio, tengo que controlarme para no perder el control y ponerme en evidencia allí mismo.

Decido poner un poco de distancia entre nosotros antes de que se piense que soy un animal, pero cuando le doy un beso suave y me aparto un poco pasa sus brazos por mi cuello y me atrae hacia ella, para volver a pasar su lengua sensualmente por la mía. Tardo un momento en recordar quién soy, dónde estoy y lo que hay que hacer, pero cuando recupero un poco la cordura, vuelvo a intentar separar nuestras bocas, sin mucho éxito, pero sin mucho esfuerzo.

—Xan… —le digo, y mi voz es tan grave, tan gutural, que hasta yo me asusto.

Carraspeo un poco, pero los labios de Xandra vuelven a posarse sobre los míos y pierdo el hilo de lo que iba a decir.

Sin separar mi piel de la suya bajo mi boca lentamente para besarle y lamerle el cuello, hasta que suelta un gemido sensual y levanto la cabeza de golpe.

—Xandra, tenemos que parar —le suplico, resollando.

Ella lleva su mano a mi nuca y me la acaricia mientras hace un puchero.

—Solo un rato más —me suplica mi pelirroja, y eso me mata, porque no puedo negarme. Llevo mi boca hacia la suya y dejo que beba un poco más de sus labios—. Sé que aún no lo hago muy bien —dice entre beso y beso—. Pero es cuestión de práctica.

Me pasa la lengua por el labio y mis manos bajan casi sin querer hasta su trasero, para pegarla hacia mí. Jadea al notar lo excitado que estoy.

—Xan, no es por eso… Si lo hicieras mejor me volvería completamente loco —le explico antes de volver a besarla—. Pero tenemos que parar —repito, cuando noto que llegaré a un punto de no retorno.

Doy un paso hacia atrás y dejo correr el aire, sin soltarla de la mano en ningún momento. Los dos respiramos agitados y ella suelta una risa nerviosa. Tiene las mejillas encendidas.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupado por haberla empujado más lejos de lo que quería ir.

—Más que bien —me asegura, y sonríe anchamente, así que me relajo, pero las ganas de besarla no disminuyen.

—Vamos, te acompaño a tu habitación —le digo, ahora que he conseguido despegarme de ella. No sea que vuelva a caer en la tentación.

Ella asiente y caminamos de la mano hacia su residencia. La voy mirando constantemente, incapaz de creer lo que acaba de pasar. Xandra se muerde el labio inferior y sonríe, y yo sonrío al verla.

—No me puedo creer que estemos juntos —le confieso.

—Eso debería decir yo —dice ella, y sonríe.

—Quiero decírselo a todo el mundo. Quiero que se entere toda la UdI —digo emocionado, y ella se ríe, pero entonces pone cara de preocupación.

—¿Cómo crees que se lo tomará Kálix?

—Ya lo sabe —le confieso, y ella levanta las cejas sorprendida—. Bueno, sabe lo que siento por ti. Y creo que le parece bien.

Ella suspira aliviada. Seguimos caminando en silencio.

—¿Puedo estar segura de que dejará de haber malos rollos entre tú y Nyke? —me pregunta en tono serio—. Es un buen amigo. Nada de ojos morados.

Yo suspiro.

—Ese idiota… Sí, tranquila. Ahora que sé que intentaba ayudarnos no me cae tan mal. Le dejaré en paz. Te lo prometo.

Ella asiente, satisfecha. Antes de lo que querría llegamos a la puerta de su habitación.

—¿Te quedas a dormir? —me pregunta con voz dulce, y yo peleo conmigo mismo ante tal tentación, pero sé lo que debo responder. Han cambiado muchas cosas desde la última vez que compartimos cama.

—Hoy no —le susurro suavemente, pero le acaricio la mejilla con cariño, para que sepa que no lo digo como algo malo.

—No quiero despedirme de ti. Quiero que te quedes —responde con las mejillas teñidas de rojo.

Yo suspiro y miro hacia el techo. Cuando vuelvo a mirarla me he calmado un poco.

—No puedo. Si me quedo no podré quitarte las manos de encima —le confieso. No me importa que sepa cuánto la deseo.

—¿Y eso es malo? —pregunta inocentemente, pero su voz se enciende de deseo.

Apoyo mi frente contra la suya.

—No me lo pongas más difícil, preciosa. Todo ha cambiado muy rápido. No hay ninguna prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo —le explico.

No sé cómo hacerle entender que quiero hacer las cosas bien. Salir con ella. Estar con ella. Que puedo esperar a que esté lista.

Ella suspira, pero asiente.

—Está bien.

—Mañana a primera hora estaré aquí para acompañarte a clase —le digo, y eso parece alegrarla—. Si tienes alguna pesadilla o necesitas algo, lo que sea, a la hora que sea, puedes venir a buscarme.

—Será la primera vez en mi vida que deseo tener una pesadilla —bromea, y yo le acaricio la mejilla. Tampoco quiero despedirme de ella y sé que lo estoy alargando.

Suspiro y le doy un beso en la frente, pero antes de que pueda apartarme, mi pelirroja me coge de la muñeca y me atrae hacia ella.

—Dame un beso como los Dioses mandan —pide, y así de rápido me enciende como una mecha.

La cojo de la nuca y la beso con pasión contra la puerta de su habitación durante unos largos minutos. Finalmente, me separo de ella como puedo y me aparto antes de que me haga cambiar de opinión.

—Buenas noches, nena —le digo, y le acaricio la mejilla por última vez.

—Buenas noches, Zarek —dice antes de darme un beso en la palma de la mano, y darse la vuelta para meter la llave en el paño de la puerta.

Cuando entra suelto el aire de golpe y salgo de la residencia con la mente en mil sitios a la vez, pero el corazón en la habitación 207.

# Capítulo 52

## Xandra



Me despierto con la primera luz de la mañana y doy un bote en la cama para salir corriendo hacia el armario. Me quedo unos minutos tocando ropa y lanzándola al suelo mientras pienso en lo que me pondré. Zarek vendrá a buscarme para acompañarme a clase y quiero estar guapa cuando me vea.

Aún no me puedo creer todo lo que pasó anoche, y si no fuera porque no tengo la suficiente imaginación como para inventarme algo así me pensaría que ha pasado todo en mi cabeza. Aún no me puedo creer que Zarek sienta lo mismo que yo, después de meses enamorada de él.

Pero ni yo misma puedo cuestionar sus sentimientos cuando presencié en persona lo afectado que estaba al pensar que estaba saliendo con Nyke y lo mucho que me deseaba. No hay nadie en el mundo que sea capaz de fingir eso. Me pongo roja como mi pelo al pensar en los besos que compartimos ayer, y lo excitado que estaba. Si soy sincera yo estaba igual, y no quería separarme de él ni un segundo. Si se hubiera quedado no sé hasta dónde habríamos llegado, solo que yo no hubiera tenido ni las fuerzas ni las ganas para pararlo. Me muerdo el labio y sigo rebuscando entre mi ropa, intentando controlar mi sonrisa.

—¿Qué es todo este ruido? —oigo la voz medio dormida de Yalena, desde su cama—. ¿Xandra? ¿Va todo bien?

Me siento mal por haberla despertado.

—Sí, vuelve a dormirte, Yalena. Me estoy vistiendo —le respondo en voz baja, mientras acaricio una de las faldas más antiguas que tengo con frustración.

—¿Estás loca? Son las seis de la mañana… —se queja.

—No podía dormir más —le respondo. Me muerdo la lengua para no contarle todo lo que pasó ayer por la noche, pero quiero dejarla dormir.

Oigo el sonido de las sábanas y se levanta, seguramente evaluando el desastre de la ropa que hay por el suelo.

—¿Ha pasado algo? —pregunta con curiosidad, y más despierta que antes.

Esta vez no puedo evitarlo. Me pongo a dar saltitos como una niña pequeña y contengo un grito de emoción. Ella chilla conmigo, porque sabe que solo hay una cosa que podría hacerme bailar como si estuviera en preescolar.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Cuéntamelo todo! ¡Estoy tan contenta por vosotros…!

Así que nos sentamos en mi cama y le cuento toda la historia. No parece sorprendida por el hecho de que Zarek fuera a buscarme a esa supuesta «cita», así que la presiono hasta que me cuenta que fue a verlo y le convenció para que confesara sus sentimientos.

—¿De verdad? —le pregunto agradecida, y ella asiente, contenta de que su hermano le hiciera caso. Le doy un abrazo y nos quedamos así un rato.

Finalmente se separa de mí.

—Ven, tengo una falda que te quedará divina con este top —me dice, y se va hacia su armario.

Cuando me pruebo la falda pienso que es demasiado corta, pero por una vez no me importa. Quiero que Zarek me vea y no pueda dejar de pensar en mí. Me pongo roja, porque nunca me hubiera imaginado que pensaría algo como esto. Casi no me reconozco a mí misma, pero en el mejor de los sentidos.

Cuando ya estoy vestida, oigo que llaman a la puerta. No me había dado cuenta de que me había pasado más de una hora hablando con Yalena. De repente, me inunda el pánico. ¿Y si me lo he imaginado todo? ¿Y si se ha arrepentido y viene a decirme que ya no quiere estar conmigo? ¿Y si se lo ha pensado mejor?

—Me voy al lavabo a vestirme para daros un poco de intimidad, pero borra esa expresión de tu cara ahora mismo y ábrele la puerta. Te aseguro que está él más nervioso que tú —me dice Yalena, y yo asiento y me seco las manos sudadas en la falda. Exhalo el aire e intento calmarme para no hacer el ridículo.

Abro la puerta de golpe y sonrío dulcemente, como si nada.

—Hola, Zarek —Sé que es él, porque huelo la menta desde donde estoy, y el calor se posa en mi estómago. Ayer cuando le besaba no podía oler nada más que eso. Me pongo nerviosa cuando no me responde—. ¿Zarek?

Rápidamente me coge de la mano y con la otra envuelve mi cintura y me pega hacia él. Suelto un suspiro de alivio.

—Lo siento, Xandra. Pero no me puedes aparecer con esta falda y esperar que tenga un simple pensamiento coherente —me dice con su voz ronca que me estremece y yo sonrío, porque me encanta que me diga estas cosas. Posa su mano en mi mejilla y me la acaricia con cariño—. Buenos días, preciosa.

Me derrito y levanto la barbilla hacia él para que me dé un beso,

pero frunzo el ceño cuando sus labios me rozan la mejilla.

—No me pongas esa cara. Ya sabes las ganas que tengo de besarte, pero tenemos clase en menos de diez minutos, y si te beso acabaré llegando a clase empalmado. No creo que al profesor Vogiatzis le guste demasiado.

«A mí me gustaría» pienso, y luego me pongo roja. Lo que dice es muy lógico, pero no puedo evitar sentirme decepcionada por tener que esperar hasta el mediodía para probar esos labios de nuevo.

—¿Qué clase tienes? —le pregunto para cambiar de tema.

—Lengua antigua —me responde—. Pero antes de clase nos han pedido a los alumnos de cuarto que vayamos a los jardines del Área 4 para hablarnos de algo.

La puerta del baño se abre y Yalena se acerca a nosotros.

—A los de primero también nos han pedido que vayamos a los jardines para hablarnos de algo —explica Yalena, extrañada.

—¿Tú no sabes qué nos van a decir? —le pregunto a Zarek.

—Ni idea. Tal vez se han equivocado. No sé por qué deberían llamarnos a la vez.

—Será eso —digo, no muy convencida.

—Ahora lo descubriremos —dice Yalena mientras cierra la puerta con la llave. Los tres salimos al pasillo y la mano de Zarek envuelve la mía y entrelaza nuestros dedos. Me muerdo el labio y sonrío ante ese sencillo gesto y lo que significa.

Caminamos de la mano hasta llegar a los jardines y oigo las voces de muchos alumnos en la lejanía. Nos acercamos al grupo y lo primero que oigo es la voz de Kálix.

—¿Tenéis algo que contarme? —pregunta, y no parece enfadado así que sonrío.

Abro la boca para decirle que estoy con Zarek cuando la mano de él me coge suavemente de la barbilla y me gira la cara para darme un beso rápido en los labios. No es nada como el beso que compartimos ayer por la noche, pero me roba el aliento de todas formas.

—Pues eso —suelto yo, cuando recupero el aire. Kálix se ríe y se me acerca.

—¿Tú estás contenta? ¿Es lo que quieres? —me pregunta y me pone las manos en las mejillas. Asiento con efusividad—. Pues entonces me alegro por vosotros.

Sonrío y doy un paso hacia delante para abrazarle. Oigo unos pasos acercarse por mi derecha.

—Bueno, Pecas. Creo que yo tenía razón.

La voz de Nyke se acerca y yo le sonrío.

—Que no se te suba a la cabeza —le digo, pero le estoy agradecida por el rol que ha jugado en lo que tengo con Zarek. Si hubiera tenido que hacerlo sola, no estaríamos juntos.

—Makris, te debo una disculpa, tío —le dice Zarek y oigo unas palmadas, así que supongo que están haciendo las paces a la extraña y masculina manera.

—Menos mal que has espabilado, porque se me estaban acabando las ideas… —bromea Nyke y yo le doy un manotazo.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Kálix, confundido.

—Ya te pondré al día —le responde Zarek.

En ese momento oigo unos pasos y la gente se queda en silencio, por lo que supongo que ha aparecido el profesor.

—Escuchadme por favor —dice una voz que me suena muy familiar, y tardo un momento en reconocerla. Es Egan Stavros, el delegado de cuarto y encargado de las pruebas de admisión a la universidad—. Os hemos reunido a todos aquí porque tengo una noticia que daros. Una noticia que, como delegado de último curso, el profesorado me ha encargado de dar. Este año hay un cambio respecto al currículo del año pasado. El director Kyriakidis ha decidido que nos iremos de excursión.

La gente empieza a murmurar.

—¿De excursión a dónde? —pregunta un chico, cuya voz no reconozco.

—Nos iremos de excursión... —Stavros hace una pequeña pausa de efecto—. Al Bosque de los Gritos.

El murmullo aumenta y se oye la sorpresa colectiva.

—¿Al Bosque de los Gritos? ¡Pero eso está justo delante del Valle de las Almas Perdidas! —se queja otro, y su voz me suena, así que supongo que será de primero.

Trago saliva y no me hace falta verme para saber que tengo la cara pálida. El Bosque de los Gritos. Es objetivamente el peor lugar para una desmarcada, pero es un lugar aún peor para una *ischyró aíma*. El Bosque de los Gritos es el bosque que queda justo delante del Valle de las Almas Perdidas.

El nombre no había sido escogido al azar, era el lugar más peligroso de la zona sur, porque ese valle era la única zona abierta de la cordillera de Las Misericordiosas, y era el único lugar por el que los monstruos de La Garra podían atravesar y llegar a nuestro lado de la isla. Eso convertía al bosque en el lugar más fácilmente infestado de monstruos y donde la mayoría de invocadores destinaban la sus misiones.

—Como iba diciendo… —continúa Stavros en su habitual tono irritado—. Esta excursión es para dar a los estudiantes de primero una visión más práctica de lo que es ser invocador, y por eso, todos los alumnos de último curso nos uniremos a la excursión, para guiar a los de primero en esta maravillosa aventura y asegurarnos de que nuestros pequeños polluelos no sufren ningún daño permanente —

termina Stavros en tono burlón—. ¿Alguna duda?

Nadie habla. Normalmente sería arriesgado hacer una excursión a ese bosque en particular, pero lo que era realmente peligroso era llevarme a mí. Tenía que hablar con Stavros. Ahora mismo.

—¿No? Genial, pues a vuestras clases —termina él.

Me doy la vuelta hacia Zarek.

—Ahora vuelvo, tengo que hablar con él y decirle que no puedo ir —le explico, y sé que él entenderá por qué. Es el único que lo sabe. Tendré que decírselo al resto, porque no se lo puedo ocultar más tiempo. Sobre todo, a Kálix. Tiene derecho a saberlo.

Mientras los alumnos se dispersan me acerco a Stavros.

—Ah, la princesita. ¿Cómo va el curso? ¿Te adaptas bien? —pregunta en tono burlón.

Yo le ignoro.

—No puedo ir a esa excursión.

—¿Qué? —pregunta, sorprendido.

—No puedo ir a esa excursión —repito, muy seria.

—Escucha, princesita. Ya dije que este lugar no era sitio para blandengues. Si te da miedo ir al Bosque de los Gritos deja la UdI, porque no estás hecha para ser invocadora. Aunque no creo que sea una sorpresa para nadie… —se burla él, y yo suspiro exasperada.

—No he dicho que tenga miedo. He dicho que no puedo ir —le digo en tono enfadado—. No podéis llevarme, os pondría en peligro: soy una *ischyró aíma* —confieso en voz baja.

Stavros se queda en silencio durante unos segundos y por fin parece que me toma seriamente.

—¿Qué? —Me coge bruscamente del brazo y me arremanga para mirar mis marcas de invocadora, o, más bien, la falta de ellas—. ¿Eres desmarcada? ¡Por un momento te había creído!

—No estoy mintiendo. Mi sangre atrae a los monstruos. Es peligroso que vaya —insisto desesperada.

—Escucha, tener miedo de un bosque lleno de monstruos lo entiendo, pero mentir para escaquearte ya no lo pienso consentir —me dice, y parece enfadado.

—¡No miento!

—¡¿Como vas a ser una *ischyró aíma* si no puedes invocar ni a un Tychaíos?! ¿Qué se supone que es lo que los atrae? ¿Tu cara bonita? —Stavros parece indignado, y recuerdo lo que me contó Kálix sobre él.

—¡Esto es importante! Olvídate por una vez de tu estúpida competición con Zarek. ¡Podría poner en peligro al resto! —grito, enfadada, pero me doy cuenta de que es lo peor que le podría haber dicho. Su mano me coge con fuerza del hombro y hago una mueca de dolor.

—Escúchame niñata, porque solo te lo diré una vez. Deja de inventarte excusas imposibles para no ir a la excursión. Vas a ir a ese maldito bosque como todos los demás, y si no lo haces me encargaré personalmente de que te expulsen por ello. ¿Me has entendido? —me dice furioso. Quiero asentir, pero no puedo ni moverme de lo fuerte que me tiene agarrada.

—Quítale las manos de encima a mi novia, Stavros, o te juro que invoco a mi Togrash para que te las arranque de un mordisco —No he oído llegar a Zarek, pero no podría sentirme más agradecida por su intervención. Las manos de Stavros me sueltan como si quemara y yo retrocedo hasta llegar a Zarek, que me da la vuelta y me examina con cuidado—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —Yo niego y le abrazo. De fondo oigo los pasos de Stavros, que aprovecha para huir. Y luego soy yo la cobarde.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto preocupada—. Me obligan a ir, pero… ¿Y si nos atacan por mi culpa?

—Escucha, no quiero que te preocupes por esto. Seremos muchos alumnos y los profesores también vendrán. Habrá gente más que de sobras para protegernos de cualquier ataque. Estaré yo y estará Kálix. Todo irá bien.

—¿Cómo quieren que vaya al Bosque de los Gritos si ni siquiera sé invocar? —estoy casi desesperada, pero Zarek consigue calmarme como siempre.

—Practicaremos más, te lo prometo —me dice, y me da un beso en la frente—. Todo irá bien, Xandra.

Me abrazo a su pecho y suspiro. Espero de verdad que todo vaya bien, porque no sé si podré soportar ser la responsable de otro desastre. Y mucho menos la responsable de más muertes.

# Capítulo 53

## Xandra



Me siento en el suelo del jardín, desesperada. Llevamos días practicando y, después de tres horas, sigo sin ser capaz de invocar un solo monstruo. No es que no entienda cuál es el procedimiento o que Zarek no se explique bien. Se explica perfectamente: imaginas un monstruo delante de ti y aparece.

Al menos esa es la teoría, porque en la práctica, ya me puedo imaginar a un mono tocando la pandereta, que delante de mí no aparece nada. He llegado incluso a culpar mi ceguera por ello. Tal vez no era capaz de imaginar con exactitud al monstruo, porque no podía verlo. Conocía invocadores que se habían quedado ciegos, pero no había oído a hablar de ningún ciego que hubiera querido ser invocador.

Pero no pensaba rendirme. Esta vez iba a estar en peligro real. Esto no era lo mismo que encontrarse un Nevra cerca de Fere… Íbamos al mismísimo corazón de las montañas, a la boca del lobo, a la cueva del dragón. Íbamos al bosque en el que tienen lugar todos los cuentos que terminan en moraleja. Íbamos al bosque más peligroso de todos. Y yo tenía que ser capaz de defenderme mínimamente, porque lo que rondaba libre por esos bosques… me buscaría a mí. Y me encontraría. De eso no cabía la menor duda.

Me levanto del suelo con renovada determinación y me desempolvo los pantalones.

—Esa es mi chica —me anima Zarek con una sonrisa, y yo se la devuelvo, agradecida por su infinita paciencia.

—Intentémoslo una vez más.

—Está bien. Piensa en lo que quieres que aparezca. Olvídate de todo lo que hay a tu alrededor. Libera tu mente. Siente la isla. Siente el poder del Padre Ajax en tus venas. Siente la Llamada. Y ahora imagínate al Tychaíos. Imagina sus fuertes patas, sus escamas y su caparazón, su gruesa cola…

Intento hacer todo lo que me dice, pero noto un ligero mareo y la cabeza me empieza a doler. Siento el hormigueo de siempre y algo me

presiona en la mente, como un pinchazo, y vuelvo a ver esos *flashes* de luz violeta que me desequilibran. Suelto un gemido de dolor y me aprieto los párpados con fuerza sobre la venda.

—¿Te vuelve a doler la cabeza? —pregunta Zarek preocupado y yo asiento, aún incapaz de hablar—. ¿Y has visto esa luz? —asiento de nuevo—. No entiendo por qué te pasa eso. No veo relación ninguna entre lo que pasa y el proceso de invocación. Es como si tu cerebro quisiera que vieras algo, pero estuvieras bloqueada o algo te lo impidiera.

—No creo que ver sea precisamente lo que mi cerebro quiere que haga —digo en tono irónico, y me presiono los dedos contra las sienes.

—No lo sé, Xandra —dice Zarek, desanimado—. Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo.

Suspiro, y me siento mal. Él es el único que sigue intentándolo. Y yo no hago más que tirar por tierra todo lo que hago. E indirectamente, todo lo que hace él.

—Lo siento. No quería ser desagradecida. Lo que dices tiene cierto sentido. Realmente es como si alguien estuviera bloqueando algo dentro de mí. O yo misma —le explico—. Solo estoy frustrada, porque no lo consigo.

—¿Crees que puede ser eso? ¿Qué te autobloquees inconscientemente? Tal vez no creas que puedas hacerlo y por eso el monstruo no sienta la Llamada desde la otra dimensión —me explica Zarek.

Podría ser, pero si es así no sé por qué ocurre ni cómo arreglarlo. ¿Y por qué debería tener problemas desde pequeña? Es evidente que ahora no creo que pueda hacerlo, pero porque no he podido hacerlo en veinte años. ¿Por qué iba a poder hacerlo ahora?

—No lo sé —le digo en tono desanimado—. Tal vez sea eso. Pero no sé cómo evitarlo.

—Bueno, pelirroja. Veamos la parte positiva —dice en tono alegre —. Hace semanas que no te desmayas cuando invocas. Eso tiene que ser un avance.

Suelto una sonrisa forzada y le abrazo con fuerza. No sé que haría sin él. Sin sus ánimos. Sin su fuerte carisma. Sin su capacidad de creer en mí en todo momento.

—Te quiero —le susurro, y oigo como la respiración se le queda atascada en la garganta.

Es la primera vez que se lo digo desde que nos confesamos nuestros sentimientos en los jardines de la escuela. Nunca he tenido pareja, y no quiero ser demasiado pegajosa y que se canse de mí, pero esta vez no lo he podido contener.

Zarek apoya su frente contra la mía y suspira de satisfacción. Tal vez me he pasado con lo de no ser pegajosa, a juzgar por su reacción a

dos simples palabras.

—Vuelve a decirlo —me pide, y yo me prometo decírselo más. Cada día.

—Te quiero, Zarek —le repito, y la emoción se me cuela en la voz.

Sus manos calientes me cogen de las mejillas.

—No dejaré que te pase nada. Te le juro, preciosa. Eres lo que más me importa y conseguiré que estés a salvo, aunque tenga que deshacerme uno a uno de todos los monstruos de esta maldita isla —me promete, y los ojos se me llenan de lágrimas bajo la venda.

Levanto la mano y llego a su barbilla. Cuando localizo sus labios con los dedos, llevo mi boca hacia la suya y le beso con toda la emoción de la que soy capaz. Intento transmitirle todo el agradecimiento y amor que siento por él.

Me gustaría poder decirle que no necesito que me proteja. Y me gustaría ser la guerrera fuerte que no necesita que la salven. ¿Pero cómo vences sola al monstruo, cuando el monstruo te busca solo a ti?

Hay una línea muy fina entre la valentía y la idiotez que hay que aprender a navegar. O te arriesgas a morir en el intento.

# Capítulo 54

## Xandra



Me siento al lado de Kálix en el banquillo de la cafetería, nerviosa por lo que les voy a decir a mis amigos. Zarek se sienta a mi lado y me coge de la mano para darme su silencioso apoyo moral.

Había intentado evitar ese momento lo máximo posible, pero ya no podía alargarlo más. Mis amigos tenían derecho a saber dónde se estaban metiendo al ir conmigo a la Excursión de la Muerte, como me gustaba llamarla. Faltaban solo un par de semanas y no estaba nada más cerca de conseguir invocar un monstruo que de que en Nero no hubiera marisco. Lo que significaba que mi sangre era demasiado débil. Demasiado débil para invocar a un monstruo, pero demasiado fuerte para atraer a otros. Era patético.

—Bueno, ahora que estamos todos aquí… tengo que deciros algo. Y es importante —digo en voz alta, y las conversaciones que estaban teniendo lugar a mi alrededor se apagan poco a poco para escucharme. Me aclaro la garganta.

—¿Qué pasa, Xan? —pregunta Kálix en tono preocupado.

Me doy la vuelta hacia él, pero pierdo la valentía de decirlo cuando sé que me está mirando, así que vuelvo a mirar hacia enfrente.

—Vale, no hay manera suave de decir esto, así que lo diré sin más —digo hablando a toda velocidad—. Soy *ischyró aíma.*

Se hace el silencio en nuestra mesa.

—¿Qué? —pregunta Kálix en voz baja.

—Sé que suena una locura que sea una sangre poderosa, porque soy una desmarcada, pero al parecer tengo una tataratataratatarabuela por parte de madre que era muy poderosa, y el poder de atracción se ha saltado algunas generaciones y me ha tocado a mí —explico, y me doy cuenta de que estoy parloteando innecesariamente para rellenar el silencio, así que me callo.

—¿Qué? —repite Kálix con la voz incrédula—. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar segura?

Suspiro. Llegó el momento de la verdad.

—Me lo dijeron tus padres —confieso, en voz baja—. Y créeme,

estoy muy segura.

—¿Mis padres? ¿¡Quieres decir que hace casi un año que lo sabes y me lo dices ahora?! ¿Por qué? —pregunta, y podría haber aguantado que estuviera enfadado, pero me mata el tono dolido que oigo en su voz.

—Porque no quería que supieras que… —me quedo callada y suspiro con frustración—. No quería que supieras que fue culpa mía —termino con la voz rota, y siento que me voy a echar a llorar, así que parpadeo rápido bajo la venda y me retuerzo compulsivamente el borde de la camiseta.

—¿Que fue culpa tuya el qué? —pregunta en un tono más dulce.

—¡Todo! —exploto yo—. El ataque que mató a mis padres, todos los ataques repentinos a Fere y… el accidente con tu padre. Fue culpa mía, Kálix —le digo, y toda la culpabilidad que me he guardado durante meses me sale a borbotones—. Dejé que me consolaras esa noche y me agradecieras que le salvara la vida, como si fuera una especie de heroína, pero no lo era. No lo fui. Fue culpa mía.

—Xandra… —dice Kálix en voz baja—. Yo nunca te culparía por eso. Vale, puede que tantos accidentes no sean casualidad, pero eso no te hace responsable de la muerte de nadie, y mucho menos le resta importancia al hecho de que le salvaras la vida a alguien —me explica en tono dulce y me lanzo a hacia él para abrazarle.

Cuando me separo de él me seco la lágrima rebelde que me ha resbalado por la mejilla y me doy la vuelta para hablarles al resto.

—En cualquier caso, Stavros no me creyó cuando le dije que lo era y estoy obligada a asistir a esa excursión, lo que significa que los que vayan conmigo o cerca de mí estarán más en peligro que el resto. Por eso es importante que sepáis lo que soy, porque si durante la excursión queréis estar en la otra punta del bosque no os culparé. Lo entiendo perfectamente si no queréis… estar cerca de mí. Tendré que esperar que los profesores se las apañen para defenderme cuando los monstruos lleguen. Porque llegarán.

—¿Estás loca? —oigo la voz de Nyke decir en tono enfadado y frunzo el ceño confundida—. Si realmente eres una *ischyró aíma* en ese bosque estarás más en peligro que nunca. No te vamos a dejar sola cuando más nos necesitas. ¡Me ofende siquiera que lo sugieras!

—Nunca pensé que diría esto, pero Makris tiene razón —dice Kálix, y suelto una pequeña risa, aunque estoy demasiado emocionada para reír—. Se te va la olla si crees que dejaré que deambules sola por el Bosque de los Gritos sin mí. Lo llevas claro.

—Lo mismo digo —dice Astrid, dando apoyo a las palabras de su novio.

—Eres mi mejor amiga —dice Yalena—. Prueba a deshacerte de mí.

—Eso —dicen Calla y Halia a la vez.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Ya sabes lo que pienso —oigo la voz suave de Zarek a mi lado—. Donde tú vas, yo voy.

Yo le sonrío dulcemente y apoyo mi frente contra la suya con cariño. Levanto la barbilla para juntar mis labios con los suyos y él me devuelve el beso con ternura. Abro la boca y le acaricio el labio inferior con la lengua, intentando buscar esa intimidad que me vuelve loca. Zarek suelta un gemido en voz muy baja y me devuelve el beso con efusividad durante un segundo, pero después, como siempre, se aparta de golpe, respirando con agitación. Oigo un carraspeo incómodo y algunas risas y me pongo roja por haber perdido el control delante de todos.

Hacía casi un mes desde la primera vez que nos besamos, pero no había conseguido que Zarek me volviera a besar como me besó ese primer día. Siempre que estábamos solos nos interrumpían o él mismo se encargaba de que la cosa no fuera a más. Si no fuera porque yo misma notaba lo excitado que se ponía a la primera de cambio, me preocuparía mucho que no me deseara.

Pero incluso yo sabía que era justo lo contrario. Me deseaba mucho, pero notaba que quería darme espacio y tiempo para estar preparada. Notaba que quería que estuviera segura y decidida antes de dar un paso adelante. Lo que él no sabía es que hacía días que estaba preparada y decidida, pero no sabía cómo decírselo.

Justo en ese momento suena la campana que anuncia el principio de las clases y los alumnos se van levantando de sus mesas.

Alguien me toca la espalda por detrás y me doy la vuelta.

—He visto mucha tensión entre vosotros —me dice Astrid en voz baja y tono sugerente, y yo me pongo roja.

—Lo sé —susurro con las mejillas encendidas—. No me lo recuerdes.

—¿Ya habéis…? Ya sabes —dice ella y yo niego rápidamente.

—Ya me gustaría —le explico, aún sonrojada—. No sé cómo decirle que… No se me da bien hablar de estas cosas.

Astrid se ríe suavemente.

—Si no sabes decirle lo que quieres, muéstraselo —insinúa Astrid.

—¿Cuándo? Quiero estar con él, pero nunca tenemos tiempo… —me quejo en voz baja.

—Tranquila, de eso mismo quería hablarte. Tomate esta noche para estar con tu chico. Me llevaré a Kálix a mi habitación, ¿vale? Lo entretendré toda la noche. Tienes vía libre.

—¿De verdad? —pregunto sorprendida, y mi mente empieza a llenarse de posibilidades.

—Sí, créeme, no me cuesta ningún esfuerzo —bromea ella—. Es todo un placer.

Me río, pero es un poco forzado, porque mi mente no está en esta conversación. De repente estoy nerviosa. ¿Me atreveré a hacer lo que quiero hacer? Sí. Está claro que sí. ¿Por qué debería esperar? No hay nadie con quien me sienta más segura o más a salvo, y mucho menos alguien que me haga sentir todo lo que Zarek me hace sentir.

Mi mente empieza a trazar un plan y sonrío. Sí. No iba a esperar más. Esta noche le confesaría a Zarek lo que quería, y esperaría que él sintiera lo mismo. Él siempre decía que quería que las cosas fueran a mi ritmo. Pues lo iban a ser.

Solo de pensar en el peligro que se nos venía encima me entraban aún más ganas de estar con él, porque yo ya había aprendido de muy pequeña que la vida no se puede dar por supuesta, sino que hay que disfrutarla en todo momento. Y más en una isla en la que nunca sabes cuánto tiempo te queda.

# Capítulo 55

## Xandra



Me paso una mano por encima de la ropa interior indecisa. Ya me costaría ponerme una pieza de encaje si pudiera ver cómo me queda, pero tener que fiarme de mis manos es más arriesgado de lo que mi mente puede soportar.

—Deja de pasear y dar vueltas —se queja Halia—. Te lo he hecho a medida. Y te queda increíble.

—¿Seguro? —repito por quinta vez, pasándome una mano por el borde de las braguitas que me tapa menos nalga de la que cualquier braga funcional debería.

—¡Que sí! —insiste Yalena—. Se va a caer de culo cuando te vea.

Suspiro, un poco escéptica, pero asiento. Esta noche saldré de mi zona de confort, pero es lo que quería. Ahora no puedo echarme hacia atrás.

—Está bien —digo finalmente—. Pásame el vestido.

—Toma —Halia me alarga un trozo de tela—. He hecho lo mejor que he podido con el poco tiempo que me has dado. Soy de Linteum, pero milagros aún no hago…

—Esto es un milagro, Halia —le aseguro con vehemencia. Ropa interior de encaje y un vestido a medida en un solo día es mucho más de lo que podría desear en tan poco tiempo, quedaran como quedaran —. No te lo puedo agradecer lo suficiente.

Ella hace un sonido de aprobación y me ayuda a ponerme el vestido.

—Puedes decirle a tu chico de mi parte que si no se aclara con la cremallera te lo puede sacar a mordiscos —bromea Halia y yo le pego un manotazo con las mejillas encendidas.

—Oh, Dioses, esto es tan emocionante —dice Yalena, dando saltitos de un lado para otro.

—Venga ya —me quejo, ruborizada—. Aún no sabemos si todo esto servirá para algo —les recuerdo—. Puede que no le apetezca. ¿Y si es él el que no quiere hacerlo?

Nada más decirlo, sé que no es muy probable que sea el caso, pero quiero estar preparada para cualquier cosa. Yalena suelta un ronquido sarcástico.

—Ya, claro. Mi hermano te verá en lencería y decidirá tomarse una siesta —se burla en tono irónico—. Tiene todo el sentido del mundo.

—Tampoco quiero hacerme ilusiones. Solo digo que todo es posible —le recuerdo.

—Lo que tú digas —repite ella.

—El vestido te queda increíble —me dice Halia—. Es un vestido sencillo. Color granate. Lo he hecho más modesto que el de la fiesta, porque tampoco queremos que le dé un ataque al corazón antes de terminar la faena.

Yalena suelta una carcajada y yo hago un sonido exasperado. Diría que no sé por qué les cuento nada, pero tampoco hubiera tenido el valor de hacer todo esto sin ellas.

Llaman a la puerta, así que voy rápidamente a abrir.

—¡Nena, qué estilazo! —exclama Calla al verme.

—Te has lucido, Halia —afirma Astrid—. ¿Dónde dejo todo esto?

—Encima de la cama —les digo, y empiezo a sacar mi bolsa de curandera—. ¿Está todo?

—Silfio, agua de achicoria y semillas de *Stevia* —me responde Astrid enumerando el listado de plantas anticonceptivas que le había pedido—. Escucha, entiendo el silfio, es el anticonceptivo más potente que hay, pero… ¿para qué necesitas las otras dos? —me pregunta confundida.

—El agua de achicoria suaviza el sabor y las semillas de *Stevia* neutralizan los efectos nocivos del *Silphium* a largo plazo —le explico, repitiendo palabas de Althea—. No lo sabe mucha gente, pero una gran exposición al *Silphium* puede causar esterilidad al cabo de los años.

—¿De verdad? —pregunta Astrid interesada—. Pues qué suerte que me lo hayas dicho.

—Venid, os enseñaré a preparar el brebaje —les digo, y se ponen todas a mi lado para ver cómo machaco las semillas y pico la hoja de *Silphium* antes de verter todo en el agua de achicoria—. Así no tiene ningún efecto secundario. Es tan sano como comerse una manzana, no me importa tomármelo. Si al final no sucede nada entre Zarek y yo, no me hará ningún daño.

Cuando termino de mezclar el brebaje me lo tomo y le doy el resto a Astrid. Espero media hora hasta que el brebaje empieza a hacer efecto y luego cojo el abrigo que tapará el vestido que llevo hasta que esté lista para que Zarek lo vea. Me lo echo por encima antes de atar todos los botones con las manos temblorosas y me despido de las chicas con un abrazo.

Mis tacones resuenan a la vez que el bastón va dando golpecitos por el suelo hasta llegar a la residencia de los chicos. Por el camino me cruzo con algún chico que me saluda, pero no reconozco sus voces.

Cuando llego delante de la puerta de Zarek el corazón me late tan deprisa que pienso que se me va a salir del pecho. Durante un segundo me entra el pánico y estoy a punto de dar media vuelta, pero decido llamar a la puerta antes de que mi mente me sabotee y las dudas me embarguen.

Cuando ya he llamado suelto el aire de forma entrecortada, contando los segundos. ¿Pero cómo se me ocurre venir sin avisar? ¿Y si no está en su habitación? ¿Y si está con amigos? ¿Y si…?

—¿Xandra? —la voz de Zarek suena sorprendida. Trago saliva—. ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien?

—Sí, va todo bien —respondo, con la respiración agitada—. ¿Te pillo en mal momento? No sé si… No debería haber… Lo siento. Seguro que estás ocupado. Puedo volver más tarde.

Estoy hablando tan rápido que me sorprende que me entienda. Ya me estoy dando la vuelta para irme por donde he venido, con el corazón en la garganta y las palmas sudando.

—Eh, espera —Zarek me coge de la muñeca—. No te vayas. No estoy ocupado. Siempre tengo tiempo para ti. Solo estaba sorprendido, eso es todo. ¿Seguro que va todo bien?

Yo asiento, cada vez más nerviosa.

—Pasa —me dice y se hace a un lado para que entre—. Ven, te cogeré el abrigo.

—¡No! —Me cojo a mi abrigo con tanta fuerza que creo que los músculos se me van a agarrotar.

—¿Por qué? ¿Tienes frío? —pregunta, confundido.

—No. Sí. No lo sé —respondo yo, y me doy cuenta de que estoy actuando como una loca de remate. Tengo que empezar a calmarme, porque a este paso en lugar de seducirlo acabaré haciendo el ridículo.

Tomo un respiro para tranquilizarme, de pie en medio de la habitación. Zarek se queda en silencio, seguramente sin saber qué decirme.

—Kálix se ha ido con Astrid —dice finalmente.

—Vengo a verte a ti —confieso.

—¿Ah sí? —me pregunta con la voz ahogada, y yo asiento.

—Quería hablar contigo —consigo decir finalmente.

—¡Claro! Lo que sea —dice, y se queda en silencio, esperando a que le diga lo que he venido a decirle.

Abro la boca para empezar a hablar, pero me quedo en silencio cuando me doy cuenta de que no sé por dónde empezar ni qué decirle. «Hola. ¿Qué tal el día? ¿Te quieres acostar conmigo?» definitivamente no era una opción.

—Pelirroja… ¿pasa algo?, ¿va todo bien? —pregunta, preocupado, al ver que no digo nada—. ¿Es por lo de la excursión?

—No. No es nada de eso —le digo, y me doy cuenta de que me es

más fácil responder a sus preguntas que decírselo directamente.

—¿Entonces de qué quieres hablar? —pregunta genuinamente confundido.

Tomo aire con fuerza.

—De nosotros —suelto rápidamente, y se hace el silencio durante unos segundos hasta que empiezo a oír su respiración agitada.

—¿Qué de nosotros? —pregunta, y ahora sí parece preocupado. Y me siento fatal, porque por culpa de mi timidez parece que me estoy quejando de nuestra relación—. ¿He hecho algo que te ha molestado? Preciosa, háblame, por favor.

Siento sus manos en mis mejillas y cierro los ojos bajo la venda para disfrutar de la sensación.

—No has hecho nada mal —le aseguro, y pongo mis manos encima de las suyas para acariciarlas.

—¿Pero…? —pregunta, preocupado, mientras me acaricia las mejillas.

—Pero nada —lo tranquilizo—. Todo va bien.

—¿Entonces? —parece un poco más sosegado.

—Es que hay una cosa que… Me gustaría que… —Me quedo trabada cada vez que abro la boca, así que hago un gesto de frustración—. Dioses, lo siento, no sé cómo decir esto.

Sus manos vuelven a recorrer ansiosas mi mejilla.

—Me estás asustando, nena —Me derrito al oír ese mote y el cariño con el que me habla. Irónicamente, sus palabras me dan la seguridad que necesitaba para hacer lo que he venido a hacer.

Bajo mis manos de sus muñecas a sus brazos con la intención de subir hasta sus mejillas, pero mis dedos se paran al pasar por sus brazos musculosos y notar que no lleva la camiseta puesta. Decido que no hay mejor manera de decirle lo que quiero y me permito hacer algo que llevo deseando desde hace meses.

Mis manos suben hasta sus anchos hombros y las bajo hacia sus pectorales. Su respiración se agita cada vez más con cada centímetro de piel que acaricio y eso me enciende todavía más.

—¿X-Xan, qué…? —empieza a preguntar algo, pero se queda en silencio y suelta un suave jadeo cuando mis manos bajan de sus pectorales hasta pasar por sus abdominales definidos por tanta lucha y ejercicio. Cuando llego a la sexy uve de músculos estoy prácticamente salivando, pero sus manos me cogen rápidamente de las muñecas—. Sé que… —Se aclara la garganta—. Sé que te gusta tocar para saber… cómo son las cosas y eso… —Coge aire—. Pero lo vamos a dejar para otro día, ¿vale, nena? Porque… Porque me estás volviendo loco.

—Yo… —empiezo.

—Lo sé —me corta. Me suelta las manos—. No pretendías… Lo sé. Lo entiendo. No pasa nada.

Quiero decirle que es justo lo contrario, pero, de nuevo, las palabras no me salen. Intento volver a mostrárselo. Muerta de calor me desato el abrigo largo y lo dejo caer al suelo, quedándome en el vestido corto y sencillo de Halia. No le doy tiempo a Zarek de decir nada. Pongo mis manos en sus hombros y subo una por su nuca. Llevo mis labios a su cuello y lamo y muerdo a mi paso mientras subo mi boca hacia su mandíbula.

Zarek suelta un sonido que es una mezcla entre una exhalación de sorpresa y de placer y de repente desaparece. Le oigo dar cinco pasos hacia atrás y me da la sensación de que si no tuviera la pared detrás retrocedería hasta la otra punta de la isla. Su respiración debe oírse desde La Garra.

—¿Zarek? —pregunto excitada, en un susurro.

—¡Dioses, no digas mi nombre así, Xandra! —se queja bruscamente, y durante un segundo temo haberme pasado. Tal vez he leído mal la situación.

—¿Así cómo? —pregunto confundida.

—Tan… tan… —Suelta el aire de golpe cuando ve que me acerco a él—. Escucha, lo siento. Estoy siendo muy desagradable. No es culpa tuya. Pensé que ya habíamos hablado de esto. Tienes que parar. Estoy intentando…

Se queda en silencio.

—¿No te apetece? —pregunto con la voz un poco temblorosa—. Porque lo entiendo perfectamente… Yo solo…

Suelto un grito ahogado de sorpresa cuando sus manos me cogen y me da la vuelta, hasta que lo tengo detrás y me deja de cara a la pared. Noto su erección en mi espalda baja. Suelto un jadeo. Inconscientemente alargo la mano hacia atrás para tocarle, pero la atrapa en el aire y la presiona contra la pared.

—No, Xandra —dice, y su tono de voz es casi tan grave que es casi animal—. No eres consciente de lo mucho que… me apetece. Estoy intentando darte tiempo. Ya te lo dije, no tengo ninguna prisa, pero no puedes hacerme esto. No estoy hecho de piedra, nena.

—¿Seguro? —digo, mientras muevo mi trasero contra él.

No sé quién soy ahora mismo, solo sé que tengo la mente tan nublada por el deseo que hace rato que he pasado el punto de tener vergüenza. Zarek me da la vuelta y jadeo cuando me besa, rozando su lengua con la mía sin previo aviso. Le devuelvo el beso con el mismo entusiasmo, hasta que se vuelve a separar de mí con la respiración agitada, dando un paso hacia atrás.

Sin decir nada, llevo mi mano a uno de los delgados tirantes del vestido y lo dejo caer y después de repetir el gesto con el otro el vestido se desliza de mi cuerpo hasta el suelo, dejándome en la ropa interior de encaje que mi amiga ha cosido para la ocasión.

—Joder —susurra Zarek en voz baja, y esa simple palabra me enciende como una llama. Después vuelve a hablar casi sin aliento—. ¿Qué me estás pidiendo, nena? Pon los límites ya, porque te juro por La Misericordia que estás jugando a un juego peligroso.

—No estoy jugando a ningún juego, Zarek. Es lo que llevo toda la tarde intentando decirte: no hay límites —le confieso.

Eso lo hace callar.

—¿Qué? —pregunta con voz ahogada.

Me tiemblan las rodillas, pero me mantengo firme.

—No hay límites —repito.

Se acerca lentamente a mí, como si fuera un depredador acercándose a su presa, hasta que nuestros pechos se rozan.

—¿Estás segura? —levanto la cara, para que examine mi expresión, porque cuando asiento me cree y suelta un improperio—. ¿Y protección? No he preparado nada. No tengo silfio. Yo…

Le corto rápidamente, antes de que se estrese por nada.

—Me he tomado un brebaje anticonceptivo hace más de una hora —confieso, con las mejillas encendidas—. Estamos bien. Podemos hacerlo. Quiero decir… Si tú quieres.

Oigo su risa ronca y luego se pega tanto a mí que noto la pared en mi espalda, y me doy cuenta de lo mucho que se ha estado controlando estas semanas, e incluso el primer día. Esta vez me besa con un desenfreno que me roba el aliento. Noto sus manos en todo mi cuerpo, y como solo llevo la ropa interior, sus manos calientes me acarician la piel directamente, lo que me vuelve loca.

Le dejo llevar el timón, y suspiro satisfecha por haber conseguido lo que quería. Ahora solo tengo que dejarme llevar.

Su boca encuentra mi cuello y me lo acaricia con la lengua y con los dientes, y sé que mañana tendré el cuello marcado, pero no me importa. Quiero que lo haga.

—Dioses, tu cuerpo me mata —confiesa, entre beso y beso—. No sé de dónde has sacado este modelito, pero quiero verte con cincuenta más.

Me río en voz baja, ruborizándome con satisfacción ante el cumplido. Estoy sintiendo tantas cosas ahora mismo que me siento abrumada. Tal vez es porque por mi ceguera no podía verle, cosa que lamentaba profundamente, pero cada caricia parecía el doble de intensa. Y además nunca sabía lo que iba a hacer o por dónde me iba a tocar, y era… excitante. E intenso. Demasiado intenso.

Oigo un golpe sordo en el suelo y estoy a punto de preguntarle qué hace cuando noto su lengua encima de mi entrepierna. Jadeo, sorprendida y me agarro de lo primero que encuentro que resulta ser su pelo. Cuando las bragas desaparecen, me besa y relame hasta que empiezo a notar algo en mi estómago que me asusta. Algo que crece

dentro de mí y siento que va a explotar de un momento a otro.

—Zarek, ¿qué…? —pregunto insegura, ante la desconocida, pero placentera sensación.

—No pienses, preciosa. Solo siente —me dice. Quiero gritarle que no pare, pero no hace falta, porque enseguida vuelve a lo que estaba haciendo.

Ese sentimiento dentro de mí crece como fuego y de repente me sobrepasa y me arruina por completo, mientras suelto un grito ahogado y tiemblo de pies a cabeza, doblando las rodillas.

Antes de que me de tiempo de volver a mí, me noto flotando en el aire y me doy cuenta de que Zarek me ha cogido en brazos y camina conmigo para dejarme con suavidad en la cama. Termino de quitarme la parte superior de la ropa interior y dejo que me bese por todas partes.

Paseo mis manos por su pecho de nuevo, apreciando cada relieve, y bajo la mano con cuidado hasta su erección. Zarek se queda completamente inmóvil mientras exploro con las manos y una mezcla de deseo y curiosidad lo que nunca antes he visto con mis propios ojos.

—Nena… —jadea él, y es solo cuando me doy cuenta de que está temblando entero intentando contenerse que lo acerco a mí y cruzo las piernas detrás de su espalda. Tomo aire, nerviosa, cuando lo noto tan cerca de mí—. ¿Estás segura? Porque no pasa nada si has cambiado de opinión.

Sé lo que le ha costado decir eso, y es justo lo que necesitaba para relajarme. Es Zarek. Mi mejor amigo. El chico del que llevo enamorada durante meses, sino años. Y la persona que mejor me conocía, mejor me trataba y a la que más quería. No había nada que pudiera salir mal. Todo era perfecto.

Lo acerco hacia mí y él va lento, para no hacerme daño, hasta que estamos completamente unidos. Tiembla por el esfuerzo de quedarse quieto, hasta que me acostumbro a la sensación y soy yo la que me muevo, de nuevo, explorando todas las nuevas sensaciones. Él jadea, pero intenta quedarse quieto y dejar que vaya a mi ritmo. La presión aligera y el placer vuelve a nublar mi mente. Me muevo un poco más y Zarek jadea.

—Estoy bien —le digo mientras le acaricio la mejilla.

Mis manos van por su cara, intentando conectar con sus expresiones, y cuando empieza a moverse, primero lentamente, y luego encontrando un ritmo, disfruto notando su expresión de placer en mis dedos.

Suelto un jadeo cuando le siento temblar dentro de mí y el placer me inunda de nuevo, explotando.

Cuando terminamos se queda un rato encima de mí, y hace el gesto

de apartarse, pero le cojo con fuerza, porque no estoy preparada para perder la conexión y la intimidad que se ha formado entre nosotros. Me besa en la frente con cariño y cuidado mientras me susurra que me quiere una y otra vez, y soy incapaz de soltarle. Finalmente le doy un beso en el cuello y dejo que se separe de mí. Cuando veo que se levanta en lugar de tumbarse a mi lado me entra el pánico durante un segundo.

—¿Zarek? —pregunto nerviosa, pero entonces oigo el grifo del lavabo y sus pasos delante de mí.

—Estoy aquí, pelirroja —me dice en un tono tan dulce que la presión en mi pecho desaparece. Noto que me acaricia las piernas y me limpia con cuidado con un paño mojado. Cuando termina lo deja en el suelo y se tumba a mi lado, para abrazarme con cuidado. Me besa el pelo y suspiro con satisfacción ante la sensación de estar tumbada piel contra piel—. ¿Estás bien? —me pregunta, y por un momento parece preocupado—. ¿Te duele?

Me muevo un poco para evaluar antes de responderle.

—Estoy bien. Solo es un poco de incomodidad —le respondo.

Zarek me besa en la frente y me aprieta contra él. Nos volvemos a quedar en silencio hasta que lo rompo, incapaz de aguantar un segundo más sin saberlo.

—¿Zarek?

—¿Sí, amor? —me pregunta, con los labios pegados a mi sien, y yo me derrito.

—¿Ha estado bien? ¿Para ti? —le pregunto, nerviosa. Se queda en silencio y se incorpora de golpe.

—Eh, pues claro que sí. Ha estado mucho más que bien —me dice rápidamente y no puedo dudar de la sinceridad de su voz, así que me relajo—. Nena, ¿cómo puedes preguntarme esto? ¿No has visto lo loco que me he vuelto? Debería haber sido más delicado, pero es que… —Se calla, pero luego continúa—. Ha sido increíble.

Yo sonrío anchamente y escondo mi cara roja en su cuello.

—Pero ahora tengo un problema —dice muy serio y yo levanto la cabeza de golpe. Nerviosa—. ¿Cómo voy a compartir universidad contigo y no ponerte las manos encima durante las veinticuatro horas del día? —bromea, y yo le doy un manotazo, aliviada—. Lo digo en serio.

Me río con él durante un rato, pero después nos quedamos en un cómodo silencio. Me doy cuenta cuando noto que se me cierran los ojos de lo cansada que estoy. Lucho con todas mis fuerzas por mantenerme despierta, porque no quiero perderme ni un segundo de este momento.

—Te estás durmiendo, pelirroja. Descansa —me dice Zarek, con otro beso en la frente.

—No quiero dormirme —confieso—. Ahora estoy demasiado bien.

—No dejaré que te atrape ninguna pesadilla —me promete, y los brazos fuertes que me rodean me pegan más contra él.

Yo sonrío, porque no me refería a eso, pero dejo que la seguridad que siento en sus brazos me calme, y, como siempre que estoy con él, las pesadillas se mantienen alejadas, y el sueño me envuelve sin permiso.

# Capítulo 56

## Xandra



Tengo el corazón en un puño mientras camino por el Bosque de los Gritos. Oigo los pasos de Zarek pisándome los talones y aprieto el arco que llevo en la mano con más fuerza. Me ajusto la tira del carcaj con gesto nervioso e intento tranquilizarme escuchando las conversaciones despreocupadas de mis compañeros a mi alrededor. Trago saliva con fuerza.

—¿Xan?

Ni siquiera hace falta que Zarek termine la pregunta, porque sé que quiere saber qué me pasa. Me aclaro la garganta.

—Debería apartarme más del resto. Ir por mi cuenta —digo en voz baja y nerviosa—. Si me encuentran, no quiero que nadie se haga daño. Es mejor que me aleje del grupo y…

—Ni hablar —dice Zarek—. Tú te quedas aquí.

—Pero Zarek…

—No —dice firmemente—. Te quiero cerca de los profesores y de los alumnos de cuarto por si pasa algo.

—¡Pero si pasa algo les pondré en peligro! —me quejo.

—¡Y si te vas estarás en peligro tú! —responde él, nervioso. Me coge el brazo con una mano y nos quedamos quietos—. No voy a permitir que te pase nada. Por mí, se puede quemar la isla entera.

Siento remordimientos, pero no puedo evitar enamorarme un poco más de él después de eso. Y, egoístamente, tampoco quería ponerme a mí misma en peligro.

Tras esa noche tan especial que había compartido con Zarek, seguí intentando invocar con su ayuda, con la dificultad añadida de que ahora no podíamos quitarnos las manos de encima. Pese a que le había cogido el gusto a todo aquello y prefería perderme entre sus besos antes que desmayarme intentando sentir la Llamada, mis esperanzas estaban puestas en conseguir no ser la causa de la muerte de toda mi clase, amigos y profesores. Inevitablemente, Stavros no había reconsiderado su opinión sobre mí, y allí estábamos, finalmente: en el Bosque de los Gritos.

—Si queríais haceros arrumacos no haber venido, el bosque no es lugar para esto —oigo la voz desagradable de Stavros detrás de mí, y

me separo de Zarek.

—Tampoco es que me hayas dejado mucha opción —le replico, en tono sarcástico.

—No iba a permitir que te saltaras la excursión por mentirosa —me responde él en tono desafiante.

—No soy una mentirosa —repito por milésima vez.

—Es evidente que sí —insiste Stavros—. No hemos visto un solo monstruo en toda la excursión. Está siendo la salida más aburrida de mi vida.

—Eso no significa nada —me quejo, indignada, por lo poco en serio que se estaba tomando el asunto—. Podrían aparecer en cualquier momento —insisto, pero él no se digna en responderme y oigo sus pasos alejarse.

—Ignóralo —me dice Zarek, y yo asiento.

Volvemos a caminar hacia el grupo al darnos cuenta de que han seguido avanzando sin nosotros y nos hemos quedado algo rezagados. Cojo con fuerza mi arco, lista para coger una flecha de mi carcaj y lanzarla ante cualquier señal de peligro.

—Xandra —oigo los pasos de Kálix acercarse al trote—. ¿Cómo vas?

—Bien —miento.

No estoy bien. Estoy muy preocupada. Stavros tiene razón, no ha habido no un solo ataque de monstruo en las horas que llevamos patrullando el bosque. Ni siquiera un monstruo de clase de nivel bajo. Nada.

Kálix se queda en silencio y luego insiste. Le explico mis preocupaciones.

—Bueno, tal vez no nos encontremos nada —dice Kálix, y como si estuviera invocando al mal tiempo de repente se oyen tres chillidos de Nevra detrás de nosotros, que salen volando de entre las copas de los árboles.

Oigo los chillidos de mis compañeros delante de mí, pero no nos da tiempo ni de asustarnos antes de que pasen volando por encima de nuestras cabezas y se vayan sin siquiera atacar. Me quedo con la flecha posada en el arco y a punto de disparar, pero los monstruos escapan antes de que pueda lanzarla. Frunzo el ceño ante la extrañez de ese comportamiento en un Nevra, puesto que son criaturas muy agresivas y territoriales. ¿Por qué no nos han atacado? ¿A dónde iban con tanta prisa?

Es entonces cuando empiezo a notar unas vibraciones en el suelo y doy un paso inconsciente hacia atrás. De repente, un rugido demoledor atraviesa los bosques y todos los animales y monstruos voladores escapan por los aires, mientras que una oleada de calor me abrasa el costado y una luz cegadora me desequilibra. Estoy

intentando juntar las piezas del puzle en mi cabeza cuando oigo la voz del profesor Zervas gritar a pleno pulmón:

—¡ALFAAAAAAA! ¡CORRED HACIA LOS CARROS! ¡CORRED! ¡CORRED! ¡CORRED!

El corazón empieza a latirme a toda velocidad mientras Kálix, Zarek y yo empezamos a correr como locos hacia la zona de los carros, para escapar hacia una zona más segura antes de que el Drakon Dankana nos atrape y nos convierta en cenizas a todos.

No se lucha contra un Alfa. Tienes suerte si consigues escapar. Pero tampoco se había visto a un Alfa en décadas, aunque no me sorprendía que hubiera aparecido uno, porque mi sangre era demasiado atractiva, incluso para ellos.

Estoy corriendo con toda mi alma, guiándome por los gritos de los demás alumnos, y las órdenes desesperadas de los profesores, cuando el Drakon Dankana vuela por encima de nuestras cabezas y lanza una llamarada que nos corta el paso hasta los carros. Dejándome a mí, a Kálix y a Zarek aislados del resto.

—¡NOOO! ¡KATSAROS! ¡TSAKIRIS! —oigo la voz desesperada de la profesora Spanos.

—¡KÁLIX! —la voz preocupada de Astrid me llega desde el otro lado de las llamas.

—¡Traedme algo para apagar el fuego! ¡Tres alumnos se han quedado atrás! —ordena el profesor Zervas.

El Drakon vuelve a rugir y los fuertes brazos de Zarek me levantan por la cintura y me mueven unas dos milésimas antes de que una llamarada incinere el sitio en el que estaba. Estamos atrapados contra el fuego, y los profesores, que se suponía que tenían que salvarnos, se han quedado atrapados justo al otro lado. No había otra forma de sobrevivir que no fuera luchando contra el Alfa el tiempo suficiente para escapar del fuego.

Zarek y Kálix deben de llegar a la misma conclusión que yo, porque los oigo desenvainar sus dobles espadas al mismo tiempo que yo cojo una flecha de mi carcaj.

—¿Qué es lo más alto que puedes invocar? —le pregunta Zarek a Kálix.

—Un Ómicron. ¿Y tú?

—Un Delta, pero puedo intentar invocar un Gamma, aunque no lo he hecho nunca y no sé si lo conseguiré —responde Zarek—. Espero que sí, porque un Togrash no servirá de mucho contra un Drakon Dankana.

—Déjalo. Invoca al Togrash —pide Kálix—. Si la Llamada te consume no nos servirás de nada. Un Delta ya es algo. Yo invocaré a mi Ómicron.

—Ninguno de los dos aguantará nada contra eso —responde Zarek

frustrado.

—Ya, pero no tenemos otra opción —replica Kálix.

—Está bien, nos iremos turnando hasta que consigan apagar las llamas y que sea lo que los Dioses quieran —responde Zarek.

Me odio por no poder ayudarles. Me odio por no poder invocar nada, y si alguno de ellos muere será culpa mía. Como siempre. Como en mis pesadillas.

La sangre se me hiela y cojo con más fuerza el arco. Prefiero enfrentarme al Drakon Dankana sola y con mis flechas de madera que dejar que le pase algo a cualquiera de los dos.

Tenemos las armas preparadas, pero no sirven para nada contra un monstruo tan grande. Tendremos que esperar que los monstruos que invoquen sean suficiente para mantener a raya al enorme Alfa y poder huir hacia los carros.

Decido intentar invocar una vez más y cierro los ojos. Procuro seguir las indicaciones que Zarek me ha dado millones de veces en los entrenamientos y dejo mi mente en blanco, lo cual es un poco difícil, teniendo en cuenta que una especie de dragón quiere matarme y que las vidas de las dos personas que más me importan en el mundo están en peligro. Aun así, cuando tengo la mente en blanco empiezo a pensar en el Tychaíos, pero después mi mente imagina a un Togrash, y después a un Nevra.

«Lo que sea, lo que sea, lo que sea…» suplico. Solo quiero un monstruo. El que sea. Solo quiero invocar a un monstruo el tiempo suficiente como para ayudar a los chicos en su plan suicida y necesario de mantener al Drakon ocupado hasta que vengan a salvarnos.

De repente noto el mareo de siempre y la luz violeta, pero durante un segundo me parece ver un destello de árboles y la espalda de dos chicos y una forma amenazante, enorme y borrosa. Después vuelvo a ver negro y asumo que estoy delirando tanto que tengo visiones.

Vuelvo a intentarlo y las venas empiezan a quemarme por el esfuerzo de invocar. Mi cabeza está a punto de explotar, pero sigo suplicando para mis adentros: «Lo que sea, lo que sea, lo que sea…».

En ese momento vuelvo a tener el delirio de las visiones, porque delante de mis ojos vendados empiezo a ver un bosque frondoso, pero con un filtro de luz violeta, y la espalda de dos chicos altos. Pero lo que más me aterra es la figura monstruosa que nos amenaza y que se despliega delante de mí: un Drakon Dankana más grande que una casa de Íkanos, lleno de escamas violetas, garras afiladas y dientes como dagas. Suelto un siseo de dolor y el brazo izquierdo me arde. Cuando me paso la mano por el antebrazo tengo unas cicatrices circulares que tardo unos segundos en identificar como las marcas de los invocadores. Y tengo todas las marcas de Ajax que existen. Todas

ellas. La confusión entre realidad y delirio hace que la cabeza me arda.

La visión vuelve a desaparecer cuando oigo la voz de Zarek gritar:

—¡No consigo controlar más tiempo al Togrash! ¡Lo va a destrozar!

—¡Deja que desaparezca e invocaré al mío! —dice Kálix, y oigo el rugido del Ómicron de Kálix delante de nosotros.

Aún aturdida por las visiones que acabo de tener, solo sé que ha pasado algo grave cuando oigo el grito de mi primo:

—¡ZAREK!

Con el corazón en un puño, como un reflejo, yo también grito su nombre. Y cuando el Drakon me empieza a rugir calculo dónde está su cara a partir del sonido y le clavo una flecha en pleno ojo, a juzgar por el sonido viscoso, que le hace rugir con más fuerza aún.

Kálix aprovecha la distracción de la flecha para ir hacia Zarek y arrastrarlo hasta donde estoy yo.

—Le ha dado la llamarada y el Drakon le ha lanzado contra un árbol. Creo que está inconsciente —me explica Kálix.

Me resulta difícil descifrar todo lo que ocurre a mí alrededor con todos los sonidos y gritos que me embargan desde todas direcciones, y, por culpa del humo del fuego, ni siquiera mi olfato es útil.

Me agacho rápidamente al lado del cuerpo de Zarek para examinarle, y mis dedos se pasean por todas las quemaduras que tiene en el lado derecho del cuerpo, con pequeñas ampollas que ya empiezan a salir.

—Son quemaduras superficiales —le digo a Kálix aliviada, y luego paso su mano por todo su cuero cabelludo, intentando encontrar la causa de su pérdida de consciencia. Cuando encuentro el bulto del golpe y el corte superficial respiro tranquila, porque sé que se va a curar. Pero eso no sucederá si el Drakon Dankana nos mata a todos.

El monstruo ruge con fuerza al vencer el monstruo de Kálix que desaparece en la otra dimensión y vuelve su atención hacia nosotros, amenazador.

Trago saliva y maldigo el día en el que vine a esta excursión. ¿Por qué no me quedé en la UdI? ¿Solo porque iban a expulsarme? Debería haber dejado que me expulsaran. Cualquier cosa sería mejor que esto. Cualquier cosa.

—No soy capaz de invocar a otro monstruo tan rápido —confiesa Kálix, y me parece notarle lágrimas en la voz.

—Lo siento tanto, Kálix —le digo, mientras mis ojos empiezan a llorar.

Kálix me coge la cara con las manos.

—Esto. No. Es. Culpa. Tuya —me dice, remarcando cada palabra, pero esta vez sí noto que está llorando—. Tendría que haberte protegido mejor.

—No —sollozo y le cojo las manos.

Cierro los ojos con fuerza, encima del cuerpo inerte de Zarek y al lado de Kálix, con un Alfa rugiendo a mis espaldas, y vuelvo a intentar invocar por última vez.

«Moriremos todos» pienso, y luego decido que el monstruo solo me busca a mí. Y que si es a mí a quién quiere, es a mí a quien tendrá. Le doy un beso en la cabeza a Kálix y me levanto con determinación.

—Xandra, ¿qué haces? —pregunta Kálix con voz anonadada—. ¡No, Xandra! ¡¿Qué haces?!

Le ignoro y abro los ojos bajo la venda, mientras doy un paso hacia el dragón, pero entonces me quedo quieta. Delante de mí hay un bosque violeta, con árboles violetas y un dragón escamado de color violeta que escupe fuego violeta. Aun así, no es la visión que mi enfermo cerebro me ha hecho imaginar lo que me sorprende, sino que delante de mí haya una hilera de monstruos que no estaban antes y que no sé de dónde han salido.

Los monstruos están quietos uno al lado de otro, mientras se sientan o dan vueltas como si estuvieran enjaulados. Como si morir asesinada por un Alfa no fuera suficiente, mi mente tenía que hacerme perder la dignidad en el último momento, volviéndome loca.

No es hasta que me fijo mejor cuando me doy cuenta de que los monstruos que tengo delante, uno al lado de otro, son monstruos de cada una de las clases que existe. Empezando por el más inofensivo y terminando por la réplica exacta del Drakon Dankana que está amenazando ahora mismo nuestra vida.

De cada uno de los monstruos, sale un hilo de colores distintos que se juntan todos en un mismo punto: mis manos. Las miro, y veo que son el origen de los hilos que llevan a cada uno de los monstruos.

—¡Xandra, apártate del Alfa! —me grita Kálix desesperado, y creo oírle levantarse, pero ni le miro. Estoy demasiado preocupada con la visión que tengo delante de mí.

¿Son de verdad? ¿Los veo solo yo? ¿Por qué puedo ver? ¿Por qué es todo de color violeta? ¿Es porque mis ojos son violetas? Pero llevo la venda puesta. ¿Por qué veo a través de la venda?

Mi mirada se dirige al monstruo más poderoso de todos, el Drakon Dankana, que está justo al lado del de verdad, y entonces entiendo lo que está ocurriendo.

De alguna manera, he conseguido acceder a la otra dimensión.

A la dimensión de los monstruos.

Doy un par de pasos hacia delante y el Alfa de la dimensión real me ruge amenazadoramente, mientras recarga la bola de fuego en sus entrañas para abrasarme entera. Lo ignoro lo mejor que puedo y miro al Alfa de la otra dimensión. Dos caras de la misma moneda. Un Drakon completamente salvaje, que me abrasará en cuanto tenga la

oportunidad. Y un Drakon que por obra de Ajax y Thyra, se muestra impasible ante mí. Despreocupado.

El Drakon tranquilo de la otra dimensión me devuelve la mirada con ojos inteligentes.

—Ayúdame —le suplico, y el monstruo bufa, mirando hacia otro lado con su enorme morro, como si tuviera mejores cosas que hacer—. Por favor. Ayúdame.

Esa criatura milenaria vuelve a mirarme, pero no se mueve. Y, de repente, sé lo que tengo que hacer.

—*Voíthisé mas* —repito en la Lengua antigua, y tiro del hilo que lleva hacia él.

Sus ojos inteligentes se prenden como una llama y se levanta del suelo con gran majestuosidad.

De repente, vuelvo a ver todo negro, y oigo el rugido del Alfa, que está listo para descargar su fuego contra nosotros, pero el fuego nunca llega, y, delante de mí, en mi propia dimensión, otro Alfa le devuelve el rugido con el doble de intensidad.

# Capítulo 57

## Xandra



Mi corazón late con fuerza y no me puedo creer lo que acaba de pasar. No me puedo creer que haya funcionado, que no fuese un sucio juego de mis ojos. Y no solo que haya invocado a un monstruo, sino a un verdadero Alfa.

—¿Pero qué cojones…? —oigo la voz de Kálix susurrar desde detrás de mí.

No puedo identificar del todo lo que está ocurriendo, solo oigo rugidos y gruñidos, zarpazos y llamaradas y deduzco, aún sin podérmelo creer, que el Alfa que he invocado nos está defendiendo y está luchando contra el otro monstruo. Ni si quiera tengo que hacer un esfuerzo consciente por tenerlo en esta dimensión, sino que controlarlo es igual de fácil que respirar. No te planteas cómo lo haces: sencillamente ocurre.

Oigo un gemido herido de uno de los monstruos y durante un segundo me entra el pánico, pensando que el otro Alfa ha herido a mi dragón. Un momento… ¿mi dragón? Ignoro ese pensamiento y doy un par de pasos hacia delante, pero entonces el Alfa herido suelta otro gemido y oigo sus alas batir al alejarse. Respiro tranquila cuando el suelo empieza a temblar por el peso de los pasos del Drakon Dankana que hay delante de mí.

—Gracias —le susurro, aún en Lengua antigua, y alargo la mano con cuidado hacia delante. Un morro lleno de escamas se posa delicadamente bajo mi mano y, de lejos, me parece oír la inhalación de sorpresa de Kálix.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo…? ¿Cómo consigues que siga aquí? ¿Por qué te hace caso? ¿De dónde ha salido? —pregunta, medio con miedo y medio anonadado.

Yo me encojo de hombros y oigo los pasos de Kálix acercarse lentamente. El Drakon bufa irritado y noto que su cola escamada se enrolla alrededor de mi pierna, en un gesto de protección. Kálix exhala sorprendido y se queda muy quieto.

Justo en ese momento oigo un gemido de dolor que viene del suelo y un poco de movimiento y me doy cuenta de que Zarek se acaba de despertar.

—¿Qué…? —su voz suena pastosa y asustada y me doy cuenta de lo que debe haber visto nada más despertarse. Quiero moverme hacia él, pero el dragón me tiene inmovilizada con su cola. Le doy unas palmadas, sabiendo instintivamente que no me hará daño, y la cola del Drakon Dankana se desenrosca de mi pierna. Corro hacia Zarek, que está intentando incorporarse—. ¿Qué es eso? ¿Cómo…? ¿Qué…?

—Shhh… shh… No te levantes —le ordeno, mientras le empujo hacia el suelo—. Ya te lo contaré. Te has dado un golpe en la cabeza. Descansa. No te muevas. ¿Te duele?

Él asiente y noto que se le quieren cerrar los ojos. Le toco el cuello quemado y lleno de ampollas para examinarle de nuevo y gime de dolor.

—Shhh… Ya está, te tengo. Te curarás, mi amor —le digo con voz suave. Dejo su cabeza suavemente en el suelo y me alejo unos pasos hasta los árboles.

Kálix se acerca a mí.

—Necesito que mires si hay alguna planta de hojas amarillas y azules cerca—le pido a Kálix en voz desesperada.

La buscaría yo, pero no quiero estorbarle y me urge tenerla. Le oigo remover plantas y arbustos y finalmente me grita que la tiene.

Cuando me da una rama entera huelo de cerca la hoja y le doy un pequeño lametón, para asegurarme de que es lo que necesito. Luego corro hacia Zarek y le pido que las mastique. Al cabo de un rato, el efecto somnífero de la planta empieza a hacer efecto.

—Ya no me duele —dice, y su voz suena tan tranquila y relajada que quiero llorar de alivio—. Gracias, preciosa.

—Te quiero —le digo una y otra vez en voz baja, mientras le beso la frente hasta que se duerme. Luego me doy la vuelta hacia mi primo —. Hay que llevarle al carro, a la UdI.

Kálix se acerca a nosotros.

—¿Cómo? Aún no han podido apagar el fuego… —explica Kálix y yo gimo de frustración.

Me giro hacia la dirección general del dragón, y oigo un sonido sordo y un temblor en el suelo que me indica que se acaba de tumbar, como si no tuviera preocupación en el mundo. O como si estuviera esperando a que alguien le dijera lo que tiene que hacer.

—*Voíthisé mas* —le pido de nuevo. «Ayúdame».

Y el Drakon suelta un gañido, que parece más bien un «Como desees». No sé expresarle exactamente lo que necesito, porque mi dominio de la Lengua antigua es más bien básico, pero el monstruo parece entenderme a la perfección cuando señalo el fuego.

Empiezo a oír el aleteo rápido de sus alas y poco a poco las llamas que nos rodean se van extinguiendo y empiezo a olor el humo y las cenizas a nuestro alrededor.

Enseguida montones de pasos se acercan a la vez y nos rodean. Oigo las voces de Yalena, Nyke, Halia y Calla y me van pasando de abrazo en abrazo.

—¡Katsaros! ¡Tsakiris! —grita el profesor Zervas anonadado, pero cuando se acerca demasiado a nosotros el dragón le ruge y da un paso hacia atrás—. Tiene que pedirle que se vaya, Srta. Katsaros —me explica el profesor Zervas—. Parece que está esperando sus órdenes. No se irá hasta que usted se lo pida.

Yo abro la boca, sorprendida.

—¿De verdad? Pero no sé cómo decirle…

—*Exaphanízetai* —responde la profesora Spanos.

No es la profesora de Lengua antigua, pero cualquier invocador que se precie sabe hablarla. El problema es que yo solo llevo unos meses aprendiendo la lengua de los Dioses.

Asiento y le repito la palabra al Drakon Dankana, que suelta un rugido, y todos a mi alrededor dan un paso hacia atrás. Menos yo. Cuando oigo varios suspiros de alivio intuyo que el dragón ha desaparecido y siento una punzada de pena. Le había cogido cariño y no sé si volveré a verle. Nos ha salvado la vida. Le estoy más que agradecida.

—Hay que llevar a Zarek a la enfermería —les digo a los profesores cuando vuelvo en mí.

Ellos asienten y entre unos cuantos llevamos a Zarek a la parte trasera de uno de los carros. Antes de que pueda subir con él un mano me coge del brazo.

—Tendremos que hablar de lo que ha pasado hoy, Srta. Katsaros —me dice la voz del profesor Zervas—. Muy seriamente.

Ni siquiera me molesto en responderle y subo al carro sin decir nada. Ahora mismo tengo cosas más importantes de las que preocuparme que descubrir cómo he conseguido invocar a un monstruo que nunca nadie había conseguido invocar. Eso era una preocupación para otro día. Ahora solo me importaba una cosa, y era el chico que estaba inconsciente en la parte trasera del carro.

# Capítulo 58

## Xandra



Cuando llegamos a la enfermería de la UdI no me separo en ningún momento de Zarek. A estas alturas del curso las enfermeras ya están más que acostumbradas a verme por ahí, preguntando cosas y ayudándolas en lo que puedo, cuando me dejan.

Después de que la persona que más me había protegido se llevara una llamarada en todo el costado derecho y que quedara inconsciente por un golpe en la cabeza, las enfermeras no se iban a deshacer de mí fácilmente.

—Tiene que irse, Srta. Katsaros —me dice la enfermera principal, Agatha, una mujer que lleva media vida curando a futuros invocadores. E incluso a invocadores heridos en los alrededores—. Estas no son unas heridas corrientes. Tiene que dejarme hacer mi trabajo.

—No la molestaré. Ya sabe que puedo ser de ayuda —suplico, porque no me pienso mover de donde estoy. Diga lo que diga.

Ansiosamente, dejo que le examinen las heridas, porque es lo único en lo que no puedo ser de gran ayuda, pero cuando llegan a la misma conclusión que yo, respiro tranquila: se pondrá bien.

—Las quemaduras son superficiales y las ampollas se curarán. Solo hay que lavarlas y luego le vendaremos bien —me explica Agatha, aunque no le digo que yo ya había llegado a la misma conclusión—. El golpe de la cabeza también es superficial. De hecho, la hinchazón ya está bajando. Ahora lo que me preocupa es su estado de inconsciencia. Debería haber despertado hace horas.

—Le hice masticar adormidera —le explico a la enfermera—. Tenía mucho dolor y estábamos a varias horas de la universidad. No quería que sufriera. No creo que tarde mucho en despertarse. A menos que la conmoción cerebral sea mayor de lo que esperábamos inicialmente.

Agatha se queda unos momentos en silencio y me entra un poco de ansiedad por haberlo empeorado, aunque no sé cómo podría ser posible, puesto que la adormidera es completamente inocua.

—Siempre me sorprenden sus conocimientos en el campo de la curación, Srta. Por muy a menudo que la vea —me responde Agatha, con un cierto toque de sorpresa y orgullo en la voz. Me relajo al

instante. Zarek estará bien.

—Tuve una buena maestra —le explico, un poco colorada por el cumplido, pensando en Althea—. Y también he aprendido mucho de usted.

—Nos ha venido usted muy bien este año —confiesa fervientemente—. Ojalá pudiera quedarse aquí para siempre.

No le digo nada, pero soy incapaz de esconder la sonrisa de oreja a oreja que han causado sus palabras. Sería un sueño hecho realidad.

—Ayúdeme a limpiarlo y vendarlo —me pide con voz suave y me pongo seria para cumplir con la tarea.

—Creo que podríamos hacerle un ungüento con una mezcla de ortiga y…

—*Aquilegia vulgaris* —termina Agatha, en tono satisfecho—. Es una buenísima idea. La mezcla de la planta curativa y el efecto analgésico de la ortiga hará que se cure en la mitad de tiempo.

Asiento y nos ponemos manos a la obra, machacando las plantas que encontramos en la apoteca. Poco a poco y con cuidado limpiamos y desinfectamos todas las ampollas causadas por el fuego del dragón, y le aplicamos el ungüento.

Me alegro enormemente de haberlo dejado inconsciente con la adormidera que encontramos en el bosque, porque esta parte del proceso de curación sería especialmente dolorosa si estuviera despierto.

Cuando terminamos de vendarle la parte superior del cuerpo cojo una silla y me dejo caer en ella, justo al lado de su cama. Agatha se va sin decir nada más y me quedo con Zarek en silencio, esperando a que despierte. No me doy cuenta de que me he quedado dormida hasta que no me despierto con la mano de Zarek acariciándome el pelo.

—Eh —lo saludo contenta y me contengo para no abrazarle y hacerle aún más daño, pero lo cojo de la mano y le beso en medio de la palma—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias a ti —me responde con voz cariñosa pero cansada.

—Yo no hice nada —le digo con sinceridad—. Solo te di un somnífero. No quería que te doliera demasiado.

—¿Y estas vendas?

—Ha sido Agatha —le explico, pero él me cala en un segundo.

—No te crees ni tú que no has estado revoloteando por aquí desde que me han dejado en esta camilla —me acusa en tono divertido, y debo de poner cara de culpabilidad, porque suelta una de sus risas profundas y rasgadas, aunque su voz sigue sonando cansada.

—No iba a dejarte solo —confieso, con las mejillas rojas, pero le doy otro beso en la mano, que parece la única parte que no está vendada.

—Cuéntame qué pasó —pide en voz baja—. Solo recuerdo que me atacó el Alfa y luego recuerdo despertarme y ver…

Se queda callado, pero ya sé a qué se refiere.

—Invoqué a un Alfa —le explico en voz baja, como si fuera un secreto—. Aún no sé ni cómo lo hice. Estábamos a punto de morir los tres, ¡y de repente podía ver! Con una especie de filtro violeta, pero podía ver el bosque y al monstruo, y también había un montón de monstruos de todas las clases, así que me acerqué al más grande y le pedí que me ayudara en Lengua antigua. Al principio no me hacía caso, pero después…

—Espera, espera, espera —dice, y parece confundido. Tampoco me extraña, porque entre que se acaba de despertar y que le estoy soltando toda la información de golpe no sé cómo está entendiendo nada de lo que le digo—. Tengo que procesar demasiadas cosas. ¿A qué te refieres con que podías ver? ¿Qué quiere decir que hablaste con un monstruo?

—Bueno, hablar es un poco exagerado… Más bien yo le decía cosas y parecía entenderme —le explico, y empiezo a sentirme un poco loca. Creo que si no fuera porque todo el mundo lo vio con sus propios ojos nadie me creería—. Sé que suena un poco a locura, pero…

—¿Qué?

Me quedo en silencio unos segundos.

—Xan, puedes hablar conmigo —me dice en su tono dulce, y luego recuerdo con quién estoy hablando. Es Zarek. Mi Zarek. Él nunca se burlaría de mí ni de nada de lo que dijera.

—Creo que puedo ver la otra dimensión, Zarek —le explico medio emocionada y medio asustada—. Cuando estaba en ese bosque… veía a los monstruos. Todos ellos. Y creo que no estaba viendo el bosque en sí, sino que lo veía a través de la otra dimensión. No sé cómo explicarlo… Podía ver a los monstruos incluso con la venda puesta, y luego, cuando conseguí invocar el monstruo dejé de ver, porque ya no estaba en la otra dimensión. Sé que nada de lo que estoy diciendo tiene ningún sentido…

—No —dice sorprendido—. Creo que te estás explicando perfectamente. ¿Crees que es posible? Serías la primera persona que puede hacerlo… Aunque tampoco nadie ha invocado nunca a un Alfa, así que tiene sentido.

—No solo invocarlo —le explico emocionada—. ¡Podía controlarlo! Qué digo controlarlo… Más que eso. Es como si me entendiera. Como si quisiera complacerme. Hasta tuve que ordenarle que se fuera de nuestra dimensión.

—Vaya —responde Zarek, y su voz suena impresionada—. Bueno, tampoco me sorprende, tú siempre has sido única.

—Venga ya —le digo con las mejillas rojas, porque sé que me está

tomando el pelo.

—Lo digo en serio —dice con su tono dulce, pero divertido.

Me rio, pero antes de que pueda responderle nada llaman a la puerta.

—¡Adelante! —grito, con una sonrisa en la cara.

Oigo un montón de pasos y reconozco las voces de nuestros amigos de inmediato:

—¡Zarek! —la voz de Kálix suena aliviada y todos se acercan a hablar con él y preguntarle cómo está. Me aparto un poco y me quedo en silencio mientras que dejo que Kálix, Yalena, Astrid, Nyke, Halia y Calla se aseguren de que Zarek está recuperado.

—¡Nos diste un susto de muerte, imbécil! —se queja Yalena con la voz temblorosa, pero se abalanza a abrazar a su hermano, que suelta una mueca de dolor, pero le devuelve el abrazo.

Empiezo a sentirme un poco rara. Estoy con mis amigos, pero tengo la sensación de que todo es distinto. Ellos estaban ahí cuando invoqué a un Alfa, y no sé si ahora me miran de manera extraña por haberlo hecho…

No puedo terminar el pensamiento porque dos brazos se me lanzan encima y reconozco el olor de Yalena.

—¡Gracias, gracias, gracias! —repite una y otra vez llorando—. Le salvaste la vida. Gracias…

Me quedo anonadada, sin saber cómo responder. Supongo que en cierta medida es cierto que les salvé la vida. O, al menos, mi dragón lo hizo. Abro la boca para responderle, pero otro par de brazos se unen al abrazo.

—Gracias, Xandra —repite Astrid, mientras nos abraza a mí y a Yalena—. Los salvaste a los dos.

Tengo un nudo en la garganta que amenaza con derramar en lágrimas cuando Calla y Halia gritan que ellas también quieren unirse al abrazo en grupo y luego Nyke nos abraza a todas.

—Eh, yo también quiero —se queja Zarek en tono divertido y Kálix ríe, observando la escena.

—¿Cómo estás? —me pregunta Yalena.

—¿Cómo lo hiciste? —me pregunta Nyke a su vez.

—Eso mismo nos gustaría saber a nosotros —dice una voz profunda desde la puerta, y todos mis amigos se quedan en silencio y se apartan de mí para dejar paso al profesor Zervas.

—Profesor Zervas —saludo con un asentimiento de cabeza.

—Srta. Katsaros —dice una voz de hombre que no reconozco—. Soy Demetrius Kyriakidis, el director de la Universidad de Invocación de la ciudad de Íkanos.

—Señor, e-es un placer —balbuceo, nerviosa.

—El profesor Zervas y yo queríamos hablar con usted de lo

ocurrido en la excursión de hoy —me dice el director Kyriakidis.

—Está bien —respondo, y me acerco inconscientemente a la cama de Zarek, que me coge de la mano. Noto también la mano cálida de Kálix en mi hombro para darme apoyo.

—En privado, a poder ser —dice el profesor Zervas, y yo frunzo el ceño.

—Cualquier cosa que tengan que decirme o preguntarme me lo pueden preguntar delante de mis amigos —les digo en tono educado, pero firme.

—Como usted desee —responde el director en su tono más diplomático, pero Zervas suelta un bufido—. Lo primero que queríamos hacer es felicitarla, por supuesto. No sé si es consciente de la magnitud de lo que ha hecho esta tarde, pero además de salvarle la vida a dos estudiantes más y, posiblemente a todos los que estábamos en ese bosque, ha conseguido invocar un monstruo que solo Ajax, Padre Invocador, era capaz de invocar. Ni siquiera yo, después de todos mis años de experiencia y dedición he conseguido invocar nunca nada más alto que un clase Beta, y solo eso ya me hizo gozar de gran admiración en la comunidad académica. Por eso la gran pregunta es: ¿cómo lo hizo?

Me pongo roja ante el cumplido, pero no digo nada durante unos segundos. Hasta que finalmente ordeno mis pensamientos.

—No sé qué decirle —confieso con las mejillas encendidas de vergüenza—. No sé cómo lo he hecho.

—Me temía que esa fuera la respuesta —dice en voz baja, siempre tan amable—. No pasa nada. Tómese su tiempo en responder. Cuéntenos cómo ha sido el proceso. Qué ha sentido. Qué ha pasado por su cabeza.

Dudo durante unos segundos, porque no quiero volver a quedar como la loca del pueblo y menos delante de mis amigos, pero Zarek me da un apretón de manos para invitarme a hablar y poco a poco les cuento todo lo que les he contado a él. Cómo podía ver el bosque y los monstruos, y esos hilos de colores que llevaban a cada monstruo, y como sentía que podía elegir de entre todos ellos y decidí hablar con el más poderoso. Y cómo conseguí que me entendiera, hablándole en la Lengua antigua.

Cuando termino de explicar mi historia se han quedado todos en silencio y yo me siento incómoda.

—Escuche, con todos mis respetos, sé que suena a locura. Pero yo no pretendía que sucediera todo esto y no sé cómo lo hice. Simplemente ocurrió. ¡Ni siquiera quería estar en esa excursión! —exploto al final, después de un silencio particularmente largo.

—¿Por qué no? —pregunta el director, con curiosidad.

Me debato sobre si decirle la verdad o no, y finalmente decido que

es una tontería mentir a estas alturas.

—En primer lugar, me parece una idea peligrosa que espero que no se repita, y en segundo lugar… Soy una *ischyró aíma* —confieso.

—Ya lo sabemos —afirma el profesor Zervas—. Yo, al menos, lo sospechaba.

Me quedo en silencio, anonadada.

—¿Perdón? —pregunto, un poco enfadada—. ¿Lo sospechaba? ¿Entonces por qué me hizo ir a esa excursión? ¡Puse en peligro a mis compañeros!

—Cuando el claustro de profesores leyó su carta de admisión, la mayoría no estaban de acuerdo con dejar que una chica de sus características ingresara en la universidad, pero yo les pedí que la aceptaran en las pruebas —explica el profesor Zervas con voz tranquila, y me deja aún más descolocada.

—¿Fue usted?

—Sí. Al indagar un poco sobre usted, me enteré de cómo había perdido la visión y me pareció demasiada casualidad que un monstruo la atacara así, en su propia casa. Era como si el monstruo se hubiera sentido atraído por algo —explica Zervas con la voz seria—. Es por eso por lo que decidí ver cómo se las apañaba en las pruebas de acceso, para conocerla mejor y observar si realmente era *ischyró aíma* o no. Por eso hice que cambiaran las normas de la escuela y que se hiciera esa excursión, para ver como reaccionaban los monstruos ante usted. Por supuesto, no pensé que su sangre fuera tan poderosa. Es un error por el que les pido disculpas. Sobre todo, a usted, Sr. Tsakiris —dice Zervas, y parece sincero, pero eso no aminora mi rabia. Zarek casi muere por culpa de un experimento.

—¡No puede jugar así con la vida de la gente! ¡Era muy peligroso! —exploto, furiosa. Zarek me pone una mano en el brazo, para calmarme.

—Lo siento —repite el profesor.

—Ambos lo sentimos —añade el director Kyriakidis—. Él propuso esa excursión, pero yo la autoricé.

Cierro la mandíbula con fuerza para no gritarles a las dos personas más poderosas de la isla y acabar arrepintiéndome, pero me estaba costando Dioses y ayuda morderme la lengua.

—No pasa nada —dice Zarek con la voz cansada.

—Hay una cosa que no comprendo —empieza el profesor Zervas, ignorando de lleno la generosidad del chico que casi muere por su culpa—. ¿Cómo podía usted saber que era una *ischyró aíma* y no saber que podía invocar a un Alfa?

—¿Cómo iba a saber que podía invocar a un Alfa? ¡Es una locura! ¡No he sido de capaz ni de invocar a un mísero Tychaíos practicando! Además, mis tíos me dijeron que provenía de ascendencia poderosa y

no le di más vueltas —respondo a la defensiva.

—Pero no era su ascendencia... Era usted —explica el director con voz de admiración, y yo trago saliva—. Tiene todo el sentido del mundo.

Se quedan en silencio otra vez durante un rato.

—¿Tú que piensas, Pearce? ¿Crees que…?

—No —responde el profesor Zervas de inmediato.

—Pero podría ser…

—Lo dudo mucho, señor director —responde el profesor.

—¿Qué? —interrumpe la voz de Kálix—. ¿De qué están hablando?

Los modales de Kálix son mejorables, pero al menos dice lo que nadie se atreve a decir.

—¿Deberíamos contarlo? —pregunta el profesor dudoso, y el director suspira.

—Son demasiado jóvenes para esta carga.

—¿Qué carga? Oiga, si esto tiene algo que ver con mi prima quiero saberlo —se queja Kálix, y, por una vez, su habitual actitud sobreprotectora me viene a las mil maravillas.

El profesor Zervas y el director ignoran a Kálix y siguen debatiendo.

—Si realmente es ella, tiene derecho a saberlo —dice el director Kyriakidis.

—Señor, es solo una niña… —dice el profesor Zevras.

—¿Si realmente soy quién? —pregunto yo en tono frustrado, cansada de que todo el mundo decida por mí y me oculte información.

—La Visionaria —responde el director Kyriakidis seriamente, y durante unos segundos se crea un silencio sepulcral.

—¿Se está burlando de mí? —pregunto cabreada.

—Le aseguro que no me burlo ni de usted ni de su… discapacidad —dice el director pacientemente—. La Visionaria es parte de una leyenda que… Será mejor que empiece por el principio. Supongo que a estas alturas habrán tenido suficientes clases de Historia de la Invocación como para conocer la leyenda de Ajax, ¿no? Bien. Como saben, en la leyenda de Ajax, los humanos hicieron enfadar a los siete Dioses, por lo que los Dioses castigaron a los humanos creando a los monstruos y dejándolos libres por la isla. No fue hasta que la Diosa de la Misericordia Thyra se enamoró del mortal Ajax que se crearon las Misericordiosas, que separan a los monstruos de los poblados, y, fue en ese momento que la Diosa dio a Ajax el poder de la Invocación.

—Todo el mundo conoce la leyenda de Ajax, nuestros abuelos nos la habrán contado mil veces —dice Kálix en tono irritado—. ¿A dónde quiere ir a parar con eso? ¿Qué tiene que ver con Xandra?

—Como sabéis, esta leyenda también tiene otro elemento: el Therástios —continúa el director Kyriakidis como si nada.

—El Therástios no es una leyenda —repito por milésima vez—. Es real.

Zarek me da un apretón de manos.

—Lo sabemos, pelirroja —me dice en tono dulce—. Te creemos.

—Y hacen bien —dice el profesor Zevras—. Porque el Therástios es tan real como usted o como yo.

Oigo algunos murmullos y inhalaciones de sorpresa.

Supongo que, aunque lleve años creyendo en algo, no se hace tan real como cuando lo confirma una de las personas más poderosas de la isla.

—¡¿Perdone?! —salto indignada—. ¡Usted fue el primero en desacreditarme delante de toda la clase cuando dije que el Thérastios existía! —me quejo iracunda.

—Precisamente por eso —dice el profesor Zevras—. La gente no puede saber que es real, no podemos hablar de ello en una simple clase de Teratología. Cundiría el pánico. Solo unos pocos selectos de la alta sociedad de Invocadores conoce la verdad.

No puedo rebatir eso, así que cierro la boca, aún furiosa.

—En todo caso, tiene razón y le pido disculpas por ello —continúa el profesor, y el enfado se me pasa un poco, así que asiento.

—¿Y cómo saben ustedes que es real? —pregunta Kálix, en tono desafiante.

—La leyenda de Ajax habla del Therástios como una criatura mitológica, pero lo que la gente no sabe es que unos académicos encontraron hace muchos años unos manuscritos datados del inicio de la Invocación y escritos por Ajax de su puño y letra. Los manuscritos han ido pasando de director en director de la UdI, y cada generación ha mantenido el secreto —explica el director Kyriakidis—.

»La leyenda habla del Therástios como una bestia milenaria y despiadada que viene a la isla solo durante la Luna Roja o Luna Sangrienta, lo cual sucede aproximadamente cada 500 años, según nuestro grupo de investigación de la UdI. Lo que la nadie sabe, y solo se menciona en los manuscritos, es que Ajax suplicó a su amante, la Diosa Thyra, que matara al Therástios, pero ella estaba atada de manos por culpa de la magia de sus hermanos. Aún así, la Diosa predijo que en un futuro lejano aparecería una persona Visionaria, que sería capaz no solo de invocar un monstruo de clase Deos, una clase que ni siquiera existe, sino también de ver. De verlo todo. Todo.

Cuando el director termina de hablar nos volvemos a quedar todos en silencio. Todo esto es surrealista.

—Perdón, me he perdido —Kálix interrumpe el silencio sin el más mínimo remordimiento—. ¿Entonces mi prima ciega es la Visionaria que todo lo ve? —pregunta sarcásticamente, y quiero enfadarme con él, pero suena todo tan absurdo que no puedo negar que su pregunta

tiene todo el sentido del mundo.

—No seas imbécil —le recrimina Zarek a Kálix.

—Su prima es capaz de ver en la otra dimensión, Sr. Katsaros. Y eso es lo más parecido a un Visionario que ha habido en milenios, según nuestras investigaciones —responde el profesor Zervas bruscamente.

Ni Kálix puede rebatir eso, y yo siento que está a punto de explotarme la cabeza.

—En todo caso tendría sentido —continúa el director Kyriakidis—. El Therástios no había sido visto en cientos de años, pero apareció inesperadamente cuando ella era pequeña, atraído por el olor de su sangre. Ni siquiera pasó por ningún otro sitio. Fue directo hacia ella. Para colmo, irónicamente, la cegó —Su tono es de disculpa por la expresión, pero sigue hablando—. Y ahora es la única persona en miles de años que ha conseguido invocar a un verdadero Alfa, y además, consigue controlarlo y que obedezca su voluntad. No hay poder más valioso que este. Y…

—¿Qué? —pregunto, ansiosa por la pausa que acaba de hacer. No tengo un buen presentimiento.

—Bueno… —Parece incómodo—. Es demasiada casualidad que el Therástios se sienta tan atraído por su sangre si no es la Visionaria, Srta. Katsaros. Al menos, no se sentiría tan atraído como para aparecer dos veces en la vida de alguien. Es un desajuste de varios cientos de años, y sospechamos que se debe a su condición de *ischyró aíma*.

—¿Dos veces? Solo lo he visto una vez, hace doce años —pregunto, con el corazón en un puño.

—Los astrónomos de la UdI han comunicado que en exactamente cuatro semanas habrá una Luna Sangrienta —termina el director, en tono grave.

En la enfermería, mis amigos entran en caos, todos gritando a la vez, pero yo me siento vacía.

Luna Sangrienta.

El Therástios volvería.

No había habido ni una sola Luna Sangrienta en la que no hubiera venido a causar destrucción y sembrar el pánico. Lo insólito es que viniera una noche de luna llena, porque era la primera vez en la que coincidía. O al menos, eso decía la leyenda.

—¡¿Pero qué cojones?! —Kálix empieza a gritar como loco.

—¿Cómo pueden ocultar todo esto? ¡Todo el mundo en la isla tiene derecho a saberlo! —pregunta Yalena indignada.

—¿Cómo vamos a proteger a la gente? —pregunta Nyke, en tono asustado.

—No se puede proteger a la gente del Therástios —continúa en voz grave—. Tendremos que esperar y ver qué pasa.

—¡¿Ver qué pasa?! ¡Somos invocadores! ¡No podemos dejar a la

gente tirada cuando más nos necesita! —exclama Zarek, indignado.

—No hay nada que nosotros podamos hacer —insiste el profesor Zervas.

—Nosotros no, pero ella sí —dice el director, y todos se quedan en silencio. Noto sus miradas encima de mí y me revuelvo incómoda—. Ajax decía en su diario que solo un verdadero Alfa puede contener a la bestia. Contenerla, que no matarla. Y en el mejor de los casos, usted sería la Visionaria.

—¿Se refiere a… enfrentarme a él? —pregunto con miedo.

—Así es.

—Suponiendo que lo sea, es decir, en el mejor de los casos... ¿Cuántas probabilidades tengo de vencer al Therástios? —pregunto.

—¿Nos está preguntando cuántas posibilidades tiene una chica que aprendió a invocar ayer mismo de invocar a un monstruo no solo de clase Alfa, sino de una clase que es tan alta que ni siquiera existe? —pregunta el profesor Zervas en tono seco, y yo trago saliva.

—Entiendo.

—Pocas. Muy pocas. Pero es nuestra única opción —dice el director en tono grave.

—Nos ha quedado claro, gracias —dice Kálix en tono sarcástico.

—¿Y si no hago nada? —pregunto con voz temblorosa.

—*Thánatos* —responde el director, y se me ponen los pelos de punta.

Había dado pocas clases de Lengua antigua, pero incluso yo sabía lo que esa palabra significaba.

*Muerte*.

# Capítulo 59

## Xandra



—¡De ninguna manera! —grita Kálix enfurecido—. ¡No te vas a enfrentar a un monstruo milenario! ¿Estás loca? ¿A caso quieres morir?

Exhalo exasperada. Estoy en la habitación de los chicos después de una semana de la ocurrido en el Bosque de los Gritos. Zarek ya se ha recuperado totalmente de sus lesiones, pero por ahora siguen empeñados en convencerme de que no vaya a buscar al Therástios. Lo que no entienden es que, si en tres semanas yo no voy hacia él, él vendrá hacia mí.

Me froto las sienes con frustración mientras Kálix empieza a despotricar y a hablar solo. A estas alturas ya me lo ha dicho cincuenta veces, pero desde que el director Kyriakidis y el profesor Zervas nos contaron la verdadera leyenda de Ajax no he podido dejar de darle vueltas.

Ellos estaban convencidos de que el Therástios atacaría en cuatro semanas, y que, al contrario que las anteriores veces, esta vez atacaría con saña. Puesto que no solo coincidía con una Luna Sangrienta, sino que mi sangre era una gran atracción y una gran amenaza para él. Y también estaban convencidos de que yo era la única que podía distraerlo de atacar las ciudades y los pueblos el tiempo suficiente como para salvar a millones de personas.

—Por supuesto que no quiero morir —le rebato a Kálix, cansada de su actitud egoista—. ¡Pero no estaría sola! Estaría con los profesores y todos los invocadores. Han dicho que pondrían a mi disposición todos los recursos.

—¡Es un suicido! —me grita Kálix.

—¡Y si no lo intento morirá mucha gente! —le grito yo a él—. Si realmente soy… esa especie de Visionaria, le debo al pueblo de Théras como mínimo intentarlo.

—Incluso si lo eres, y eso es un «si» más grande que esta universidad, no le debes nada a nadie —bufa Kálix enfadado.

—¿Por qué mi vida es más importante que la de ellos? —pregunto exasperada.

—¡¡Porque ellos no son mi familia!! —grita él, y yo me quedo

callada. La emoción amenaza con hacerme derramar un par de lágrimas.

—Kálix… —empiezo en tono dulce. Tiene que entender la seriedad del asunto.

No puedo poner mi vida por delante de la de millones de personas.

Simplemente no puedo hacerlo.

—No. No me hables en así —se queja enfadado—. No vas a ir. Y punto.

—Por una vez estoy de acuerdo con él —dice la voz de Zarek desde su cama—. Es demasiado peligroso, Xandra. No vayas.

—¿Ahora vas a empezar a decirme lo que puedo hacer y lo que no? —pregunto en tono ácido, y automáticamente me arrepiento. Él es el único que siempre me ha apoyado en todo. No se me merece que le hable así.

Abro la boca para pedirle disculpas, pero se acerca a mí y me pone las manos en las mejillas.

—No. Yo nunca haría eso. Si es lo que decides te apoyaré —dice en tono firme y serio—. Pero tampoco soy idiota. Lo que te están pidiendo es muy peligroso, y haré todo lo que esté en mis manos para convencerte de que no lo hagas.

Suspiro y me deshago de sus manos con cuidado para girarme hacia ellos. Los oigo pasearse arriba y abajo por la habitación, nerviosos.

—¿Pensáis que a mí me gusta esta situación? —pregunto desesperada—. Ya habéis oído al director Kyriakidis. El Therástios vendrá en tres semanas. Os guste o no. Si conocéis a alguien más que pueda invocar a un Drakon Dankana, le cedo el sitio sin dudarlo, porque yo tampoco quiero morir. Y me encantaría enterrar la cabeza en la arena y fingir que nada de esto está pasando, pero si lo hago vendrá y me buscará. No olvidéis que soy *ischyró aíma*. Ya me encontró una vez. Me matará igualmente y a todos los que se interpongan en su camino.

»Esto va a pasar, así que mejor hacerse a la idea y que no nos pille por sorpresa. Es la única oportunidad que tenemos. Solo puedo hacerlo con vuestra ayuda. Ni siquiera sé cómo invoqué al Drakon ese día. Estaba asustada, Zarek estaba herido, y me salió solo, pero si quiero tener alguna oportunidad de sobrevivir tengo que aprender a dominarlo para entonces. Tengo que descubrir si puedo invocar a un… un Deos, lo que encuentro altamente improbable, y, si no, como mínimo, ser capaz de volver a invocar al Alfa, para contener al Therástios. Porque si no consigo dominarlo… Bueno, con suerte se dará por satisfecho conmigo y dejará la isla hasta dentro de cinco siglos más.

Hace medio discurso que los chicos han dejado de pasear y se han quedado quietos, pero de repente oigo los pasos de Zarek alejarse

hacia el fondo de la habitación.

—¡Joder! —Un golpe fuerte y el susurro de Kálix a su amigo me indica que debe de haberle dado un puñetazo a la pared.

—¡Zarek! —Me acerco, asustada de que se haya hecho daño en la mano.

Cuando me acerco y le acaricio la espalda se relaja un poco, pero sigue respirando agitadamente, con la frente y las manos apoyadas en la pared. Alargo la mano hacia la suya y noto el agujero y el polvo que ha dejado en el yeso. Le acaricio los nudillos con cuidado y aprieto en las falanges de los dedos, para asegurarme de que no se ha roto nada.

—Os dejo solos —susurra Kálix, y oigo sus pasos alejarse hacia la puerta.

Cuando ya se ha ido le acaricio la mano a Zarek, que sigue respirando agitadamente.

—Mi amor… háblame —le pido en voz baja, y suelta un gemido de frustración.

—No —medio suplica—. No me llames así cuando estoy tan al borde de perder el control. Te juro que quiero dejar que escojas, como siempre he hecho, pero no puedo… Dioses, estamos hablando del Therástios. Casi te mata una vez y yo… no puedo… —deja de hablar y suelta una exhalación desesperada. Le acaricio el pecho y él me coje las mejillas con las manos—. No puedo perderte.

—¿Qué puedo hacer? —Le doy un beso en la palma de la mano y noto como tiembla—. ¿Lo ignoro? ¿Qué hago? Sabes que no tengo otra opción...

Se queda en silencio unos segundos.

—¿Por qué tenías que ser tú? —pregunta, con voz resignada—. Por qué tienen que pedirte esto ahora que… —Suelta un sonido de frustración—. Quiero hacer tantas cosas contigo…

Inhalo sorprendida, pero no le interrumpo.

—Quiero llevarte patatas fritas al gimnasio cuando te olvides de comer. Quiero bailar contigo en las fiestas. Quiero entrenar contigo. Quiero besarte. Quiero cogerte de la mano y hacerte el amor en cada rincón de esta habitación. Lo quiero todo. Y lo quiero siempre —dice Zarek con intensidad, y antes de pensar en lo que estoy haciendo me lanzo hacia sus labios para besarle con fervor y desenfreno.

Zarek me responde con la misma efusividad y me coge en brazos, como si no pesara nada. Entrelazo mis dedos en su pelo e introduzco la lengua en su boca para besarle con todo lo que tengo. Le beso durante un buen rato y vuelvo a notar esa sensación de calidez en el bajo vientre que se enciende como una llama. Intento calmar el calor buscando la fricción y mi chico gime de placer, pero entonces se separa de mí de repente:

—El brebaje anticonceptivo…

—Aún hace efecto —le respondo rápidamente, y luego vuelvo a besarlo. Cualquier reticencia desaparece de sus gestos y sus manos calientes me recorren los muslos y el trasero con ganas.

Me lleva con cuidado a la cama y me recorre el cuerpo a besos. Yo le rodeo la cintura con las piernas y lo empujo hacia mí con urgencia. Zarek me besa, pero le freno cuando empieza a bajar por mi vientre.

—No quiero esperar —le digo—. Te necesito ya.

Noto su autocontrol luchar contra su deseo y duda durante unos segundos.

—Si no lo hago te haré daño —me explica con voz grave, pero yo niego con la cabeza. No sé cómo decirle que con lo húmeda que estoy es imposible que me haga daño, así que aprovecho su momento de indecisión para ponerme encima de él—. ¿Estás segura? —pregunta, excitado y yo asiento. No puedo esperar ni un segundo más para sentirle dentro de mí. El tiempo es una cosa demasiado frágil y algo que no me sobra.

Me deslizo lentamente hacia abajo, intentando acostumbrarme a la sensación. Aunque no es la primera vez que lo hacemos tampoco hemos tenido demasiadas oportunidades para repetirlo a lo largo de las semanas, por todas las cosas que han pasado desde entonces.

Jadeo, encendida, y cuando me levanto para moverme sus manos me agarran por la cintura.

—Espera, dame un segundo —se queja—. Verte así me está matando. Dame un segundo o acabaré ahora mismo.

Me encanta la sinceridad que me muestra, pues, aunque la mayoría de chicos fingirían o se sentirían acomplejados por decir algo así, él no dudaba en decir la verdad, y eso siempre me hacía sentir valorada y, sobre todo, deseada. Eso, sobre todo.

Le doy poco menos de un segundo antes de volver a moverme. En parte por la urgencia que siento en el vientre y en parte porque me gusta cuando pierde el control. Zarek jadea y me ayuda con el movimiento hasta que no suelto más que incoherencias y gemidos. El fuego nos arrastra y me quedo tumbada encima de él mientras intentamos recuperar el aliento.

Le acaricio el pecho con amor y escondo la cara en su cuello. Y no sé si es porque tengo los sentimientos a flor de piel, pero tengo un nudo en la garganta.

Por primera vez en mucho tiempo soy extremadamente feliz: acabo de encontrar mi vocación, estoy estudiando algo que me gusta, he hecho amigos, me llevo mejor que nunca con Kálix y estoy en los brazos de la persona que más quiero. Y yo tampoco quiero perder nada de eso, y mucho menos por algo que ni siquiera sé si es realmente responsabilidad mía.

Zarek suspira, y, como si estuviera en mi cabeza, me lee como un

libro abierto:

—Tienes razón. No tienes otra opción. Y voy a estar a tu lado, como he hecho siempre. Y no te pasará nada. Porque no dejaré que te pase nada. Esa opción simplemente no existe —dice mientras me da un beso con ternura en la frente sudada—. Simplemente no existe —repite, en voz más baja.

Mientras me aprieto más contra él y respiro el aroma mentolado de su piel siento más determinación que nunca. Tiene razón. Entrenaré lo que haga falta y haré lo que haga falta. Para volver cada día a estar justo dónde estoy ahora.

El Therástios me había robado la familia, la vista y, en muchos sentidos, la infancia. Y no pensaba permitir que me robara también el futuro. No pensaba permitir que el Therástios me robara nada más. Nunca más.

# Capítulo 60

## Xandra



Cansada y mareada, me siento al lado de Zarek y apoyo mi cabeza en su hombro.

—Venga, Xan, no te desanimes —dice Nyke—. Puedes hacerlo.

—Exacto, todos lo vimos —insiste Kálix.

Todos mis amigos se han reunido cada día en el bosque de la UdI para animarme durante las sesiones de invocación con el director Kyriakidis y el profesor Zervas. Queda menos de una semana para la Luna Sangrienta y no he conseguido invocar a mi dragón escamado. No he conseguido invocar nada. Es como si volviera a estar bloqueada.

—Repítanos de nuevo cómo invocó al Alfa en el Bosque de los Gritos —pide el profesor Zervas, y repito por millonésima vez la historia en tono monótono.

—Estábamos rodeados, Zarek estaba inconsciente, me acerqué al Alfa, empecé a ver monstruos, hablé con el Alfa de la otra dimensión… —enumero, cansada. Zarek me acaricia la espalda con cariño.

—Está bien, ¿pero qué diferencia hay entre hoy y ese día? —pregunta el profesor Zervas.

—Eh… Yo diría que el bicho de veinte metros que nos acosaba es una diferencia bastante abismal… —murmulla Kálix, y mis amigos ríen por lo bajini.

—¡Kálix! —lo riñe Astrid, dándole un golpe.

—¡Au! ¿Qué? —se queja él.

—No. El Sr. Katsaros tiene razón —dice el director, en tono apaciguador—. La diferencia era el Drakon Dankana. Y ya sabemos que el proceso de invocación para usted es bastante diferente que el proceso de invocación para el resto de nosotros. Por lo que intentar forzarla a iniciar el proceso siguiendo nuestras instrucciones ha sido un error. Tenemos que intentar hacerlo a su manera. La primera vez que invocó a un monstruo el desencadenante fue el miedo. Y por eso, tiene que intentar sentir ese miedo. Piense en algo que evoque algo que la asuste. Imagine revivir el recuerdo de la vez que más miedo

haya sentido e intente canalizar ese miedo.

—Eso no será problema —susurro, y automáticamente sé en qué debo pensar. Es irónico que el miedo fuera el catalizador de la invocación, porque es una emoción que he sentido constantemente cada noche desde la noche en la que murieron mis padres. Me doy cuenta de que he estado intentando invocar dejando la mente en blanco, cuando todo lo que tenía que hacer era justo lo contrario: pensar. Así que pienso.

Pienso justo en esa noche. La noche de mi cumpleaños, cuando tenía ocho años. Pienso en ese rugido y en como corrí despavorida hacia el bosque cuando mi madre me gritó que escapara. Pienso en los cuerpos ensangrentados de mis padres que vi en el suelo durante la milésima de segundo en la que me di la vuelta sin dejar de correr. Pienso en el Therástios y en ese zarpazo que me dejó ciega.

Y de repente no hace falta que piense más, porque delante de mí se materializa de nuevo un bosque, y veo por primera vez al director Demetrius Kyriakidis con ese filtro de color violeta que me nubla la vista. Y delante del director aparecen de nuevo todos los monstruos, de cada una de las clases, incluido el dragón escamado. Camino lentamente hacia él y le sonrío. Me devuelve la mirada con ojos inteligentes y amables. Realmente le había echado de menos.

Alargo el brazo hacía él y el dragón escamado posa su enorme morro bajo mi mano en un gesto de saludo.

—*Éla* —le pido con voz suave. «Ven».

Cuando mi vista desaparece y vuelvo a ver todo negro sé que he conseguido invocarle y oigo las inhalaciones de sorpresa del resto al verme acariciarle el morro. Para mí, el dragón escamado es tan real como cualquiera de nosotros, pues lo he sentido bajo mi mano en todo momento. Se me ocurre que debería encontrar un nombre para él, porque «dragón escamado» era demasiado largo y tedioso de decir, incluso dentro de mi cabeza.

—Increíble —susurra el profesor Zervas. Oigo que se acerca un par de pasos y, de nuevo, el Drakon Dankana se pone a la defensiva. Suelta un gruñido amenazador y oigo al director desenvainar una espada que ni siquiera sabía que llevaba.

Ante ese gesto del profesor, siento al dragón pensar «Peligro. Ataque» y suelta un gruñido aún más letal mientras se coloca levemente delante de mí a modo protector.

—¡Basta! ¡Le está asustando! —me quejo, levantando la mano al profesor, para que no se acercara más.

—¿Yo le asusto a él? —pregunta Zervas sarcásticamente.

—¡Envaine la espada! Está haciendo que se sienta amenazado —le explico.

—No creo que piense que vamos a hacerle daño a él. Cree que

vamos a hacerle daño a usted, Srta. Katsaros —explica el director, después de observar la actitud del dragón. De repente sé cuál sería el nombre perfecto para él—. Creo que quiere protegerla.

—No van a hacernos daño, Zygos —le digo al dragón que tengo detrás, y le acaricio la pata escamada con las manos—. Son amigos nuestros.

—¿Zygos? —pregunta Zarek—. ¿Le has puesto de nombre «Escamas» al Drakon Dankana?

—Las escamas de los dragones son protectoras, como él —explico en tono defensivo—. Creo que le queda genial.

Zygos bufa contento, como si estuviera de acuerdo conmigo y yo le acaricio la pata y luego me doy cuenta de que he conseguido lo que quería. Invocar al Alfa. Sonrío satisfecha y le doy la orden de que se vaya:

—*Exaphanízetai* —digo, usando la palabra que me enseñó la profesora Spanos en el bosque. Siento que Zygos se ha ido y mis amigos vuelven a acercarse lentamente a mí, para felicitarme. Incluso el director me felicita:

—Ha domesticado usted a un Drakon Dankana. Es verlo para creerlo —dice en tono anonadado, pero extrañamente orgulloso. Como si el hecho de que una de sus alumnas tuviera las siete marcas en el antebrazo fuera, de algún modo, mérito suyo—. Ha estado muy bien. Pero ahora llámelo más rápido.

Suspiro y noto la mano de Zarek en mi nuca, dándome apoyo. No es hasta ese momento cuando me doy cuenta de que, al acceder a la otra dimensión… había podido ver el rostro del director de la UdI.

Tardo un momento en asimilar la magnitud de la situación.

Hace más de doce años que no veo un solo rostro, pero ahora tengo una manera de ver, aunque sea durante un momento.

Lo que significa que, si quisiera, podría ver el rostro de otra persona. El único rostro que mataría por ver. Un rostro que me había imaginado centenares de veces y que había acariciado unas cien veces más. Un rostro que acompañaba a una voz rasgada que me hacía estremecer de pies a cabeza.

Y ahora que la idea se había metido en mi cabeza, ya no podía pensar en nada más.

# Capítulo 61

## Xandra



Me seco las manos sudadas contra los pantalones y llamo a la puerta de la habitación de Zarek. El corazón me va a mil por hora mientras espero pacientemente a que abra la puerta. Esta noche es la noche. La noche de la Luna Sangrienta. Y yo he decidido pasar la tarde con él, mientras que Kálix pasa la noche en la habitación de Astrid.

Cuando abre la puerta el olor a menta me embarga y sus musculosos brazos me atraen rápidamente contra su pecho para abrazarme. Nos quedamos así un buen rato en la puerta, abrazados, hasta que se separa de mí para mirarme.

—Todo irá bien esta noche —me dice con seguridad—. Porque no me planteo ninguna otra opción.

Yo le sonrío, aunque no estoy nerviosa por eso. Bueno, sí que lo estoy, pero ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en ver su rostro. Es todo lo que ha ocupado mis pensamientos durante los últimos dos días, aunque casi no hemos tenido tiempo a solas y no he podido hablarle del tema.

De repente noto una corriente de aire que me llega desde la izquierda y me doy la vuelta, extrañada. Zarek, siempre en sintonía con mis expresiones faciales —o lo que se puede ver de ellas—, se acerca a la pared y oigo un sonido de puerta.

—Tenemos un balcón —explica divertido, y yo levanto las cejas sorprendida.

—¿Tenéis un balcón? ¿Por qué vosotros tenéis un balcón y yo no? —pregunto en tono burleta.

Él se ríe suavemente.

—Estamos en el primer piso, nena. Es el piso de los estudiantes de último curso y tiene las mejores habitaciones de la residencia —me explica, fanfarroneando. Yo me río, pero salgo al balcón.

La suave brisa de la tarde me acaricia la cara y poso las manos lentamente en la barandilla del balcón. Oigo los pasos de Zarek a mi lado y se apoya en la barandilla sin decir nada.

—¿Qué ves desde aquí? —le pregunto con curiosidad.

—El bosque —me responde—. El balcón no da a la escuela ni a

otras habitaciones. Solo al bosque. Pero son buenas vistas.

Yo asiento, sin decir nada más y durante un rato disfrutamos de un silencio cómodo. Zarek suspira.

—¿Qué? —le pregunto, en voz suave.

—Ya está oscureciendo. El cielo se está volviendo anaranjado y en unas horas saldrá la luna —dice, con pesar.

—Roja —añado yo, a regañadientes.

—Ya.

—No he conseguido invocar a un clase Deos… Ese supuesto monstruo inventado que tiene que luchar contra el Therástios. Supongo que no soy lo que el director pensaba… ¿Crees que conseguiré alejar al Therástios solo con Zyggy? —pregunto preocupada.

—¿Zyggy?

—Zygos. Es un diminutivo —le explico, y Zarek suelta una risa suave.

—Ya te he dicho que conseguirás alejar la Therástios, porque no hay otra opción —me responde él con seguridad, una seguridad que sonaba cada vez más a negación de la realidad—. Pase lo que pase estarás bien. Yo confío en ti.

Nos volvemos a quedar en silencio en la barandilla del balcón.

—¿Sabes? Cuando tenía ocho años y me quedé ciega me pasé meses llorando, porque ya no podría volver a ver el mar. Ni una puesta de sol en la playa. Ni cualquier otro paisaje —empiezo a explicarle con suavidad, y noto claramente que me escucha con ávida atención—. Pero después, empecé a entender que yo tenía mi propia forma de ver las cosas, y, lo que era más importante, que no me hacía falta ver una puesta de sol, porque recordaba perfectamente la escena. Igual que el mar. No sé cuándo fue la última vez que lo vi, pero lo recuerdo como si fuera ayer —continuo, y sé que siente curiosidad por saber a dónde quiero llegar con todo esto, pero no quiere interrumpirme—. Hace mucho tiempo que no me lamento por lo que no puedo ver, porque he llegado a aceptar que hay cosas que siempre tendré que recordar, o que nunca podré ver.

Me quedo callada unos segundos y empiezo a ponerme nerviosa por lo que voy a decir. Siento que Zarek se impacienta y quiere que le diga a qué viene todo esto, así que exhalo y lo digo de golpe.

—Pero desde hace unos meses… hay una cosa que sí quiero ver. Y es algo que no me conformo con conocer por otros medios —digo finalmente.

—¿A qué te refieres? —pregunta, con un hilo de voz.

—Me refiero a ti.

Se queda en silencio un rato, incapaz de comprender lo que le estoy diciendo.

—Creo que… es solo una teoría, pero… —balbuceo—. Cuando entro en la otra dimensión, puedo ver esta dimensión a través de la otra. Los árboles, los monstruos… Las personas. Es como un filtro.

—Las… ¿te refieres a nosotros? —pregunta, en una exhalación, y yo asiento.

—Creo que sí —confirmo, y las mariposas vuelven a revolotearme por el estómago—. Creo que vi al director. Y creo que… podría verte a ti. Si me dejas.

—¡Por supuesto que sí! Eso sería genial, ¿verdad? —pregunta emocionado, y tengo un nudo en la garganta. No sé cómo he tenido la suerte de encontrar a alguien que me apoya en todo lo que hago. Pero he tenido mucha suerte—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Puedo ayudar de algún modo o…?

—No —le digo—. Solo tengo que conectar con la otra dimensión.

—¡Pues hazlo! —grita, contento.

—¿Ahora? —pregunto nerviosa. Su emoción es contagiosa y empiezo a sonreír sin poder evitarlo pese a lo nerviosa que estoy.

Aunque me había preparado mentalmente para ver a Zarek, no creo que nunca llegaría a estar lo suficientemente preparada. Sabía por el tacto que todo en él era perfecto, no como lo que yo me veía obligada a llamar rostro, y eso me ponía nerviosa. Darme cuenta de lo realmente increíble que era en comparación conmigo.

—Ahora —confirma Zarek, trayéndome de nuevo al presente. Yo sonrío.

—Está bien. Dame unos segundos para prepararme —le digo e intento calmar mi corazón desbocado—. Vamos allá —susurro, y automáticamente intento conectar con la otra dimensión.

Hago lo que he hecho en los entrenamientos de estas semanas e intento conectar con mis emociones. Con el Therástios. Con el miedo. Durante un segundo tiemblo, pero una milésima más tarde veo el bosque delante de mí. Y bajo la barandilla, en la linde del bosque, mis monstruos me observan. Todos ellos. Miro hacia Zygos, que tiene un brillo de entendimiento en la mirada y se tumba en el suelo con pereza, entendiendo al momento que no hay ningún peligro. De mis manos salen los hilos de colores que siempre veo cuando estoy con esos monstruos, pero esta vez me concentro en verlos desaparecer.

Cuando tengo las manos libres muevo la mano lentamente hacia la derecha y me encuentro con la mano de Zarek, que me ancla a la realidad. Suelto una exhalación temblorosa.

—Estoy aquí —le susurro y todos los nervios se me acumulan en la barriga hasta el punto de que creo que voy a vomitar. Zarek me aprieta la mano como si supiera exactamente por lo que estoy pasando y lentamente me doy la vuelta hasta quedar frente a él.

Tardo unos segundos en poder apreciar cada detalle de su rostro,

porque mi mente entra en cortocircuito en cuanto lo veo.

Quiero absorber tanta información a la vez que no sé ni por dónde empezar: si por la forma de su rostro, por los pómulos marcados, por esos ojos almendrados —cuyo color no puedo apreciar por culpa del filtro violeta— o por esos labios gruesos y engañosamente suaves.

Recuerdo la descripción que me dio Kálix de Zarek hacía ya tantos meses, y me parece que se quedó muy corto.

¿Pero cómo iba a describir el brillo en sus ojos? ¿O lo bien que le quedaba el pelo medio rapado y medio recogido? ¿O lo increíblemente sexy que le queda esa nariz torcida cuando la combina con una sonrisa seductora? ¿O lo ancha que era su espalda? ¿O lo bien que le quedaba la camiseta de la universidad? ¿Cómo iba a apreciar su posado confiado o la arruga que le salía al lado del ojo cuando sonreía?

Me doy cuenta de que he dejado de respirar cuando empiezo a marearme, así que cojo una gran bocanada de aire. Después de tanto rato de examinarle, la sonrisa de Zarek se convierte en una sonrisa nerviosa, como si estuviera esperando el veredicto. Como si la vez que le acaricié el rostro no hubiera tenido suficiente con mi reacción. Como si pensara que verle haría alguna diferencia. Y la hacía. Hacía la diferencia, porque verle era cincuenta veces más impactante que tocarle e imaginar su rostro.

La sonrisa de Zarek se apaga poco a poco y yo me acerco como hipnotizada para acariciarle la mejilla. La suavidad es igual que siempre y eso me reconforta, porque el tacto es algo que sí que puedo identificar.

—Esto es tan raro… —confieso, un poco avergonzada—. Es como si fueras otra persona, pero al tocarte me diera cuenta de que eres tú.

—¿Por qué? ¿Me imaginabas diferente? —bromea, pero su tono es demasiado tenso como para que sea una broma real—. Ya te dije que tenía la nariz torcida…

—Eres idiota —susurro en voz baja, mientras subo la otra mano para acariciarle el rostro—. Y sigo pensando que eres perfecto. Si acaso, ahora que te veo eres más perfecto que nunca.

Me fijo en sus ojos y en como brillan aún más después de oír mis palabras.

—¿Perfecto? —pregunta en tono escéptico, pero no puede evitar que una sonrisa de satisfacción se le forme en la cara. Y me deja sin aliento. Esa sonrisa me deja sin aliento durante unos segundos, hasta que me recuerdo que tengo que volver a respirar.

La situación es tan surrealista que no me doy cuenta de que estoy llorando hasta que mis hombros no empiezan a moverse en suaves sollozos. Sigo acariciándole la cara, pero ahora tiene el ceño fruncido y una expresión de preocupación.

—¿Qué pasa, preciosa?

Eso me hace llorar aún más.

—Te veo —susurro, entre lágrimas de alegría.

Él sonríe, al darse cuenta de que lloro de felicidad, y el brillo en sus ojos vuelve a sacar un sollozo de dentro de mí.

—Me ves —confirma sonriendo, mientras me acaricia la mejilla, y yo apoyo mi cabeza en su mano. Su otra mano me coge de la nuca y me abraza hacia él. Cuando sus brazos me envuelven poco a poco me tranquilizo. Me seco las lágrimas pasando los dedos con cuidado bajo la venda y rozando mis cicatrices.

Un gañido desde el bosque me indica que los monstruos están descontentos con mi uso de la otra dimensión y que están esperando a que los lleve a la mía. Me separo un poco de Zarek y dejo ir mi conexión con el otro lado. Cuando vuelvo a ver todo oscuro, suspiro, desilusionada, y me agarro a los brazos de mi chico.

—Vuelves a estar aquí, ¿verdad? —me pregunta. Él siempre tan en sintonía conmigo. Yo asiento y él suspira—. ¿Xan?

—¿Sí?

—¿Cómo puedes soportarlo? ¿Saber que puedes ver y luego perder la capacidad una y otra vez? No hace falta que respondas si no quieres —añade rápidamente, pero yo le sonrío para que sepa que la pregunta no me ha ofendido ni me duele demasiado hablar de ello.

—Soy ciega. Es algo que tengo aceptado desde hace años —le explico—. Saber que puedo ver durante un tiempo… Eso es un regalo que no esperaba recibir, y, por supuesto, si pudiera recuperar mi visión completamente lo haría, pero no lo necesito. Soy quien soy por lo que he vivido, y, en parte, por mi ceguera. Y ya es parte de mí. Puedo vivir con eso.

Se queda un momento en silencio, pensativo, mientras me acaricia las mejillas.

—Me fascina que te lo tomes de una forma tan madura —me dice en voz baja—. Yo no sería capaz. Me pasaría la vida enfadado con el mundo, pero tú eres dulce y buena. Y divertida. No te dejas influenciar por todo lo malo que te ha ocurrido. Admiro eso de ti.

—Nunca sabes lo que harías si estuvieras en mi situación. Por mi experiencia, nunca sabemos lo que somos capaces de soportar hasta que nos toca vivirlo y nos damos cuenta de que no tenemos más remedio que aceptarlo —le explico, en voz suave.

No pretendo hacerme la lista ni la sabionda. Solo le explico lo que pienso. Lo que la vida me ha enseñado.

—¿Xandra? —pregunta en tono cuidadoso, y yo trago saliva, porque no sé lo que me va a preguntar, pero creo que, por lo que deduzco de su tono, no me va a gustar.

—¿Sí?

—¿Puedo verte? —pregunta en tono de disculpa.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

—Estaba pensando que ahora tú me has visto la cara, pero yo todavía no he visto la tuya —explica, hablando muy rápido, y, de repente, entiendo lo que me quiere decir—. A mí también me gustaría ver tu rostro.

Me quedo inmóvil durante unos segundos, intentando adivinar por su tono si me está tomando el pelo. Finalmente me doy cuenta de que lo dice muy en serio.

—Zarek, no —le digo, exhalando sorprendida.

—¿Por qué no?

—Ya sabes porque no —siseo yo—. Ya sabes lo de mis cicatrices. Y te puedo asegurar que no quieres ver eso.

Noto sus manos en mis mejillas.

—Escúchame —me dice en un tono muy serio—. Si no quieres quitarte la venda porque no te sientes preparada, porque no estabas mentalizada o porque no crees que sea buen momento, entonces lo entiendo. Lo respeto. Puedo esperar. Pero no me digas lo que quiero. Sé lo que quiero. Quiero verte. Quiero conocerte. No solo las partes bonitas que me dejas ver. Quiero verlas todas. Te quiero —susurra con sentimiento, y el nudo que tengo en la garganta me oprime tanto que cuando le respondo parece que me voy a echar a llorar. Y tal vez sea así.

—Hay partes de mí que no se pueden querer —confieso, y la voz se me rompe a mitad de la frase.

—Eso no lo puedes decidir por mí —me dice en tono suave.

Me quedo en silencio unos segundos. Indecisa.

—Si luego te arrepientes, no será una imagen que puedas borrar de tu cabeza fácilmente —le aviso, con temblor en la voz.

—Xandra…

—No sé qué esperas ver, pero no será nada bonito —insisto, interrumpiéndole—. Te lo puedo asegurar.

—¡Xandra! —repite, y yo me callo para dejarle hablar—. Deja que te vea —me pide.

Trago saliva y asiento. Poco a poco me llevo las manos al nudo de la venda e intento deshacerlo con manos temblorosas. Zarek no me mete prisa y deja que tarde un buen rato en deshacer el nudo. Respiro profundamente y me aparto la venda de la cara.

Zarek inhala aire de golpe al ver mis cicatrices. Y eso que aún tengo los ojos cerrados. Dejo que se acostumbre poco a poco.

—Por los Dioses, Xandra… —susurra, horrorizado.

—Ya te he dicho que no era agradable de ver —me quejo, incómoda, y giro la cara para que el pelo me tape la cara.

—No. Deja que te vea, preciosa —Noto su mano en mi barbilla y vuelvo a mirar hacia él.

Lentamente abro los ojos y me quedo mirando la oscuridad, y esperando a que Zarek diga algo. Sé que es demasiado bueno y sensible como para decir nada despectivo sobre mi cara o mis ojos, pero sé que lo tiene que estar pensando. El silencio se alarga.

—¿Tienes los ojos… de color lila? —pregunta finalmente, impactado.

—Violáceos —explico, aún incómoda y nerviosa. Ahora mismo me siento como si estuviera desnuda. Como en la típica pesadilla en la que sueñas que te olvidas los pantalones. Me siento examinada—. Creemos que es por la *Aquilegia vulgaris* que me pusieron en los ojos la noche del accidente. Pigmentó el color de mis ojos.

—Pero la Aquilegia es azul —dice Zarek en voz baja, sin entender de dónde salía el violeta.

—Y la sangre es roja —le recuerdo. Y él vuelve a quedarse en silencio—. No quería incomodarte —le digo suavemente.

—No me puedo creer que hayas tenido que pasar por algo así —confiesa—. Quiero decir… ya lo sabía. Pero verlo es… Dioses. Siento mucho que hayas tenido que sufrir tanto, Xan.

El nudo que tengo en la garganta se hace más grande, pero no digo nada. Noto sus dedos en mi barbilla que van subiendo poco a poco, como pidiendo permiso, y, aun así, doy un respingo cuando noto sus dedos acariciar la gruesa cicatriz que tengo en el pómulo. Zarek aparta la mano de golpe.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta asustado.

Rápidamente niego.

—No me duelen. Me las trato una vez por semana con un ungüento anestésico. Prácticamente no tengo nervios en esa zona de la cara —le explico.

—¿Puedo? —pregunta, y yo asiento y le dejo que explore con los dedos.

Cuando me acaricia las cicatrices con cuidado y casi con reverencia, el nudo de la garganta es demasiado intenso y tengo que aguantarme las lágrimas de emoción.

—No hace falta que las toques —le digo, pero él me ignora y sigue explorando cada una de las garras del Therástios que quedaron marcadas en mi cara.

Cuando su otra mano también se posa en mi mejilla, trago saliva, pero pierdo la lucha contra las lágrimas cuando noto sus labios posarse con la suavidad de una mariposa sobre mis párpados desgarrados. Una lágrima me resbala por la mejilla y Zarek la atrapa con un beso.

—Tú también eres perfecta —me susurra contra la piel del pómulo —. Y toda mía —su tono de reverencia me eriza el vello y me estremezco de placer. Pero también me emociona—. ¿Por qué te las

tapas?

—A la gente ya le doy suficiente pena de por sí —le explico—. No quiero que vean esto.

—A mí no me das pena —me dice él, y su tono es tan sincero que es imposible no creerle—. Cuando te miro solo siento orgullo. Tanto orgullo… Por lo mucho que has sufrido y lo lejos que has llegado. Por todo lo que luchas cada día. Por lo fuerte que eres.

Vuelve a besarme las mejillas y el calor del estómago me pide que le bese en los labios, pero no quiero que tenga que estar tan cerca de mis cicatrices. Aunque las acepte no tienen por qué parecerle atractivas. Aprieto con fuerza entre los dedos la venda que tengo entre las manos y la levanto para ponérmela.

—No —me pide, cogiéndome de las manos—. No hace falta que te la pongas cuando esté yo. Conmigo no la necesitas.

—No espero que estés cómodo con las cicatrices tan de cerca de tu… —le explico, pero me interrumpo a mitad de la frase, porque sus labios se pegan a los míos con la misma efusividad de siempre, y no puedo evitar el gemido de placer que me sale de lo más hondo de la garganta.

—Las quiero cerca —Me besa—. Te quiero cerca—. Me vuelve a besar con delicadeza—. Te quiero toda —Beso—. Te quiero.

A estas alturas ya no le dejo seguir hablando e introduzco mi lengua con pasión en su paladar para acariciar la mía con la suya. Nos besamos con pasión y dejo que me haga caminar lentamente hacia la cama. Cuando la noto detrás de mis rodillas le doy la vuelta para que se siente él en la cama.

—¿Qué…?

Noto su sorpresa, pero no le dejo seguir hablando y le beso con pasión, ahora que estamos casi a la misma altura. Sigo besándole hasta que siento que ya no quiere hablar, porque, como yo, ha perdido el hilo de lo que estaba diciendo.

Dejo de besarle los labios y bajo repartiendo besos por su cuello lentamente, alternando con suaves lametones. Cojo el borde de su camiseta y se la quito, y luego sigo besándole la piel. Cuando bajo por su pecho y me pongo de rodillas se separa un poco de mí y me doy cuenta de que resuella excitado.

—¿Qué haces, nena? —me pregunta, respirando agitadamente.

—Creo que es bastante evidente —le respondo con mi mejor voz seductora, que, siendo sincera, no es ninguna maravilla, pero a él parece gustarle, porque inhala de golpe.

—No hace falta que… —intenta decir, pero yo le corto.

—Siempre eres tú el que me hace sentir bien —le explico—. Ahora te toca a ti.

Cuando le bajo los pantalones y me pongo manos a la obra —

bastante literalmente— no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, así que me guio por los sonidos que hace, sus respiraciones e inhalaciones y sus elogios.

—Así, nena… Dioses, me lo haces genial —Lo dudo sinceramente, pero, de nuevo, si a él le gusta, no voy a quejarme.

Cuando hago un gesto experimental con la lengua sus caderas se disparan sin querer y suelta un gemido, y entonces me separa de él.

—¿He hecho algo mal? —le pregunto dudosa. Parecía que le estaba gustando, pero qué sabré yo.

—¿Mal? Pelirroja, me vuelves loco. He tenido que parar porque estaba a punto de… No quiero que la diversión termine tan rápido.

Yo sonrío, aliviada de saber que al menos no ha sido un desastre total y luego me levanto con las tiemblas temblorosas y me pongo encima de él.

—¿Y tú? —pregunta con la voz tensa. Yo me pongo roja, porque me da vergüenza decir en voz alta lo mucho que me ha gustado lo que le he hecho y oír los sonidos que hacía, así que lo cojo de la mano y se lo muestro—. Ah —dice en un tono medio sorprendido y medio satisfecho, y yo me río suavemente.

Me coloco encima de él y lentamente me deslizo hacia abajo. Zarek suelta un siseo y poco a poco voy moviéndome. Cuando ya hemos cogido el ritmo nos fundimos el uno con el otro y, aunque no hay forma posible de estar más cerca de él, me acerco para besarle, mientras él me abraza y me acaricia la espalda desnuda.

Me doy cuenta de que esta noche podría ser la última de mi vida. Y aunque pensé que lo único que quería era ver la cara de Zarek por primera vez, debería haber sabido que había una cosa que deseaba aún más, y era justo esto. Siempre esto. Sudados. Unidos. Juntos.

Si iba a morir esta noche, no necesitaba nada más. Me valía con hacer eso hasta que la luna llena se manchara de sangre.

# Capítulo 62

## Xandra



Recostada sobre el cálido pecho de Zarek, disfruto del fuerte y rítmico latido de su corazón, que retumba en mis oídos. Como siempre, después de hacer el amor nos acurrucamos en la cama y nos quedamos desnudos, piel contra piel, mientras dejamos pasar el tiempo a nuestro alrededor. No soy consciente de si llevo diez minutos o dos horas aquí, solo sé que hace poco que Zarek se ha quedado dormido y cuando escucho su respiración profunda y tranquila me siento culpable, porque no soy capaz de despedirme de él.

Levanto la cabeza lentamente de su pecho y miro a través de la ventana. La luna brilla del color de la sangre desde el cielo y decido que ya no puedo aplazarlo más. Cuando me incorporo voy con cuidado de no despertar a Zarek, porque sé que no me iré nunca si se despierta.

Así que, en silencio, recojo mi ropa del suelo, me visto lentamente, y salgo de puntillas, cerrando la puerta muy suavemente al salir de la habitación. Mientras camino por el pasadizo de la residencia el estómago se me encoge por la culpabilidad del acto. Sé que es una forma muy cobarde de actuar, pero ahora mismo tengo miedo. Y no de tener que enfrentarme al Therástios, sino de que, si me quedo un segundo más, decidiré que no vale la pena salvar la vida de todas esas personas y me quedaré en los brazos de Zarek para siempre.

Cuando salgo de la residencia, el aire frío me golpea, y camino a paso rápido hacia mi habitación. Una vez allí, suspiro aliviada de que Yalena no esté, porque tampoco puedo despedirme de ella, y si me la encuentro acabará descubriendo que he dejado a su hermano desnudo entre sábanas revueltas sin siquiera decirle que me iba, y que tal vez no podría volver.

Me visto de arriba abajo con mi ropa de invocadora: la ropa ajustada y negra, las protecciones de metal, y todos los arneses y cinturones. Me ato los cuchillos a los arneses del pecho y de los muslos, y luego me ato la funda de la espada junto con el carcaj de flechas y el arco.

Salgo de mi habitación lista para luchar y voy directa al despacho y aposentos del director, en el ala este del edificio de la UdI. Es una

zona en la que no he estado nunca, porque está reservada para los profesores, así que me tambaleo un poco mientras intento descifrar el camino siguiendo la pared con la mano. Siguiendo las indicaciones que me dio el director Kyriakidis, llego a la cuarta puerta del pasillo y llamo dando fuertes golpes con el puño. Al cabo de meros segundos la puerta se abre. No digo nada, porque no es necesario. Es bastante evidente lo que hago allí.

—Tendré al claustro y a un equipo de invocadores preparados en cinco minutos —me promete—. Espera en el Área 5 de los jardines. Justo delante del bosque.

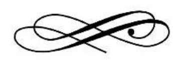
Asiento y sin decir nada más me dirijo a la zona del campus que da al bosque que se puede ver desde la habitación de Zarek. Cuando llego sé que detrás de mí hay un balcón que conozco muy bien, y me gustaría poder entrever a Zarek durmiendo en la cama.

Y, por una vez, es una suerte que no pueda ver, porque si le viera el rostro un segundo más me quedaría a su lado para siempre y que se jodiera media isla. O Théras entero. Me daría igual.

Llevo ahí parada unos cinco minutos cuando oigo un montón de pasos que marchan a la vez y el director me anuncia que ya estamos todos. Si el claustro se sorprende de verme, nadie dice nada. Es evidente por qué estoy aquí. La noticia de que puedo invocar a un Alfa se ha expandido como el fuego, y todo el mundo sabe quién soy y lo que puedo hacer. Y cada uno de estos invocadores saben que soy la única que se puede enfrentar la Therástios.

Como si me retara por tener ese pensamiento, un rugido aterrador que oigo cada noche en pesadillas desde hace diez años atraviesa el cielo. Me estremezco de pies a cabeza.

—Ya está aquí.



Acelero el paso por el bosque, mientras intentamos dejar atrás la universidad y la ciudad de Íkanos. Hace rato que hemos dejado los carros y hemos continuado a pie por el bosque, acercándonos a las Misericordiosas. Nos alejamos de la gente, porque todos sabemos que donde esté yo, ahí estará el Therástios. Me gustaría que no fuera así, pero es lo que pasará, y tengo que aceptarlo. Tal vez tarde minutos u horas, pero vendrá.

Porque no puede resistirse a la tentación de mi sangre.

Cuando pienso que ya nos hemos alejado lo suficiente me paro en seco, aprovechando que hace un rato que no toco un solo árbol, por lo que deduzco que estamos en un claro. Me quedo un buen rato de pie,

parada.

—¿Y ahora qué? —pregunta el director Kyriakidis.

—Ahora a esperar —digo con voz clara, y cuando mi pie detecta una roca, la acaricio con la mano y me siento en ella.

Vuelvo a oír el rugido del Therástios en el cielo y esta vez suena un poco más cerca que antes, pero calculo que aún le queda un rato por llegar. Desenvaino la espada y la clavo en el suelo, agradecida de tener algo en lo que apoyarme.

Pensé que estaría nerviosa. Pensé que estaría temblando. Pero estoy extrañamente calmada. Un fuego de hielo me recorre las venas. Ese bicho mató a mis padres y me ha estado atormentando durante años en pesadillas, pero ni un solo día más. O se iría él o me iría yo, pero no perdería ni un segundo más pensando en ese monstruo. Nunca más.

Apoyo la frente en la empuñadura de mi espada y espero en silencio. Espero a que llegue sin mover un solo músculo. Detrás de mí oigo los pasos nerviosos de los invocadores, o los oigo cambiar de peso, incómodos, pero yo no me voy a dejar intimidar.

Por primera vez tengo algo por lo que luchar. Mi primo, mis amigos y algo que ahora mismo está dando vueltas por unas sábanas de lino vacías. Y yo tenía toda la intención de volver con él.

El rugido del Therástios sobre nuestras cabezas me saca de mis pensamientos, y oigo las exhalaciones de miedo y los gritos a media voz de mis compañeros invocadores. Yo sigo inmóvil, sentada en la piedra, con las manos en la empuñadura de mi espada, hasta que oigo un golpe sordo y todo el suelo tiembla con el peso del monstruo.

No me es nada difícil conectar con la otra dimensión, pues el terror me recorre las venas con el rugido que me suelta desde una distancia de unos cinco metros. Y, de repente, veo el bosque, veo a mis compañeros, temblorosos y ojipláticos, y veo al Therástios.

Bastante más grande que un Drakon Dankana, el Therástios tiene alas de dragón y púas afiladas por todo el cuerpo, pero lo que más destaca, a parte de sus dientes afilados, son los dos cuernos gruesos y enormes que le salen de la frente, casi tan grandes como su cabeza.

No me hace falta leer la mente del resto de invocadores para saber que no creían que el Therástios existiese hasta este momento, en el que empiezan a lanzar monstruo tras monstruo para distraerle, pero sin ningún efecto. Ni siquiera todos los monstruos a la vez le afectan lo más mínimo.

Sin perder más el tiempo me levanto de la roca espada en mano y dirijo mi mirada hacia mi Drakon Dankana, Zygos, el único que puede distraer o asustar al Therástios.

—Zygos —le llamo, pero él no se mueve de su sitio, y lanza su mirada del Therástios hacia mí, como preguntándome si me he vuelto loca. Si realmente le estoy pidiendo que luche contra eso—. Zygos —

repito, en tono urgente.

—Si vas a invocar a un Alfa, ahora es el momento —me recuerda el director en tono tenso, mientras que invoca a su Foveros, el monstruo de clase Beta, que, hasta hace poco, era el monstruo de mayor rango que se había invocado en la isla.

—Estoy en ello —le respondo con los dientes apretados, y luego vuelvo a mirar a Zygos—. Zyggy, *sas parakaloúme*.

«Por favor, Zyggy». Mi Drakon acerca al Therástios y le ruge con fiereza, mientras que mi vista desparece, y no sé si entristecerme o alegrarme, porque, ahora mismo, la terrorífica imagen del clase Deos que tengo delante es más paralizante que útil. El Therástios le ruge a Zygos y el dragón se lanza a atacarle. Intento recuperar mi visión accediendo de nuevo a la otra dimensión, para saber lo que está ocurriendo entre ellos.

Cuando consigo ver algo, el Therástios tiene a Zygos atrapado bajo su peso y le está desgarrando los músculos de la pata de un zarpazo. Cojo flechas de mi arco y se las lanzo al Therástios con impecable precisión, pero la mayoría rebotan en su gruesa piel. Las siguientes flechas se las mando directamente a la parte blanda de la membrana de sus alas y el Therástios aúlla de dolor, mientras que Zygos aprovecha para escapar.

El corazón se me parte al oír el gemido de dolor que suelta mi dragón cuando se pone de pie. Aunque ponerse de pie es una exageración, porque solo consigue cojear, mientras que el resto de los invocadores distraen al Therástios de nuevo.

Me lanza una mirada de arrepentimiento, como si me pidiera perdón por no poder hacer frente a la amenaza, y le acaricio el morro.

Miro a mi alrededor para observar los otros monstruos, pero son demasiado débiles para el Therástios. Pierdo toda esperanza de poder ahuyentarlo, y mucho menos vencerlo.

Y suspiro, resignada a saber que no podré volver con Zarek, ni con Kálix, ni con cualquiera de mis amigos.

—*Exaphanízetai* —digo en voz baja, dándole la orden para que se vaya, y Zygos me mira con arrepentimiento, pidiéndome perdón por no haber podido protegerme mejor, pero desaparece en las profundidades de la otra dimensión.

Vuelvo a sumirme en la oscuridad, mientras me arrepiento de no haberme despedido de Zarek. Pensaba que podría volver y suplicarle perdón, pero ahora nunca tendría la oportunidad, y ya me estaba imaginando lo que diría. Estoy tan metida en mi imaginación, que durante un segundo oigo su voz y me parece tener alucinaciones, hasta que me doy cuenta de que realmente estoy oyendo su voz y me invade el pánico.

—¡Xandra! ¡XANDRA! —grita, Zarek desesperado, y no solo oigo su

voz, sino que también oigo las voces del resto de mis amigos. Todos ellos. Gritando mi nombre.

Guiados por el sonido de los rugidos y de los monstruos luchando unos contra otros mis amigos aparecen en el claro y oigo sus pasos acercarse a toda velocidad. Lo primero que noto es el abrazo de Zarek que casi me placa sin querer del ímpetu con el que se me ha echado encima.

—¿¡Se puede saber qué hacéis aquí?! ¡Esto es muy peligroso! —me quejo, con el pánico desgarrándome la garganta.

Hace dos segundos estaba lista para morir, y lo había aceptado, porque así el Therástios quizás dejaría la isla y no tendría que morir nadie más. Podía hacer ese sacrificio si el resultado era que mis amigos siguieran durmiendo sin darse cuenta de nada en sus camas de la universidad. Pero ahora ya no era el caso. Y la idea de que tuvieran que verme morir o de que les pasara algo a cualquiera de ellos me ponía enferma.

—Volved ahora mism…

Zarek me coje por la nuca y aplasta sus labios contra los míos con fiereza, no sé si para hacerme callar o por haberme atrevido a dejarle atrás sin despedirme, pero en cualquier caso no digo nada más.

—Tú y yo ya ajustaremos cuentas más tarde, pelirroja —me dice en un tono amenazador, que, al contrario de lo que requiere la situación, hace que me estremezca de deseo.

—¡¿Cómo se te ocurre largarte sin nosotros?! —se queja Kálix enfadado, y ya estaba tardando en echarme la bronca. Nyke, Astrid, Calla y Halia le dan la razón, y pongo los ojos en blanco bajo la venda.

En ese momento el Therástios ruge con todas sus fuerzas y mis amigos sueltan gritos ahogados, como si se acabaran de dar cuenta de que una bestia más grande que un edificio estaba luchando a menos de diez metros de ellos.

—Por todos los Dioses y la Misericordia Bendita… —exhala Nyke, nervioso—. Menuda bestia…

—Ya —digo—. Cuesta acostumbrarse.

—Siento mucho todas las veces que he dicho que no existía —me dice Kálix en voz baja—. Debería haberte creído, aunque no hubiera pruebas. Debería haberte creído.

—Olvídalo —le digo con una sonrisa triste, mientras accedo a la otra dimensión para ayudar a los invocadores que se están quedando sin recursos.

Observo todos los hilos de colores que salen de mis manos y automáticamente voy al hilo dorado, el que lleva a mi Drakon Dankana. Tiene la sangre seca de sus anteriores heridas en las patas, pero las heridas están cerradas, por lo que entiendo que sus heridas sanan con mayor rapidez en esta dimensión.

Aun así el hecho de que esté medio herido me confirma la teoría de que mi dimensión funciona diferente a la de los demás invocadores. Mis monstruos no se regeneran cada vez, por eso puedo crear un vínculo con ellos y me obedecen, porque son siempre los mismos. Lo que significa, que, si Zygos muere, lo perderé para siempre. Tiro de su hilo y le miro.

—¿Estás listo? —le pregunto en Lengua antigua, y él asiente con determinación.

Cuando pierdo la vista oigo el rugido de Zyggy y aviso al resto para que ataquen a la vez que él.

Cuando Zygos ataca al Therástios todos los invocadores tiramos una flecha a la vez, y se las disparamos a las alas, que suelen ser el punto más débil de los monstruos, por lo finas que son las membranas, pero la mayoría de ellas rebotan en la piel del Therástios como si fueran de juguete.

Oigo el grito de dolor de Zygos justo a la vez que el Therástios ruge de forma dominante y tengo claro quién está ganando la lucha.

—¡Zygos, a tu derecha! —grita Zarek, y oigo a Zygos saltar, justo cuando el suelo tiembla y deduzco que el Therástios ha saltado contra él. Pero Zygos no debe haber sido capaz de esquivarlo, porque el suelo retumba cuando cae al suelo herido, y sé, instintivamente, que no sobrevivirá a otro golpe.

—¡*Exaphanízetai*, Zyggy! *¡Exaphanízetai!* —grito de forma desesperada cuando oigo que el Therástios vuelve a embestir, pero Zarek me coje del brazo.

—Ya se ha ido, tranquila —me dice, y suelto un suspiro de alivio—. ¿Cómo vamos a vencer a esa cosa? —pregunta, preocupado.

—No podemos —confieso—. Por eso no quería que vinierais. Aún estáis a tiempo de iros. El Therástios no os perseguirá. No mientras yo esté aquí.

—No nos iremos a ninguna parte —dice Kálix en tono cabreado—. Al menos yo no. Pero cada uno es libre de hacer lo que quiera.

—Yo tampoco me voy —dice Yalena sin dudarlo ni un segundo.

—Ni yo —confirma Nyke.

—Dónde Kálix esté, yo me quedo —confirma Astrid.

—Nos quedamos —dicen Calla y Halia.

—No es momento de hacerse los héroes —les riño—. No puedo vencerle. ¡Moriremos todos! Ni siquiera consigo ahuyentarle con un Drakon Dankana.

—¿Por qué no? —me pregunta Zarek—. Se las apañaba bastante bien. Si lo llamas algunas veces más tal vez el Therástios se canse y…

—No puedo llamarlo más —confieso, con las mejillas encendidas, y, durante un momento tengo ganas de llorar, por no poder hacer nada mejor. Si soy la maldita Visionaria esa, debería poder invocar

algo mejor. Algo que hiciera frente al Therástios. Pero es evidente que no lo soy.

—¿Por qué no? —pregunta Yalena, confundida.

—Porque ya ha luchado dos veces contra él. Está muy herido —les explico—. Si lo vuelvo a llamar, morirá.

—¡Es un monstruo, Xandra! —me riñe Kálix—. Ya sé que te has encariñado de este, pero no puedes decirlo en serio. Están hechos para esto. Mueren y se regeneran. ¡No le pasará nada!

—¡No lo entiendes! —le grito frustrada—. Mis monstruos son diferentes. Si lo mando a luchar con el Therástios y muere se irá para siempre y entonces nos quedaremos sin nada. Si un Alfa no puede hacer nada, un Beta menos, y no digamos el resto de monstruos.

—¡Tiene que invocar a un Deos! —grita el director Kyriakidis, que es evidente que ha estado escuchando toda la conversación—. ¡Es la única salida!

—¡No sé cómo! ¡No puedo! —le grito de vuelta.

—*Thánatos,* Xandra.

El director repite la palabra que dijo hace tantas semanas, cuando le pregunté qué pasaría si no podía alejar al Therástios de la isla. Y sé que todos los que estamos en ese claro entendemos la gravedad de la situación.

Los invocadores, por poderosos que sean, y, seguramente son los más poderosos de la isla si el director los ha reunido aquí, están agotados. Invocar a monstruo tras monstruo es agotador, y llevamos horas aquí. Ninguno de nosotros podemos enfrentarnos físicamente contra el Therástios, porque por mucho lanzamiento de cuchillo o mucha lucha que hayamos aprendido, todo esto no vale de nada contra un monstruo que sale directamente de las leyendas. Contra el monstruo que se usa en los cuentos para asustar a los niños pequeños.

Y ni siquiera yo, que era la única que podía invocar a un Alfa desde los inicios de la invocación, era capaz de hacer frente al Therástios, que vencía una y otra vez al monstruo más poderoso que existía.

—Bueno, ha sido un placer conoceros —bromea Astrid, en tono tenso, pero sé perfectamente que es su modo de hacerse la dura en un momento en el que deberíamos estar todos llorando como bebés. Sé que es solo una fachada, porque la voz le tiembla. Y la voz de Astrid nunca tiembla.

—Ni hablar —dice Kálix, siguiéndole la corriente—. De mí no te desharás tan fácilmente. Donde tú vayas, yo voy.

—¿Vas a perseguirme como un fantasma? —continúa en tono sarcástico—. ¿Qué te hace pensar que podrás entrar en el paraíso? Los Dioses se cansarán de ti a los cinco minutos.

Su voz pretende seguir con la broma y mantener su fachada de dura, pero la voz de Astrid desprende tanta ternura que todo lo que le

acaba de decir a mi primo se anula.

—Por supuesto que me dejarán quedarme. No podrán separarme de ti. Si hace falta moveré algunos hilos —insinúa Kálix.

Dejo de escucharlos cuando se dicen que se quieren en tono tembloroso y noto la mano de Zarek en mi nuca. Me atrae hacia su pecho y esconde la cara en el hueco de mi clavícula. No hace falta que le diga nada, porque no hay nada que decir. En ese momento las palabras de mi primo se filtran en mi cerebro.

—¿Qué has dicho? —digo, separándome de Zarek.

—¿Que la quiero? —pregunta Kálix, dudoso—. A ti también, claro.

—No, eso no. Lo de antes —insisto nerviosa.

—¿Que moveré…?

—…algunos hilos —termino por él en voz baja. Es una locura. No funcionará. Y no quiero darles esperanza para nada.

—¿Qué pasa? —pregunta Zarek confundido.

—Quiero probar una cosa.

Me concentro para conectar con la otra dimensión y observo las caras de cada uno de mis amigos a través del filtro violeta, algunos por primera vez, antes de fijarme en la hilera de monstruos que se extiende detrás de ellos. Los invocadores siguen conteniendo al Therástios, con infinitos monstruos de clase media que se regeneran constantemente.

Miro a mis monstruos y a los hilos que salen de ellos y pienso en lo que ha dicho Kálix de mover algunos hilos. Sí, he invocado a Zygos más de una vez, tirando del hilo dorado. Igual que he invocado al Beta, tirando del hilo azul, pero lo que no he intentado nunca es tirar de todos los hilos a la vez.

Es evidente que no lo he intentado nunca, porque todo el mundo sabe que no se puede invocar a más de un monstruo a la vez. Eso es de primero de invocación, y a mí me han estado enseñando personas que saben mucho de invocación. Pero yo no era como los demás invocadores. Sea por lo que fuere, mi proceso de invocación era diferente, y, tal vez, esto también lo era. Al fin y al cabo, era la única persona que podía acceder a esta dimensión y, por lo tanto, la única que podía ver estos hilos y tirar de ellos. Y tal vez no serviría para nada, pero lo tenía que intentar.

Cuando miro lentamente a todos mis monstruos hago una última llamada y les hablo a cada uno de ellos.

—*Voíthisé me* —suplico en voz baja. «Ayudadme». Y, pregando con fuerza a todos los Dioses —Orien, Cosmo, Soterios, Demian, Athan y Thyra—, tiro de todos los hilos a la vez. De cada uno de los hilos de colores que salen de mis manos. Y todos los monstruos, del más inofensivo al más peligroso, ruge a la vez, como si fuera uno solo.

Cuando todo se vuelve negro me quedo durante un segundo muy

quieta, con el corazón en un puño. Y entonces oigo los sonidos de sorpresa de la gente a mi alrededor y el sonido más feroz que he oído nunca me causa un pitido en los oídos. Detrás de mí, oigo el rugido que me ha atormentado en sueños desde los ocho años.

El mismo rugido que llevo toda la noche oyendo y que hace que me estremezca de pies a cabeza, pero esta vez, cuando el suelo tiembla, sé que no debo tener miedo, porque, sea lo que sea lo que acabo de invocar, está claramente de nuestra parte.

# Capítulo 63

## Xandra



Me quedo quieta, sin mover un músculo, al darme cuenta de que he invocado a un clase Deos.

Sus poderosas patas se mueven con lentitud y se acercan a mí, y reconozco a la perfección la manera que tiene de moverse. Cuando noto su morro acariciarme el brazo con cariño reconozco el gesto de saludo de Zygos, aunque ahora es el doble de grande que antes.

—¿Zyggy? —pregunto, sorprendida. Es como si hubiera conseguido que Zygos evolucionara hasta convertirse en un Therástios—. ¿Eres tú?

El monstruo me responde con un rugido de Therástios, pero reconozco a la perfección su tono divertido. Sonrío anchamente, y me abrazo a su pata, antes de apartarme de golpe para evitar clavarme las incipientes púas que le salen de ellas.

Conecto con la otra dimensión temporalmente para analizar el terreno y trazar un plan de ataque. Cuando veo a Zygos suelto una exhalación de sorpresa al darme cuenta de que es una copia exacta del Therástios, pero con un brillo amable en la mirada que es completamente Zyggy. Miro a mi alrededor y lo observo: los árboles, el claro, la pared de rocas… Lo analizo todo, y, por una vez, sé exactamente lo que tengo que hacer.

Dejo la otra dimensión, me cuelgo el arco del hombro y arranco a correr con un plan en mente. Ignoro los gritos asustados de mis amigos.

—*¡Empros!* —le grito a Zyggy. «¡Adelante!».

Mi monstruo camina con sus poderosas patas por delante de mí, en perfecta sintonía con mi plan, y yo me agarro de su cola con pinchos. De un salto voy usando los pinchos para escalar por su cola y su espalda hasta que estoy de pie entre sus omóplatos, agarrándome a los enormes cuernos que salen de su cabeza.

—¡A la de tres invocad todos a la vez! —les indico—. ¡Uno, dos, TRES!

Oigo un conjunto de rugidos y todos los monstruos, grandes o pequeños atacan al Therástios a la vez. Conecto con la otra dimensión para poder obtener la máxima visión para lo que voy a hacer.

—Zyggy… *¡Tóra!* —le grito, dándole la orden para que ataque. Se lanza contra el Therástios y aprovecho para lanzarle flecha tras flecha, sobre todo apuntando a los ojos. El Therástios ruge enfadado, y embiste contra Zygos. Yo le grito a Zygos que esquive justo a tiempo —. *¡Kánte píso!*

Zygos esquiva el ataque del Therástios y este ruge iracundo.

—¡Atacad de nuevo! —repito, y todos vuelven a atacar al Therástios, tanto con monstruos como con flechas, y Zygos vuelve a embestir. Cuando el Therástios devuelve el ataque esquivamos alzando el vuelo y aterrizando de nuevo—. ¡Otra vez! —grito, y repetimos el proceso unas cuantas veces. Así, con Zygos de mi lado, es imposible que llegue hasta mí.

Esta última vez he posicionado a Zygos estratégicamente, así que cuando el Therástios embiste, esquivamos el ataque, pero viene corriendo con tanta fuerza hacia nosotros que no puede frenar a tiempo y se choca contra el muro de rocas que forma el altozano. Sus cuernos se quedan clavados en la roca, justo como había previsto.

—¡Zygos! —grito, y no hace falta que le diga lo que quiero.

Mi Therástios aprovecha que el otro Deos está inmovilizado y lo embiste con los cuernos de lleno en el costado.

Al mismo tiempo, salto desde Zygos hasta el Therástios y la luna roja brilla reflejada en mi espada cuando se la clavo en la yugular.

El Therástios suelta un aullido de dolor mientras me dejo caer hacia el suelo, y mi espada, aún clavada en su cuello, se va deslizando poco a poco hasta cortarle la cabeza, gracias al peso de mi cuerpo.

Noto la sangre caliente del Therástios cuando me salpica entera mientras aterrizo suavemente y ruedo por el suelo. Me quedo agazapada, bañada en sangre, con la espada en alto, y no me levanto hasta que oigo el sonido de su cuerpo desplomarse y su cabeza rueda hasta mis pies.

# Epílogo

## Xandra



Me bajo del carro con cuidado para no caer. Cualquiera diría que después de haber acabado con un monstruo legendario yo solita tendría mejor coordinación motora, pero no era el caso. Seguía tropezándome con todo lo que me encontrara. Mientras camino hacia la entrada de la Universidad de Invocación para empezar mi segundo año de invocación, voy de la mano de Zarek, que me acompaña para despedirse de mí, aunque tampoco se va a tener que despedir por mucho tiempo.

Zarek y yo nos hemos mudado a las afueras de la ciudad de Íkanos. La casa está prácticamente en el bosque, pero ningún monstruo se atreve a molestarnos, y, si lo hace, Zarek, Zygos y yo nos encargamos rápidamente de él.

Los estudiantes de la UdI no tienen permitido vivir fuera de las residencias, pero esto es lo que pasa cuando luchas codo con codo con el director de la universidad contra una amenaza mortal: se forma un vínculo y acabáis siendo amigos. Diría que me da un poco de libertad, pero más bien puedo hacer lo que quiera.

Después de que todo el mundo se enterara de lo que había pasado con el Therástios mi nombre corrió como la pólvora por cada rincón de la isla, y, ahora no hay nadie que no sepa mi nombre. Ni el de todos y cada uno de los valientes invocadores (y futuros invocadores) que arriesgaron su vida por los habitantes de Théras.

Yalena baja del carro unos segundos después. Ha venido a pasar unos días con nosotros antes de empezar el curso. De momento sigue viviendo con Aricia durante los veranos, en Fere, porque dice que la abuela se siente sola. No sabemos cómo decirle que esa mujer vive perfectamente tranquila sin el torbellino de energía que es Yalena.

Sonrío con cariño y me cojo de su codo, aunque no me hace falta, porque sigo cogiendo a Zarek de la mano. Seguramente tenemos una pinta ridícula caminando así, pero me da igual.

—¡Hola, Xandra! —me saluda una voz que no reconozco.

—¡Xan! ¿Qué tal el verano? —me pregunta otro chico desconocido.

Y así, me va saludando todo el mundo que me voy encontrando de camino hasta la UdI. Yo les respondo educadamente y con amabilidad, aunque la mayoría solo me hablen por interés. Sé perfectamente quiénes son mis verdaderos amigos.

—¡Mira, ahí están Halia y Calla! —grita Yalena emocionada, y empieza a dar saltitos que me menean de un lado al otro. Yo me río y saludo con la mano a mis amigas desde lejos.

Cuando llegamos, otra chica pasa por mi lado y me saluda con efusividad.

—No me acostumbro a que la gente me hable como si fuera famosa o algo —bromeo, un poco nerviosa.

No sé cómo serán las clases este año, pero asumo que será todo bastante diferente de lo que fue el curso pasado.

—¡Es que eres famosa! —bromea Yalena.

—¿Me firmas un autógrafo? —continua Calla.

—Ah… con que esas tenemos, ¿eh? —finjo estar enfadada, pero ellas solo se ríen.

—¿Cómo está mi asesina favorita? —pregunta Halia en tono pícaro, y las otras aúllan de diversión.

—¡Venga ya! —me quejo, pero no puedo evitar reírme también.

—¿Qué? ¿Asesina no te gusta? —continúa Yalena—. ¿Señora Alfa? ¿Señora Deos? ¿Diosa? ¿Diosa de la muerte?

Yalena va proponiendo motes, a cada cual peor, y Halia y Calla se ríen con ganas.

—Sois lo peor —me quejo, pero yo también sonrío, porque me gusta sentirme normal.

Nunca pensé que diría esto, pero prefería cuando la gente me ignoraba o me criticaba a mis espaldas. Al menos no tenía que preocuparme por tener que identificar quién me decía la verdad y quién no. Era todo más fácil.

—Sigue siendo nuestra Xandra —interviene Zarek y yo le sonrío con dulzura y agradecimiento, pero después se une a la juerga—. Aunque le hayan dedicado una escultura en el patio de la entrada —añade bromeando y yo le suelto un codazo.

—¿Tú también? —me quejo y él suelta una carcajada—. No me lo recordéis, por los Dioses… ¡Qué vergüenza!

—Creo que te han hecho la nariz torcida —dice Calla entre risas.

—¡Yo no le habría puesto esa ropa! —se queja Halia horrorizada.

—Basta ya —suplico—. Os lo digo: ¡qué suerte que no la puedo ver…!

Nos reímos de buena gana.

—Me voy ya, o Makris se pondrá nervioso sin mí y un Ómicron le morderá el culo —se ríe Zarek.

Finalmente, Zarek y Kálix se llevan bastante bien con Nyke. Kálix y

Astrid se han mudado también a Íkanos, y los cuatro pidieron que les pusieran en el mismo grupo de exploración, así que trabajan juntos patrullando los bosques para evitar ataques de monstruos a la ciudad. Alguna vez, cuando la amenaza ha sido muy grande, los invocadores me han pedido ayuda. Extraoficialmente, claro.

Cuando noto la mano de Zarek posarse en mi espalda con suavidad me doy la vuelta y le doy un beso en los labios.

—Nos vemos esta noche en casa —me dice con una sonrisa, y yo asiento. No hace falta una gran despedida.

Me aparto un poco para que Zarek pueda abrazar a su hermana, a la que no verá hasta final de curso, pero cuando terminan, Yalena vuelve al ataque.

—No me puedo creer que me abandones por este —se queja, señalando a su hermano.

—Conseguí que te dejaran compartir habitación con Calla y Halia —le recuerdo—. No te puedes quejar.

—Cuidado con lo que dices ahora —advierte Calla—. O dormirás en el sofá.

Nos reímos.

—Tenemos que ir entrando —dice Halia.

—Sí, no queremos llegar tarde a clase de Invocación —responde Calla en fingido tono de horror—. Aunque me sé de alguna que se libraría del castigo…

—Ni hablar —digo yo—. ¿El profesor Zervas? Me haría correr por todo el campus.

—¡Cómo mínimo! —se ríe Yalena—. ¿Lo dices en serio que no te van a convalidar invocación? ¿Qué te van a enseñar allí que no sepas?

—Más bien qué le van a enseñar en la UdI que no sepa —corrige Calla.

—Muchas cosas —les explico—. La invocación tal vez no me sea muy útil, porque mi relación con Zyggy es diferente, pero aun así me queda mucho por aprender.

Halia suelta una risa ronca.

—Zyggy… Madre mía —se ríe—. Me parece increíble que hayas domesticado a un Therástios.

—No lo he domesticado —le explico—. Somos amigos.

Sonrío al pensar en mi compañero Zygos. Siempre listo para ayudarme en cualquiera de sus formas. Hemos descubierto que invoque la clase que invoque, siempre es Zyggy, aunque tenga un cuerpo diferente. Ya sea un Tychaíos, un Drakon Dankana o un Therástios, Zygos siempre está ahí para mí.

Entro con mis amigas a la Universidad de Invocación. Hoy es mi cumpleaños, pero ya no tengo pesadillas. Y cuando oigo el rugido del Therástios tampoco tengo miedo.

Sí.
Ahora todo va bien.

# Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer este libro a todo el equipo de Cherry Publishing España. (@cherrypublishing_esp), pero sobre todo a mi editora, Lucía Dapena. Por creer en mí desde el principio y dar alas a mi sueño cuando no era más que un proyecto, pero también por aguantar mis innumerables correos y responder cada una de mis cincuenta mil dudas.

A mi familia y a mis amigos. A Andrea y Soraya por su apoyo, pero en especial a David y Aida, por estar siempre ahí, aconsejarme, y escuchar con infinita paciencia mis ideas y disertaciones sobre Invocadores. Este libro es vuestro.

A David, de nuevo, por ser el viento que mueve mi velero y me guía en la buena dirección. En cada libro lo eres todo: los ánimos, el cariño, los consejos, el apoyo... el protagonista. Te quiero.

A mi ilustradora favorita, Alba (@albablascoilustracion), que se deja el alma en todos sus dibujos y ahora hay parte de ella en este libro. Gracias por ofrecer con tanta generosidad tu talento. ¡Es un honor que formes parte de esto!

A los amigos que he tenido la suerte de conocer este año: Natalia (@bibliotecadelaluna), Helena (@ahiru_reads), Alba (@al.in.books), Tamma (@tammabooks) y Sandry (@sandrybooks), Míriam (@lastelitasdelayaya), MJ (@thewordtraveller), Pau (@natur.bubbles) y Sandra (mis socias molonas), y otras mil personitas de Instagram que no tengo páginas suficientes para nombrar.

También quiero agradecer este libro a mis compañeros de FESOCE (www.fesoce.org) por todo lo que me habéis enseñado sobre la ceguera y la sordoceguera, pero también sobre la tenacidad y la lucha constante para conseguir una vida mejor.

A mis amigos del Nucli Tecnificació Judo Barcelona Nord, y, en especial a Paco, Pau y Nora, por enseñarme todo lo que sé sobre las artes marciales y la autodefensa que he intentado plasmar de la forma más realista posible en este libro.

Y, por último, si estas leyendo esto, a ti, por darle una oportunidad a este libro y hacer que todo sea posible. ¡Mil gracias!

¿Te ha gustado *Invocadores*?



¡Déjanos 5 estrellas y un comentario para que otros lectores descubran el libro!

¿No te ha gustado?



¡Escríbenos para proponernos el escenario que te hubiera gustado leer!

**https://cherry-publishing.com/contact/**